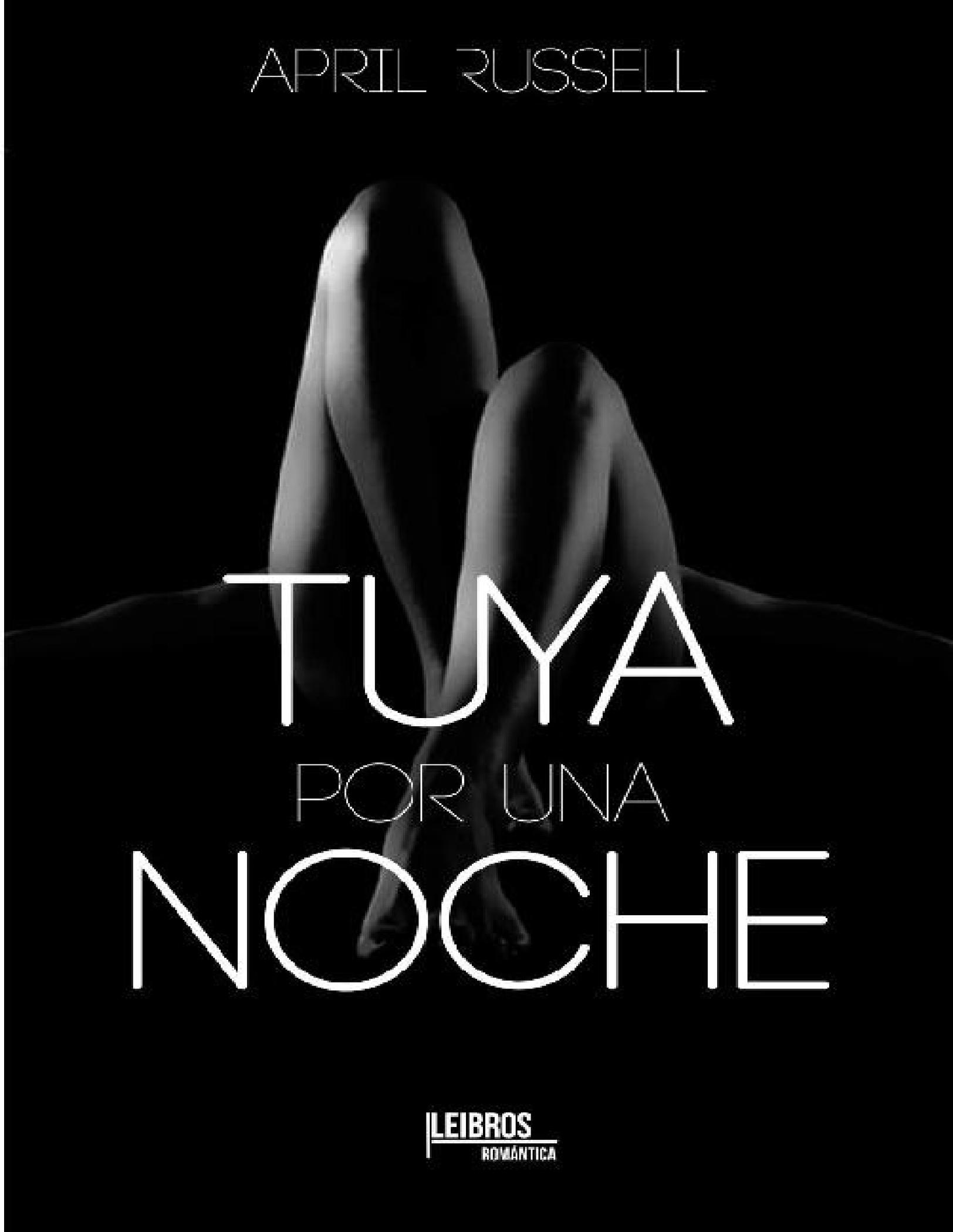


APRIL RUSSELL



TU YA  
POR UNA  
NOCHE

**LEIBROS**  
ROMÁNTICA

# Tuya

# Por Una

# Noche

## Tuya por una noche

April Russell



*“Si puedes*

*soñarlo, puedes hacerlo.”* **Walt Disney**

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre 2017

Título Original: Tuya por una noche April Russell © 2017  
© 2017 Editorial Leibros [www.leibroseditorial.com](http://www.leibroseditorial.com)

Diseño de cubierta: April Russell / Manuel Tristante  
[www.manueltristante.com](http://www.manueltristante.com)

Maquetación: Manuel Tristante

ISBN: 978-84-947480-5-9

Depósito Legal: M-26616-2017 Impreso por: Podiprint

Impreso en España – Printed in Spain

Quiero dedicar este libro a mis “Russells” que me siguen en Facebook y en Wattpad. Esto es por y para ustedes. A Mikhail, por ser el reto que logro que evolucionara como escritora. Por ser tan complejo y mostrarnos que la felicidad no siempre esta en las cosas materiales. A Megan por llevar la macarra interna desde el primer capítulo sacandome sonrisas y haciéndome sentir sus emociones, sus tristezas y alegrías. Son unos personajes muy especiales para mí como escritora que han dejado una huella no solo en mí, sino en todos quien se han dado la

oportunidad de conocerlos.

Prólogo

¡Qué día más pesado! Siento que no puedo más con tanto trabajo. Cojo el primer taxi que veo y a toda prisa pido que me lleve al hotel donde toco para sobrevivir.

Miro tras la ventana y ya ha oscurecido, cae un diluvio y

solo pienso en conseguir dinero para Mel. No puede seguir sin su medicamento.

Aprieto los dientes y busco mi cartera, solo tengo cincuenta hasta la próxima quincena. Resoplo cansada, «¿Cómo le hago para estudiar, trabajar y cuidar de mi hermana a la vez sin volverme loca?».».

—¿Cuánto es del viaje?

—Son quince —responde el taxista.

Quince menos y todo por llegar temprano al hotel. Bajo

del taxi y me cubro la cabeza para no mojarme con el estuche del violín, los zapatos se empapan, mi bolso se humedece y estoy hecha un asco.

Entro al vestíbulo del hotel y le pregunto al botones si ya ha comenzado la actividad donde voy a tocar, algo confundido niega con la cabeza sin saber muy bien de lo que le hablo.

«Vale, que puedo informarme solita».

Entro al salón de actividades y veo a mi jefe hablando con unos señores. Le hago gestos para llamar su atención y este viene hacia mí.

—Hola, ya estoy aquí puntual y lista para trabajar. Me mira con cara algo apenada y responde:

—Megan, ya no necesitamos que toques por el momento.

Si surge alguna actividad te llamamos.

— ¿Cómo? ¿Pero y la actividad de hoy?

—Ha sido cancelada.

Me lleno de enojo y me enfado.

— ¿Por qué no me avisaron antes? Me hubiera evitado

llegar hasta aquí.

Encoge los hombros sin mucho afligimiento.

—No se nos ocurrió.

Asiento con la cabeza y vuelvo a agarrar el estuche.

Salgo del hotel a toda prisa con lágrimas en los ojos.

Tengo menos dinero y una hermana en casa que se retuerce en el suelo con horribles convulsiones si no tiene su medicamento. Ha cesado de llover un poco, pero aun así estoy mojada. Mi casa está lejos del hotel y no puedo coger otro taxi.

Odio mi vida, todo es un jodido desastre. Solo me consuela tenerlo a él, a Julián. Llevo dos años a su lado y ha sido el único que ha logrado levantarme el ánimo.

Cojo mi móvil y pienso en llamarle, pero no sé qué hacer, últimamente nuestra comunicación es poca. Hoy lo vi en la universidad y apenas cruzamos palabras.

Camino entre la gente con mi violín y pienso en como regresar a casa. Ni modo, tendré que irme en el metro. Camino desganada hasta la terminal y tengo muchas cosas en la cabeza, desde estudiar una carrera que no me gusta nada, y Melanie.

Durante el viaje, reposo la cabeza sobre el cristal y cierro los ojos, «Megan, ¿Cómo le vas hacer?». Derramo una lágrima y buscando que al menos Julián me suba el ánimo le mando un SMS:

Megan a las 9:30 p.m.

*Mi amor, porque no nos vemos y no sé..., ¿hablamos?*

*Necesito verte. Te amo*

Miro el móvil por un rato y no recibo ningún mensaje.

Trago saliva y lo guardo resignada.

Llego a casa, bueno, al apartamento cuatro por cuatro que comparto con Melanie. Antes de abrir la puerta, seco las lágrimas y trato de parecer serena.

Entro al apartamento esperando que Melanie ya se haya dormido, pero no, está ahí sentada en el sofá.

— ¡Hola, Megan!

— ¿Qué haces despierta?

— Te estaba esperando.

Suelto mi bolso sobre la isla de la cocina y me sirvo un vaso de agua.

— ¿Aún te queda del anticonvulsivo?

Baja la mirada y me responde:

—No, la última dosis me la tomé antes de ayer. Pero no te preocupes no creo que pase nada porque no me lo haya tomado dos días.

Aprieto los dientes y seria le respondo:

—Voy a conseguir ese frasco. Tú solo, no te alteres ni hagas cosas extraordinarias.

—Vale, pero no te estreses ni nada por eso. Por cierto, ¿Hoy no tocabas?

Camino hacia mi cuarto y le digo que se ha cancelado y prácticamente no tengo trabajo hasta sabe Dios cuando. Y como si mi vida fuera fácil, pasado mañana tengo examen en la facultad y ahora recuerdo que Julián tiene mis libros de farmacia.

« ¡Joder! Ni modo, tendré que salir a estas horas de la noche a buscarlos. ¡Los necesito urgentemente! ».

Vuelvo a coger mi bolso y frustrada conmigo misma le digo a Mel:

—Tengo que salir, voy a casa de Julián a buscar unos libros.

Mi hermana me mira riéndose con picardía)

—¿Segura?

—No es lo que insinúas, ya te he dicho que he decidido no tener sexo con él hasta que nos casemos.

Mel asiente con la cabeza.

—Vale, si tú lo dices.

—Regreso en una hora más o menos.

Salgo a la calle y vuelvo a coger el metro. Le marco a

Julián pero no responde. Ni tampoco me contesta los mensajes. Cuando llego a su apartamento y me dispongo a llamar a la puerta me doy cuenta de que no tiene seguro. Así que entro y veo ropa tirada por el suelo, un verdadero desorden. Mis libros están encima del sofá y rápidamente los cojo. Quizá se le olvidó asegurar la puerta.

Escucho unos ruidos extraños que provienen de su cuarto. Algo extrañada avanzo por el pasillo, la puerta está entreabierta, así que me asomo y al ver el interior de la habitación en un segundo se derrumban mis ilusiones.

Esas que tenía de casarme y entregarme al hombre que amo. El sueño de desfilas vestida de blanco hacia un altar...

Julián está siendo penetrado por otro sujeto, mientras él gime de placer.

Derramo una lágrima, siento que me quiero morir. No es el simple hecho de la traición, sino de la humillación de descubrirlo siéndome infiel con una persona de su mismo sexo.

## Capítulo 1: **Decepción**

Me ve parada en el marco de la puerta. Derramo otra lágrima y camino deprisa hasta la salida. Corre detrás mía cubriéndose con una toalla y yo

más asqueada no me puedo sentir.

—Espera Megan, todo tiene una explicación. Faltaba punto después de explicación.

Me coge del brazo y enfadada me alejo de él.

—¿Explicación? No hay nada que justifique esto, ¿qué piensas decir? ¿Qué todo este tiempo me eras infiel con un

hombre? No me interesa escucharte. Faltaba punto después de escucharte.

—Sólo quise experimentar, pero me he dado cuenta que no me ha gustado. Solo fue una vez, nada importante.

Faltaba punto después de importante.

—¿Enserio? Pues ahora te casas y vives feliz con él, porque a mí, me perdiste. No sé cómo has sido capaz de esto. La

verdad que no me esperaba esto de ti.

Abro la puerta del apartamento y me la cierra impidiendo que me vaya.

—¡Escúchame!

—¿Que te escuche qué? Me dijiste que me amabas, que era todo para ti y mientras ¡estabas aquí follando con un hombre! Me mentiste para irte a la cama con ese tipo. No creo que tenga nada que escucharte.

—Meg, perdóname, yo te amo, quiero estar contigo. —

¿Me amas? No seas cínico. No quiero estar contigo, no después de esto. Me da asco tu presencia, me das asco tú,

no vuelvas a buscarme nunca más en tu vida.

Trata de justificar su acción y eso enfurece. Aun no logro comprender como quiere que lo escuche después de haberme todas las ilusiones de golpe.

—Traté de buscarte muchas veces, de estar juntos íntimamente y siempre te negaste. Soy un hombre y tengo mis necesidades Megan. Tú y tu necedad por llegar virgen al matrimonio me hartaron.

Abro nuevamente la puerta y furiosa contesto: —¿Tú hombre? No me hagas reír, no quiero volver a saber de ti en mi vida. —Salgo al pasillo y antes de cerrar la puerta le grito—: ¡No me busques porque vas a lamentarlo! Cierro la puerta con dolor. Corro hacia afuera del edificio en llanto, pensé que nuestra relación era sólida y fuerte. Me doy cuenta que en todo este tiempo pendía de un hilo. No quiero llegar a casa en estas condiciones, Me preguntaría hasta el cansancio lo que me pasa y realmente no quiero hablar.

Camino hasta el metro y miro el móvil, son las diez y media de la noche. Estoy destrozada y hace frío, de la nada me he quedado sin relación, sin alegría. Todo se fue a la mierda. Cojo el tren y sentada al fondo me cohíbo en mí misma entre lágrimas. Por un momento pienso que es culpa mía lo que ha pasado, nunca me acosté con él esperando a estar lista para el momento y se cansó de mí, pero, joder, ¿por qué con un hombre? No tengo nada en contra de los homosexuales, pero me chocó ver a mi novio teniendo sexo con un chico. Aun no me lo explico.

Estoy aturdida, cansada y con la mente en un nudo. Llego a casa y ruego que Mel esté dormida. Abro sigilosamente la puerta y todo está oscuro. Parece que está durmiendo. En puntillas entro a mi cuarto intentando no llorar. Tiro los malditos libros de la universidad en el diván. Me tumbo en la cama y cierro los ojos, sólo quiero dormir. Solo deseo quitar esa horrible imagen de mi mente, quiero hacer como si no hubiera pasado, como si solo fuera un mal sueño.

\*\*\*

Me levanto antes que Mel, me visto y salgo a la universidad a estudiar algo que me produce dolor de cabeza, farmacia. Es estúpido estudiar algo que no me gusta, pero es una de las carreras con más oportunidades laborales.

Además de que estudiar lo que me gusta sería tirar un bachiller a la basura.

Estoy sentada en un aula de clases en frente de un profesor tedioso y aburrido que habla de pastillas y enfermedades cinco horas seguidas.

«¡Joder, me quiero morir! Y aún me faltan cinco meses para terminar con este martirio. ¡Joder! Había olvidado

por completo el examen de clase».

Lo ojeo y todo está en chino. No entiendo una mierda lo que hay impreso en este papel.

«Bien, haré lo que mi mente herida y traicionada pueda».

Leo y menciona nombres de componentes químicos de fármacos que yo en mi vida había escuchado o por lo menos estudiado.

«Joder, Megan, ya has gastado una fortuna en esta absurda carrera, ¡ahora la terminas!».

Miro el reloj que cuelga sobre las pizarras electrónicas, maldición quiero que la puta manecilla marque las tres para salir corriendo del aula de clases.

Me tocan el hombro, me giro hacia atrás y sonriente me dice:

—Tenemos que hablar señorita.

Pongo los ojos en blanco, Annick y sus tonitos. —Vale, pero Shhh estamos en un examen.

Me vuelvo a girar hacia delante. Voy a suspender el maldito examen. Lo entrego al profesor y salgo atacada de los nervios de la clase.

Busco en mi bandolera mi móvil y escucho una voz desagradable en mis oídos.

«No..., este se convertirá en una ladilla».

—Meg, necesitamos hablar...

Levanto la mirada y al ver a Julián me enfado mucho.

—Déjame en paz, me das vergüenza. No tengo más remedio que tomar la clase contigo, pero no por eso me harás la vida un infierno.

—Quiero hablar contigo, joder Meg, no dejo de pensar en ti.

—He dicho que no quiero hablar contigo. Haz de cuenta que nunca me conociste.

Me coge del antebrazo y me detiene bruscamente.

—Yo te amo... Fue sólo un desliz, te prometo que jamás volverá a suceder.

—Suéltame..., ya me estas hartando.

—No te soltaré hasta que hablemos.

Me pongo furiosa, « ¿Sera idiota?, ¿Le faltaran tornillos en la azotea? ».

— ¡He dicho que me sueltes carajo! —Me suelta y le grito—: Vete al infierno. No quiero saber de ti, infeliz, ¿No lo entiendes?

Me alejo molesta, cabreada y herida. Está lloviendo, me cubro con los libros de farmacia y corro hasta el terminal más cercano.

Todos los días es lo mismo, todos los días es un caos moverme en la ciudad.

Miro el reloj, tengo que llegar rápido al restaurante o me echarán por impuntual. Estar en Seattle sin un coche no es fácil pero aquí sigo sobreviviendo.

Llego a duras penas al restaurante, donde logré conseguir un trabajo a media jornada, llego con la ropa algo mojada por los charcos y las pequeñas lloviznas.

El señor Sanders me espera con cara de indigno y una

bandeja.

—Llegas tarde niña, toma te tocan las mesas cuatro, cinco y seis durante todo tu turno.

—Vale, me pongo el delantal y las atiendo de inmediato. Me recojo el pelo en una coleta.

El salón está que no cabe un alma más, las propinas no estarán mal pero el trabajo estará hasta el cuello.

Me dirijo a la mesa cuatro y pongo mi mejor cara.

—Buenas tardes, bienvenidas. Mi nombre es Megan y seré vuestra camarera esta tarde. ¿Listas para ordenar?

Una de ellas asiente con la cabeza señalándome un plato de la carta.

— ¿Desea una Waldorf?

—Sí, también una sopa de vegetales.

Ambas terminan ordenando lo mismo.

Atiendo tres mesas a la vez y siento que voy a enloquecer.

Exhausta miro mi reloj de mano. El tiempo está pasando demasiado lento.

Voy a la cocina y llevando dos bandejas con platos para tres mesas distintas hago malabares por todo el salón. No tengo tiempo ni para ir al baño.

Reparto los platos a las mesas y ya no tengo tres, ahora son cinco mesas. ¡Voy a enloquecer!

Entre una cosa y otra las horas pasan y ya son poco más de las diez de la noche. El restaurante está a punto de cerrar y aún tengo que limpiar mesas y demás.

Tengo un dolor de cabeza horrible, me cuesta mantener la concentración, pero ni modo, dormir para mí ya es un lujo

que no siempre me puedo dar.

Cansada me siento en una de las mesas y saco del bolsillo del delantal las propinas del día. Cuento las propinas y alcanzo a los ciento cincuenta dólares, en mi vida había hecho tanto.

Me quedo hasta tarde limpiando las mesas y sólo quedamos en el restaurante el señor Sanders y yo. Quiero acabar ya, estoy muy cansada. Sanders sale de su oficina y se me queda mirando algo extraño.

Rápido camino a los armarios a buscar mis cosas y lo veo entrar detrás mío. Cierra la puerta y trago saliva.

—Y bien Megan, ¿cómo te va con las propinas? Me mira de pies a cabeza y me pone súper incomoda. Cojo los libros y mi bolso mientras respondo tartamuda: —Eh, bien, señor Sanders, ya me voy, buenas noches. Se acerca a mí mirándome con lascivia y ganas de toquetearme toda. Estoy liada, « ¿Cuándo no estas liada, Megan?». — Sabes, podrías ganar mucho más que un par de dólares a diario. Podría ayudarte con eso.

«¡Megan, sal de aquí antes de que este señor te haga cometer un homicidio!»

Camino hasta la puerta lo más rápido que puedo y el muy cerdo me impide salir. Ya me estoy asustando, ya este tipo se está pasando.

—Eres muy bonita, Megan.

—Déjeme salir.

— ¿Cuál es la prisa?

Agarra mi antebrazo y me coge a la fuerza. Me besa y

toca con brusquedad sin dejar que me mueva. Me da miedo y asco, lo intento empujar pero es más fuerte que yo. Tiene un olor nauseabundo y su boca huele fatal.

—Quítese, Suéltame o grito.

—Nadie te va a escuchar, bonita, estamos solitos. No sabes las ganas que te tengo preciosa. Me tienes caliente desde hace semanas.

—¡Suéltame, asqueroso! Le juro que lo voy a denunciar por cochino y haré que le cierren este restaurante. Rompe mi blusa y me muero del miedo, intenta quitarme el sujetador y como puedo lo evito. Muerdo su brazo con fuerza y golpeo con mi rodilla sus pelotas y lo hago agonizar de dolor.

Sanders cae al suelo retorciéndose del dolor y yo apenas puedo respirar del susto.

—Maldita zorra, eres una perra asquerosa. A ver de qué vas a vivir ahora, estúpida.

—¡Renuncio, viejo asqueroso!

Salgo del restaurante muerta del miedo. Me siento en la acera y rompo a llorar. Me han pasado tantas cosas en un sólo día que aún no lo digiero. Solo quiero saber porque me ocurren tantas cosas, hay veces que siento que no puedo con todo.

Llego a casa y Mel aun está despierta viendo la tele sentada en la sala de estar. Dejo el bolso sobre la barra de la cocina.

Se levanta y al ver el humor que traigo me pregunta:

—¿Cómo te ha ido?

Lloro, por más que intento ser fuerte, me derrumbo.  
—Julián... Julián me traicionó Mel. Me siento horrible.  
Ya no puedo seguir fingiendo que no me duele, perdí el trabajo del restaurante y ahora tengo tantas cosas en la cabeza que siento que voy a colapsar en cualquier momento.

— Pero, ¿cómo? Julián te ama.

—Lo descubrí teniendo sexo con un hombre. ¡Un hombre!, Ósea jamás me lo imaginé. Y yo de estúpida creyendo que nos casaríamos. —Mel me abraza rápidamente—. Es mi culpa, yo y mis miedos por perder la virginidad lo hicieron aburrirse de mí

Me responde ceñuda y algo enfadada por mi comentario.

—No es tu culpa que le haya picado el de atrás, Megan. Quizá él no era el hombre indicado para ti.

Me seco las lágrimas y por un momento pienso, solo pienso. Melanie tiene razón, pero eso no quita que me muera de la tristeza.

Busca en sus cosas de la universidad su informe de calificaciones. Intenta levantarme el ánimo de cualquier forma y su sola intención me hace sentir que, a pesar de todo, aun la tengo a ella y ella me tiene a mí.

—Pase todas las clases con la puntuación más alta, espero que te alegre, todo el esfuerzo que haces por mí no ha sido en vano.

Sonríe y abrazándola le pregunto cómo se siente. Su enfermedad es una constante tensión en mi cabeza.

— ¿Te has sentido bien?

—Solo algo de dolor de cabeza.

Abro mi bolso y saco el dinero que gané en mis últimas propinas y se lo doy.

— ¿Tienes la prescripción médica?

—Sí, la traigo en mi bolso.

—Aquí hay lo suficiente para que compres el anticonvulsivo.

—Mi medicina puede esperar, el alquiler no. Nos sacarán si no pagamos el mes entrante y aun debes este, Megan.

« ¡Maldita sea!, Se me había olvidado por completo el alquiler del apartamento».

Suelto un suspiro cansado y respondo intentando disimular la desesperación.

—Tú no te preocupes, de eso me encargo yo, Mel.

Voy hacia mi cuarto y al cerrar la puerta me derrumbo.

Quiero hacerle creer que todo estará bien pero la realidad es otra. No sé qué pasara con nosotras. No sé si mañana tenga como seguir sosteniendo nuestras vidas, no sé si podremos salir de este bache algún día. Ni tampoco sé si pueda reponerme de la traición de Julián.

## Capítulo 2

# Una Maldita entrevista en algún lUgar De seattle

Escucho la maldita alarma sonar. «Joder, cinco minutitos más, ¡quiero dormir!». Pero no puedo. Tengo que buscar trabajo o si no estaré en problemas.

Me pongo en pie y camino bostezando al baño. Me cepillo los dientes y oigo a Mel gritarme desde la sala de estar. Debe ser otro de sus modelitos que tanto le gusta ver en las revistas.

— ¡Megan! ¡Tienes que ver esto!

Termino de enjuagarme la boca y camino hacia el comedor a mirar eso que mi hermana tiene tanta ganas que vea.

— ¿Qué es eso tan urgente?

Animada me da el portátil.

—Lee.

Leo y al terminar de hacerlo me quedo en blanco.

« ¿Qué coño?, ¿Y a mí que me compete una farmacéutica?».

—Mel, ¿De dónde es este anuncio de trabajo?

—Es de Ivanov Pharmaceuticals Inc. Es una farmacéutica rusa con una de sus sedes aquí en Seattle. Lo vi en una

página para buscar trabajo por internet, están buscando una asistente personal para presidencia.

Me cruzo de brazos. Termino de leer el anuncio y solicitan una asistente ejecutiva. « ¿Qué coño se yo de eso? Solo he sido mesera y cajera en toda mi vida».

—Melanie, no tengo idea de cómo ejercer un trabajo de recepcionista ejecutiva. Ni siquiera tengo los estudios que piden para el puesto.

Mel insiste, es una terca de primera.

—No pierdes nada con ir a una entrevista y, en cambio, podrías ganar mucho. No creo que sea difícil.

—Mel, soy violinista, apenas cojo el móvil para contestar llamadas. No me veo en un mostrador contestando llamadas, atendiendo gente, ni haciendo cartas y mucho menos en juntas ejecutivas.

Suspira algo mosqueada, siempre quiere salirse con la suya y no comprende que no todo es como a ella le dé la jodida gana.

—Esa farmacéutica tiene mucho prestigio y sería una buena oportunidad para tu carrera profesional como farmacéutica.

Me quedo en negativa, no termina de gustarme la idea.

—No pienso ir a una entrevista y hacer el ridículo, Melanie McMillan.

Chasquea la lengua y con tono regañón afirma:

—Estudias farmacia, te serviría de experiencia.

—Mel, es un trabajo de recepcionista no es para estar entre frascos con fármacos.

—¡Uyyy, es que eres testaruda!

Avanzo a la cocina y abro el refrigerador. Vaya al menos queda algo de zumo de naranja. Me sirvo lo que queda en la jarra.

Melanie me mira desesperanzada y recostándose en el sofá cierra los ojos.

—Dime hasta cuando... ¿Hasta cuándo seguiremos así, Megan?

—Saldré a buscar trabajo, no tienes por qué preocuparte.

—Hagamos un trato. Si no logras una entrevista hoy en ningún lugar solicitamos una en Ivanov pharmaceuticals Inc. Iras y no pondrás excusa.

— Ay, vale, pero no des más lata Melanie, no sé cuál es tu empeño en que vaya a esa farmacéutica.

Una vez más salgo a buscar trabajo y rezo para encontrarlo para no tener que presentarme en la dichosa entrevista de Melanie. He ido como a cincuenta lugares a dejar el curriculum y parece que todo está en mi contra. Busco y busco pero nada, no consigo ni una entrevista.

«Maldición, tendré que ir a la dichosa farmacéutica».

Camino desganada por la acera entre la gente y me detengo en un *Starbucks*. Necesito retomar el aliento porque me duelen mucho las piernas.

Pido el mismo café de siempre y me siento en una de las

mesas junto al escaparate. Tomo un sorbo y veo unas mujeres entrar. Vienen vestidas exactamente igual y llevan en su chaqueta la identificación del lugar donde trabajan. Intento leer de lejos y alcanzo a ver que se trata de esa farmacéutica de la que tanto Mel me ha insistido para la entrevista. «Jodidas casualidades». Miro afuera y a lo lejos alcanzo a ver el logotipo de la farmacéutica en un edificio cercano.

Sigo tomando el café y en el fondo me pregunto si todo esto es casualidad. Entra al *Starbucks* un hombre que lleva puesto un traje negro, serio, con una mirada imperturbable y de actitud fría y seca. Vamos que parece sacado de una película o algo así. Me quedo mirándolo como idiota, si..., como una idiota. No disimulo, es que no se disimular (hacerlo) pues.

—¿Qué mira tanto, señorita?

Joder Megan..., eres una jodida imbécil. El hombre de traje negro me pregunta por qué le estoy mirando. Pues la verdad que ni yo misma lo sé.

Aclaro la garganta y respondo:

—Nada señor, creo que se ha equivocado.

—Yo no acostumbro a equivocarme, señorita. Ya me empieza a caer mal el idiota este. Ahora sé que existe este señor sin nombre que no se equivoca.

Me levanto de la mesa y trato de guardar la macarra en el fondo de mi ser.

—Mire señor, no sé quién es ni me importa, pero le digo una sola cosa, es usted un arrogante.

Salgo del *Starbucks* y parece que no voy a poder tener ni un solo momento de paz porque ese idiota quería liarme. Vuelvo a casa y lo primero que veo es a Mel esperándome.

— ¿Encontraste algo?

Niego con la cabeza.

—Vale, sabía que no conseguirías nada y solicité el puesto hace tres días, ahora hay que esperar a que te llamen.

—Mel, hay cientos de personas más capacitadas para ese puesto. No me hagas ir a ese sitio, por favor.

— ¡No seas negativa, por dios!

Suena mi móvil, no conozco el número para nada, extrañada cojo la llamada.

— ¿Hola?

— ¿Habla Megan McMillan?

— Sí, ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es América Swan. Le hablamos de la presidencia de Ivanov Pharmaceuticals Inc. Hemos recibido curriculum y le informamos que ha sido seleccionada para una entrevista mañana por la tarde. — Me quedo en trance, ¿Es enserio? —. Al llegar se tiene que anunciar con nuestras recepcionistas, el piso es el

treinta y dos.

—Vale, gracias, allí estaré.

—La esperamos, que tenga linda (una buena) tarde.

Cuelgo el móvil. Esto es imposible, no..., no me lo creo.

Mel con incógnita me pregunta animada:

— ¿Y? ¿Quién era?

—Me han llamado de la dichosa farmacéutica. Mañana es la entrevista.

— ¿Y porque tienes esa cara?

—Melanie, la vestimenta es formal. No tengo nada de eso, nunca he ido a entrevista ejecutiva ni nada parecido.

Sonríe despreocupada.

—Compraremos algo bonito.

— ¿Con qué dinero?

Busca en su mochila de la universidad una carterita. Saca unos billetes y feliz me los da.

—Hay un poco más de cien. Los gané en un concurso de oratoria en la universidad.

—No, Mel, son tuyos, debe de haber otra solución.

— ¿Y quién te dijo que te los voy a regalar? Es un préstamo. Cuando consigas el trabajo me los devuelves.

La abrazo con fuerza, « ¿Que haría yo sin esta mujercita tratando de arreglarme la vida? ».

—Te quiero mucho Mel...

—Yo también Megan, eres mi hermana favorita.

Reímos al unísono.

—Soy tu única hermana tonta.

Salimos al centro comercial a buscar algo formal que ponerme. Odio ir de compras, ver tantas cosas y que ninguna me guste. Después de tanto buscar y buscar encuentro la ropa perfecta.

Un traje negro ejecutivo, blusa blanca y tacones negros. Sencillo, no pienso matarme buscando algo finolis. Salimos de la tienda y cogemos el metro para ir a casa. Llegamos y tumbándome exhausta en el sofá le pregunto a Melanie algo a lo que llevo dándole vueltas en la cabeza desde hace días.

— ¿Qué desearías tener?

Se extraña con mi pregunta.

—Eh, un coche para dejar de coger el transporte público. Soñar no cuesta nada, sería lindo tener uno. —Abre la llave del fregadero y se rompe—. Ah y una llave de agua nueva también.

—Muy graciosa.

— ¿Por qué la pregunta?

—No sé, mi intuición me dice que nuestra suerte cambiará. No logro explicarme porque siento eso, pero simplemente lo siento.

Escéptica responde:

—No me hago ilusiones, pero quién sabe.

Tal vez su falta de fe tenga argumentos. Unos muy grandes y profundos. Pero yo no quiero perder la esperanza, al menos me mantiene en pie y no caigo al vacío como creí que lo haría hace tiempo.

\*\*\*

Me visto y me siento nerviosa. «Joder, mis entrevistas siempre han sido para puestos de mesera, cajera. Jamás para trabajar en una presidencia».

No sé cómo actuar, como hablar, no sé nada de esto. —Ya deja de moverte, vas a joderte el maquillaje. —Lo siento. Las manos me sudan, «Dios, ¿por qué tanto lío para una entrevista?».

Llevo el pelo suelto y, por insistencia de Mel un maquillaje para mi gusto exagerado. Me miro en el espejo y no me reconozco. Parezco sacada de una reunión ejecutiva, no soy yo la que veo reflejada en él.

Me siento ridícula, porque no conseguiré ese empleo, pero todo sea por complacer a mi hermana.

Cojo mi bolso y respiro hondo.

«Megan, no la lées, Megan..., pareces una ejecutiva». — Al salir de la dichosa entrevista te llamo al móvil. — ¡Ánimo! Saldrás de esa entrevista con el empleo. — ¡Tu positivismo me pone histérica!

Salgo a la avenida. Cojo el primer taxi que veo pasar. El conductor me pregunta con un ánimo cansado, «pobre, debe estar igual de harto que yo».

— ¿A dónde?

—A la sede de Ivanov Pharmaceuticals, ¿Sabe dónde es?

—Niña, soy taxista, ¿Qué crees?

Pone en marcha el coche. «Joder, cada minuto que pasa me invade el nerviosismo». Comienzo a practicar entre dientes llena de inseguridad.

—Me llamo Megan McMillan, tengo veinticinco años, estudio farmacia...—Pienso—. Y amo la farmacia.

«Maldita mentirosa, ¡Eso no me lo creo ni yo! Vale, sólo sé natural Meg, lo peor que podría pasarte es que salgas sin empleo. Ya estas acostumbrada a eso». Continúo con mi estúpida práctica.

—Señor, ¿Podría ayudarme con algo?

El taxista se queda confundido.

—¿En que podría ayudarle?

—Sólo escúcheme, cuando acabe me dice si me escucho convincente.

—Vale...

Suspiro, Allá voy.

—Mi nombre es Megan McMillan, tengo veinticinco años, vivo en Seattle desde hace dieciocho años, pero nací en Italia, estoy estudiando farmacia en la universidad de Seattle. Domino el inglés y el italiano y joder nada más... ¡No sé hacer nada más!

El hombre se ríe, y yo no veo la gracia por ningún lado.

—¿Va una entrevista de trabajo?

—Sí..., la verdad es que estoy muy nerviosa.

—Vale, le digo algo, sea usted misma y todo fluirá con naturalidad.

— Gracias..., creo que es precisamente lo que haré señor

—Ya hemos llegado.

Miro a mi derecha y un enorme rascacielos futurista de unos cincuenta pisos me amedrenta. «Oh Dios, no he entrado y ya me quiero ir. Megan un lugar así no va contigo. Ahí solo hay gente tiquismiquis, fina, estirada, en fin, con muchos billetes».

— Son veintidós dólares.

Soltando un respiro, pago el taxi y bajo del mismo.

Subo los escalones y una fuente moderna adorna el logotipo de la farmacéutica, «¡Megan, no vayas a tropezar!».

Entro al vestíbulo y me quedo atónita. Es hermoso, todo es de color blanco y la claridad invade el lugar. Siento que no pertenezco a este sitio, yo jamás he estado en un lugar tan bonito como este.

Me acerco al mostrador futurista del vestíbulo, las recepcionistas está igual vestidas vestidas igual que aquellas del *Starbucks*, están peinadas, vestidas y maquilladas exactamente igual. Pelo recogido en una coleta, el maquillaje natural excepto los labios, las tres lo llevan rojo intenso. Las tres llevan chaqueta negra, falda negra a medio regazo y zapatos de tacón alto de unas cuatro pulgadas. Se sonríen con amabilidad y yo sin saber

ni a donde voy.

— Buenas tardes, bienvenida a Ivanov Pharmaceuticals,  
¿En qué podemos ayudarle?

«¡Megan, no tartamudees!».

— Mi nombre es Megan McMillan, he sido citada para la  
entrevista de hoy por la tarde.

— ¿Para el puesto de asistente ejecutiva?

— Sí, eso creo.

— Un momento...

Habla por el aparato que reposa en su oreja y me hace  
esperar unos segundos. Mientras habla por ese aparatito  
veo todo a mi alrededor, boquiabierta. Todos aquí son  
muy elegantes, para variar, yo odio vestir de traje todo el  
tiempo.

— Sí, la están esperando, piso treinta y dos, pregunte por  
América Swan.

— Vale..., gracias

Voy hacia el ascensor contando ovejitas en mi cabeza, los  
nervios me están ganando. Pulso el número treinta y dos,  
subo de golpe y siento que el estómago se me sale de  
sitio.

«¿Por qué coño este lugar me da algo de temor? No me lo  
explico». Miro hacia abajo y guiño los ojos. Las puertas  
del ascensor se abren y escucho enseguida voces  
femeninas.

— ¿Ivanov Pharmaceuticals Inc, presidencia, en qué  
podemos ayudarle? — Se oye lo mismo ciento de veces

Ciento y ciento de veces. Estas también están vestidas como si fueran a dar una serenata o algo así. Veo a unas cinco mujeres sentadas en el vestíbulo de la presidencia. «Joder, deben estar igual de nerviosas que yo».

Me acerco al mostrador futurista y otra vez me toca guardarme los nervios en el cajón

—Hola, soy Megan McMillan, he sido citada para la entrevista.

La recepcionista me responde:

—Sí, aquí está su nombre, sería la sexta, la señora América efectuará las entrevistas en unos minutos.

—Vale..., muy amable.

Me siento en uno de los asientos reclinables blancos de piel.

Una mujer sale de una de las oficinas algo atareada, es de aspecto autoritario y elegante. Tiene cabellos negros e inspira autoridad. Me siento horrible en estos momentos.

Ella, bueno todas, son mucho mejores que yo en estos momentos. Le pregunta a la recepcionista, temerosa.

— ¿El señor no dijo cuándo llegaría?

—No licenciada, pero lo que sí nos informaron es que llegó hace tres días.

Pone cara nerviosa.

—Si llega por favor, lo atienden en todo lo que necesite. Saben cómo es y es mejor evitar disgustos.

—De acuerdo, licenciada, cuente con eso.

La mujer se nos acerca y se presenta con tono amable.

—Buenas tardes, soy America (América) Swan,

vicepresidenta de Ivanov Inc. Aquí en Estados Unidos. Yo les estaré efectuando las entrevistas. —Suelta un suspiro—. Esperamos la llegada del dueño y presidente de la farmacéutica y es de un carácter un tanto difícil. De llegar por favor muéstrenle respeto y cordialidad. (

Todas asientan con la cabeza. Y yo me quedo confundida, «¿Por qué tengo que rendirle pleitesía a un fulano ruso que ni conozco? No pienso doblegar mi orgullo a un hombre sólo por conseguir el empleo».

Antes de que la licenciada Swan pudiera comenzar con las entrevistas el ascensor se abre y de su interior sale un hombre con traje negro, alto, elegante, castaño, ojos azules, piel blanca y un rostro serio e inexpresivo, y peor aún, el mismo del *Starbucks*. El que nunca se equivoca.

«¡Ay, Megan, estás jodida!».

—Buenas tardes, señor Ivanov, bienvenido —dicen las recepcionistas nerviosas.

América lo recibe algo nerviosa. El hombre no expresa nada, es como si no le hubieran dicho nada. Camina y nos ve sentadas. Las otras mujeres temerosas le saludan como ha pedido América.

—Buenas tardes, señor Ivanov...

Todas lo dicen a coro, menos yo. Me quedo callada con los brazos cruzados. Los ojos del hombre se clavan en mi

persona.

«Si se cree el señor que nunca se equivoca que voy a ser amable, está muy equivocado, por más ruso y dueño que sea de todo esto».

Me mira por unos segundos y con seriedad me dice:

—¿No piensa recibirme?

Lo miro y le respondo seca.

—No tengo porque saludarlo, no le conozco... ups perdón, yo si me equivoco.

Su mirada se vuelve furiosa.

—¿Quién es esta mujer? —Le pregunta a la licenciada Swan.

—Es una de las mujeres que será entrevistada, señor.

—Bien, háganla pasar a mi despacho para entrevistarla, lo haré personalmente.

—Pero señor, eso lo haría yo. Tengo encargado el reclutamiento de la asistente ejecutiva.

La mira intimidante, «pobrecita Swan. Tener que aguantar a este tipo arrogante no debe ser nada fácil».

—Ahora lo haré yo, América, no tengo que darle explicaciones.

América baja la mirada.

—Disculpe señor, no volverá a pasar.

Me levanto del asiento reclinable. Las manos me vuelven a sudar, «este señor me da un miedo horrible. Pero no me importa, el ruso este si cree que puede manejarme está muy equivocado. Desde que me dijo que no se equivoca me ha caído como una patada en el culo».

América me mira con indignación y me dice:

—Sígame.

La sigo y me lleva al despacho del gruñón ese. Entro y al ver el tamaño me quedo estupefacta, todo es blanco y de cristal. Las paredes de cristal tienen una preciosa vista de Seattle. Me siento en uno de los asientos frente al escritorio ejecutivo. Mis manos tiemblan. Aún ese hombre no llega, me está poniendo histérica.

Sobre el escritorio hay un lapicero y comienzo a jugar con los lápices tratando de calmar los nervios.

Abren la puerta, escucho unos pasos que se acercan al escritorio. Se sienta en su silla ejecutiva y girándose hacia el ordenador sin mirarme me dice:

— ¿No le han enseñado modales? ¿Podría dejar de tocar ese lapicero?

— Perdone.

—Así que te llamas Megan McMillan.

—Así es, señor.

Se gira y me mira fijamente.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

«Joder Megan, no tiembles...».

Se queda en silencio, ojea curriculum y yo otra vez contando ovejitas en la mente.

—Usted no tiene ni idea de lo que es ser recepcionista  
Respondo firme.

—Lo sé, acabemos con esto. ¿Puedo irme? Es obvio que no conseguiré el puesto. Me equivoque, la desesperación

en conseguir trabajo me ha llevado frente a usted. Su sola mirada me deja pegada en el asiento. Ese acento con el que habla me distrae y mucho.

—No me subestime, señorita McMillan, no se lo aconsejo. No sabe si le daré el trabajo o no.

Evado su mirada tratando de no distraerme.

— ¿Por qué me evade la mirada? En el *Starbucks* bien que no dejabas mirarme.

—Era distinto, no sabía quién era usted.

Ahora es él quién no deja de mirarme y eso me pone a mil, «¡Megan, no des ni un paso en falso!».

—Dígame, ¿A qué se dedica en tus tiempos libres?

—Eso a usted no le importa, no creo que tenga relevancia en la entrevista.

Se reclina en su silla ejecutiva sin dejar de mirarme.

—No sabe con quién está hablando, ¿cierto? Le sugiero que responda.

Me cabreo, «jodido ruso creído».

—Si (Sí), sé muy bien con quien hablo. Con un ruso gilipollas que se cree dios. Para su información, no le tengo miedo como esas mujeres que están ahí afuera. Cree que no se equivoca, pero si lo hace, conmigo se está equivocando y mucho.

Se queda estupefacto, me mira fulminantemente y me responde algo retante.

—Me sorprenden sus agallas, señorita McMillan.

—¿Puedo irme?

—¿No quiere el empleo?

— Por él es que estoy sentada en su despacho, ¿no cree? Deje de alargar esto, es obvio que solo se burla. No me va a dar el trabajo.

Llaman la puerta, América entra nerviosa, esa mujer le tiene pavor al ruso. «¿Es en serio?».

—Señor Ivanov, las otras mujeres están esperando a ser entrevistadas.

Con frialdad le dice:

—Cancele esas entrevistas... Ya tengo recepcionista. América se queda idiotizada con la decisión del ruso.

—Pero, ¿cómo?

— ¿No me ha escuchado? Creo que hablo inglés bastante claro. No me haga pensar que está falta de inteligencia. América traga saliva y asiente con la cabeza.

—Sí, señor, enseguida cancelo las entrevistas.

El ruso me mira y me dice con una sonrisa sarcástica y fría.

—La espero mañana a primera hora aquí. ¿Entendido? — Embobada asiento con la cabeza—. América le informará sobre su uniforme. —Me quedo como idiota aún en las nubes—. Ahora salga de mi despacho, señorita McMillan.

Me levanto y salgo del despacho y ya las ovejitas no saltan una cerca en mi cabeza. Salgó de mi mundo y me doy cuenta de la realidad, « ¡Joder, lo he conseguido! He logrado el trabajo en Ivanov Pharmaceuticals Inc.».

No sé si celebrar o lamentarme. Pues creo que será muy difícil trabajar para el ruso. Pero más difícil será guardarme los comentarios y la antipatía que le tengo a ese hombre.

Capítulo 3

**Mi priMer**

**y creo qUe UltiMo Día De trabajo**

Creo que no le caigo muy bien a América. Me mira algo disgustada por mi presencia, pero trata de disimularlo lo más que puede.

—Ten, presente esto en reclutamiento, firma el documento que sea necesario y mañana puntual aquí. El uniforme es el que todas las mujeres de la empresa llevan puesto, se lo suministrará el departamento de personal.

Me niego, me niego a usar ese uniforme.

—No me gustan las faldas...

—Pues desde este momento le encantan. Y le sugiero que

siga las normas si quiere durar en esta empresa.

«¡Fantástico! ¡Ahora me van a decir cómo vestir!». —

Reclutamiento se encuentra en el piso veinte. —Vale, gracias...

Bajo al piso veinte. Lleno todo el papeleo y mientras lo

hago todos me miran raro.

Termino tan rápido como puedo y cojo otro taxi de vuelta a casa y ahora sí que me me quedé sin un centavo.

Melanie me recibe con una pregunta obvia. —¿Tienes el trabajo?

—Extrañamente sí

Brinca como una loca haciéndome saltar con ella. —¡Lo sabía!, ¡Saldremos de esta! Ves como si puedes con

ese trabajo.

Me quito los tacones, voy hacia mi cuarto y me siento frente a al portátil. Ya me ha picado la curiosidad por saber que es exactamente esa empresa. Escribo en la barra de búsqueda de Google “Ivanov Pharmaceuticals Inc”, me salen cientos de resultados. Abro el primero y comienzo a leer:

*“Ivanov Pharmaceuticals, Inc es una farmacéutica rusa dedicada a la producción secundaria altamente motorizada. Produce pastillas, cápsulas, disoluciones para inyección, supositorios, entre otros. Su dueño y presidente es Mikhail Ivanov, quien posee más de treinta sucursales en todo el mundo siendo esta la una de las farmacéuticas más importante y grande del mundo”.*

«Genial, es un gilipollas millonario que produce

píldoras». Ceñuda le digo a Mel.

—Hoy conocí al tal Mikhail Ivanov, bueno en realidad me había topado con él un día antes en un *Starbucks*. Es un arrogante de lo peor.

—¿Y cómo es él? A parte de ser arrogante como dices.

—Prepotente, frío, inexpresivo, serio y cae mal.

—Apenas lo conoces Megan, además ahora será tu jefe.

—No me interesa conocer al ruso ese. Sólo voy a trabajar y punto.

Mi hermana me mira picara.

—Y dime, ¿es guapo?

Me quedo pasmada, «Esta mujer siempre pensando en lo mismo»).

— ¿En eso es en lo que piensas? ¡Es un limón verde! Es horrible, muy horrible.

—Contéstame con la verdad, porque será que no te creo nada.

Busco una foto de él en el navegador y se la enseño. — Este es él.

Mel se queda mirandola foto.

—Creo que hubiera ido mejor yo a la entrevista, ¡Meg es guapísimo! está muy bueno, dios, caliente a cualquiera.

—E insoportable también, no lo aguanto. —Me indigno

—. ¿Sabes lo que es que todas en la farmacéutica tienen que ir vestidas exactamente igual porque a él le da la gana? Además, de que el muy imbécil dice que nunca se equivoca, ¡hazme el favor!

—Tiene personalidad el ruso..., es su farmacéutica y pude hacerlo si quiere.

—Mel, no lo soporto, es un tirano. Les habla a sus empleadas como si fueran menos que él.

Veo su imagen en el ordenador y lo miro por unos segundos. No me había dado cuenta, tiene unos labios apetitosos, «¿Megan pero que te pasa?». Cierro el portátil sacudiendo la cabeza. Otra vez las ovejitas saltando cercas en mi mente.

—No duraré mucho en esa farmacéutica. No me quedaré callada sólo porque a ese gilipollas se le antoje.

—Ay Megan, debes de ser más receptiva a las órdenes.

—De un imbécil no, lo siento.

—¡Es que a veces eres tan pero tan terca! Ese imbécil como tú le llamas es tu jefe.

La miro harta, ya está dando mucha lata.

—Me voy a dormir...

\*\*\*

Me despierto, veo el reloj; «maldición, me queda una hora para llegar a la puñetera farmacéutica y el tráfico es infernal». Me levanto a toda velocidad, me visto y salgo corriendo.

Ya en la calle cojo un taxi, porque sé que si voy en bus llego mañana.

Cojo el estuche de maquillaje, y me maquillo en el viaje. Mierda, se me ha olvidado como era el puto maquillaje)». Me maquillo a mi manera y que me diga algo el ruso que no me voy a callar.

Odio los tacones y tendré que estar en ellos todo el día. «¡Joder!, Dios, creo que peor no me puede ir. Llego a la presidencia y América me recibe con las prácticas.

—McMillan, este será tu lugar. Tu micrófono está conectado a tres líneas: a mi oficina, a la de la recepción principal y a la del señor Ivanov.

—Vale, entendido.

—A cada llamada que entre contestarás buenos días o tardes depende de la ocasión. Y dirás: “presidencia de Ivanov pharmaceuticals, ¿En qué podemos ayudarle?”, ¿Entendido? —Asiento con la cabeza—. Obedeces a todo lo que el señor mande, sin peros, sin cuestionamiento. Asiento a regañadientes.

—Bueno, pues a trabajar

«Vale, Megan, tienes muy buena memoria, no se te olvidará nada de tus deberes». El teléfono suena, la línea que suena es la del ruso, «no, no, de tres líneas que hay y tiene que ser la de él. Su sola voz me amedrenta. ¿Por qué me molesta tan temprano?».

—McMillan, preséntese en mi despacho.

—Vale, señor Ivanov.

Me levanto de la silla y miro al fondo, la puerta del ruso me da escalofríos. «Megan, paciencia». Camino hacia ella y toco la puerta con temor y algo de orgullo. Mezcla explosiva.

—Adelante.

Entro y veo que atiende una llamada, habla con otro ruso porque no entiendo nada de lo que dice. Me quedo parada al lado de la puerta. Termina la llamada y con frialdad me dice:

—Quiero un café.

Me cruzo de brazos.

—¿Y?

—Usted me traerá uno.

—Le traigo uno de la de la cafetería.

Niega con la cabeza.

—No bebo cualquier tipo de café, usted saldrá y, me lo comprará en el *Starbucks* que está en la esquina. En aquel en el que no dejaba de mirarme.

Me cabreo.

—Entre mis deberes no se encuentra comprarle el café, señor Ivanov.

—¿Y? Le ordeno que haga lo que le estoy pidiendo, para algo le pago.

Odio que me den órdenes y más si no las tengo que cumplir.

Gira la silla ejecutiva y me mira a los ojos colmando mi paciencia.

—He dicho que compres mi café, ¿Es sorda?

Trago saliva y me trago mis palabrotas.

—Enseguida le traigo su café, señor.

Salgo de la oficina del ruso como alma que lleva el diablo. Quiere un café, pero no cualquier café..., lo quiere de *Starbucks*. «Megan, respira..., respira». América me detiene.

—¿A dónde vas? Se supone que tienes que estar en tu área de trabajo.

Mosqueada respondo:

—Lo sé licenciada Swan, pero el señor Ivanov quiere un maldito café de *Starbucks* y me ha mandado a buscarlo.

Entro al ascensor con ira. «Megan, cálmate es solo un jefe tirano, has lidiado con peores».

Camino hasta el Starbucks, «joder, la fila es kilométrica». Llamo a la presidencia de la farmacéutica y me contesta América.

—Buenos días.

—Licenciada, habla Megan, estoy en el Starbucks y la cola es horrible. Llegaría para la hora de la comida.

—Déjeme y hablo con el señor...—Me deja en línea y al rato contesta—: Megan, haz la fila y trae el café.

—Vale, haré la cola entonces.

Cuelgo el móvil. Comienzo a creer que me dio el trabajo sólo para hacerme pagar por mi actitud en la entrevista. Es tan raro, es tan inexpresivo que no parece tener sensibilidad por nada.

Paso al menos cuarenta y cinco minutos en la puta maldita sobre unos malditos tacones de diez centímetros sólo para

que el señor Ivanov tome su café, es que cada vez me cae peor.

Pido el puñetero café y salgo del maldito Starbucks hasta las narices. Llego a la presidencia, voy al despacho del ruso y toco la puerta. Entro con el café en la mano con los pies doloridos.

—Aquí está su café, señor Ivanov.

Lo dejo sobre su escritorio. Ojea unos papeles, no me presta atención, sólo responde:

—Llévatelo, ya no lo quiero.

Un cabreo enorme me invade. «¡Maldito ruso! Es un idiota presumido y que ya me está llegando a la azotea».

— ¿Sabe cuánto tiempo estuve en esa maldita cafetería para comprar ese maldito café?

Sin importarle lo que le he dicho responde:

—No le he preguntado lo que ha pasado por comprar el café, retírelo y usted también.

«Megan, ¡cuenta del uno al diez, maldita sea!». Cojo el café y aprieto los dientes.

—Necesito que redacte unas cartas.

Me giro.

—Ese no es mi trabajo, hágalas usted si tanto le urgen. O hable con una de las recepcionistas.

Salgo de la oficina, me dirijo al baño y tiro el café en el lavabo. Cojo el móvil y llamo a Mel molesta, tengo que hablar con alguien o voy a enloquecer.

—¡Hola! ¿Cómo te va en tu primer día de trabajo? —

¡Fatal! No creo que aguante mucho tiempo en este

trabajo. ¡Quiero asesinar a ese ruso!

—Lo harás Meg, concéntrate en tu trabajo, lo demás fluirá naturalmente.

Suspiro fuertemente.

—Vale, lo intentaré.

—Te tengo una noticia, han llamado del hotel donde tocas, quieren que lo hagas en una recepción esta noche.

¿Crees que puedes?

Me lleno de emoción, eso es lo único que me gusta hacer, tocar me libera..., es lo único que logra desconectarme de todo lo demás.

—¿En serio? Pensé que no llamarían más. No sabes la alegría que me da escuchar eso.

— Sí, bueno te dejo para que trabajes a gusto.

Regreso a la recepción cansada y América me dice:

—El señor Ivanov quiere verla.

« ¿Qué Pasa con este hombre no tiene nada más interesante que hacer?». Voy cabreada al despacho otra vez, «esto es increíble».

— ¿Qué se le ofrece, señor?

Se gira con frialdad, «que raro en él», pienso irónicamente.

—Necesito que me hagas llegar esos papeles que ves ahí. Me quedo boquiabierta, «no este tío ya me está jodiendo por venganza».

— ¿No puede cogerlos usted?

—No, pásamelos.

Se los paso con rabia.

—Siéntese.

Lo hago y aprieto los dientes.

— ¿Y? ¿Qué quiere?

—Ya me cansé de su tono ordinario. Usted trabaja para mí y obedece mis órdenes. No le voy a tolerar más insolencias, ¿Le queda claro?

«¡Que le den!, Megan, contrólate..., aunque quieras partirlo por la mitad, contrólate ».

— Sí señor, no volverá a ocurrir.

Me muero de la rabia, quiero mandarlo a la mierda pero no puedo, tengo que morderme la lengua, tragarme el orgullo y fingir que me encanta trabajar aquí.

—Ahora salga de mi despacho, me estorba.

Salgo del maldito despacho y regreso al mostrador.

Durante todo el día tengo trabajo que no se acaba, «genial y es mi primer día».

Se está poniendo el sol, miro el reloj, son las seis de la tarde. Tengo que irme a tocar al hotel.

Me quito el aparato de mi oreja y lo guardo en uno de los cajones. Voy hacia el despacho de América y toco la puerta suavemente.

—Adelante.

—Licenciada Swan, he dejado todo en orden en el mostrador. Ya me retiro.

—Te aconsejo que le hagas saber al señor Ivanov que se va.

—Vale, lo haré. Buenas noches.

Trago saliva. Veo al fondo la maldita puerta. Voy al

despacho del ruso y toco la puerta.

—Pase.

— Señor, ya me voy, sólo paso a informarle.

Inexpresivo responde:

—Usted no se puede ir.

—Sí puedo, mi horario de trabajo es de siete de la mañana a seis de la tarde.

— ¿Y? Aún no redacta ha redactado mis cartas.

« ¡Y dale con las putas cartas! ».

—Mire señor, tengo otro trabajo y no puedo llegar tarde, si tanto le urgen las cartas hágalas usted, que pase buena noche.

Salgo del despacho y en zancadas me dirijo al ascensor.

Bajo al vestíbulo y ahora el otro asunto, llegar a casa.

Miro mi bolso, tengo cuarenta dólares. «Pues nada tendré que coger un taxi si quiero llegar a tiempo».

Cojo el primero que pasa. En el viaje le marco a Mel apurada.

—Mel, estoy de camino necesito que busques el violín, está en mi cuarto. Llego me cambio de ropa y vuelvo a irme, te quiero.

—Vale, nos vemos.

Cuelgo el móvil. Reclino mi cabeza en el asiento y suspiro, me viene a la mente el ruso, es tan arrogante que le hierve la sangre a cualquiera. Pero no comprendo porque está en mi mente a cada rato.

Llego a casa y abro la puerta, voy tirando la ropa por todos lados. Tacones por un lado, la chaqueta y falda por

el otro.

Busco en mi armario ese vestido negro entallado precioso que uso cuando toco. Me lo pongo y mientras subo la cremallera, Melanie me pregunta:

— ¿Y qué piensas tocar?

Sonrío.

—Te acuerdas de aquella canción que compuse, la que decías que era como melancólica.

—Sí, es muy bonita.

Cojo el estuche del violín y me lo pongo al hombro. Me retoco el pintalabios frente al espejo con deprisa.

—Ya me voy que se me hace tarde.

\*\*\*

Entro al hotel algo nerviosa, tocaré algo nuevo y digamos original. Me siento fuera de órbita. Todos a mí alrededor son gente adinerada y de la alta sociedad.

Un empleado me detiene, «yo, yo creo que ni clase social tengo. Si en la entrevista con Ivanov estaba nerviosa aquí estoy el doble».

—¿Megan McMillan? —Asiento con la cabeza—. En cinco minutos subes a la plataforma y tocas de fondo hasta que comience la actividad.

—Vale, no hay problema.

Subo a la plataforma y saco mi violín y el arco del estuche. Me siento en una silla en medio de la plataforma. Coloco el violín sobre mi hombro izquierdo y realizo una pinza entre la cabeza y el hombro. Siento que se me hace un nudo en el estómago. Tengo frente a mí personas que lo más probable escuchan grandes músicos y comparado con lo que toco les puede sonar muy poca cosa. Llevo el arco hasta el violín y toco las primeras notas. Me detengo y veo que hay un pianista a mi lado. Le doy una copia de las notas. Se escucharía perfecto el piano junto al violín.

— ¿Podrías acompañarme? Lo haría yo pero no puedo con dos instrumentos a la vez.

—Vale, encantado.

Cierro los ojos y comienzo a tocar. Me siento plena haciendo lo que amo. La música me transporta a otro lugar. Puedo ser yo, expresar lo que siento. Término la melodía y los aplausos me halagan. Sonrío y todo me parece hermoso hasta que veo entre la gente a ese imbécil mirándome fijamente. Trago saliva « ¿Qué coño hace aquí? ¡Dios dame paciencia! ».

## Capítulo 4

# **Mi Mente, ¿pervertiDa?**

«¿Acaso me está siguiendo? No es posible tanta

coincidencia». Está mirándome fijamente junto a unos señores.

«Tranquila Megan, finge que no te hierve verlo, que te da igual. Joder, todos aplauden menos él, más bien me mira como ¿Eso es todo?, ¡Maldito ruso! ¿Cómo ha terminado precisamente aquí? Creo que he roto un espejo o algo así porque últimamente mi suerte es un asco».

Bajo de la plataforma y mi jefe se me acerca.

—Sé que no quedamos en esto. Pero necesito que te quedes, el otro músico me ha fallado, no ha llegado.

—No se preocupe, me quedaré el tiempo que necesite. Me mira, al parecer no me ha dicho todo y parece que no sabe cómo terminar y pedirlo.

—Me has dicho que cantas, necesito que cantes, puedes usar temas de artistas, pero por favor canta, necesito un cantante en la actividad.

Me quedo helada, «si apenas canto en la ducha. Cantar y encima en frente del ruso ese..., me quiero morir».

—Pero nunca he cantado delante de tanta gente.

—Te pagaré el doble, pero por favor canta, necesito que lo hagas.

Trago saliva hecha un manojo de nervios.

— De acuerdo, lo haré.

Me acerco al micrófono de la plataforma con las piernas como gelatina. «Megan, puedes con esto y mucho más,

solo imagínatelos a todos desnudos y pasarán los nervios».

—Buenas noches, espero que estén pasando una velada agradable. Mi nombre es Megan McMillan, soy violinista y espero agradarlos con con mi música. A parte de tocarles les cantaré, espero que mi voz les sea de su agrado.

«¡Maldición, no me quita los ojos de encima! ¡Me va a dar un infarto!».

—Voy a interpretar “Love song” de Sara Bareilles. Me voy a atrever a tocar el piano en público. Nunca lo he hecho delante de tantas personas, pero es hora de usar las clases de piano, me encantan los retos.

Me acerco al pianista.

—¿Me dejas el piano?

Se queda extrañado.

— ¿También tocas el piano?

Digo que si con la cabeza.

—Vale.

Me siento en en el banco frente al piano. Suspiro, «maldición, quiero hacerlo como nunca. Quiero impresionar a todos, incluso a él, Megan... ¿Porque quieres impresionar al ruso? Hay veces que ni yo misma me soporto».

Mis dedos comienzan a tocar las teclas del enorme piano negro. Canto al ritmo de la canción y en segundos me adentro en la música. Vivo lo que toco, lo que canto. Llego a notas altas que jamás pensé que lo haría. Canto

con los ojos cerrados transportando mis sentidos a las notas musicales. Termino de cantar y se doblegan los aplausos.

Me siento con esa satisfacción que sólo logro obtener a través de las notas musicales. El señor Ivanov aún me observa, frío e inexpresivo.

Bajo de la plataforma con mi violín y me acerco a mi jefe.

— ¿Es necesario que me quede toda la noche?

—No, pondremos al pianista a tocar. Megan, tienes una voz angelical. Deberías considerar cantar profesionalmente.

Me sonrojo, jamás me habían dicho algo así de bonito, mucho menos alentarme a que lo haga profesionalmente.

— Gracias..., lo tendré en cuenta.

Me da un cheque y lo miro mientras añade:

—Cantaste fenomenal, te espero el sábado por la noche.

— ¿Enserio?

Asiente con la cabeza.

Me acerco a la salida y veo que ya el ruso no me mira. Ya no le presta ni la más mínima atención a mi presencia.

Salgo del salón de actividades y reuniones y me siento exhausta en el vestíbulo.

Lo siguiente, coger un taxi para ir a casa. Miro el cheque y me quedo boquiabierta. Mil quinientos dólares, jamás había ganado tanto tocando. Será un verdadero alivio en casa.

Me levanto del asiento aterciopelado y cojo mi violín y me lo pongo en los hombros. Veo salir del salón de

reuniones a Ivanov rápidamente.

Salgo del hotel lo más rápido posible y termino cogiendo el metro hasta casa.

Busco en mi bolso las llaves, abro la puerta; entro desganaada y exhausta, quiero dormir dos días seguidos. Mel sigue ahí despierta como todas las noches.

— ¿Qué haces despierta?

—Esperándote, ¿Cómo te fue?

Sonrío.

—Me fue bien.

Saco el cheque del bolso.

—Ten, mañana cambia esto en el banco y paga el alquiler del mes y todo lo que haga falta.

Suelto el violín en el recibidor muerta del sueño. —Me voy a dormir, estoy muerta. — Vale, que descanses.

\*\*\*

Suena la maldita alarma. La muy infeliz me avisa que tengo que ir a trabajar con el ruso que se cree más que el presidente de Estados Unidos.

Me levanto de la cama y apago el despertador. Veo mi uniforme de recepcionista puta caliente pollas y pongo cara de hastío. Sé que necesito el trabajo, pero lo peor del mundo es trabajar en lo que no te gusta.

Me ducho rápido y con el ánimo por los suelos comienzo

a vestirme. Me detengo frente al espejo y recojo mi pelo en una coleta, por un momento pienso, « ¿Porque tengo que llevar coleta? ¿Sólo porque el ruso le da la gana? ».

Dejo la horquilla a un lado y dejo mi pelo suelto con esas ondas bonitas que tanto me gustan. «Ay Megan McMillan, como te gusta llevar la contraria». Maldito rojo intenso, es que lo odio y me hiere escuchar la voz de América en mi mente diciendo: «Los labios rojo intenso son parte del uniforme señorita McMillan».

« ¡Joder! », me maquillo como una recepcionista calientapollas siguiendo la política de la maldita farmacéutica rusa.

Salgo a la cocina y veo a Mel sentada en un taburete comiéndose mis galletas de avena. Definitivamente no tengo suerte.

—Melanie, esas son mis galletas.

Se ríe divertida.

—Creo que vas tarde...

Miro el reloj. «¡Maldición!».

Salgo corriendo para coger el primer taxi que pase.

Llego exhausta a mi mostrador y voy con cinco minutos de retraso. Jadeo y siento que el aire no me da.

No creo que se dé cuenta que he llegado cinco minutos tarde. A mi lado hay otra recepcionista, una morena y de aspecto amable. No la he visto antes. La miro y le pregunto:

— ¿El señor ha llegado?

—Sí, hace media hora.

—Soy Megan McMillan.

—Emma Winters, mucho gusto.

Sonrío.

—Igualmente...

Veo a América acercarse a mí, eso es sinónimo de que Ivanov va a empezar a dar por culo desde primera hora de la mañana.

—Megan, el señor la llama.

—En un momento estoy con él.

Golpeo las uñas contra el mostrador. «¡Es que solo me jode la vida!».

—No te cae bien el dueño de la empresa, ¿cierto? —

Pregunta Emma.

—¿Se me nota mucho? —Asiente con la cabeza—. Es un... Nada voy a ver qué coño quiere.

Voy hacia la oficina de Ivanov y como siempre la misma escena, él frente a su ordenador con cara de funeral, fría e inexpresiva.

— ¿Qué se le ofrece, señor Ivanov? —Se queda en silencio, odio que haga eso—. ¿Señor?

Me da la espalda girando en su silla ejecutiva para ignorarme y hacer que me enfade más.

—Ha sido algo deshonesto con su jefe, ósea conmigo.

Trago saliva.

—No sé de qué habla, no le he sido deshonesto en ningún sentido.

—Tocas y cantas por las noches en la recepción de un hotel, ocultó esa información en la entrevista.

—No tenía por qué saberlo..., es mi vida y de ella digo lo que yo quiera.

Se voltea y me mira frío. Puedo sentir que está algo cabreado, pero me da igual. El día en que no lo esté me dejo de llamar Megan McMillan.

—Megan McMillan, su actitud altanera y prepotente no me agrada.

—Qué pena, pero así soy y, ni usted con millones o la señora Flores con sus malditas amenazas me van hacer cambiar mi forma de ser.

—¿Señora Flores?

—Olvide que dije eso, es la propietaria de mi casa, ¿se le ofrece algo más?

—Sí, aprenda modales, no sea tan ordinaria. Si viera lo ordinaria que es ante los ojos de otra persona no saldría de su casa. Salga de mi despacho.

«¡Ordinaria su abuela!».

—Y usted deje...—Me muerdo la lengua.

—¿Iba a decir algo?

«Maldición», salgo a toda leche del despacho. «Ese no es el señor Ivanov, ¡es el señor hielo!».

Vuelvo al mostrador, estoy toda la mañana aprendiendo algo nuevo sobre lo que es mi trabajo. Miro el reloj, es la hora de la comida, no pienso salir a comer. Tengo mucho trabajo y necesito ocupar la mente en algo.

— ¿Vas a almorzar?

—No Emma, me quedaré aquí. Tengo mucho trabajo.

—Vale, regreso en una hora.

—Vale, buen provecho.

Todos se van a comer. La presidencia se queda tétricamente sola. Veo a Ivanov salir de su despacho con su rostro serio e intimidante, ya me aburre de tanto verlo. Bajo la mitad de la cabeza ocultándome con el mostrador para evitar mirarlo. «Es estúpido, Megan, él disfruta haciéndote la vida infeliz».

Se detiene frente a mí preguntando:

—¿No piensa salir a comer?

Niego con la cabeza.

—No tengo hambre.

Hace un gesto de que le da igual.

—Como quiera.

Entra al ascensor y se retira. Suelto un suspiro, al fin paz. Termino de redactar las dichas cartas del ruso, me levanto de mi silla y las cojo.

Voy hacia el despacho de Ivanov y abro la puerta. Hay algo que no puedo negar, este hombre me llena de intriga y misterio, es tan frío e inexpresivo que crea en mí esa curiosidad de registrar sus cosas.

Entro al despacho, es precioso, no me había fijado en los detalles. Más que bonito, es todo sumamente exclusivo. Una hermosa vista de Seattle, su silla ejecutiva en piel y con ese aroma impregnado en ella.

Dejo las cartas sobre el escritorio. No aguanto las ganas de sentarme en su silla ejecutiva en piel y lo hago. Cruzo

las piernas y miro las cosas que tiene sobre el escritorio, no hay mucho. Está muy ordenado.

Miro todo como una niña pequeña. Muevo el ratón del computador y me quedo patidifusa, todo está en unas letras raras mezcladas con un que otro número. Trato de leer pero sólo entiendo el encabezado “Ivanov pharmaceutical”.

Me levanto de la silla y no me he dado cuenta, se me ha ido toda mi hora de la comida mirando las cosas del ruso. Abre la puerta y siento que mi corazón cae en el suelo rebotando del susto.

—¿Qué hace en mi despacho? ¿No le han dicho que aquí nadie entra sin mi autorización?

«Maldición, la he liado, Megan, ¡La has liado! Solo a ti se te ocurre entrar sin preguntar».

—Le he hecho las cartas que me mando hacer.

Se acerca a mí y su presencia intimida y corrompe la paz. Seguro que me echa y me grita. «Esta vez te lo mereces, Megan».

—Ya se puede ir, no estorbe.

Se sienta en su silla ejecutiva. Doy un paso para alejarme de él y resbalo cayendo en su regazo. Me quedo helada por unos segundos. Estoy sentada en el regazo del ruso y eso es malo, muy malo. Sus ojos se clavan en mí furiosos. Nos observamos por unos segundos, él me mira y efímeramente su mirada se cierne en el escote de mi blusa. Sus pupilas azules se oscurecen y me lleno de temor. Sagazmente caigo en tiempo y me pongo en pie

toda colorada.

—Disculpe, me he resbalado. Por favor, perdóname.

Se queda serio.

—Lárguese.

—Le pido otra vez perdón, fue una torpeza de mi parte.

Yo..., de verdad que no vuelve a ocurrir.

— ¡He dicho que se largue!

Salgo muriéndome de la vergüenza. Cierro la puerta del despacho. «¡Joder, estoy temblando!».

Comienzo a llorar y no sé porque, siento que aunque intente ocultar mi dolor con una actitud macarra y altanera solo consigo dañarme a mí misma.

\*\*\*

—¿Qué tienes? —pregunta Mel.

—No es nada, estoy bien.

Me quito los tacones y los deajo a un lado. Voy hacia mi

cuarto y quiero morir y que luego mueran todos los rusos.

Grito en la almohada llena de frustración. No puedo quitarme de la mente a Mikhail Ivanov y eso me jode, me jode mucho.

— ¿No piensas cenar?

—No tengo hambre, tengo sueño. Como luego. Me encierro en mi cuarto me tumbo en la cama y cierro

los ojos. No se me quita de la mente esa imagen mía sobre Ivanov. No sé porque coño me pasa pero siento que cada vez su actitud me intriga más.

*Estoy en una cama amplia. Ladeo a ambos lados y todo está oscuro. Tengo algo que me tapa los ojos. Me toco y no tengo absolutamente nada de ropa. Me separan las piernas. «¿Qué coño está pasando? Me desespera no poder ver nada».*

*Siento algo húmedo y cálido rozando mi vagina. Es agradable y comienza a robarme suspiros y gemidos. Me chupa y succiona hasta hincharme y logra que chillé del placer. Me muero de vergüenza, no sé quién me hace sentir esta excitación. Pero en estos momentos no me importa, solo quiero más de esto tan nuevo y lleno de placer.*

*Arqueo mi espalda al sentir que me penetran lentamente. Me expande y mi vagina lo acoge con deseo. Entra y sale de mí y solo escucho unos jadeos. Ese aroma..., ese acento me eleva. Me retuerzo en la cama del placer liberando un chillido.*

Despierto de golpe. Estoy sudada y tengo el pulso acelerado. «Joder, nunca había soñado algo erótico y mucho menos así de real. Nah..., Megan estas enloqueciendo. Seguro es eso».

Lo que me apena no es el sueño, si no quien me hacía gemir en él. Creo que estoy colapsando.

Me siento en la cama cruzando las piernas, me toco el cuello y estoy empapada en sudor. No solo el sudor me ha empapado, mis bragas están húmedas nunca antes me había pasado algo así.

Trago saliva, «maldición ya todo esto se me está saliendo de control».

## Capítulo 5

### **Mi qUeriDa aMiga inocencia está MUrienDo**

#### **Unas semanas después**

El trabajo es cada vez más pesado. Eso sin añadir que el ruso me tiene de chica de los recados.

Suena el teléfono y ya sé quién es, « ¿Qué va a pedir esta vez? ¿Qué busque sus trajes negros al sastre?».

— ¿Qué se desea, señor Ivanov?

—Te quiero en mi oficina ahora.

—Ya voy.

Suspiro. «No quiero verlo, ese sueño..., luego él..., ¡Joder!».

Camino hacia el despacho. «Megan, fuera cosas pervertidas. Mente sana, mente inocente».

Entro y con voz tenue le digo:

—¿Qué se le ofrece?

Arquea una ceja y ordena:

—Saldrá conmigo a tomar un café.

Me quedo tonta.

—¿Por qué saldría con usted a tomar un café? ¿Me está proponiendo que salgamos?

—Porque yo se lo ordeno, y no, no quiero salir con usted. No me gustan las mujeres corrientes.

Trago saliva, «directo al hígado. Uy es que cada vez lo odio más».

—Pues lo siento, no se va a poder.

—¿Por? Serán asuntos del trabajo, no se puede negar.

—Esos asuntos los trato con América, ella es mi jefa directa. Y si quiere hablar de trabajo podemos hacerlo ahora.

—Soy el jefe de América, por lo cual el tuyo Megan.

—Señorita McMillan para usted —aclaro.

Se queda estupefacto y soberbio responde:

—Yo la llamo como mejor me parezca, para eso soy su jefe.

—Vale, entonces yo lo llamaré Mikhail, Así se llama, ¿no?

Se levanta de la silla ejecutiva y agrediéndome con la mirada advierte:

—Vuelve a llamarme por mi nombre y usted va a tener serios problemas.

Me cruzo de brazos prepotente, «es que ya el hombre me cae como el puto culo, me tiene hasta los ovarios».

—¿Necesita algo más aparte de quitarme mi tiempo? —

Voy hacia la puerta—. El café ahorrárselo. No salgo con gente como usted.

Salgo de la oficina y maldición, siempre salgo de ella con esta sensación de quererle decir más.

Me siento en mi silla e intento concentrarme en mi trabajo. Suena mi móvil, «¿es que no pueden dejarme en paz?». Corro hacia el baño a para recibir la llamada.

—Meg, vamos a hablar nena.

—¿En serio tú? ¿Te digo algo? No me digas nena porque me repugna y, déjame en paz que estoy trabajando.

—Si no accedes a hablar conmigo tendré que ir a tu trabajo para hacerlo en persona.

Me desespero, Julián dándome el coñazo para terminar de joderme el día.

—¿Cómo coño te hago entender que no quiero nada contigo? ¡Déjame en paz!

—Yo te amo Megan. No podemos terminar así.

—Y yo no, estoy en horas de trabajo deja de joderme la vida.

—Vale, dame solo media hora. —Respiro hondo—.

Mañana en el bar de siempre, solo media hora y ya luego no te molesto más.

—Si así sales de mi vida, está bien, pero no lograrás nada que conste.

—Tú sólo dame la oportunidad.

— ¡Es que eres imbécil! ¡No quiero nada que ver contigo! Cuelgo el móvil. «Esto no me está pasando. ¡¿Cómo quitármelo de encima?!».

Salgo del baño, vuelvo a mi puesto de trabajo, América me busca en el mostrador y me dice:

—Tienes trabajo...

—Si Sí, lo sé.

—No, no me estas entendiendo. Tienes que quedarte unas horas adicionales de las que te corresponden para ayudar al señor con unos estados para unos inversionistas.

Trago saliva.

—No, no puedo.

—Megan, se te pagarán como si fuera un día más de trabajo.

Pongo cara de nerviosismo.

—¿Es muy necesario? Es que tengo otros compromisos. América me da los estados y resopla cansada.

—Si no lo fuera, créeme que no te lo estuviera pidiendo.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Qué remedio.

Miro el reloj, «dios, cada minuto que pasa me crea más y más tensión».

Emma se va, América y las demás empleadas también.

Bien, es hora de morderme la lengua, poner mi mejor cara e ir al despacho del ruso. Entro al despacho y el silencio reina en el lugar.

Lo miro y no dejo de pensar en ese sueño digamos extraño. Siento que algo en mí se siente atraída por el ruso, su actitud fría y cortante y, otra que lo rechaza y odia con todas mis fuerzas. Me intriga, me reta.

Me acerco al escritorio. Me siento frente a él y me dice gélido:

—Páseme los estados financieros de Edmond Stuart.

—¿Año?

—Dos mil diez.

Lo busco entre los papeles y temblorosa se lo entrego.

—Aquí está.

Se queda en silencio.

—Estudias farmacia.

Levanto la mirada atónita, « ¿Cómo coño se ha enterado? ».

— ¿Cómo sabe eso?

—A veces me pregunto si usted tiene algún tipo de retraso mental. Megan, en tu curriculum están tus estudios.

«Más idiota no puedes ser, Megan McMillan, ¡cabeza hueca! ».

—Se me había olvidado, pensé que me espiaba.

—No perdería mi tiempo espiándola a usted. Mejores cosas tengo por hacer.

Me levanto de la silla y chulesca le respondo:

—En cambio yo tengo que perder mi tiempo escuchando a un gilipollas como usted, que tiene una cara tan plástica e inexpresiva que es hasta estúpida, solo porque es mi jefe.

Se levanta de su silla y camina hacia mí mosqueado. Doy un paso hacia atrás y él da uno hacia el frente.

—No comprendo cómo puede haber tanta actitud ordinaria en una sola persona y menos en una mujer. ¿No le da vergüenza? No sabe lo que está haciendo, yo que usted me quedaba callada porque puede meterse en problemas.

—¿Por qué? ¿Por qué usted lo dice? A mi usted no da miedo.

Me coge del brazo con fuerza.

—Cállese, ya me harta escuchar tanta cosa corriente.

—No pienso callarme lo que pienso de usted, ¡ya me harta! es tan falso que parece un maniquí. Es tan prepotente y soberbio que espanta a todos los que están a su alrededor.

—No se lo vuelvo a decir, o se calla o la callo a mi manera.

« ¡Es que me enferma que quiera imponerse!».

—Pues no me callo, ¿cómo la ve? y si quiere despedirme hágalo, me haría un favor y no vería más su cara tiesa, seca e imperturbable. Prefiero irme a pedir trabajo de puerta en puerta que trabajar con usted. No sabe con lo que cargo en mi vida como para tener que aguantarlo a usted también. — Derramo un par de lágrimas cansada de todo y añado—: Ya estoy cansada de que me diga ordinaria o que me joda por cualquier cosa. ¡Ya déjeme en paz!

Clava su mirada en mi rostro y me pone contra la pared y su cuerpo sobre el mío.

Me asusto, lo hace de una forma bruta y fuerte. Me amedrento y no vuelvo a alzar la voz. Siento su aliento sobre mi cara.

—Dije que se callara.

—Y yo dije que no me callo ruso estu...

Me pone las manos por encima de mi cabeza sujetándolas

con una de sus manos. Mira mis labios y su respiración se vuelve forzada. De repente tengo sus labios sobre los míos. Besa mis labios y el enfado se convierte en un deseo extraño y momentáneo.

Penetra mi boca con su lengua de una forma brusca y fuerte. La mía se roza contra la suya y un calor agradable corre por mi cuerpo. Une su cuerpo con el mío pegándome con fuerza contra la pared, siento un bulto prominente y endurecido entre sus piernas clavarse en mi abdomen. Tiene una erección, se ha endurecido al besarme y sentirlo así me pone al cien y no puedo controlarlo.

«Megan, mente sana, no pienses en el sueño, solo imagina las ovejitas saltando la valla».

Me desea, provoco esto en él. Provoco que su pene se endurezca y me bese con descontrol. Es tan inexpresivo que pienso que esto es producto de mi imaginación.

Rozo tímidamente mi lengua con la suya nuevamente, «joder, la sensación me gusta y mucho». Nuestras lenguas se acarician, siento reflejos en mi entrepierna, me humedezco como en el sueño, « ¡Madre mía!».

Me oprime cada vez más y no quiero que se detenga. Me suelta de golpe. Se aleja de mí y vuelve a sentarse en su silla ejecutiva algo nervioso fingiendo que el beso no le causo ningún efecto.

—Lárguese, termino sólo.

Me quedo como, «¿Qué coño le pasa? Ósea me besa y clava su erección en mí y luego se sienta en esa maldita

silla y me dice lárgate. Vale, está claro que este tío tiene un tornillo suelto. Joder, no sé qué hacer, como actuar...».

Bajo la cabeza y tartamuda digo:

—Buenas noches, señor Ivanov.

Salgo en zancadas del despacho con el corazón a mil y las bragas húmedas. Entro al ascensor. En definitiva, este hombre tiene un raro efecto en mí del odio a la atracción.

Decido regresar al despacho nuevamente, aquí voy de impulsiva. Abro la puerta y sin decir más camino hacia Mikhail beso sus labios y siento aun su erección rozándome. Él se queda tieso, no esperaba que me quedara con ganas de más.

—¿Qué demonios le pasa?

—Un impulso, igual que el suyo.

Miro su entrepierna y su erección está mucho más notable. Me quedo mirándola con cara de idiota y agarrándome por el brazo Mikhail me lleva a la puerta y respirando algo acelerado responde:

—He dicho que se largue, tengo que estar solo, necesito estar solo.

Me saca de la oficina cerrando la puerta en mi cara.

Acabo de besar por segunda vez al ruso ese y además le he visto el paquete caliente. No, ya me ha pasado mucho por hoy.

Cojo el taxi para ir a casa y siento que hice el tonto en ese maldito despacho.

Cuando llego, tiro las llaves en el bol de cristal de la

mesita que está junto a la puerta.

— ¿Te digo algo? Estás rara —dice Melanie.

—Melanie, acabo de llegar, estoy cansada. Debo parecer un despojo. Me voy a dormir.

— No, no me entiendes... ¿pasó algo en tu trabajo? Me pongo nerviosa, de solo recordar sus labios, me atonto, increíble.

—Eh no, no.

—Mmm Ya, y yo nací ayer.

—Oye no me gusta el tonito que usaste, estoy bien en serio.

—¿Verificaste la cuenta de banco?

—No, ¿por qué?

—Yo sí, la mía es obvio está en cero, pero la tuya tiene un balance de tres mil quinientos dólares.

Ladeo la cabeza, atónita, «eso es imposible, ¿De dónde?».

—Debe ser un error del banco.

—No, no lo es... Es tu sueldo, el de la farmacéutica.

—¿Gano tres mil quinientos dólares al mes sólo por traerle los cafés y acudir al señor Ivanov cada vez que se le plazca?

—Al parecer sí.

Me hago unas tortitas, las pongo en un plato y me las llevo a mi cuarto.

—Como y me duermo. ¡Deberías hacer lo mismo!

—Vale, luego de ver la televisión. Tú deberías distraerte un poco. No haces más que trabajar.

Cierro la puerta de mi cuarto. Cojo el portátil y busco

nuevamente en la web el nombre de Mikhail Ivanov. Me sale una breve biografía de él. Obviamente es ruso, nació en Moscú, tiene treinta y tres años, es soltero y tiene una hermana, Aleksandra Ivanova.

— ¿Ivanova?

Busco información, en Rusia los apellidos en las mujeres se cambian al femenino. Ahora entiendo el Ivanova.

No dejo de mirar sus fotos. Es tan elegante y con esos trajes está como un tren. Creo que ya estoy yéndome lejos.

El ruso me atrae, ¡genial!, Me atrae un gilipollas que me ha besado y luego actúa como si nada hubiera pasado, me echa de su despacho y yo aquí como una imbécil pensando en sus labios suaves y su manera bruta de besar.

Megan McMillan, será mejor que bajes de la nube en la que estas. Deja de pensar en ese beso y mejor busca la manera de ir al trabajo mañana y pretender que en la noche no pasó nada. Eso será difícil. ¿Cómo podré mirarlo a los ojos sin preguntarle el porqué de su actitud? Trato de buscar alguna explicación a lo ocurrido pero la erección que sentí en él, creo que me da todas las respuestas. Ese ruso me contrató porque quiere otra cosa conmigo y está alucinando si cree que lo va a lograr. Cierro el ordenador y suelto un suspiro.

—Esto no está bien...Megan, no te metas en más problemas.

## Capítulo 6 **Un café con sal**

Maldita alarma. Siento que la odio. Puedo escuchar a Mel cantar sus canciones románticas en voz alta mientras prepara el desayuno. Y yo aquí muriéndome de sueño.

Me levanto y bostezando camino a la cocina con ganas de no hacer nada.

— ¿Te podrías callar? Cantas como el culo.

Se quita los cascos y apaga el iPod.

— ¿Qué? No te escuché.

Me siento en un taburete y la miro.

—Que si ya están las tortitas.

Me las sirve en un plato sonriente.

—Megan, traes cara de funeral, ¿qué te pasa?

— Voy a llamar al trabajo y decirles que estoy enferma, tengo dolor de cabeza. Además, estoy considerando renunciar.

— ¿Por qué? No estás enferma. Más bien creo que huyes de algo, desde ayer estás rara.

Trago saliva.

—Si te digo algo, ¿No haces un escándalo?

— ¿Qué pasa?

—Ayer... Ayer me quedé hasta tarde en el trabajo. Tenía que ayudar al ruso a revisar unos estados...

Se sienta frente a mí.

— ¿Y?...

—Como siempre no pude aguantar las ganas de decirle sus verdades en la cara. Me decía que me callara pero no hacía caso. Se enfureció de una forma horrible,

inexpresiva pero horrible. Me puso contra la pared y me besó. Me ha besado y no entiendo por qué. Estoy más liada y confundida que nunca Melanie, siento que voy a enloquecer con tanta cosa.

Sonríe pícara.

— ¿Te besaste con el ruso? ¡Me muero!

—Corrección, él me besó a la fuerza, yo no lo besé..., bue- no, pero después corrí a darle otro beso. Fue puro impulso.

Melanie me mira traviesa.

—¿Y te gustó? Meg a mí no me engañas, te mueres por ese hombre.

—Obvio no, es un abusivo. Cree poder manejar a todos a su antojo. Y no me muero por ese hombre como dices, estás loca.

— ¿Por eso piensas decir que estás “enferma” al trabajo?

—No, bueno sí... Ay es que no sé cómo verlo a la cara sin preguntarle por qué coño me besó.

Se lleva un trozo de tortita a la boca y ríe.

—Tal vez sólo quiso callarte.

—Cierra la boca Melanie, no digas tonterías.

Me levanto del taburete y camino hacia mi cuarto. Me visto y cojo las llaves del bol de cristal. «¡A la mierda! Ese hombre no tiene por qué intimidarme».

—Pensándolo mejor, no tengo porque esconderme. Iré a trabajar aunque odie la idea. Nos vemos en la noche.

Melanie sonríe.

—Deberías comprar un coche, medio sueldo se te va en

taxis.

—Graciosa, hoy llego tarde a casa.

—De fiesta rusa te vas...

—Voy a hablar con Julián. Insiste en verme y quiero sacármelo de encima como sea.

—Oh, de seguro te pedirá que olvides su desliz y vuelvas con él.

—Melanie, cierra la boca, coge tus cosas y vete a la universidad.

—Vale, vale...no me regañes.

Entro en el vestíbulo de la prescindencia. Llegué más temprano de lo normal. Aún el ruso no llega, no sé qué es peor sí saber qué señor hielo me ha besado sin razón y luego actúa como si nada o haber sentido su erección clavada en mí.

Cojo un bolígrafo del lapicero y me doy cuenta de algo. El bolígrafo, el portapapeles, los lápices, joder, hasta los papeles tienen el maldito logotipo de la farmacéutica. «Vale, vale, olvídate de eso; bórralo de tu mente y concéntrate en tu trabajo».

Una mujer rubia de aspecto libertino sale del ascensor. Es elegante y algo joven también. Se acerca al mostrador de cristal y me dice poco amable:

—Tú, ¿quién coño eres? No te había visto aquí.

—Mi nombre es Megan McMillan, trabajo como recepcionista aquí desde hace un mes.

Se apoya en el cristal mirándome de pies a cabeza.

—Dile a Mikhail que estoy aquí...

—Perdón, ¿quién es usted?

—Aleksandra Ivanova.

—El señor no ha llegado.

—Bien, lo espero en su despacho.

Trago saliva. Otra rusa a la ecuación.

Emma aún no ha llegado, creo que se ausentara por la hora. Nunca llega después de la hora de entrada. Me tocará todo a mi sola.

Cada vez que se abre el maldito ascensor brinco del susto. América sale del elevador de él.

—¿Ivanov llegó?

—No licenciada...

—Vale, me avisas cuando llegue.

—De acuerdo.

Como no tengo nada que hacer, comienzo a dibujar corazoncitos en una libreta de notas. Muchos y muchos.

Oigo el maldito ascensor nuevamente abrirse. Suelto el bolígrafo. Trago saliva, ha llegado con su presencia imponente, su rostro frío y cortante. «Joder, tengo que decirle que su hermana lo espera y yo no quiero ni mirarlo a la cara de la vergüenza que siento por lo que pasó anoche».

Pasa delante de mí sin dignarse a mirarme. Es como si nada hubiera pasado.

Trago saliva y con voz entrecortada le llamo:

—Señor...

Se gira lenta y fríamente.

—¿Qué quiere?

—Su hermana le espera en su despacho.

No me dice nada, vuelve a girarse y se va a su despacho. Cojo la grapadora y la levanto. «Ojalá pudiera tirársela a la cabeza, al maldito ruso».

Sigo dibujado los corazones, miro el teléfono constantemente esperando a que suene, pero no lo hace. No puedo soportar que ese hombre haga lo que se le dé la gana y luego no dé explicaciones de sus actos.

Me levanto de la silla, voy hacia la puerta del ruso. Toco la puerta y entro, «maldita escena repetitiva, él sentado frente al ordenador».

Me ignora por completo, al verme, su hermana se retira y nos deja a solas. Camino con temor hacia el escritorio.

Lo miro y le digo tímida:

—Creo que me debe una explicación, estuve confundida toda la noche.

Se gira con frialdad.

—¿Por qué tendría que darle una explicación a una empleada?

«¡Me saca de mis casillas!».

—Porque me ha besado, de la nada. Me puso contra esa pared y me besó sin razón, además necesito entender porque ocurrió.

—Olvidelo.

«¡Maldito ruso!».

—¿Es un idiota, lo sabe?

—No, no lo sabía. Ahora salga de mi despacho. Me estorba.

—Besa muy mal, es un bruto y un animal. Por eso es que está solo y amargado.

Voy hacia la salida.

—McMillan...

Me giro. «Aguanta Megan, solo quiere cabrearte».

—Tráigame un café y, es para hoy.

Cierro la puerta mosqueada. Voy por el café al *Starbucks*.

Regreso con el café y caminando hacia su despacho se me iluminan las ideas. «Es que me las va a pagar por creído».

Entro a la sala de descanso y busco sal en los estantes.

Abro el café del señor hielo y echo tres cucharadas de sal.

Me río traviesa porque me imagino la cara que pondrá al probarlo.

«Vamos a ver qué tal le parece el café al señor».

Salgo de la sala de descanso con el café en mano y muriendo por ver la cara del ruso cuando lo pruebe. Entro a su despacho.

—Aquí está su café...

Lo pongo sobre el escritorio. Lo coge y lo guía a hacia sus labios. Aguanto los deseos de reírme. Al probarlo pone gesto de asqueo cara de asco.

—Megan McMillan, ¿Qué demonios tiene el café?

Me descojo por dentro

—Bueno, no trabajo en *Starbucks*, pero según sé, tiene café, leche desnatada, canela, vainilla...

Se levanta de la silla y me mira muy cabreado. —No soy imbécil, ¿qué coño le hiciste al café? Sonrío.

—Tal vez confundí la sal con la azúcar, lástima.

Mosqueado camina hacia mí y me coge del brazo. Siento que me quiere quebrar romper los huesos. «¡Bien!, ¡Lo conseguí, está furioso!».

—No quiera conocerme enojado enfadado porque créame que no le va a gustar.

—Y usted no quiera meterse conmigo.

Me aprieta más fuerte.

—¿Qué me va hacer? ¿Me va a besar como ayer en la noche?

Lo tengo a sólo centímetros de mi boca, deseo que roce esos fríos labios sobre los míos. Lo anhele con la mirada y él me suelta.

— Le voy a bajar sus aires de grandeza Megan McMillan, eso téngalo por seguro.

Me libero de él, salgo de la oficina maldiciendo una y otra vez a Mikhail Ivanov, pero muy en el fondo sé que más que mosquearme, me duele que sea tan indiferente.

\*\*\*

Cae la noche, cansada salgo del trabajo y voy al bar donde donde he quedado con el idiota de Julián. Aún no ha llegado. Veo a dos o tres compañeros de la universidad, pero como no soy muy sociable, me arrincono y juego con el móvil.

Pasa media hora y llega Annick, se lanza hacia mí con afecto y su típica actitud alegre que la caracteriza.

—¡Megan!, ¿cómo estás? Que milagro verte en uno de estos lugares.

—Estoy bien, algo cansada. Hace nada salí del trabajo.

—¿De tocar dices?

—No, trabajo como recepcionista en una farmacéutica. Ceñuda responde:

—Somos mejores amigas y tenemos Soy tu mejor amiga y hace tiempo que no hablamos, tenemos que ponernos al día

—¿De dónde vienes?

—De la universidad, estoy hasta las narices de la carrera.

—Estoy pensando cambiar mis clases a los fines de semana. El trabajo me acapara todo el tiempo.

Un mesero (camarero) pasa por nuestra mesa.

—¿Qué quieren beber?

—Dos cervezas —responde Annick.

—¿Y cómo vas con Julián?

Bajo la mirada.

—Hemos terminado, no quiero hablar de eso...

—Vale, vamos a despejarnos un poco, ¡es viernes!

Comienzo a beber y a beber hasta que de momento todo me da igual. Todo me causa gracia y me río hasta de mí misma.

Mi móvil suena, me río como una idiota. Annick intenta detener que siga bebiendo pero no se lo permito. Si hay algo que quiero hoy es beber hasta perder el control.

—¿Escuchas? ¡Es mi móvil!

Annick me mira y riéndose me dice:

—Megan, estas un poco contentilla.

Muero a carcajadas y tomo el móvil.

—¡Hola! ¡Habla Megan McMillan! —contesto entre risas, al otro lado se quedan en silencio—. ¡Oiga no tengo toda la puta noche! ¿Quién coño es?

—McMillan, la llamo para saber dónde ha dejado los estados de los inversionistas.

Me rio a carcajadas.

—¡Señor ruso presidente! ¿Cómo coño consiguió mi número?

—Está en su expediente, McMillan

—Los estados..., los estados...Ah esos pues no sé tal vez los perdí. La verdad es que ni puta idea de donde los dejé. Tal vez están en el mostrador, lo siento jefe pero no recuerdo.

—Es increíble, además de ordinaria, borracha.

Respondo achispada y muy mosqueada.

—¿Borracha yo? Sólo me divierto un poco, cosa que debería hacer usted.

—Haré que no escuché eso porque está borracha.

—¡Qué no estoy pedo, coño! Bueno un poquito, pero es viernes y tengo todo el derecho de beber.

—¿Dónde está?

Miro a mí alrededor.

—Estoy en un taburete con un trago en mis manos en algún bar de esta maldita ciudad.

—Dígame exactamente.

—¡Joder, no sé! Váyase al infierno

Cuelgo el móvil.

Julián llega y al verme acerca a mí. «Lo que me faltaba, no tengo ganas de hablar con este tipejo, solo quiero beber..., beber mucho».

—Disculpa la tardanza.

—Por mí como si no hubieras venido.

Me levanto y salgo del bar hacia el aparcamiento tambaleando en los tacones. Julián sale tras de mí y no sé cómo hacer para quitármelo de encima.

—Hablemos corazón.

—Aja dime, ¿cómo te va con tu novio? —Sonrío—.

Joder, ya lo entendí te gustan los hombres. ¿Qué puedo hacer? Shhh te voy a decir un secretito, mi jefe..., ese me tiene confundi- da.

Está lloviendo, nos mojamos y eso me parece gracioso.

Me divierte que llueva y que mi vida sea una mierda.

—Que estúpido, me estoy mojando bajo la lluvia con el hombre que creía que me amaba y resulta que me era infiel con un hombre. —Me pongo nostálgica y melancólica—. Yo pensé que tú me amabas, que yo era todo para ti. ¿Sólo buscabas sexo?

Se acerca a mí y me sujeta por la cintura.

—Suéltame imbécil. ¡Yo soy felizmente soltera! Voy a echar un polvo con quien me dé la gana.

—Escucha, me gustas mucho, sólo fue un desliz. Vamos a hacer el amor nena; vamos aún me amas.

Me comienza a desvestir a la fuerza. Entre la borrachera y la confusión que tengo, intento quitármelo de encima,

pero es más fuerte que yo. «Jodido estúpido».

— ¡Julián, Suéltame! ¡Quítate, no me toques!

Julián insiste y termino golpeándole las pelotas. Cae al suelo y sigo dándole patadas cabreada.

— ¿Eres imbécil? He dicho que me sueltes.

Julián agonizando responde:

—Eres una puta loca, ¿Lo sabes? Maldita loca.

Entre risas me voy caminado sin saber a dónde coño ir.

Me caigo en la calle raspándome las rodillas y los codos.

Annick sale del bar y al verme corre hacia mí.

—Meg, ¿Estás bien?

— ¡Me he pelado las rodillas! ¿Me curas? Ayy tengo ganas de ir al baño. El imbécil de Julián quería follarme a la fuerza.

«Estoy alucinando, no de verdad estoy alucinando. El jodido ruso está aquí. No..., ya va a joderme la noche».

Comienzo a llorar y a reír al mismo tiempo con una botella en la mano a medias.

—Váyase por donde ha venido, nadie lo llamó. Anda, ya váyase. Es más, coja la botella. Se la regalo —Me descojono sola.

Annick se acerca a Mikhail y avergonzada le dice:

—¿Usted puede llevarla a la casa? Si pudiera quedarme lo haría, pero mi mamá está en el hospital de emergencia.

Mikhail asiente con la cabeza. Me meto nuevamente al

bar y me pierdo entre la gente. Me pongo a bailar

agarrando otra botella y el ruso me agarra del brazo y me

saca del bar. Me mira con indigno y serio comenta:

—Quisiera saber si además de hacer el ridículo usted es capaz de hacer algo productivo.

Sonriéndome lo cojo de la nuca y tiro de ella, lo guío a mis labios. Y tirando de su corbata rozo mis labios sobre los suyos mientras nos mojamos por la lluvia. Abraza mi cintura correspondiendo mi beso con salvajismo. Muerde mi labio inferior y mi lengua se encuentra con la suya con suavidad. Enredo mis dedos en su cabello humedecido y solo ruego que este beso no termine nunca, pero se despega de mí y con frialdad me coge de la mano y me sube a su coche, un Porsche de infarto.

Se sube a su asiento y se mantiene en silencio, sólo conduce. Vuelvo a reírme.

—¿A dónde coño me llevas?

—Ya cállate Megan, me tienes hartos con tanta estupidez que estás diciendo.

Hace una llamada y al parecer habla con Aleksandra.

Pregunta si podemos llegar a su casa. «Pss, yo no quiero ir a la casa de ningún ruso».

Llegamos a la casa de la rusa y feliz la saludo:

—¡Hola! Soy Megan..., soy..., soy..., soy.

Alek ríe y responde:

—Esta sí que se tomó media barra, Puedes dejarla en la habitación de huéspedes.

Mikhail me carga en brazos y me lleva a la habitación de huéspedes. Me tira en la cama con poco tacto y entre él y la hermana me quitan la ropa.

Me descojono comentando:

—Uy no, esto se está poniendo raro, no me quiten mi ropita. ¡Mis bragas son de maripositas!  
Me ignoran por completo. Me quedo dormida con una sonrisa en el rostro, una estúpida sonrisa en el rostro.  
Me levanto con un dolor horrible de cabeza. Miro a mi alrededor, estoy en una habitación de alguna casa y en el sofá está el ruso mirándome.

—Buenos días.

— ¿Dónde coño estoy y que hace usted mirándome?  
«¿Qué coño hice ayer por la noche para estar en una habitación con el señor hielo mirándome?».

Me tapo la cara. Estoy liada, muy liada.

## Capítulo 7

# qUeriDo señor rUso, es Un gilipollas

Tiro de las sábanas y me tapo rápidamente.

— ¿Qué coño hago aquí con usted?

—No estaría aquí si no se hubiera bebido media barra anoche. Este es el apartamento de mi hermana.

Se acerca a mí y deja sobre la cama una funda con no sé qué cosas.

—Vístase, esto se lo consiguió Aleksandra. La llevaré a su casa.

— ¿Cómo me consiguió?

—Eso no importa.

—Sí importa, ¡Joder, estoy en una habitación de la hermana de mi jefe!

Con su típica cara inexpresiva responde:

—Deje de quejarse, estaba tan borracha que no recordaba dónde vivía, la traje aquí a esta habitación de hotel para que pasara la noche. Pero realmente usted merece que la hubiera dejado en la primera alcantarilla.

Me levanto y me visto cabreada. Aleksandra entra a la habitación con el desayuno y unas pastillas para el dolor de cabeza.

—Querida, un poco más y terminas hablando en otro idioma. Desayuna, vístete y ya luego te vas a tu casa. Mikhail sale de la habitación y bajo la mirada desconcertada. «Hay veces en las que parece preocuparse por mí y otras en las que siento que me odia».

Desayuno y vistiéndome a toda prisa le doy las gracias a Alek por recibirme en su casa.

Voy para casa y cuando llego, escucho los reclamos de Mel, no pasé la noche en casa y está encima de mí hasta que no le diga lo que ocurrió.

—Megan, ¿dónde estabas?

—Joder, tengo veinticinco años, puedo hacer lo que quiera sin darle explicaciones a nadie. Ya te pareces a mamá.

—Vale, lo mismo haré yo entonces y no podrás decirme nada.

Sucumbo a su insistencia. «¡Mi hermana es muy

pesada!».

—Melanie, pasé la noche en la casa de la hermana de mi jefe. Estaba borracha y el ruso me dejó allí.

—No entiendo nada.

—Después te explico.

—Sé que me ocultas algo, te conozco Megan.

Voy hacia mi cuarto y cojo las cosas de la universidad.

—¿A dónde vas?

—A la universidad, tengo clases atrasadas y no quiero escucharte haciendo tanta pregunta.

Odio la universidad, odio la farmacia y más trabajando para el ruso. Sólo tengo que terminar el año que me queda para obtener el odioso título.

Paso por un concesionario de coches, veo muchos modelos y siento que por fin, después de tanto tiempo esperando podré comprar uno con mi sueldo.

Mel siempre ha querido uno blanco y elegante, veo un coche europeo hermoso y justo con las características que mi hermana quiere.

Hago el trámite con el vendedor y por primera vez en meses, años quizá, vuelvo a tocar un volante. Conduzco hasta casa y emocionada llamo a Mel por el móvil.

—Hola.

—Asómate por la ventana.

— ¿Por qué?

— ¡Joder, solo asómate!

— ¡Es precioso! Blanco y elegante.

Me bajo del coche feliz.

— Conseguí que me lo financiaran con el sueldo del traba-

jo, más con lo que gano tocando. Creo que nuestra suerte si empieza a cambiar.

Emocionada me dice:

—No más taxis ni metros. Meg, me has hecho el día, que digo el día, ¡El año entero!

Me sonrío.

—Por lo pronto será de las dos hasta que pueda financiar otro coche.

—Vale, pero tenemos que salir a dar una vuelta. Anda di que sí.

—Vale, ¿a dónde quieres ir?

Con emoción me dice:

—Quiero dar un paseo y luego comer algo.

Me río y subo a casa para buscar a Mel aún con dolor de cabeza.

Cuando sale fuera, cierro la puerta con llave y subo al coche. Conduzco y Mel no tarda en encender el la radio y conectar su iPod al auxiliar.

—¿Podrías bajarle al volumen?

—¿Qué? No te escucho.

«uff, es que a mi hermana le encanta buscar motivos para

pelear»).

Me detengo en en el semáforo ya que se ha puesto en rojo, Mel mira hacia el lado y me dice:

—Comamos pizza, hay una pizzeria a tu derecha. —  
¿Pizza? ¿Es que no te cansas de comer siempre lo mismo?  
—¡Nop!, ¿Y tú no te cansas de comer comidas precocinadas? Eso es asqueroso.

Le revuelvo el pelo riéndome.

—Ya cállate enana y comamos pizza entonces.

Cuando el semáforo se pone en verde, voy a aparcar el coche, cuando lo hago nos bajamos de él y nos dirigimos hacia el restaurante.

Melanie ojea el menú. Yo aún no paro de darle vueltas y vueltas a lo que pudo haber pasado en mi noche feliz. Ni siquiera recuerdo haber estado con el ruso. «¿Cómo coño llegue a la casa de Aleksandra?».

—Meg, ¿de qué quieres la pizza?

—¿El qué?

—¿En qué coño piensas?

—En nada, como quieras estará bien.

Apenas toco la comida, no tengo ni pizca de hambre. Mel parece comer por las dos. Miro a mi hermana y le pregunto:

—¿Cómo te va en la universidad? No hemos hablado al respecto.

Tartamudea.

— Eh bien, bien ¿por qué?

—No sé poco de lo que haces en el día, solo que vas a la

universidad y cuando llego a casa por las noches estás delante de la televisión viendo esa serie odiosa.

Se lleva el vaso de Coca-Cola a la boca y toma un sorbo.

—Megan, desde que mamá se fue a Venecia solo trabajas, tocas o estás en la universidad. Gracias Dios que por lo menos por las noches nos vemos.

Su comentario me cae como un jarro de agua fría. Cruzo las manos y busco como responderle.

—Lo sé, Melanie. Créeme que trato de vernos más, pero se me hace difícil.

Mel coge mi mano y sonrío, veo en su rostro comprensión, una que me hace sentir rara y confusa.

—Megan, sé que desde que mamá se fue a Italia todo ha caído en tus hombros y eso me fastidia, por eso es que no te reprocho nada.

—Deberías hacerlo de vez en cuando. Siento que la vida cotidiana la estamos perdiendo.

Baja la mirada.

—No te entiendo...

—Mel, no tengo vida social desde hace meses y no me quejo, tal vez es mi elección trabajar ocho horas al día en una farmacéutica hostil, en las noches cuatro horas más tocando y los fines de semana ir a la universidad que no veo la hora en salir de ella. —Suspiro resignada—. Todo para poder estar bien, que tú estés bien y no sufras esas convulsiones horribles y puedas ser normal. —Sollozo, no puedo evitar sentirme exhausta ante tanto estrés—. Nada, terminemos y nos vamos a casa.

—Megan, sé lo que haces, crees que no me doy cuenta, pero te escucho tras la puerta cuando lloras desesperada al no poder pagar el alquiler o mi anticonvulsivo. —Solloza junto a mí y eso me parte en dos—. Eres mi hermana y no tienes que lidiar con esta situación tú sola. Deja de encerrarte en ti misma y en esas melodías melancólicas que compones. Ambas podemos ayudarnos mutuamente.

—No te preocupes Mel, ya todo está mejorando, tenemos coche y un sueldo fijo.

—Megan, déjame trabajar.

—Tu condición es muy delicada, sabes que no puedes excederte.

—Meg, odio sentir que dependo de ti.

—Créeme no dependes de mí. Eres muy independiente. Se seca los ojos.

—Vámonos a casa, ¿sí?

—Vale, vamos a casa.

\*\*\*

Tengo puesto el uniforme calienta pollas, «joder, más corto y ajustado no puede ser». Estoy frente al maldito ordenador como todos los días solo que este día es el peor de la semana, lunes.

El vestíbulo todos los lunes se abarrota de gente; unos inversionistas, otros accionistas, y representantes de clínicas y hospitales.

Emma me ayuda con el trabajo, lleva tres años trabajando aquí y aún no me he acostumbrado a esto de recibir llamadas y personas.

Emma me mira y con un gesto interrogante me pregunta:  
—Megan, ¿a qué te dedicabas antes?

Dejo de dibujar los estúpidos y cursis corazones en la libreta de notas y ladeo hacia ella con desgano.

—A lo que en realidad me gusta hacer. ¿En serio crees que me gusta contestar un puto teléfono todo el maldito día y traerle los cafés al idiota que se cree dios?

Me niega con la cabeza riéndose. Me encojo de hombros.

—Soy violinista, también toco el piano, toco en las noches en un hotel. Tuve que buscar este trabajo para poder cubrir todos los gastos.

Suspira.

—Hay muchas aquí en la misma situación. El señor Ivanov, sabes aun no lo conoces bien. —Pone cara nerviosa y temerosa, me masculla—. Él... Está aquí cada dos años, luego regresa a Rusia, pero durante ese periodo de tiempo que está aquí en Seattle son los peores días del año.

—Te creo, es un idiota hijo de mamá.

Emma traga saliva.

—Aun te falta por conocer, pero eso lo tendrás que

descubrir sola, necesito conservar mi puesto de trabajo. Miro hacia el ordenador y no sé por qué, pero las palabras de Emma me alertan de algo en mi interior.

América sale de su despacho con rostro nervioso y temeroso. Se acerca a Emma y le pregunta con voz preocupada:

—Emma, ¿mandaste a buscar las copias de las propuestas de las farmacias para el señor Ivanov?

—Sí, las mande a pedir al departamento de ventas pero aún no llegan.

— Cuando lleguen se las hace llegar de urgencia al señor, está de muy mal humor por la tardanza.

—Vale licenciada, así lo haré.

Miro a Emma confundida.

—Oye, ¿porque el señor está más molesto de lo normal? No me creo eso de que sea por las propuestas.

—La verdad, nadie sabe, solo se pone así en estas fechas. Miro la puerta del señor hielo al fondo.

—Emma, vengo en un momento, ¿podrías cubrirme?

—Si claro, pierde cuidado.

Me levanto de la silla soltando un suspiro. Camino hacia el despacho de señor hielo, contoneando mis caderas me acerco a la puerta. Golpeo mis nudillos en ella.

—Pase.

Ese acento ruso me tensa cada fibra de mi cuerpo. Con el señor hielo nunca se sabe.

Entro y la escena no cambia, que raro. Le da la espalda a la puerta, observa a Seattle desde un piso treinta y tres.

—Señor...—Me ignora, me revienta que me ignore como si fuera invisible—. Señor Ivanov, le estoy hablando.

Se gira ceñudo y prepotente.

—¿Qué es tan importante para que venga a quitarme el tiempo?

Arqueo una ceja.

—Creo que no me dejo muy claro lo que ocurrió el viernes pasado.

—Ya le dije lo que tenía que saber, no insista en lo mismo.

Trago saliva y me armo de valor. Aquí voy a decir lo que pienso.

—Una cosa es aquí en su farmacéutica y otra muy distinta allá fuera. Usted deja de ser mi jefe y tener control sobre mí después de las seis de la tarde, le exijo una explicación de cómo llegué a la casa de su hermana.

Se levanta de su silla ejecutiva negra de piel. Es tan alto que intimida, verlo con ese traje negro y corbata azul marino, en realidad, me llena de una sensación algo extraña, intimidante y atractiva a la vez. ¡Mierda!

Camina de un lado a otro con imponencia y siento que quiere mandarme a la mierda.

—Bien, señorita McMillan, le diré lo que su borrachera no le permitió recordar. —Mirando hacia las paredes de cristal me dice—: La llamé al móvil, había extraviado unos estados financieros, me contestó bajo los efectos del alcohol y diciendo idioteces. —«Qué coño habré dicho... ¡ay Megan, siempre metes la pata!»—. Decidí rastrearla

con la señal de su móvil con ayuda de unos amigos y di con usted. No recordaba ni dónde vivía y la dejé pasar la noche en casa de mi hermana. ¿Ya puede largarse?

—No, aun no me iré, ¿dígame porque estaba semi desnuda?

Pone cara de hastío.

—Estabas empapada por la lluvia.

Ceñuda me levanto y enfadada le respondo:

—Le advierto una cosa. No vuelva a meterse en mi vida privada. No tiene derecho, si estoy borracha yo me las arreglo para volver a mi casa, no necesito de usted.

Resopla furioso.

—Debería besarme los pies por lo que he hecho por usted...

—¿Besarle los pies por joderme la vida? Váyase a la mierda prepotente.

—¿Sabe que estoy haciendo una lista con todas sus groserías?

—¿Y qué piensa hacerme? ¿Azotarme?, ¿pegarme?

Suéñelo, parece que soy la única que le dice sus verdades en la cara.

Su rostro se torna sombrío.

—Y esta será la última vez que lo haga, si lo hace es simplemente porque se lo permito, estúpida, ordinaria, sólo es una violinista de quinta que toca en un maldito hotel.

Me hierve por dentro, quiero desfigurarle la maldita nariz perfilada y perfecta que posee, ¡Mierda, es que deseo

darle un puñetazo por creído! Me ha dado donde más me duele, la música.

Capítulo 8

## **renUncio por iMpUlsos**

—Imbécil, es un maldito imbécil...

Salgo en zancadas del despacho y derramo lágrimas en el pasillo. «¡Es que lo odio!».

Lloro tal vez de ira o quizá porque este imbécil fue la gota que derramó mi vaso. Trato de tranquilizarme. Seco mis lágrimas y pongo mi mejor cara para recibir al público.

Me siento en el mostrador y veo la maldita libreta de notas con los putos corazones. Monto en cólera y rompo el papel en mil pedacitos.

—¿Estás bien, Megan?

—Sí, solo me desahogaba un poco.

—Aja, ya veo...—responde.

«Tengo que hacer algo, o le doy un puñetazo en la cara al ruso y me despiden o me jodo con úlceras».

Abro el navegador y escribo su nombre. Busco imágenes y fotocopio su estúpida cara. Emma me mira algo extrañada.

—Vale, me estas preocupando, Megan.

Sonrío histérica.

—¿Por qué? No tienes por qué hacerlo Emma.

Cojo la copia y la miro con odio. Cojo del lapicero un bolígrafo y hago garabatos en su cara.

—Megan, no estás bien...

—Me llamó puta violinista de mierda... Se va a arrepentir el imbécil.

Veo a su hermana andar por el pasillo. Me ve y se acerca a mí.

—Megan...Quiero hablar contigo en la sala de juntas, ahora.

Camina hacia la sala de juntas. Me tapo la cara con mis manos, «¿Que quieren de mí ahora? No he hecho nada malo... Creo que terminaré emborrachándome todos los viernes y me volveré alcohólica con este trabajo».

Acudo a la llamada de la rusa en la sala de juntas. La veo sentada hablando por el móvil en ruso. Al verme entrar cuelga el móvil.

—Siéntate Megan...

Siento un miedo horrible, más que miedo vergüenza por el estado en el que llegué a su casa. Se levanta y se sirve una copa.

—Me caes bien, Megan... Por eso tú y yo debemos hablar. «Vale, no entiendo nada».

—¿De qué tendría que hablar con la hermana de mi jefe? Sonríe.

—Ay mi hermanito... Sabes él es difícil también conmigo, pero ese no es el asunto. —Se sienta—. He visto el roce que tienes con él y te digo algo, Mikhail no les permite ni una grosería a sus empleadas. Joder, eres la primera a la que Mikhail le aguanta tanta grosería. Estas de suerte, quiere decir que algo planea para ti.

Me asusto.

—¿Algo como qué?

—Vete tú a saber... Mi hermanito es una caja de sorpresas y la mayoría no son nada agradables. No lo digo por decirlo, sólo evita tus groserías y sobrevivirás aquí.

Me pongo negativa.

—Lo intentaré, lo prometo.

—Vamos a ponerlo de esta forma Megan, tú eres solo una recepcionista en una de las sedes de Ivanov Pharmaceuticals, para mi hermano solo eres una empleada más a su servicio. En cambio, él es tu jefe, gracias a él puedes pagar tus gastos, porque déjame ser sincera. Lo que ganas es muy elevado para tu puesto.

Trago saliva.

—¿Podría ir al grano? ¿Qué quiere decir?

—Es fácil es como sumar dos más dos, Megan, se dócil con él, haz tu trabajo sin quejarte. Si quiere el maldito café de *Starbucks* pues cómpralo y ya, no busques la forma de llevarle la contraria.

Me levanto de la silla sollozando.

—Tiene toda la razón del mundo. Quizá soy yo la que no encajo. Últimamente no sé lo que me ocurre.

Aleksandra arquea una ceja.

—Cumpló con darte el consejo, nadie mejor que yo conoce a mi hermano, y créeme si te empeñas en llevarle la contraria pasaras un año de mierda en esta presidencia.

— ¿Es todo lo que tiene que decirme, señorita Ivanova?  
Sonríe.

—Lo de señorita lo eliminas, llámame Aleksandra.  
Suelto un suspiro.

—Vale, gracias por el consejo.

Salgo de la sala de juntas confundida. Esa mujer es obvio que quiso advertirme de algo pero fue “tan clara” que no logré comprender.

Miro mi reloj, maldición, me queda todo el día en este lugar. Vuelvo a mi mostrador.

Tengo el ánimo por el suelo, aunque trato de no darle importancia y no pensar en ello, me jode la traición de Julián. Pensé que lograría una vida normal al graduarme de la universidad, que tendría una familia con él y sería feliz. Que ciega estuve.

Trato de sacarme esa imagen de mi mente y es como si me acompañara a todas partes.

Recibo personas durante toda la mañana con una falsa sonrisa dibujada en mi rostro fingiendo que trabajo a gusto en Ivanov Pharmaceutical.

Por fin es la hora de la comida. Tendré un respiro. Dejo todo en orden y bajo al aparcamiento. Subo al coche y soltando un respiro de alivio marco a Mel.

—Hola Meg.

— ¿Dónde estás?

—En casa, salí de la universidad.

—Voy para allá, estoy en la hora de la comida.

—Vale, te espero...

Cuelgo el móvil. Aun no enciendo el coche. Estoy mirando unas notificaciones en el teléfono cuando levanto

la mira- da y veo al señor hielo avanzar a su Porsche. Me quedo observando, es tan rígido y frío que lo encuentro fuera de lo común. Se sube a su coche y antes de encender el motor se reclina en el asiento cerrando los ojos, es como si se tragara algo y no lo dejara salir. El ruso es tan raro que asusta. Enciende el coche y acelera. Pongo en marcha el motor y acelero luego de que él lo haga.

Me siento un poco rara, como fuera de lugar, de sitio. Quisiera saber en qué momento cambié mi vida, cuando cambié mi violín por un maldito teléfono, un uniforme de mujer alegre, un ordenador y una identificación con mi nombre, foto y puesto.

Extraño esos tiempos en los que podía componer, tocar y hacer lo que me gustaba. Ahora solo toco para completar los gastos. Es horrible estar en donde no te sientes realizado, mi sueño era convertirme en una violinista famosa por mis canciones, eso sé que no lo lograré. Ahora solo tengo que resignarme a ser solo una recepcionista. Llego a casa y con desgano abro la puerta. Melanie está sentada en un taburete de la cocina comiéndose un sándwich mirando la televisión. Tiro el bolso en el sofá. — ¿Qué tal la universidad? —Pregunto.

Encoge los hombros.

—Bien, supongo...

Abro el frigorífico y saco una Coca-Cola y una de esas comidas precocinadas que compro en el súper.

— ¿Y los amores?

—Megan, estoy soltera si es lo que quieres saber.

Sonrió

—Ojalá consigas a alguien que te haga feliz, lo mereces.

Mel se gira y patidifusa me pregunta:

— Tú no lo mereces, ¿o qué?

Bajo la mirada.

—Lo intenté y no funcionó; no pienso volver a pasar por lo mismo.

—Julián no es el fin del mundo, Megan, tal vez él no era para ti.

Desde que Julián me engaño todo en mi ha cambiado, mi humor..., todo. Ya no logro encontrar la que era antes.

—Dudo mucho que pueda volver a confiar.

—Odio ver como sufres por ese idiota.

—Melanie, estoy bien... Solo estoy algo cansada.

—Sabes que no me refiero a eso, lo de Julián te trae amargada y depresiva.

Saco la comida del microondas y me siento en el taburete.

—Julián ya es pasado, Melanie, ahora solo quiero concentrarme en lo que de verdad importa.

Suena mi móvil, lo cojo y contesto con dejadez.

—Hola...

—Hola, mi amor, ¿Cómo estás? Me alegra mucho escucharte.

Sollozo, me lleno de alegría al escuchar su voz.

—¿Mamá?

—Sí, mi vida, ¿cómo estás? ¿Cómo está Melanie? —

Estamos bien, tú... ¿Tú como estas?

— Pues, no es fácil estar aquí, pero estoy bien dentro lo que cabe.

—¿Cómo está la abuela?

—Ahí va, no es fácil su condición.

Derramo una lágrima.

—Mamá, ¿cuándo vuelves? Necesito un abrazo tuyo.

—Qué más quisiera yo estar con vosotras, hijas, pero no lo sé. Aquí las cosas no están muy bien.

Seco la lágrima.

—No te preocupes, te entiendo. Puedes estar tranquila, nosotras estamos bien.

—¿Melanie se está tomando su anticonvulsivo?

—Sí mamá, ella está bien. Te manda saludos.

—Cuídense, las amo.

—Nosotras también mamá...

Cuelgo el móvil. Siento la soledad a flor de piel. «Joder, mamá está al otro lado del mundo y la necesitamos más que nunca».

—¿Qué quería?

—Saber cómo estamos...

Melanie se levanta del taburete.

—Meg, la necesitamos aquí y está en Venecia cuidando a una vieja que está más allá que aquí.

—¡Melanie!

—Es la maldita verdad. Se preocupa más por esa señora que por nosotras que somos sus hijas.

Cabreada se encierra en su cuarto. Miro la comida y genial, el apetito lo pierdo por completo. Ella tiene razón,

pero es mamá y no dejo de necesitarla.

Cojo mi bolso y salgo de casa y voy de regreso al trabajo odioso. Tengo el ánimo por el suelo y lo que menos quiero es toparme con el gilipollas con traje. Miro el móvil y tengo un mensaje de Julián.

Julián a las 1:30 p.m.

*Perdona mi comportamiento el viernes pasado, no sé cómo pude...*

Me quedo bruta , «¿qué coño paso el viernes?». Cuando el semáforo se pone en rojo respondo el SMS.

Megan a las 1:31pm

¿Qué quieres?, ¿De qué hablas?

Julián a las 1:35 p.m.

*Me siento horrible por lo que sucedió en el aparcamiento del bar. Jamás debí intentar cogerte a la fuerza.*

Comienzo a encajar cosas en mi mente. «¿Entonces es eso?», el ruso impidió que el imbécil de Julián abusara de mí. «¿Pero, ¿por qué coño me oculta que intentaron propasarse?».

Conduzco hasta la farmacéutica y la verdad es que no quiero reprocharle más nada nada más al ruso.

Me siento en el mostrador y veo una nota pegada en el ordenador.

*Megan,*

*pasa por el departamento de recursos humanos, te darán unos registros que necesito. Di que te mandan de presidencia. El piso es el veintitrés.*

*América Swan*

«Genial. Acabo de llegar y tengo que volver a levantarme».

Hago lo que me pide. Entro al ascensor y marco el piso veintitrés. Las puertas de metal se abren y entro en otro vestíbulo. La decoración es preciosa. El estilo futurista es alucinante.

Camino hacia el mostrador. Hay una chica pelirroja, de tez blanca y aspecto algo serio. Amablemente le digo:  
—Buenas tardes, soy Megan McMillan, recepcionista en presidencia. La licenciada Swan me ha mandado a recoger algo así como unos registros.

Me mira con indiferencia.

—Así que tú eres la famosa Megan McMillan...

Me mira de pies a cabeza con frialdad.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Todo empleado de esta farmacéutica conoce tu nombre.

Dime, ¿Qué haces para que el dueño te permita tus groserías? ¿En las noches te mete en su cama?

Me cabreo.

—¿Y quién eres tú, bonita? —Me mira fulminante—. Ah y corre, dame los registros que no tengo todo el día. Me los da con rabia. Los cojo y regreso a presidencia. Estoy que si me dicen algo voy reviento.

—Tenga licenciada Swan...

Coge los registros que me pidió y con el demonio que llevo dentro le digo:

—¿Ya puedo irme?

Levanta la mirada.

—En realidad te quedarás unas tres horas más por encima de tu jornada.

«Quiero llorar, me siento como una mierda, solo quiero encerrarme en una habitación sola. No soporto nada más a mi alrededor».

Controlándome pregunto tenue:

—¿Y ahora por qué?

—Órdenes del Señor Ivanov.

«¡Maldito ruso! ¡Creo que me convertiré en una asesina! Joder, no soporto que solo dé órdenes destinadas a joderme la vida».

—Solo puedo quedarme una.

—Te pagará las horas Megan.

Salgo del despacho y me siento en el mostrador. Emma no está, su jornada ya se acabó. Me dejó una nota y rápidamente la leo curiosa.

*Megan,*

*nos vemos mañana. Te dejé en las gavetas el trabajo, le*

*faltan algunos detalles.*

*PD: No le lleves la contraria a tus superiores.*

*Emma*

Me sonrío, Emma tan responsable y dedicada. Pero no le llevo la contraria a mis superiores, solo digo la verdad, aunque duela.

Ya han pasado las dos horas, me levanto del mostrador y justo cuando voy a coger mi bolso, suena el teléfono con la extensión del ruso.

—Diga señor.

—La quiero en mi despacho, ahora  
Respiro hondo y me armo de paciencia.

—Señor, ya mi jornada ha terminado.

—Dije que se presente a mi despacho, ¿está sorda? «  
¡Maldito ruso prepotente!».

—En un momento estoy con usted, señor Ivanov. Tiro el teléfono. En definitiva, le encanta verme enfadada. Ya todos en presidencia se han ido. Solo estamos América,

el ruso y yo.

Camino hacia la puerta del ruso, la abro y algo ha cambiado, no está frente al ordenador. Trago saliva y le digo:

—Aquí estoy, ¿qué quiere?

—Cierre la puerta.

Cierro la puerta y me cruzo de brazos.

—Señorita McMillan, lo que tengo que decirle... Bueno más bien proponer es sencillo.

Me siento delante de su escritorio.

—¿Que podría proponerme usted a mí, señor?

Inexpresivo responde:

—Ahora eres una simple recepcionista. Una más en mi farmacéutica. Te ascenderé de puesto, serás mi asistente ejecutiva, mi mano derecha y duplicaré tu sueldo.

Me quedo helada, «¿Está borracho?».

—¿Por qué haría eso? ¿A cambio de qué?

Juega con un abrecartas y me siento como tonta delante de él.

—A cambio de algo muy insignificante, no le costará nada. —Lo miro con incógnita—. Una noche, usted tendrá una noche de sexo conmigo.

Me quedo blanca, estoy alucinando. «¡Este tipo se le soltó un tornillo! No, al parecer no se ha dado cuenta que lo aborrezco, que no lo soporto. Menos voy a tener sexo con él».

Le respondo ofendida:

—Usted está loco, lo acabo de confirmar.

Su maldita cara inexpresiva me saca de mis casillas.

—Aceptaré, señorita McMillan.

Cabreada respondo:

—Tendría que estar loca para aceptar semejante cosa.

Ceñudo responde:

—Solo una noche... Será mía una noche, no haga escándalo por algo tan normal como el sexo, señorita McMillan.

Voy hacia la salida y trato de abrir la puerta. Está asegurada, me giro y veo que el ruso controla la puerta desde su escritorio. Es que lo odio.

Comienzo a llorar y todo se me viene encima; Todos los problemas, el engaño de Julián, la soledad que llevo dentro y la amargura que ha adoptado mi carácter.

Sollozando le pido cabreada.

—Déjeme salir.

Responde:

—Sera mía por una noche, Megan McMillan, ya se lo he dicho.

—Primero muerta, renuncio señor Ivanov. Ya no lo soporto más.

Arquea una ceja.

—Déjeme y le explico algo. Usted se va de aquí y me encargaré de que no consiga trabajo ni de prostituta en este país. Tengo entendido que su hermana es epiléptica y solo hay un anticonvulsivo que la ayuda a no entrar en crisis. ¿Adivine quien produce ese fármaco, señorita McMillan?

Lloro de la ira y siento que voy a explotar.

—Usted no puede hacer eso, usted no sería capaz. ¡Abra la puerta!

—Sí puedo y, si soy alguien. Réteme y vera de lo que soy capaz. Haré que la expulsen a usted y a su hermana de la

universidad.

—No se atreva a meterse con mi hermana porque le juro que me va a conocer.

Se levanta del escritorio y se acerca a mí con rapidez. Me sujeta del mentón con fuerza y no puedo hacer nada por escaparme.

—Cuando le dije que no toleraría ni un insulto más, no bromeaba, McMillan. Puedo hacer de su vida un auténtico infierno si se me antoja. ¿Cree que la contrate por hacerle un favor?, No, McMillan, todo ya lo tenía planeado.

Me suelta con brusquedad. Se acerca a la pared de cristal y mirando la noche de Seattle me dice:

—Piensa en tu hermanita, no querrás que le suceda nada...

—Váyase a tomar por culo, infeliz.

Vuelvo a ir hacia la salida y aún está con seguro. —¡Abra la maldita puerta!

Le quita el seguro desde su escritorio. Salgo de ese despacho con ganas de fusilar al hijo de puta ese.

Bajo al aparcamiento entre lágrimas. Subo al coche, tengo mucho miedo, porque estoy como al principio, sin saber que me depara mañana.

## Capítulo 9

### **tenDré qUe DeDicarMe a llorar**

Abro la puerta de casa. Entro y veo a Melanie haciendo trabajos de la universidad en el portátil. Voy hacia mi cuarto y me detiene a medio camino. «Dios, no quiero

hablar con nadie, ha sido el peor día de mi vida. Quiero desaparecer».

—¿Cómo te fue en el trabajo?

Me detengo y le doy pausa a las lágrimas. Dándole la espalda le digo:

—Bien...Bien, voy a dormir, estoy exhausta.

—Vale, descansa.

Me meto al cuarto y cierro la puerta. Me comienzo a desvestir con rabia entre lágrimas. Estoy perdida, no sé qué hacer.

Me tumbo en la cama derramando lágrimas de desesperación. Otra vez sin trabajo y con un ruso de enemigo en mi espalda.

La alarma suena, se me ha olvidado desactivarla. Todavía tengo el maquillaje corrido y la ropa interior de ayer. Me quito el sostén y la braga de encaje y me meto a la ducha. Desde el baño escucho la televisión encendida y Mel abriendo la puerta de mi cuarto.

—Megan, vas a llegar tarde al trabajo.

Trago saliva.

— Cogí unos días libres...—Miento.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Me dejas ducharme? Cuando salga te lo explico. —

Vale, luego me cuentas.

Minutos después termino de ducharme y salgo de la ducha en toalla. Me pongo unos vaqueros y una camiseta

rosa. Veo las converse negras en una esquina y las cojo. Saco de la cómoda unos calcetines de corazoncitos y cuando estoy lista voy para la sala de estar y me siento en el sofá.

—¿Me quieres explicar porque te cogiste unos días libres? Respiro hondo y respondo:

—Quería descansar un poco del trabajo.

—Vale, me voy a la universidad, a venir a recogerme.

Con desconsuelo respondo:

—Vale, ten cuidado.

Me quedo sola en casa. Enciendo el ordenador, entro en el navegador y escribo en la barra de búsqueda “Empleos en Seattle”, me salen cientos de resultados. «Joder, para que me engañe, sé que el ruso va cumplir su amenaza. Para qué molestarme en buscar trabajo, porque sé que me van a decir: “Lo siento, pero no podemos contratarla porque un gilipollas con traje lo prohíbe”. Maldición, es que lo odio».

Entro a la página web del banco, entro a mi cuenta y veo el balance con el que cuento, «genial, solo me quedan dos mil trescientos dólares y pronto tengo que pagar el alquiler, el coche, los libros de Melanie, su anticonvulsivo que vale novecientos dólares...ya que me he quedado nuevamente sin el seguro médico. Sí que me ha jodido la vida el imbécil».

Cierro el portátil enfadada dejándolo a un lado. «Joder, algo se me tiene que ocurrir. No me han llamado a para tocar, seguro que el imbécil tiene que ver. ¡Es que si

podiera ahorcarlo lo ahorcaba!»).

Veo mi violín en su estuche arrinconado en una esquina. Respiro y me pongo en pie. Lo cojo y lo saco del estuche. Lo reposo junto al arco en el sofá. Busco en mi cuarto mi cuaderno con las melodías y regreso a la sala. Lo abro y lo pongo sobre la mesa del centro. Dibujo la clave de sol, «al menos en esto eres buena Megan... Suelta tu imaginación».

Me coloco el violín en el hombro, lo pincho con mi cuello y llevo el arco a las cuerdas. Toco la escala de do mayor, me agrada el sonido. Siempre me ha gustado esa escala. Dejo que mi mente invente una nueva melodía. Le busco el ritmo y comienzo a hablar conmigo misma.

Las notas comienzan a surgir y las voy escribiendo en el pentagrama. Por un momento me olvido del lío que tengo encima. Dejo la composición a medias y guardo el violín. Me siento derrotada, ese infeliz me ha jodido pero lo peor de todo es que yo contribuí a todo esto.

No puedo ni quiero ceder a su chantaje, cojo el móvil y marco a Annick.

—Hola Megan, ¿Cómo estás?

—Liada, estoy jodidamente mal.

—¿Qué ocurre?

—Me he quedado sin trabajo.

—No es tan malo, encontrarás otro...

Tristona respondo:

—¿Estás ocupada?

—Eh, estoy con Mike tomando un café.

Me apeno.

—Perdona, no quería molestar, hablamos luego.

Cuelgo el móvil. Me tumbo en el sofá. Creo que tengo serios problemas mentales, no dejo de pensar en esos labios suaves y carnosos que provocan besarlos hasta el cansancio.

Cierro los ojos, «¿Joder Megan en qué coño estás pensando? Tienes un lío grande y tú pensando en esos labios».

Cojo las llaves del coche y salgo de casa. Desactivo la alarma del coche y subo al piloto. Quiero conducir y e irme lo más lejos posible. No queda mucho tiempo para que todo comience a derrumbarse.

Conduzco sin saber a dónde coño ir. Quiero emborracharme, tal vez así deje de pensar en lo que me deparará el futuro si no consigo dinero.

Suena el móvil, cojo la llamada sin saber de quién se trata.

— Quien quiera que sea, estoy muy cabreada, así que tiene cinco minutos para decirme lo que quiera, y ya van cuatro.

Una voz femenina con acento ruso responde. La he cagado.

—Megan, no tienes un buen día...

— Aleksandra, ¿cómo consiguió mi número?

—No tiene importancia...

—Mire, no quiero ser grosera pero no quiero saber nada de ustedes.

—Megan, ¿Otra vez borracha?

—Estoy cabreada, estoy que si veo a su hermano me condenan a cadena perpetua por asesinar a ese imbécil.

—Eh, es de mi hermano de quien estás hablando Megan...

—¿Puede decirme qué quiere?

—¿Porque renunció?

—Porque su hermano es un enfermo, Indague con él.

Cuelgo el móvil. Reposo mi frente en el volante. Necesito desaparecer de este caótico mundo.

Pasan semanas y mi situación empeora. Busco en mi cartera el dinero con el que cuento. Cuento los billetes, en total doscientos dólares en efectivo y trescientos más en el banco.

Respiro hondo; se me viene encima el alquiler, el coche, la universidad, el anticonvulsivo de Mel... «joder, creo que voy a enloquecer».

Melanie me ve a oscuras en el sofá. Enciende la luz y me imagino que debe saber ya lo que está ocurriendo.

—Megan, ¿porque no te acuestas?

—¿Por qué estas despierta?

—No puedo dormir...

Se sienta a mi lado.

—Megan, ¿por qué no has vuelto al trabajo? ¿Por qué no has vuelto a tocar en el hotel?

Sollozo.

—Lo solucionaré... Tú no te preocupes por nada.

—Eres mi hermana... Me preocupo por ti.

—No deberías, yo estoy bien, tú también lo estarás. —

Guardo mi cartera en el bolso—. ¿Te tomaste tu

medicina?

Melanie me niega con la cabeza.

—Se me acabó el frasco hace tres días, pasé hoy por la farmacia con la prescripción médica y el dinero, la farmacéutica me dijo que no podían despachar el anticonvulsivo por conflictos con la farmacéutica que se lo suministra.

Me hiervo por dentro, «maldito ruso, se va a arrepentir. Es que lo tengo atravesado».

—Haré lo que sea para conseguirte el anticonvulsivo.

Esboza una sonrisa y poniéndose en pie responde:

—Sé qué harías cualquier cosa por mí, igual que yo lo haría por ti, pero la de las neuronas fritas soy yo...

—No hables así de tu enfermedad, Melanie.

—Vale... Me voy a dormir.

Camina por el pasillo hacia su cuarto, se detiene frente a su puerta y cae al suelo. Escucho el golpe desde la sala, corro al pasillo y vuelvo a ver esa horrible escena que me hace sentir impotente. Verla retorciéndose en el suelo y temblando involuntariamente me hace tomar decisiones.

Me siento a su lado y espero a que se le pase la crisis entre lágrimas. Le acaricio el pelo.

—Estarás bien, lo prometo, Mel.

\*\*\*

—Megan, ya estoy mejor. Estuviste toda la noche en vela pendiente de mí. Al menos déjame preparar el desayuno.

Saco del frigorífico la jarra de leche y del armario una caja de cereales. Tuesto unas rebanadas de pan en la tostadora y respondo:

—¿Cereales con tostadas o tostadas con cereales? —Muy graciosa...Hablo en serio.

Me siento en el taburete.

—Cierra la boca y desayuna.

—Megan, no soy tonta. Perdiste el trabajo y estamos como

al principio.

—Melanie, solo concéntrate en tus estudios. ¿Quieres ayudarme? No me cuestiones y solo haz lo que te pido. Aprieta los labios.

—¿Aunque eso implique que lleves la carga sola? —Es mi decisión Melanie, espero que no la cuestiones y no me hagas las cosas más difíciles. —Cojo su mano—.

Oye,

si digo que todo va estar bien, confía porque lo estará. No dejaría que te pasara nada.

—Meg, lo sé, por eso temo, porque sé que serias capaz de hacer cualquier cosa.

Suelto un suspiro.

—Termina de desayunar, te llevaré a la universidad. La miro y veo en ella reflejada mi único motivo por el cual sigo al pie del cañón, haré lo que sea para que Melanie tenga

su fármaco y no pase nuevamente por carencias, si tengo que sacrificar mi dignidad y mi virginidad por verla bien y fuera de peligro, lo haría sin rechistar.

Me siento en la cama, me miro al espejo y veo a una mujer sin muchas opciones, una mujer que ama la música y que por caprichos del destino terminaré siendo una doctora en farmacia odiando la profesión.

Aprieto los dientes y cojo el móvil. Con un nudo en la garganta hago una llamada tomando la decisión más difícil de mi vida.

—Ivanov Pharmaceutical Inc. Presidencia, ¿En qué podemos ayudarle?

—¿Emma?

—¡Megan!, Hasta que sé de ti. ¿Cómo estás? ¿Por qué renunciaste?

—Luego te cuento, necesito que me des una cita con el ruso para mañana en la tarde.

—Megan, sabes que las citas con el señor pueden tardar hasta un año en efectuarse.

— Encuentra la manera de buscarle un espacio, cuando se entere que quiero verlo el infeliz me dará la cita, te lo aseguro. —Vale, te aviso hoy por la tarde.

—Gracias, Emma.

Melanie entra al cuarto.

—¿Qué tal me quedan estas bermudas?

—Estas guapísima, anda vamos a la universidad.

Conduzco y mientras lo hago pienso en lo que tendré que hacer, me sentiré asqueada y será algo traumante, pero no puedo permitir que Mel sufra las consecuencias.

—Sabes, cuando tenía unos quince años siempre le decía a mamá que quería casarme con un hombre alto, guapo y elegante. También le dije que llegaría virgen al matrimonio, que

me entregaría por amor.

Mel me mira confusa.

—¿Por qué me dices eso Megan?

Suspiro y con tono nostálgico respondo:

—Hoy me doy cuenta que estaba en una enorme burbuja de cristal, eso nunca sucederá, eso de formar una familia y enamorarme sé que solo se quedará en un sueño de quinceañera.

—Megan, si lo dices por Julián, otros vendrán. —No lo digo por Julián, es simplemente porque siento que he vivido con una venda en los ojos todo este tiempo, olvida

esto yo me entiendo.

La dejo frente a la entrada de la universidad, al menos ella puede tener una vida normal, sin preocupaciones. Con eso me basta.

—¿Te recojo?

—No, me regreso con Valeria.

—Vale, cuídate.

Regreso a casa y en mi cuarto compongo aquella melodía que había dejado a medias. Termino de dibujar la última nota

en el pentagrama. La toco completa en el violín, otra nostálgica y diría que hasta depresiva. Así me siento desde hace un

año. Escribo en el encabezado “Black Heaven”, otra melodía

melancólica al repertorio.

Suena el móvil. Suspiro y contesto la llamada. —Megan, conseguí esa cita que quieres. Mañana a las cinco de la tarde.

—Vale, gracias Emma, te debo una.

—Dime, ¿volverás?

—Lo más probable, nos vemos.

Suelto una lágrima, lanzo el móvil a mi costado. El maldito se saldrá con la suya. Tanto que reservé ese momento para

que fuera especial y ahora solo es un mísero intercambio por

la salud de Melanie. No sé cuándo, no sé como pero ese ruso

me las va a pagar todas juntas.

Capítulo 10

**sUya por Una MalDita noche**

Aquí voy, a ceder a regañadientes, a torcer el brazo, a doblégame. El muy idiota conoce mi talón de Aquiles y lo ha usado a su favor.

Me miro en el espejo de la cómoda. «Megan, todos los problemas que tienes desde que entraste a trabajar a esa maldita farmacéutica parecen sacados de un libro de terror. Tengo que hacerme la idea ya, será algo rápido. Si, Mikhail me atrae, pero no para terminar en una cama. Joder, me encuentro dividida, creo que siempre he tenido una guerra interna con la razón y el corazón. ¿Enserio quiero hacer esto? Joder, estoy jodidamente liada».

Subo al piso cincuenta y me acerco al mostrador. — Emma, ¿le dices al señor ese que estoy aquí? —Ay Megan, no cambias. Siéntate, te anuncio en un momento.

Me siento en un diván blanco en piel, miro el reloj, «vaya que puntual soy, aún faltan cinco minutos». Estoy que subo por las cuatro paredes del mosqueo que tengo.

Emma me hace una seña.

—Puedes pasar, suerte...

Me levanto de la silla, tragando saliva. Estoy algo fuera de

lugar. Creo que mi vestimenta no le gustará al ruso maldito, me encanta la idea. Llevo puesto una camiseta

negra, unos vaqueros rasgados y unas converse rojas. El pelo suelto y rebelde, con un toque natural de maquillaje. Me da igual, ya ese idiota me da igual.

Camino hacia el despacho del ruso, «joder, siento que necesito un cuchillo en mis manos».

Abro la puerta y ahí está dando la espalda a la entrada, solo puedo ver que sostiene una copa de Brandy muy cómodo él.

—Señorita McMillan... Sabía que tarde o temprano vendría, tenemos una conversación pendiente.

Trago saliva.

— Señor, ¿porque insiste en joderme la vida? Hay muchas que podrían acostarse con usted. La verdad es que no entiendo cuál es su empeño.

—Pero yo quiero tenerla a usted. —Se gira mirándome fijamente a los ojos—. Deseo tenerla a usted en una cama. Intento controlar las lágrimas, pero el mosqueo me lo impide. Estoy a punto de retractarme de todo esto, pero luego pienso en Mel, ella merece todo este esfuerzo que estoy haciendo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo intimidad?

—Eso a usted no le importa.

Cruza los brazos y solo me mira, me mira queriendo sacarme la respuesta de los ojos.

—¿No ha habido ultima ni primera vez cierto, Megan?

«No quiero darle el gusto, no puedo ni soportaría darle el jodido gusto». Niego con la cabeza y aquí voy a

inventarme una de las mías.

—No se haga ilusiones, no soy virgen si eso es lo que le interesa de mí. Hace un mes que tuve sexo de lo lindo.

¿Contestada su pregunta?

—Entonces no entiendo cuál es el lio por una noche.

—Yo me acuesto con quien quiero porque lo deseo, y perdóneme, usted no me levanta ni un pelo. Usted es tan frío, tan amargado que no despierta pasión alguna.

Se enfurece con lo que le he dicho, me encanta que le haya dolido. Se cree que puede manejar a todos a su antojo, pero conmigo se equivoca.

—¿Sabe porque he aguantado todos sus insultos sin despedirla en el instante? —Curva la comisura con sarcasmo—. No lo hice porque yo mismo me encargaría de demostrarle que usted no puede conmigo, McMillan, esos aires de grandeza se los voy a domar en una noche. Espero que su macarra le ayude en estos momentos.

Derramo otra lágrima y mis instintos asesinos se quieren salir de control. «No le des el gusto a este infeliz, Megan McMillan». Sonríó burlona y respondo:

—¿Tan poca cosa se cree que ni siquiera pudo conquistarme para llevarme a la cama? ¿Así hace con todo, señor Ivanov?

—No..., es la primera que me pone creativo.

Odiándolo con todo mi ser lo miro enfadada aceptando su chantaje.

—Seré suya por una noche, ni más ni menos. Pero pondré unas condiciones.

—Usted no está en posición de poner condiciones, pero para que vea que soy receptivo..., la escucho.

«Megan, serénate. Debes guardar la compostura y no partirle el cráneo a este imbécil».

—Tendré sexo con usted, pero no acepto su oferta de ascenso, tampoco el puesto de recepcionista. No quiero volver a saber de usted luego de esa noche.

Arquea una ceja con prepotencia.

—Ahora mi contra oferta, No acepto su renuncia, señorita McMillan. Usted seguirá trabajando para mí hasta que yo así lo quiera. Si no desea el puesto que le estoy ofreciendo, bien. Pero no se va.

Trago saliva llena de desesperación.

—¿Qué es lo que quiere?

—A parte de tenerla, que sea dócil, no quiero que cuestione, solo obedezca. Que sea educada, ya que sus altanerías me joden.

—No me refiero a eso, ¿Qué quiere de mí? Parece que solo quiere joderme la vida.

Lo miro fulminantemente, ya siento que lo odio más de lo que pensé que llegaría odiar a alguien.

—Eso me lo reservo, McMillan, entonces, ¿Acepta?

—De acuerdo, acepto.

Mientras anota unos apuntes me dice con el tonito victorioso.

—Mañana en la noche, la quiero a las siete de la noche en el hotel que está en esta dirección en la suite presidencial.

—«Maldita sea, me siento como una puta cediendo a sus

caprichos. Como si no pudiera elegir, como si solo fuera mercancía que no tiene voz ni voto»—. Te depilas. —Me da una tarjeta de crédito y me quedo como una estúpida, «¿Para que una tarjeta de crédito?»—. El número secreto es sesenta cero cinco. —La miro y tiene su maldito nombre impreso—. Esa la saque exclusivamente para los gastos que vas hacer.

—¿Está imbécil? ¿Qué gastos?

—He elegido lo que llevaras puesto para mí. En esa nota está lo que quiero que te pongas. Quiero el pelo suelto en ondas rebeldes, en tacones y con los labios rojo intenso mate.

—Acorte todo y mejor diga, la quiero vestida como una cualquiera.

—Si le gusta ese término...

Leo el apunte, es un idiota, «¿dios, porque gente como el existe? Es que lo odio, aún no sé cómo pude aceptar esto».

—Comerá frutas, nada de grasas ni cosas ácidas entre la noche de hoy y el día de mañana.

—¿Y eso por qué?

—Asunto mío...

—¿Algo más señor? —Replico.

Me entrega un cheque por cinco mil dólares. Este se cree que puede comprarme con el maldito dinero.

—Debe tener muchas deudas, McMillan, y por su hermana no se preocupe, sus neuronas no seguirán friéndose.

Agarro el puñetero cheque y lo rompo en pedacitos.

Como quisiera metérselo por el culo por imbécil.

—Es un infeliz, eso es lo que es usted. Por eso está solo.

—Y usted, señorita McMillan es una ordinaria con muy poca educación. Quizá por eso esté sola también. Ahora lárguese que tengo mucho que hacer.

En estos momentos solo quiero morirme, pero antes matarlo a él por infeliz bastardo. Aun no sé cómo haré para fingir que no soy virgen cuando no tengo ni puta idea de lo que es tener sexo.

\*\*\*

—¡Megan!

«Joder, odio que me despierten así». Caigo sentada en la cama bostezando.

—Melanie, déjame dormir. Estoy muy cansada. —

Compré la medicina, extrañamente me aceptaron la prescripción médica.

Me levanto desganada, al menos ese problema está resuelto. Me pongo lo primero que encuentro y salgo a la sala de estar.

Cojo las llaves del bol del recibidor y abro la puerta sin desayunar, ni nada. «Este va ser el peor día de mi jodida vida». — Megan, ¿a dónde vas?

—Eh, tengo cosas que hacer, nos vemos.

—Espera, al menos come algo. Está muy rara.

—No puedo, tengo prisa. Nos vemos luego.

—Pero...

La dejo con la palabra en la boca. Me subo al coche y cerrando los ojos me doy un segundo para asimilar este día y lo

que me espera.

Conduzco hasta el centro comercial y solo tengo una cosa en la cabeza, el odio que le tengo a ese infeliz. Camino entre

las tiendas buscando en la lista lo que el tío este quiere que

me ponga esta noche.

Miro la jodida tarjeta de crédito, su nombre..., sé que su nombre no va abandonarme jamás.

Me siento en un banco y solo pienso en cómo hacer para no sentir deseos de matarlo esta noche. Siempre tuve un mal

presentimiento con este trabajo y Mel nunca me escuchó ni

me hizo caso. Ahora soy yo quien paga los platos rotos.

Regreso a casa con las compras y Mel no está, menos mal.

Así no me hace tantas preguntas.

Me meto a la ducha y cuando pretendo comenzar a depilarme lo pienso mejor. «¿Quiere sexo? Entonces si está tan

caliente no le molestara una vagina al natural». Dejo la cera

a un lado y ya quiero verle la cara al ruso prepotente cuando vea que no estoy depilada. Aun me falta la peor parte, el vestirme como puta a domicilio. Voy a la cocina a por un poco de zumo de limón mientras miro el móvil. «No puede ser, Julián otra vez dando el coñazo».

Julián a las 1:39 p.m.

*Megan, hablemos. Intentemos comenzar de nuevo. Al menos como amigos.*

Este en definitiva tiene retraso mental. Tal vez si aprendo ruso y le digo que se vaya a tomar por el culo tal vez entienda. Ignoro el mensaje miro otro.

Emma a las 1:40 p.m.

*¿Qué le hiciste ayer al ruso? No vino a presidencia.*

Fácil, porque el imbécil debe estar de compras eligiendo que calzoncillos ponerse.

Megan a las 1:45 pm

*En realidad, no sé por qué pudo haberse ausentado el señor hielo a la sede, si se algo te aviso.*

Me llega un correo electrónico.

DE: Departamento de Recursos humanos de Ivanov

Pharmaceutical Inc.

PARA: Megan McMillan Agnelli

FECHA: Febrero 14 de 2014 1:55 pm

ASUNTO: Reincorporación a Ivanov Pharmaceutical Inc.

Señorita McMillan,

Hemos recibido la notificación de presidencia informándonos de que es la nueva asistente ejecutiva del señor Mikhail Ivanov. Le escribimos para informarle de los beneficios que su nuevo puesto le ofrece

- Seguro médico para usted y sus parientes.
- Viaje a Moscú y San Petersburgo todo pagado cuando el señor Ivanov la necesite en su país.
- Curso intensivo de ruso tanto conversacional como escrito.
- Su sueldo aumentara cada tres años un cinco por ciento.
- Coche para uso en transacciones de la farmacéutica (BMW).
- Flexibilidad en su jornada laboral.
- Sueldo de tres mil novecientos dólares.
- Tendrá su propio despacho ejecutivo en la presidencia.

Ahora le dejamos a continuación sus obligaciones.

- Estará disponible para el señor veinticuatro horas al día. Siete días a la semana (Excepto festivos y vacaciones).

Esperamos que la información le sea útil.

Atentamente,  
Genoveva Jones  
Directora de Recursos Humanos de Ivanov  
Pharmaceutical Inc.

Es un infeliz, le dije que renunciaría y aparte de obligarme a acostarme con él me obliga a permanecer en su empresa. Mis obligaciones, en otras palabras, son ser la puta esclava del ruso. Cada vez siento que lo único que quiero es ver jodido al tonto del traje.

Melanie me llama al móvil y escondiendo el mosqueo que tengo respondo la llamada.

—Hola Mel.

—Hola, ¿Podemos salir hoy en la noche a cenar con unas amistades? Es San Valentín y quieren hacer una reunión.

—No puedo, Mel. Hoy toco en el hotel y saldré tarde.

Además, me quedaré a dormir con Annick.

Sollozo, odio mentirle, pero no puedo decirle que estaré vendiendo mi virginidad por puro chantaje.

—Vale, ten cuidado, Megan.

—Vale, adiós.

Golpeo el volante. «¡Joder, es que no puedo tener una puta vida normal! Adiós a llegar virgen al matrimonio, adiós a todo lo que yo quería en la intimidad».

Miro el reloj y faltan tres horas para tener que ir al

maldito hotel. «En el fondo tengo miedo, tengo miedo de que termine gustándome lo que va a pasar. Megan, deja de pensar idioteces, es que a veces pienso que soy una imbécil y no puedo controlar a mi otra yo. Y esa sí que es peligrosa».

Salgo en toalla después de ducharme, y con dejadez, abro la caja dorada donde está la lencería que compré en el centro comercial. Tomo un respiro y me pongo la lencería en de encaje.

Me miro en el espejo y me siento como una autentica cualquiera, jamás me había puesto esta ridiculez. Tengo puesto un bustier que oprime mis pechos hacia arriba y me hace ver más delgada de lo que soy. «¡Odio tener los pechos así! Parecen que están inflados. Odio ponerme estas cosas, odio todo lo que tenga que ver con lo que voy hacer hoy».

Miro la prenda de abajo, y joder, es como si no llevara nada puesto, mi vagina apenas está cubierta por unos encajes transparentes. Me pongo las mallas hasta la rodilla y las uno al sujetador con una tirita ajustable.

Le pongo seguro a la puerta, me detengo frente a la cómoda y con el secador me lo seco. Hago ondas en mi pelo, queda salvaje y voluminoso, así como quiere el ruso pues. Saco mi bolsa de maquillaje y cojo polvo y el delineador de ojos negro. Los delinearé y veo a otra que no soy yo en el espejo. «Megan, esta no eres tú, esto no va contigo por nada del mundo». Cojo el labial rojo intenso mate y pinto mis labios. Me pongo unos tacones negros,

miro el reloj y solo tengo media hora para llegar al hotel.  
Cojo un sobretodo color crema del armario y  
poniéndomelo suelto un suspiro triste.  
Cuando acabo voy a la cocina y le dejo una nota a Mel en  
el frigorífico.  
Salí a tocar como te dije, no te preocupes estaré bien.  
Annick y yo estaremos en su casa viendo esas películas  
que tanto le gustan.

Te amo, Megan

Conduzco brusca hacia el hotel sintiendo que hoy..., des -  
pués de hoy mi vida va a cambiar.  
Llego al hotel y entro al vestíbulo del hotel. Estoy a unos  
minutos de...espero no arrepentirme. Camino en zancadas  
hacia el mostrador deseosa de que esta noche pase rápido  
y solo quede en un mal recuerdo.  
—Buenas Noches, Soy Megan McMillan. Busco a uno de  
los huéspedes.  
—Claro, dígame el nombre.  
—Mikhail Ivanov.  
—Deme un segundo.  
Espero a que localice al ruso impaciente mientras observo  
todo a mí alrededor. Definitivamente soy una pobre  
muerta de hambre, es uno de los hoteles más caros de  
Seattle.  
—Efectivamente, está registrado desde ayer por la noche.  
No se encuentra en la suite, pero nos ha dado órdenes

específicas de que le entreguemos una llave de la suite.

—¿No dejo dicho a dónde iba?

—Se encuentra en la barra del hotel, ¿desea que lo llamemos?

—Eh no gracias, yo lo espero en la suite.

—Como guste, aquí está la llave, la suite presidencial es la quinientos doce A, que disfrute su estancia.

«Joder, es una tarjeta. ¿Cómo se supone que esto abra una puerta?». Subo a la suite presidencial y deslizo la tarjeta por un artefacto extraño. Entro y me quedo anonadada. Es...es tres veces mi apartamento. Todo es muy bonito y lujoso. Tiene una vista preciosa de Seattle, lo único discordante será lo que pasará en estas cuatro paredes. Me acerco al balcón dejando el bolso sobre la cama y nostálgica me quedo mirando el paisaje. Al rato escucho la puerta abrirse y ese aroma viril me penetra la nariz. Me quedo helada.

—Es muy puntual, Señorita McMillan.

Me giro fingiendo que no estoy nerviosa.

—Ya estoy aquí, haga lo que tenga que hacer y terminemos con esto de una buena vez. Sabe muy bien que esto es en contra de mi voluntad.

Se acerca hacia mí y arqueando una ceja me responde:

—Antes de cualquier cosa hay unas reglas que usted debe seguir. —Aprieto los dientes—. No tiene autorización para moverse.

—No tengo ningún interés en moverme y dudo mucho que usted provoque que lo haga.

Aprieta los labios.

—¿Es mala mintiendo, lo sabe? Dudo mucho que tenga idea de lo que va hacer hoy.

—Crea lo que le dé la gana, además no haré nada, usted es quien hará.

Me quita el sobretodo dejándolo caer al suelo. Roza su nariz por mi cuello aspirando mi aroma y susurrándome al oído pregunta:

—¿Por qué es tan arisca?

—Deje de hacer preguntas idiotas.

—Vale, ahora hay que excitar a cierta mujer..., será más fácil de lo que pensé. —Sonríe con mofa.

—Haga su mejor intento, no conseguirá nada, ruso infeliz. Me lanza a la cama violentamente. Lo he cabreado con mi comentario y la verdad no me importa lo que piense este troglodita de mí.

—No me subestime, señorita McMillan, podría acabar muy mal.

Cierro los ojos y en estos momentos estoy acojonada, aunque no lo parezca.

## Capítulo 11

### **Mi otra yo**

### **está encantada con el sexo rUso**

Me mira con deseo, un deseo que me asusta. Se desprende de su ropa quedando en una ajustada y provocadora ropa interior. Veo su cuerpo firme y atlético desnudo. Muerdo

mis labios con un odioso deseo dominándome. Siento una sensación extraña en mi vagina, palpitaciones y una humedad inédita que nunca había sentido. «Joder, Megan, no lo mires, solo cierra los ojos y no vuelvas a ver su cuerpo y ya está».

Por unos instantes solo observa mi cuerpo, sin reacción, sin expresión. Me desviste, tengo mucha vergüenza, estoy desnuda frente a mi jefe y me toca de una forma que el muy desgraciado consigue que quiera más. Me separa las piernas y flexionándolas mira que no me he depilado. Me mira mos- queado y comenta:

—Creo que fui claro al decirle que se depilara.

—Se me olvidó, si quieres dejamos esto para después. Me voy.

Me detiene y mirándome con intimidado y a la vez con deseo, acerca un frasco. Derrama lubricante sobre mi vagina. Me tenso por completo, más rara no puedo sentirme.

—¿Qué va hacerme?

—El que no se haya depilado no impide nada, aun así, será mía.

«De nada te sirvió la jugada Megan, de nada». Se pone de pie y se quita su ropa interior liberando su erección y yo ya quiero morirme.

Lo miro y su pene me hace querer y a la vez no querer

esto. Me acobardo al ver su tamaño. Esa cosa no cabrá en mí, me hará daño. No quiero terminar partida en dos. Pero tengo que fingir que nada de esto no es nuevo para mí.

Nota mi preocupación y frío pero algo burlón dice:

—¿Por qué esa cara?, Si según usted ya ha pasado por esto.

«Estoy jodida, liada y sé que no dolerá solo un poco, sino que va a doler mucho».

Trago saliva, tira de mis tobillos y me acerca hacia él. Se pone un preservativo mientras que tiemblo sin control del miedo. Coloca mis piernas a sus costados y sus ojos no dejan de mirar mi cuerpo. Se reclina para delante apoyando sus manos en la cama, pensé que sería sutil, pero es todo lo contrario.

Roza su miembro sobre mi clítoris y el placer comienza a dominarme. Me penetra con cierta brusquedad y arqueo la espalda retorciéndome del dolor.

Siento que todo dentro de mí se expande recibiendo su pene con una odiosa sensación de placer, pero también de dolor.

—¡Es un bruto!

—Ve como no sabe mentir..., está muy estrecha, deliciosamente estrecha

Siento que el imbécil ha quebrado algo en mí. Comienza hacer movimientos de vaivén y yo solo siento un dolor horrible. Estoy siendo penetrada por el hombre que más odio y todo es tan horrible, no quería esto para mi primera vez.

—¿Puede ser menos brusco, por favor? Duele demasiado. Me mira y solo espero que acceda. Vuelve a penetrarme, pero esta vez lo hace con sutileza y suavidad. El dolor poco a poco va desapareciendo convirtiéndose en placer, uno intenso. No quiero sentir placer por tener su miembro hundiéndose en mí, por sentir su roce, solo quiero sentir asco, pero creo que es cada vez más difícil. Todo lo que temía comienza a suceder, lo disfruto, disfruto mucho. Escucho sus resoplidos y gruñidos de placer en mi oído y comienzo a querer seguir escuchándolos. Entra y sale de mí con suavidad y una que otra vez lo hace con fuerza. Trato de mantener mis manos inmóviles y mi cuerpo también, pero creo que no voy a poder seguir las instrucciones por mucho tiempo. «Me siento excitada, ¿cómo puedo estar así)?».

Miro hacia el lado y hay una pared llena de espejos reflejan nuestros cuerpos, verlo sobre mí moviéndose como lo hace, despierta en mí algo oscuro, morboso y pervertido.

Entra y sale de mí con deseo y logro escuchar susurros de sus labios.

—Es hermosa, me fascina.

No sé porque, pero escucharlo me lleva a cometer un loco impulso. Mando a la mierda sus estúpidas reglas egocentristas y lo cojo de la nuca. Acercó su boca a la mía y lo beso con un deseo reprimido que ahora ha surgido en mí. Sus labios, su piel, todo él, me bloquea la razón.

Me besa con brusquedad, embiste mientras me besa, su

forma de tocarme, de besarme me pone en guerra conmigo misma. Lo hace con deseo, pero también con odio. Se supone que yo odio a este tipejo, y en este momento, solo deseo que me toque, que me penetre una y otra vez como lo hace.

No lo pienso, deslizo mis manos por su espalda, me embiste con fuerza, clavo mis uñas en su piel. ¡Quiero más!, Siento que el contacto le molesta.

Se despega de mis labios y me aprieta el cuello con sus manos. Me mira con frialdad y enojo:

—Le dije que no se moviera...

—Perdón.

Me libera el cuello dejando besos en el mismo. Dejo mis manos inmóviles por encima de mi cabeza. Veo que su boca se dirige a mis pechos. «¡Madre mía!». Succiona mis pezones con deleite y lujuria. Me avergüenza, pero a la vez me excita tenerlo sobre mí. Tira de ellos y las consecuencias las sufre ese bultito hinchado deseoso de más entre mis piernas. Sus labios están a la altura de mi oído. Escucho sus resoplos, sus jadeos. Sus gemidos son sexys y eróticos.

En el sexo su comportamiento cambia, es menos rígido, más humano. Menos frío. Intento buscar sus labios con los míos sin tener yo la iniciativa. Es que quiero volver a tenerlos; pero no quiero que me regañe otra vez.

Nuestras bocas se encuentran sin querer, no lo piensa mucho y coge mis labios y los llena de mordiscos. Quiero morderlos, son tan provocativos que necesito besarlos

nuevamente. Con temor y timidez agarro su labio inferior, lo succiono y beso con ternura, parece no molestarle. Siento que se me escapa el aire con cada embestida que me da. Pausa el ritmo de sus embestidas. Va suave mientras toca mi cuerpo.

—Me encanta su estrechez.

Mi cuerpo está caliente, estoy sudando; «joder, no había sentido la necesidad de tocar alguien como lo deseo tocar a él».

Me coge con fuerza de las muñecas y rueda conmigo en la cama. Por unos segundos estoy sobre él a horcajadas. Muevo mis caderas dejando caer la cabeza hacia tras, pero el encanto no me dura mucho. Vuelve a ponerme debajo de él, al parecer al ruso le gusta tener el control no solo en la farmacéutica, sino también en el sexo.

Me quedo inmóvil, entra y sale de mí con pasión, se me escapan los gemidos solos, no los puedo controlar. ¡Me odio!, Toca fondo y se vuelve doloroso, pero no me importa, podría soportarlo, «no...Oh...joder no pares. ¡No quiero que pare!».

Al fin veo expresiones en su rostro, veo excitación, placer, ganas de gritar y dejarse sucumbir por el placer. Siento como mi útero se contrae al recibir sus estocadas. Mi cuerpo se electrifica, el calor me invade y por un momento olvido que soy Megan, la recepcionista que odia a su jefe. Siento que puedo tocar las estrellas, que levito entre sus brazos. Estoy al tope de la excitación, sé que él también lo está. Como mi naturaleza es ser testaruda y no

seguir órdenes absurdas vuelvo a tocarlo, pero esta vez tiro de sus caderas hacia mí. Gimo.

—¡Oh Dios!

Da una última embestida y derramando su semen, se desploma sobre mí y resopla.

Su cuerpo suda, está agitado. Con voz entrecortada me dice:

— Le dije que no se moviera, desobedecer le costará caro, señorita McMillan.

Sale de mi interior y se tumba a mi costado tirando el preservativo. Veo en su brazo una cicatriz enorme, como si se hubiera cortado con algo contundente y punzante. No me atrevo a preguntar, vuelve a su estado frío e inexpresivo, otra vez no.

Se levanta de la cama y se tapa con una sábana. Algo lo atormenta, trata de esconderlo, pero hay ocasiones en que simplemente no lo puede ocultar. Se sirve una copa y sale al balcón cerrando la puerta corrediza. Se sienta y solo mira hacia el horizonte.

Me levanto y me cubro con un albornoz del hotel. Me quedo descolocada, ya todo paso pasó, tan rápido..., tan fuerte.

Trago saliva y me acerco al balcón con timidez.

—¿Puedo?

Asiente con la cabeza. Me siento a su lado y temerosa pregunto:

—¿Está bien?

—¿Por qué la pregunta?

—Nada, olvídelo..., bueno no, le voy a decir. Está raro. Se supone que la que tiene que estar rara soy yo no usted.

Toma un sorbo de la copa, aprieta los dientes y comenta:

—No tenía sexo desde hace dos años y medio. Pensé que se me olvidaría la práctica.

Me quedo anonadada, es increíble que lo que diga sea cierto.

—¿Se puede saber por qué?

Se queda pensativo, sus ojos se llenan de podría decir que de dolor enlazado con rencor y frustración. «¿Que estará escondiendo?».

—No.

—¿Por qué no?

—Megan, porque no.

Toma un respiro inexpresivo.

—Hágase un favor, olvide que ha tenido sexo conmigo.

No debió pasar, fue un gran error.

— No se preocupe, no pensaba darle mucha importancia.

No iba a recordar esto como un logro. Téngalo por seguro.

—Váyase a dormir, mañana en la mañana se podrá ir.

—Pero...

—He dicho que se vaya a dormir, no cuestione.

Me levanto de la silla y me meto en la cama. Me recuesto y no me siento como pensé que me sentiría. «Me ha gustado, y mucho. He creado un vínculo de atracción hacia el ruso. Ya que voy hacer, me gusta..., el ruso me gusta y mucho. Mal Megan, Mal».

Cierro los ojos y me duermo. Pero como quisiera volver a repetir.

\*\*\* Los rayos de luz me despiertan. He dormido en una cama gigante y suave toda la noche. Miro a mis costados y no veo al ruso. Cuando pienso levantarme para vestirme e irme sale del balcón. Se queda mirando las sábanas algo burlón.

—Increíble que haya tratado de engañarme.

Miro las sábanas y están manchadas de sangre. Me sonrojo de la vergüenza. ¡Quiero morir!

—Usted... ¿usted no durmió?

—No tenía sueño.

Trago saliva. Cada vez se pone más raro. Me muevo y un dolor molesto se aloja en mi vagina. «Sabía que esa cosa me haría daño. Es tan grande, y joder, creo que me rompió más de la cuenta».

Lleva puestos unos pantalones deportivos con el torso descubierto. No dejo de mirar sus pectorales, son tan eróticos que podría decir que son adictivos. Tiene el cabello revuelto, es tan sexy cuando no camina que mi interior da brinquitos. Lo miro de reojo, tiene un bulto prominente y voluptuoso. Lo veo marcado en su lindo pantalón deportivo Adidas, y ahí va mi otra yo, «Oh si fóllame otra vez». Joder, que es el ruso, que aunque tenga un cuerpo de infarto es un maldito amargado.

Me levanto enredada en las sabanas. Me pongo en cuclillas para recoger mi ropa, me tropiezo con la sabana y quedo desnuda ante él. Me observa, con los ojos devorando mi cuerpo.

Sale del trance, me cubro rápido y muero de la vergüenza.

Con su tono grave y ronco me pregunta:

—¿Por qué tanto lío por el tema de su virginidad?

Encojo los hombros.

—No sé ustedes los hombres, pero hay mujeres que soñamos con llegar castas al matrimonio, a entregarnos por amor, no por deseo ni lujuria. Pero gracias a usted, tengo un sueño más a la lista tronchada (de sueños rotos).

—No dice nada, solo se sirve otro Brandy—. ¿Ya me puedo ir?

—La quiero mañana a primera hora en mi oficina. —

Vale, señor Ivanov.

Me pongo el sobretodo crema, los tacones y salgo de la suite. Salgo con un lío horrible en la cabeza. Conduzco hasta casa. «Estoy molesta conmigo misma, sentí placer, me gusto que me follara y solo debía sentir asco». Aparco el coche y entro a casa. Hay una nota pegada en el frigorífico.

*Megan,*

*Salí con unos amigos a patinar. Regreso esta noche.*

*PD: Me tome el anticonvulsivo, pierde cuidado.*

*¡Te quiero!, Melanie*

Es mejor pedir perdón que pedir permiso. Dejo la nota en la mesa y voy hacia mi cuarto. Me desvisto y entro a la ducha. Me baño y aun siento ese maldito dolor en mi vagina, es un bruto. Cierro los ojos, la imagen que viene a mi mente es la de ese hombre penetrando mi interior una y otra vez.

Salgo de la ducha y me pongo un chándal y una camisa de tirantes. Abro el portátil y busco en la barra del navegador, “Audiciones para instrumentos de cuerda”, me salen cientos de resultados. Entro en una página donde se hacen audiciones para formar parte de la orquesta de un musical. Vale, por algo se empieza. Mando mis datos, no pierdo nada con intentarlo, sé que no me llamaran, pero no pierdo la fe. Mientras escribo en el ordenador miro de reojo mi violín en su estuche. Siempre he soñado con ser una violinista famosa, pero tengo esa espinita que me baja de mi nube y como al escritor que nunca logra publicar su historia o como al cantante que nunca alcanza la fama me dice: “Estás soñando demasiado”. Joder, tal vez mi razón tenga razón, valga la redundancia. Lo único que tengo seguro es que tengo que deshacerme cuanto antes es de esta atracción que siento por el ruso.

Cierro el portátily ceñuda me digo:

—Ay Megan, estás liada, súper liada querida...

Capítulo 12

**pregUntas y respUestas**

Han pasado tres días. Llegó a la presidencia y siento que todas las empleadas me miran enfadadas, con envidia. América se acerca y me enseña mi nuevo despacho. Me guía a una puerta justo al lado de la del ruso.

En la puerta han grabado mi nombre, “Megan McMillan Agnelli, Asistente ejecutiva”. «Guau, me siento importante».

Abro la puerta, «joder, el maldito despacho es del tamaño de mi apartamento. Es precioso, tengo un escritorio y una cara silla ejecutiva negra de piel. Mi interior da saltitos. ¡Soy ejecutiva!, ¿Cuándo pasó todo esto?».

—Me gustaría saber qué ha hecho para conseguir este puesto, señorita McMillan. No tiene ni los estudios y mucho menos la experiencia para este puesto.

Me pongo tensa.

—¿Podría explicarse?

—No lleva ni tres meses trabajando para el señor y ya la ha nombrado su asistente, ¿Sabe cuánto tiempo pasó para que yo fuera la vicepresidenta de esta sede? ¡Diez años! Me quedo con gesto de confundido, «pobrecita, pero eso a mí que me importa».

—Perdone que se lo diga así sin anestesia, pero, ¿Acaso yo le pregunté? No sé a qué viene su agresión.

Veo que se llena de ira ante mi comentario. «¡Me importa un rábano!».

—¿Te acostaste con el señor?, Así es la única manera que una como tú consigue este puesto sin mérito alguno.

Me río por dentro.

—Veras, no te tengo que contestar a tu pregunta porque mi vida íntima te importa un comino. Ahora soy su asistente le guste a quien le guste.

—Eres una zorra.

—Cuidado como habla. Cuando tenga motivos para llamarme zorra entonces se llena la boca diciéndolo. Mientras, cállese.

Me mira fulminante.

—Solo te advierto una cosa, esto no es un burdel, así que compórtate.

— ¿Por qué no va a buscar a sus hermanas Europa y Asia?, o a dar clases de geografía, a mí déjeme en paz. Veo a mi izquierda. Tengo una barra con whisky y Brandy. «Vale puedo beber en horas de trabajo. Me gusta».

Suena el teléfono con la extensión del ruso. Trago saliva, no quiero verlo. No sé si pueda, tan temprano en la mañana no, por favor.

—Buenos días, señor Ivanov.

—Venga a mi despacho de inmediato.

—Vale.

Salgo de mi despacho y entro al de él. «Dios, su perfume impregna el lugar», me acerco al escritorio con timidez, pero a la misma vez con curiosidad. Levanta la mirada.

—Tenga, esta es mi agenda profesional y personal. Usted será la encargada de llevar mis citas y mis reuniones al día.

— Vale señor, ¿Algo más?

Actúa normal, como si nada hubiera pasado. Yo no puedo actuar de otra manera que no sea como la de el señor hielo dándome órdenes. Mientras desvía su mirada, lo observo, «joder, no debí. No debí acostarme con él, ahora siento que estoy cerca de él y deseo besarlo y tocarlo. ¡Maldita sea!». —No, puede retirarse. —Me quedo mirándolo como idiota—. ¿Qué? —Pregunta frío.

—Nada, ya me retiro señor.

Entro a mi despacho y salto del susto. La rusa está sentada frente a mi escritorio. Otro problemita ruso.

—Megan, te estaba esperando.

—Eh, ¿que se te ofrece?

—Así que te acostaste con Mikhail. ¿Sabes que has logrado mucho?

Trago saliva.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice hablar a mi hermanito...

—Eso no volverá a ocurrir. Se lo aseguro.

Sonríe.

—Volverá a pasar. No tengo nada en tu contra, al contrario. Me caes bien, solo te voy a dar un pequeño consejo; no te enamores de mi hermano porque vas a sufrir y terminarás cortándote las venas o algo así.

—Ya le he dicho que no volverá a pasar.

—Vale, como digas. Me voy, el spa me espera. Pero que conste que te avise querida. Chao

Me sacudo la cabeza, en definitiva, esta rusa está loca.

Ha- bla cosas sin sentido.

Abro la agenda del ruso y veo cientos de citas. Al menos es considerado y no escribe en ruso. Las confirmo todas y me quedo sin nada que hacer.

Me levanto y tomo una copa de Brandy, debo de activar mi vida social. Miro el reloj, son las cuatro de la tarde. «Como vuela el tiempo. Vale, si le tengo pavor al ruso, pero puedo manejarlo». Termino tomándome unas cuantas copitas de más.

Me levanto de la silla ejecutiva y entro al despacho del ruso, «vaya creo que la copa de Brandy me hizo efecto». Se gira extrañado.

—¿Se le ofrece algo?

Sonrío.

— Eh si, vale ya sé que me sacara de su despacho con un “largo, señorita McMillan, estorba”, pero solo quiero invitarlo a cenar.

Se queda helado.

—Señorita, ¿se siente bien?

—Eh, sí, ¿Qué? ¿Una chica nunca lo ha invitado a cenar?

Ceñudo responde:

—Ninguna se ha atrevido.

—¡Pues yo me atreví! Pero entendí su respuesta, creo que fue el Brandy el que habló. Me retiro.

—Yo no he dicho que se vaya, McMillan...

Suelto un suspiro.

—Vale, sé que he metido la pata, ya me voy y no lo molesto.

—Solo dígame una cosa, ¿Qué interés tiene usted en cenar conmigo?

Con su agenda en mano sonrío.

—Asuntos del trabajo, señor Ivanov, solo que pensé que en una cena sería más ameno. Además, tiene que tener más vida social.

—De acuerdo, señorita McMillan, cenemos entonces. — Me da una nota con una dirección—. Cenaremos en ese restaurante, haré la reservación, ¿Paso por usted?

—No es necesario, tengo coche señor.

Me mira y me dice:

—Preséntese con un atuendo elegante y sofisticado, es un restaurante con prestigio y no uno de comida rápida a los que de seguro está acostumbrada a ir.

—Entiendo señor, no soy idiota.

—¿A las ocho le parece bien?

—A las ocho. Ah, casi se me olvida—Saco de mi cartera la tarjeta que me ha dado y se la doy—. Esto es suyo La coge y la deja a un lado retomando lo que estaba haciendo.

—Ya se puede ir.

Salgo del despacho dando saltitos por dentro. «¡Joder, me atreví y aceptó! Vale Megan, bájale a tu euforia, sigue teniendo mala leche».

Entro a mi despacho y no dejo de pensar en que el señor hielo cenará conmigo hoy. Cojo mi bolso y bajo al aparcamiento. «Joder, no sé qué ponerme, algo elegante y sofisticado. Vale, será fácil. Entro a un centro comercial

y ya».

Conduzco hasta el centro comercial y suena mi móvil.

—¿Hola?

—¿Habla Megan McMillan Agnelli?

—Eh si...

—Soy John Peterson, ¿usted solicitó ser llamada a (para una) audición en instrumentos de cuerda?

— Sí, así es...

—¿Qué instrumento toca?

—Violín y piano, pero a nivel profesional el violín.

—Vale, en dos días será su audición. Le enviaremos los detalles por Mail. La esperamos.

—Vale, gracias.

Me quedo fría, me han llamado para una audición. Pensé que solo perdería mi tiempo en mandar la solicitud. No sé si gritar o asustarme, creo que “Black Heaven” será mi canción de la suerte.

Camino por las tiendas y veo cientos de cosas preciosas. Paso por una tienda de vestidos de fiesta y en el escaparate veo un vestido a medio regazo por encima de las rodillas negro muy bonito. Entro a la tienda y me acerco a una empleada.

—¿Cuánto cuesta el vestido negro del escaparate?

—Noventa y cinco dólares, señorita.

—¿Lo tiene en la talla XS?

—Deme un segundo y se lo miro.

Trae el vestido y quedo encantada con él. Lo pago y salgo de la tienda. «Bien, ahora solo me faltan los tacones».

Veo una tienda de zapatos al fondo, entro y cojo unos tacones de color crema de charol, bellísimos.

Me siento para probármelos y me detengo por un momento. «Me arreglo como si fuera a ver al presidente. ¡Joder, es solo el ruso! Vale, vale, deja de pensar en el señor, ¡Paga los zapatos y ve a casa a arreglarte!».

—Me los llevo señorita.

\*\*\*

Abro la puerta y entro como una loca en casa. Melanie se levanta del sofá y corro hacia ella y la abrazo, feliz. — ¿Vale y esto que es? ¿Te ganaste la lotería o algo así? Sonriente le digo:

—Nada hermanita, solo estoy feliz. ¿Qué pasa estar feliz es un delito?

—El estar feliz no, el por qué de esa felicidad tal vez si, Megan.

Doy saltitos.

—¡Voy a cenar! ¡Con el ruso!

Se tapa la cara riendo.

—La perdimos...

Corro al cuarto eufórica. No puedo creer que vaya a cenar con él.

—Megan, teníamos suficiente para que ahora de Julián pa- ses al ruso.

Me giro feliz.

—Solo es una cena, que yo propuse. Asuntos de trabajo.

—¿Ah y por eso estas como idiota corriendo por toda la casa?

Me siento en la cama y saco el vestido feliz.

— Dime, ¿me quedará bien?

—Megan, a ti todo te queda bien.

Me comienzo a desvestir. Me meto en la ducha y canto mientras me baño.

Melanie grita:

—¿Desde cuándo cantas en la ducha?

—Desde hoy, hermanita, ¡desde hoy!

Termino de ducharme y comienzo a arreglarme a las carreras. Me subo la cremallera del vestido. «Estoy como una adolescente, ¿Pero por qué coño?».

Melanie me mira fulminante.

—Megan.

—Dime.

Traga saliva.

—¿Te gusta el ruso?

«¿Cómo contestar esa pregunta fuera de lugar?, Pienso y pienso». Tartamuda respondo:

—Para nada, es sólo mi jefe.

—Megan, yo nunca te he mentado, odiaría que lo hicieras conmigo.

Me siento en la cama y ceñuda respondo:

—¿Sería muy malo si te digo que sí?

Pone los ojos como platos.

—¡Megan!

—¡Qué!, Sí, sé que es absurdo porque quiero que un

avión aterrice en su cabeza, pero no sé, cada vez que lo veo siento la revolución rusa en mi estómago.

«Joder, ¿tiene que ser rusa?».

—Meg, no quiero que te ilusiones, Mira lo que pasó con Julián, termino siendo un fracaso.

Sonrío y le cojo las manos:

—Vale, sé que te preocupas por mí, pero realmente es innecesario. Dije que me gusta y me atrae, no dije que estaba enamorada de él. Eso jamás pasará. Tal vez me ha impresionado su forma de ser, su físico, nada más. —Me pinto los labios—. Es una utopía, nada real, Melanie.

Se cruza de brazos arqueando una ceja.

—Lo mismo me dijiste cuando conociste a Julián.

—Esta vez es en serio, solo es una atracción física. Nada de qué preocuparse.

—¿Segura?

—Joder, que sí, que estoy bien, voy a regresar tarde.

—Vale, cuidado...

Subo al coche y busco entre los cds que tengo. Celine Dion, Sara Bareilles, ¿ColdPlay? «¡Qué coño hace esto entre mis cds! Ay Melanie, ya está invadiendo mi espacio. ¡Genial! No hay nada bueno para escuchar».

Conecto mi IPod al auxiliar del coche. Pongo el volumen al máximo y no sé porque siento que quiero parar en la primera discoteca que encuentre y bailar y bailar sin parar, «Joder, ¿me he intoxicado con algo? Ni yo misma me reconozco».

Llego al restaurante. Lo miro desde afuera y creo que son

de esos que tienes cien cubiertos a la derecha y cien más a la izquierda. Aparco el coche alegre. Bajo de él y siento que los tacones me tiemblan del nerviosismo. Camino hasta la entrada del restaurante y una empleada me detiene.

—Buenas noches, bienvenida. ¿Reservación?

—Eh si, está a nombre de Mikhail Ivanov.

Busca en el registro y sonriente me dice:

—El señor la espera, tercera mesa al fondo.

—Gracias.

El lugar es muy acogedor. Luces bajas, un piano de fondo y gente sofisticada. Lo veo al fondo y siento que las piernas se clavan al suelo. Los pasos se me hacen pesados, pero eventualmente llego a la mesa.

—Buenas noches, señorita McMillan. —Me mira de pies a cabeza.

—Buenas noches, señor...

Un mozo nos entrega las cartas. Una es de platos, la otra de vinos. Las dejo a un lado nerviosa.

—¿Qué quiere beber?

—Señor, no sé de vinos.

Toma un respiro.

—Vale, entonces elijo yo.

Miro la mesa. Docenas de putos cubiertos en cada lado.

«¿Por qué coño los ricos comen con mil cubiertos si con un tenedor y cuchillo basta?».

—No debió traerme aquí, señor.

—¿Por qué señorita?

—Me siento fuera de lugar. No sé comer con todos estos cubiertos, mucho menos se tomar vinos caros y no sé qué pedir de cenar.

Esboza una ligera sonrisa.

—Pierda cuidado, le enseñaré...—«Oh menos mal»—. Me dijo que esta sería una cena para hablar de trabajo.

—Eh sí, he estado revisando su agenda y he notado que ha dejado pasar citas importantes. Sigue posponiéndolas desde hace meses.

—No tienen importancia.

Curiosa respondo:

—En su agenda, leí que está en una investigación.

—Sí, de hecho, siempre estoy en investigaciones, enfermedades nuevas, medicamentos nuevos.

Arqueo una ceja interesada.

—Me gustaría participar en una...

—McMillan, es muy fantasiosa. ¿En serio ha propuesto esta cena para hablar de la farmacéutica?

—¿Para qué otra cosa lo haría?

Me mira los labios.

—Me gusta el rojo mate en su boca. —Sonrío tímida—. Cuénteme de usted McMillan, quiero conocer a mi asistente.

—¿Por qué habría de contarle sobre mí? Solo es mi jefe.

—Porque de todas formas lo sabría, sé lo que quiero y cuando quiero.

—Hagamos algo, le diré lo que quiera si usted hace lo mismo.

Con tono grave replica:

—¿Y qué querría saber de mí, señorita?

—¿Qué querría saber usted de mí, señor Ivanov?

Se reclina en la silla y soltando un respiro me mira intrigado.

—Es astuta y audaz señorita...

Arqueo una ceja esbozando una sonrisa.

—¿Acaso eso es un delito?

—Para nada, McMillan.

Su mirada me desconcierta, es fría pero llena de misterio.

Muero por saber que hay detrás del rostro serio y frío que posee. No puedo dormir sin recordar el “Es hermosa” salir de sus labios.

Ceñudo me dice:

—De acuerdo, acepto su condición, señorita McMillan.

La sesión preguntas y respuestas inicia..., «Megan, ¡Control!».

Capítulo 13

## Una esperanza MoribUnDa, pero esperanza, al fin y al cabo

Su mirada tan intimidante, tan llena de misterio que me pone muy nerviosa. No deja de mirar mis labios y eso me pone peor. Trato de esconder mi nerviosismo y aclarando la garganta pregunto:

—Comience usted, ¿qué quiere saber de una violinista, según usted de quinta?

Arquea una ceja y suspirando pregunta:

—Dígame usted, que debo saber que yo no sepa.

Lo miro, «joder, por donde empiezo». Trago saliva.

«¿Qué digo para no hacer el ridículo? Hay tantas cosas que puedo decir de mí, pero quizá no le importen en lo absoluto».

—Lo que ve ahora, es lo que soy. Una chica que ama tocar el violín y por cosas de la vida he tenido que dejar ese sueño atrás. Odio las reglas absurdas, digo lo que pienso, no escondo nada. Mi vida es transparente no tengo secretos ni un pasado que ocultar.

—¿Qué piensa ahora, señorita McMillan?

Sonrío, veo que se interesa en lo que pienso responder y mi interior da brinquitos.

—Pienso que ha hecho las cosas al revés. Pregunta sobre

mí después de haber tenido sexo conmigo sin conocerme. Creo que eso es un poco estúpido.

—¿Y quién le dice que no sé quién es usted? Sé lo suficiente, sé lo que quiero saber, pero sé que hay cosas que usted es la única que las puede contestar.

Sarcástica respondo:

—¿Como la marca y el color de las bragas que llevo puestas? ¿O la crema íntima que uso? Sí, lo entiendo, pero no le importa eso en lo absoluto.

—¿Por qué se toma la vida de forma sarcástica, McMillan?

Se me borra la sonrisa del rostro. Esa pregunta me la he hecho a mí misma tantas veces y jamás he encontrado una respuesta. Creo que trato de esconder el dolor en una actitud macarra y en contestaciones sarcásticas.

Flaqueo en mis emociones y respondo dolida.

—Sí, tomo la vida como en realidad es, lloraría cada mañana por ver que este día es peor que el de ayer y no logro nada para cambiar mi futuro. —Tomo un respiro, veo que internaliza lo que he dicho. «Aquí viene mi lengua rebelde»—. ¿Sabe también que pienso señor? Que usted se empeña en ser alguien que no es para esconder algo.

—No escondo nada señorita, no tendría por qué.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Asiente con la cabeza.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres.

—Es raro, muy raro, ver a un hombre de su edad solo y sin familia. Bueno es que ninguna mujer en su sano juicio se fijaría en un señor tan amargado como usted.

—Es una elección que tomé, el estar solo. Eso no le importa ni a usted ni a nadie.

Arqueo una ceja.

—¿Así son todos los rusos?

—¿Así como?

—Amargados, inexpresivos y fríos.

—Ahora entiendo a lo que se refiere con no guardarse nada señorita, es demasiado sincera.

—¿Herí sentimientos?

Reposa su espalda en la silla ceñudo.

—No, señorita McMillan.

No escondo nada, tengo esa duda y muero por saber la respuesta. Es que no comprendo cual fue su empeño, habiendo tantas mujeres porque tuve que ser precisamente yo. Disparo mi pregunta a quemarropa, sin anestesia.

—¿Por qué tener sexo conmigo? ¿Porque ese empeño suyo? —Noto que la pregunta le incomoda. Se queda callado por unos momentos y yo aquí urgida por saber la respuesta—. Vale, no tiene que responder si no quiere.

—Fue una especie de capricho, señorita McMillan, solo eso puedo decirle. Nada importante.

«Un maldito capricho, es que tenía que ser ruso». Golpeo las uñas sobre la mesa. Lo miro y su rostro es tan perfecto que puedo mirarlo toda la noche. Sus labios son tan eróticos que deseo volverlos a besar.

El camarero llega con la cena y el vino, creo que quiero salir corriendo. Ahora más que nunca.

—Tiene cara de espanto, señorita.

—Le dije que no sé usar esas cosas.

Miro el ejército de cubiertos. Escondo mis manos. «Se me va el apetito, ¡no quiero tocar ningún cubierto de la puta mesa!».

Coge uno y me dice algo impaciente:

—Sígueme, es fácil.

Me siento como una idiota viendo cual cubierto coge para luego hacerlo yo.

Miro su plato, miro el mío, son cosas diferentes las que ha ordenado. En mi plato hay fettucini en salsa blanca con trozos de pollo. En el de él la ensalada nada más. «Aquí viene mi boca rebelde».

—¿Puedo preguntar? —Asiente con la cabeza—. ¿Por qué pidió eso nada más?

—No como carnes, McMillan.

«Vale, soy aquí la carnívora. Guau me siento la mala de la mesa. Lo veo comer, es tan ay, ¡Dios!, Sexy». Me quedo como idiota mirándolo. «Bueno Megan, siempre te quedas como una idiota mirándolo».

—Señorita...—Sigo en el trance—. McMillan...—Sigo como una mirándolo embobada—. ¡Megan!

—Ah, ¿qué?, perdone, estaba distraída. —Trago saliva—. Ahora me toca a mí preguntar

—Pregunte.

Pienso, «¿qué coño puedo preguntarle al ruso? Bueno,

hay millares de cosas, el problema es, ¿seré capaz de preguntarlas?, Aunque lo peor que puede pasar es que no conteste. Megan, ¡dispara!».

—¿Ha tenido alguna relación en el pasado? ¿Se ha enamorado?

Aprieta los dientes. Toma un respiro algo hermético.

—Sí, ¿Y usted?

Cruzo mis piernas y reclinando mi espalda en la silla miro por la pared de cristal del restaurante. Julián se me viene a la mente, tantos momentos bonitos que viví con él y ahora son más que recuerdos.

Melancólica respondo:

—Tuve una relación hace poco... Pensé que con él me casaría, tendría una enorme casa rustica y tres hijos. Que llegaría al altar vestida de blanco con un vestido de novia de ensueño y con muchos planes para el futuro. —Sollozo —. A su lado creí que podría formar mi propia familia, que tonta fui. Todo se fue al infierno.

Serio responde:

—¿Por qué no continuó con él?

Derramo una lágrima estúpidamente. «Aún duele, increíble Megan, aun te duele Julián».

—Una noche pasé por su apartamento a buscar unos libros de la universidad y lo descubrí teniendo sexo con un hombre. Fue el momento más denigrante y más vergonzoso que he pasado. Pero lo sobrellevo como puedo. Trato de no pensar en ello, aunque me cuesta bastante. —Se queda en silencio, solo me observa. Me

levanto de la silla aturdida—. Necesito ir al baño, discúlpeme.

En zancadas entro al baño. Me detengo en el lavabo, levanto la mirada y me reflejo en el espejo. Cada vez que recuerdo esa escena me dan ganas de llorar, llorar mucho. «Esa noche hice el tonto, fui la imbécil en la escena. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Y lo peor de todo es que creía que Julián era lo mejor que me había pasado en la vida».

Compuesta salgo del baño y vuelvo a sentarme en la mesa. Me mira con incógnita.

—¿Está bien?

Asiento con la cabeza y esbozo una sonrisa tenue.

—Todo bien.

Mira el reloj, arquea una ceja y soltando un suspiro me ordena:

—Ya es algo tarde, La escolto a su casa.

Me rio.

—Yo no voy a mi casa ahora señor, yo me detendré en la primera barra que encuentre y tomaré mucho alcohol, creo que necesito una buena dosis de mucho alcohol.

Realmente lo necesito.

—Las copas a usted no le sientan bien, McMillan.

—No me importa, voy a beber. Usted puede irse a su casa y dejarme a mí beber. —Me levanto de la mesa—. No fue aburrido cenar con el señor ruso, fue interesante la charla. Que pase buena noche.

Salgo del restaurante y camino hasta el coche. El ruso

paga la cuenta y sale tras de mí. Me impide subirme al coche y que me impidan hacer lo que quiero me cabrea mucho. Cierra la puerta del coche interponiéndose en ella.

—Se irá a su casa y punto.

—Usted no es mi papá, ese se murió hace tiempo, tampoco es nada mío para prohibirme nada.

—Iré con usted, sé que terminará borracha y sin recordar ni siquiera su nombre.

—No, iré solita. No quiero un ruso regañándome a mi lado.

—Deje la idiotez y deme las llaves de su coche, mandaré a alguien a recogerlo. Usted se viene conmigo.

Sonrío y mirándolo le respondo:

—¿Recuerda que le dije que lo que ve frente usted es lo que soy? Transparente y sin secretos.

— Sí, lo recuerdo.

—Se me olvidó decirle otra cosa, cuando me propongo algo, o quiero algo lo consigo, aunque eso traiga consecuencias.

Se queda confundido.

—No la entiendo, señorita.

Lo acorralo y lo pongo entre el coche y mi cuerpo. Deseo besarlo, deseo que sus manos vuelvan a tocarme como aquella noche en la que fui suya. «Ay Megan, no sales de un lio para luego estar en otro. Pero que le voy hacer, soy así desde que tengo memoria. Lo deseo, cada día que pasa lo deseo más y eso me llena de miedo».

—Lo diré directo, sin anestesia. Quiero besar sus labios,

señor Ivanov, quiero besarlo una y otra vez, llámeme loca, impulsiva o lo que quiera, pero es lo que deseo hacer. No le doy tiempo a reaccionar, tiro de su nuca hacia mí y rozo sus labios con los míos. Fríos pero eróticos a la misma vez, creo que me vuelvo adicta a ellos. Intenta resistirse al beso, pero soy yo, Megan y cuando digo que sí es sí. Abrazo su cintura y tiro de ella uniendo su cuerpo al mío. Se entrega al roce tanto o más que yo. Lo desea tanto como yo deseo que me bese.

Llevo mis labios hasta su oreja y aunque muero del miedo por mi osadía susurro:

—¿Cuál es la consecuencia señor? ¿Qué me hará por desobedecer?

Pelea con los dos lados, el de quererme besar y morder apasionadamente. Y el otro que solo me repele con repulsión. Su erección se clava en mis caderas, sus besos se vuelven violentos y salvajes. Sentir su dureza nuevamente me pone a cien, me encanta la sensación. Se detiene de golpe y se aleja de mí como si luchará con lo que desea en estos momentos. Me desea, lo deseo, es lo único que logro entender de todo esto.

—Suba al coche.

«Creo que la he liado, está cabreado. Puedo sentirlo».

Subo al coche y luego sube él al piloto con la mirada llena de rabia

—No vuelva a besarme, ¿le ha quedado claro? No es quien para hacerlo.

Trago saliva y mi espíritu rebelde y anti reglas se revela.

—Quise besarlo y lo hice.

—Ya le dije, no vuelva a besarme ni a tocarme o...

—¿O qué? Las amenazas no van conmigo.

Me mira fulminante.

—No amenazo, McMillan, mantenga la distancia porque no respondo.

Me sonrojo, me siento liada, «Megan, estas liada».

Me cruzo de brazos y torciendo el gesto comento:

—Usted es un poco absurdo, tiene sexo conmigo, pero hace un drama por un beso, ¿Por qué tanto lío por un beso?, ¿Acaso es homosexual?

Mi lengua rebelde se dispara sola, «¿Qué coño he dicho?, Estoy jodida». Me coge del brazo, creo que quiere quebrarme los huesos del enojo. Su mirada se oscurece y furioso responde:

—Le aconsejo que se guarde su sinceridad. Conmigo le traerá muchos problemas. Y no porque su novio le haya sido infiel con un hombre quiere decir que los demás seamos ho- mosexuales. Supérela.

Toca esa herida que aún no sana y flaqueo con sollozos. Que me recuerde a Julián me jode, me hace mucho daño.

—Es un maldito gilipollas con traje. Ahora entiendo porque ninguna mujer se le acerca, es jodidamente idiota y...., y.... Maldición y ¡un amargado! —Me cabreo y mi lengua toma luz verde para seguir con mi discurso que dará fin con- migo—. Es lo más tieso y frío que he visto. No sé cómo se soporta a usted mismo, es tan gilipollas y tan idiota que no se da cuenta que peca de patético. —Me

sofoco con tanto cabreo pero aun así sigo cantándole verdades—. Me importa tres pepinos lo que piense usted de mí y por eso le diré en la cara un pequeño detalle. Es un maldito fracaso en la cama, debería buscar ayuda profesional. Tanta amargura y frialdad lo hace ser impotente al parecer. —Mientras hablo como loca me mira con deseos de callarme la boca con un puñetazo—. Gracias a hombres como usted, es que existen los consoladores y los...

—No sea ridícula, que va a saber usted de sexo si apenas la he roto. Cállese ya, va a lamentar lo que está haciendo.

—Usted es un imbécil que cree que puede manejar mi vida, pues le aviso señor que ¡no!

Me coge de la nuca y me besa con su típica fuerza impulsiva y lujuriosa que me enciende por dentro. Sabe cómo callarme y realmente lo logra. Introduce su lengua en mi boca, acaricia la mía, me electrifico. Ese beso retumba por todo mi cuerpo. Juguetea con mi lengua y siento que me derribo. Sus labios parecen querer arrancar y desgastar los míos.

Por lo visto el ruso también es de impulsos. Busca levantarme el vestido y caliente como estoy dejo que lo haga. Me odio por no poder retenerme, cada vez que me enoja cabrea me calla a besos y esta vez acaricia mi sexo por encima de la ropa interior urgiéndose todo.

Justo cuando está por hacer a un lado la braga se detiene. Baja el vestido cubriéndose y me vuelve a advertir:

—Debe alejarse de mí... Se lo advierto. Debe hacerlo por

su bien.

«Ah no, este de que va, me calienta y encima pretende dejar la llamita encendida».

Miro sus labios con deseo respondiendo:

—Eso lo dejamos para mañana señor, mañana me advierte lo que quiera.

Beso sus labios, muerdo su inferior, me besa y dudo mucho que uno de los dos tenga idea de lo que hace. Sus labios y su entrega lo delatan. Guarda algo y trata de ocultarlo con el disfraz del señor hielo.

Lo miro a los ojos, parece estar en trance, me gusta que lo haga perder el control por unos segundos.

—Deme las llaves de mi coche, iré a mi casa.

Algo confuso e ido me da las llaves. Trato de bajar del coche, pero asegura las puertas.

—Déjeme salir.

—Contésteme algo, ¿Porque me ha besado?

Trago saliva, «joder, ni yo misma lo sé. Pero esa no es respuesta para el ruso». Aprieto los dientes, siento escalofríos. Levanto la mirada temerosa y rápido respondo:

—¿Dígame usted por qué correspondió al beso?

«Contestar con otra pregunta me saca de muchos apuros.

Espero que este sea el caso». Se queda en silencio y pensativo. Quita el seguro de la puerta. Me bajo del coche pero deseo quedarme en su coche, «y...joder, creo que hay ciertas cosas que no deberían pasar por mi mente».

Liada camino hasta mi coche y subo al mismo. Vuelvo a

sentirme idiota, estúpida y una imbécil deslumbrada por su jefe.

Enciendo el coche y me quedo por unos momentos pensando, solo pensando. «Megan, tienes que hacer cualquier cosa para alejarte de ese hombre, cualquier cosa». Acelero el coche dejando atrás ese incómodo y extraño momento. \*\*\*

—¡Megan! Despierta, ¡despierta!

—Joder, sabes que odio que me despiertes así, Melanie. Salta de rodillas a mi cama.

—Han llamado a tu móvil, dos veces.

Pongo los ojos como platos.

—¿El ruso?

—Eh, no...

Me siento y mirando las notificaciones en el móvil, veo

que hay varias llamadas del número del hombre de las audiciones.

—Te llamaron de una audición o algo así. Querían confirmar tu asistencia. Es hoy dentro de dos horas.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las diez de la mañana.

«Joder, no es posible. Olvidé por completo sincronizar el despertador, ¡Fuera de mi cabeza ruso! Estoy que dejo la cabeza en cualquier lado abandonada».

—El ruso estará insoportable.

—¿Por?

—Llevo dos días como asistente ejecutiva y me ausento sin previo aviso. Estoy jodida.

—Te reportas en la tarde, ¿Cuál es el problema?

—El problema es el ruso y ahora la bruja de América. Esa mujer parece que le gusta el ruso o algo así.

—Pensé que te caía bien América.

Pongo los ojos en blanco recordando aquella discusión.

—Hemos tenido ciertos roces.

—¿Y ya por eso es bruja?

Me pongo unos bermudas a cuadros junto con una linda blusa negra y unas botas marrones por los tobillos.

—¿Crees que me vaya bien en esa audición?

—Meg, no sólo tocas, compones y cantas. Te irá genial, ya lo veras.

Sonrío, ella siempre tratando de subir el ánimo.

—¿Me acompañas?

—Vale, voy a por mí bandolera y nos vamos.

Cojo el estuche del violín. Lo veo y en él veo reflejado un sueño muy difícil de cumplir. Pero nada pierdo con intentar.

Agarro mi bolso y el violín, voy hacia la sala y Mel pregunta:

—¿Te vas sin desayunar?

—Me como algo después, voy tarde.

—Vale, vámonos.

Llegamos al lugar de la audición. «Joder, los nervios me carcomen». Entro al lugar y es como una especie de teatro

para musicales. «Como desearía poder dedicarme solo a esto, sería un sueño cumplido».

Me recibe una mujer muy amable y pregunta:

—Buenos días, ¿Audiciones?

—Sí, soy Megan McMillan, el señor John Peterson me ha llamado a audición.

Me guía hasta el área donde se están efectuando las audiciones de cuerda. Entramos al teatro y yo me muero de la vergüenza.

—En la primera fila de asientos se encuentra el señor Peterson, repórtese con su asistente.

—Gracias.

Es inmenso el escenario, el área de la orquesta me hace tiritar. «Joder, estoy donde quiero estar por primera vez en mucho tiempo».

Me registro con la asistente del señor Peterson y me siento junto a Melanie. Después de media hora me llaman al escenario.

Cojo mi violín y con unos nervios horribles subo al mismo. En la primera fila de asientos hay un hombre guapísimo vestido de traje. Es de cabellos castaños y mirada seductora. Me quedo pasmada con su aspecto varonil, «otro que me emboba».

—Hola, dígame cuál es su nombre y cuénteme un poco sobre usted.

—Mi nombre es Megan McMillan. Tengo veinticinco años, toco el piano y el violín. Vivo aquí en Seattle. Trabajo como Asistente ejecutiva en una farmacéutica y

estudio farmacia en la universidad de Seattle.

Me mira interesado.

—Vale, demuéstreme como toca el violín.

—Será un placer.

Llevo mi violín a mi hombro derecho. Deslizo el arco sobre las cuerdas y la música comienza a emanar. Cierro los ojos y olvido que estoy frente a un jurado evaluando y doy lo mejor de mí. Escucho sonar esa melodía que compuse y esbozo una sonrisa. Es difícil explicar lo que se siente al hacer lo que a uno le apasiona. Culmino la melodía, bajo el violín nerviosa.

El chico guapo me mira y con incógnita pregunta:

—Esa melodía, no es de ningún violinista o músico reconocido. ¿De dónde la cogiste?

Tartamuda respondo:

—La compuse yo, señor.

Anonadado responde:

—¿Le has puesto nombre?

—Aun no, aun no tengo uno.

Arquea una ceja.

—Bonita interpretación, felicidades es parte de la orquesta del musical.

Mis ojos sollozan de la alegría.

Los otros miembros del jurado rápido comentan: ¿Así tan rápido?

—No puede hacer eso, hay que evaluar a todos los demás músicos.

—Es mi musical, soy el productor...puedo hacerlo. Se

levanta de la silla.

—Es un placer tenerla en mi equipo musical.

—Gracias, ¿señor?

—John Peterson.

«Vale, el hombre guapo es el de la llamada».

Bajo del escenario con las piernas como gelatina, rápido, me detiene amable.

—La llamaré en esta semana para decirle cuáles serán sus días de ensayo.

—Vale, gracias.

Mi interior da saltitos, «¡lo he conseguido!».

Salgo del edificio junto a Mel y mi móvil suena. Llamada entrante, gilipollas con traje.

«Joder, ¿Es que el ruso no puede dejarme un día en paz?

Aunque en el fondo me encanta que me llame, soy una bipolar masoquista. Lo soy desde que ese hombre se apareció en mi vida».

## Capítulo 14

### **Derritiendo el hielo**

Mel me mira y pretende que conteste el móvil. «No quiero, realmente no deseo contestarle a nadie en estos momentos en el que me encuentro tan feliz».

—¿No vas a contestar?

Evado la llamada y tragando saliva respondo:

—No, no es nadie importante.

—Tengo hambre.

—Vale, qué quieres comer que no sea pizza, ni hamburguesas, ni comida asiática, ni nada de eso.

Se cruza de brazos sin opciones.

—¿Pasta?, Hace mucho que no comemos.

Respondo complaciente:

—Vale...

Subimos al coche y no tarda en poner los odiosos cds de

ella. «Vale, estoy de buen humor y no quiero pelear.

Aunque siempre hay gente que le encanta joderle la vida a los demás». Mi móvil recibe un mensaje. « No se cansa el hombrecito».

Mikhail Ivanov a las 1:23 p.m.

*No se ha presentado en todo el día a la presidencia. Le recuerdo que ahora lleva el cargo de mi asistente y tiene que estar aquí en todo momento. Esta osadía le costará, señorita McMillan.*

Al leerlo me quedo, «¿Qué carajo?, ¿Ósea tengo que ser esclava de él? No pedí ese puto puesto, él me lo impuso». Ignoro el SMS y sonrío indignada, «menudo imbécil».

Llegamos al restaurante y Mel pregunta:

—Meg, ¿qué quieres?

—Lo que tú quieras.

—¿La soda?

—De limón.

Mientras Melanie ordena veo el mensaje del ruso. «Joder, no quiero darle el gusto de ceder, pero al menos haré lo que me toca».

Abro la agenda de mala leche, se ha convertido en mi biblia a regañadientes. Tiene una cita mañana en la tarde con un colega de la industria. Tengo que confirmar la cita supongo. Entro al correo electrónico desde mi móvil y mando un correo.

DE: Presidencia, Ivanov Pharmaceutical, Inc. PARA:  
Ethan Smith  
FECHA: Febrero 22, de 2014 2:25 p.m. ASUNTO:  
Confirmación de cita

Señor Smith,

Le recordamos que mañana en la tarde tiene en vigencia una cita con el señor Ivanov para tratar el tema del nuevo fármaco en investigación y experimentación. Es de suma importancia que confirme su asistencia a la misma.

Cordialmente,

Megan McMillan Agnelli

Asistente Ejecutiva de Ivanov Pharmaceutical, Inc

Mi hermana se sienta con la comida en la mesa, me ve con la agenda del ruso.

—¿Qué haces?

—Digamos que el trabajo sucio. Confirmando las citas al ruso. —Se ríe—. ¿Qué es tan gracioso?

—No le decías gilipollas cuando cantabas en la ducha.

—Ay cierra la boca, mejor come tú... ¿Qué es eso?

—Camarones y pasta. — Arquea una ceja—. ¿Oye y qué estudios tiene tu señor ruso?

—No es mi “señor ruso”, es solo mi jefe amargado, nada más.

—Aja, dime qué estudios tiene.

—Preguntémosle a Google porque no lo sé.

Busco en el navegador de mi móvil y después de tanto buscar obtengo resultados. «Es increíble que termine buscando hasta en internet de él».

—Es doctor en farmacia, guau qué difícil de adivinar. — Dejo el móvil a un lado—. ¿Por qué preguntas?

—Curiosidad.

Pienso y me tenso de solo pensar que tengo que al menos pasar a dejarle el reporte de las confirmaciones a la farmacéu- tica. Me quedo en trance y pensamientos lujuriosos se asoman por mi mente.

«Quiero lamerlo, llevarme su pene a la boca. Desde que lo vi desnudo frente a mí en aquella habitación de hotel muero por probarlo y saborearlo». Siento retumbos en mi vagina. «Joder, me siento con una vergüenza horrible. ¿Por qué pienso esto?, ¿Por qué siento esto? Solo sé que

esos pensamientos son cada vez más frecuentes. Ya Megan, te estas excediendo y bastante».

—¿Megan? ¿En qué piensas?

—Ah, en nada. Solo ponía en orden mis ideas.

Me mira traviesa.

—¿Segura?

—Mel, ¿qué tratas de insinuar?

—Yo nada, solo digo lo que pienso... —Aprieto los dientes—. Soy tu hermana, te conozco...tú te traes algo. Sucumbo ante tanta tensión.

—Vale, te diré. Es el ruso, no dejo de pensar en la cena que tuve con él. Siento que su personalidad me intriga cada vez más. Odio la sensación, pero no puedo negar que me atrae.

Ceñuda responde:

—Ósea, su personalidad de hombre idiota y creído te intriga, bravo Megan.

—Vale, te dije, pero no es para que me critiques Melanie.

—Si uno te salió afeminado, el otro te sale transgénero o algo así.

La miro indignada.

—Nos vamos, tengo cosas que hacer.

—¿Te has enfadado en serio? Vamos que solo ha sido una broma.

—¡Dije que nos vamos!

A regañadientes sale tras de mí, subimos al coche y acelero con los sentimientos ofendidos. «¿Será posible que el ruso me guste?, ¿Sera posible que comience a

necesitar verlo, aunque sea solo para decirle que me cae mal?».

\*\*\*

«Vale, vamos a enfrentar mis temores». Son las cinco de la tarde y tengo que entrar a la maldita farmacéutica para entregar los informes. Entro a presidencia y ruego no encontrarme ni con América y mucho menos con el ruso.

Me acerco al mostrador de Emma.

—Hola Emma, ¿cómo estás?

—Bien, ¿podrías darle esto al señor Ivanov de mi parte?

Se pone seria y responde:

—Me gustaría ayudarte, pero el señor quiere recibirlos de

ti personalmente.

Suelto un suspiro.

—Vale, deséame suerte extra, por favor.

Esboza una sonrisa.

—Vale, puedes pasar.

Camino hasta el despacho del ruso. Olvido tocar la puerta y entro sin avisar. Me quedo helada, creo que interrumpo algo. Una mujer de pelo rubio y tez blanca. Y no sé porque creo que es otra rusa a la ecuación, está dentro. Los dos sostienen una conversación bastante intensa.

El ruso calla a la mujer y me mira intimidante. —¿Eres

imbécil? Se toca antes de entrar.

Trago saliva y mis ojos lloran de la vergüenza. —Perdone señor, no le interrumpo más.

Cierro la puerta y en zancadas me meto a mi despacho.

Me siento en mi escritorio. Más que vergüenza siento que me subo por las paredes, pero no sé por qué. Me humilló frente a esa sin nombre, sin piedad. Es un maldito ruso, donde único deja de ser únicamente se muestra como es en la intimidad. Creo que este es de otro planeta, o de otra galaxia.

Miro los informes y con desgana los hago a un lado.

Aleksandra entra a mi despacho, risueña se sienta y la noto muy contenta.

—Te estaba esperando.

—¿A mí?

—Sí, a ti...

Extrañada respondo:

—¿Y cómo para qué?

—Mira, no puedo decirte exactamente porque, pero tú eres

la única que me puede ayudar a mejorar el humor de Mikhail. Necesito de tu ayuda; ya no soporto ver como se echa a perder.

Me quedo tonta.

—¿Y qué coño podría hacer yo? No soy precisamente su amiga ni nada por el estilo.

—Aunque no lo creas mucho, saliste a cenar con él ayer, es la primera vez en mucho tiempo que sale a cenar con una mujer.

—Aleksandra, yo entiendo que es tu hermano y todo eso, pero yo no puedo hacer lo que creo que me va a pedir. Él es mi jefe, yo una asistente ejecutiva. No me llevo bien con su hermano, lo siento no creo que sea buena idea. Además, su hermano me aborrece.

—Raisa Petrova ha llegado a Seattle, ella será un verdadero dolor de cabeza para ti si no me ayudas con mi hermano.

«¿Soy tonta o esta rusa habla en códigos?, ¿Raisa? ¿Y a mí qué? Como si se quiere mudar media Rusia a Seattle».

—¿Y esa quién es? ¿Por qué me tiene que interesar si esa mujer está aquí?

—No podría explicarte, aquí no. Las paredes escuchan. «Joder, ya me ha picado la curiosidad y no sé si pueda aguantarla. Vale, ya quiero saber de qué habla».

—¿Por qué tendría que creer lo que me está diciendo?

—¿Por qué habría de mentir Megan?

Me estrecha una nota con una dirección.

—Ven a verme y te diré lo que necesites saber, bueno lo

importante. No creo que recuerdes mi dirección con la borrachera que llevabas encima la otra noche.

—¿Eso podría ser hoy?

Esboza una sonrisa.

—La curiosidad al parecer no puede esperar... Vale, te espero a las siete de la tarde en la dirección que te di. —

Se levanta del asiento y camina hacia la salida.

—Nos vemos entonces.

Esta es la nueva. Ir a verme con la hermana del señor ruso. Vale, tengo que enfocarme más o si no tendré problemas.

Enciendo el ordenador y adelanto el trabajo atrasado. «Me siento idiota, quiero saber de la vida del señor trajés bonitos como sea. ¿Por qué Megan McMillan?». Tengo en la mente el trabajo y en segundos la imagen de su cuerpo desnudo me saluda. «Es que esto no es posible Megan, ¿No puedes controlar lo que piensas o que?». Apago el ordenador y dejo la agenda del ruso sobre el escritorio. Cojo mi bolso y esa nota que me dio Aleksandra «Veamos qué tanto hay que saber del señor ruso. Estoy cada vez adentrándome más y más en un terreno del que luego será difícil salir de él».

Conduzco y busco en mi bolso la nota de Aleksandra, el lugar no está lejos de la farmacéutica. Sigo la dirección y llego a una torre residencial de lujo. Dejo el coche a unos metros y entro al edificio.

Voy hacia el ascensor y pulso el botón veinte. Llego al piso veinte y camino por el pasillo. ¡Estoy nerviosa!, Miro

la nota y busco su puerta. Camino mirando las puertas hasta dar con la de Aleksandra. Toco el timbre y espero a que me abra algo ansiosa.

Abre la puerta y me mira sonriente.

—Eres puntual, así le gustan a Mikhail.

—Buenas Noches, Aleksandra.

—Pasa...estás en tu casa.

Entro con timidez, cierra la puerta y amable me dice:

—¿Quieres algo de beber?

Niego con la cabeza.

—Estoy bien.

Se sienta en el sofá de la sala de estar y yo no sé si deba moverme.

— Bueno, pues vamos a hablar del tema por el que has venido.

Me siento en un diván, miro la decoración. Es algo extraña, bonita pero extraña. Ni recuerdo haber estado aquí de la borrachera que tuve.

Aquí viene mi boca a dispararse sola.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—La decoración, ¿Cultura rusa?

Esboza una sonrisa.

—Se podría decir.

—Es muy bonita.

—Gracias.

Cruza las piernas y suspirando pregunta:

—¿Le tienes miedo a mi hermano, cierto?

—No, ¿por qué le tendría miedo?

—Por su forma de ser supongo, por su cara inexpresiva y fría. Eso es solo al principio, así es siempre.

—Explícate, ¿Acaso no es así siempre?

—Es controlador, excesivamente controlador, perfeccionista, y serio, generalmente serio. Pero todos tenemos nuestro talón de Aquiles. Cuando Mikhail siente afecto por alguien, lo protege más que a su vida. —«Vale, estoy enredada mentalmente. Intento darle vueltas a lo que me dice»—. Megan, ¿por qué no te sinceras? Algo de mi hermano te gusta y es obvio. —chasquea la lengua—. ¿Si no porque estás aquí?

—Supongamos que hay algo de cierto en eso, ¿sería malo?

Arquea una ceja.

—No hay que ser muy ágil para darse cuenta que has despertado sentimientos en mi hermano. Bueno, aunque al ser inexpresivo casi ni se le nota.

—Claro que no, obvio no, por dios. A su hermano no hay quien le despierte nada.

—Hablas así porque aun estás ajena a muchas cosas. Lo entiendo no te las imaginas. Mikhail es viudo, su esposa murió hace dos años y medio.

Me quedo como que, «¿De verdad?, Jamás me lo hubiera imaginado. ¿Mikhail casado? ¿En serio una mujer logro aguantarlo?».

—¿De qué murió?

—Eso no viene al caso. Mira, solo necesita soltarse un

poco y dejarse llevar. Y con Raisa aquí no lo va a lograr.

—¿Quién es Raisa?

—La hermana de la esposa de Mikhail. Es una mujer tóxica y para nada agradable. Anda detrás de mi hermano como una ladilla.

—Joder, aun no entiendo que vela tengo yo en este entierro.

—Aún no lo comprenderás y tampoco pretendo que lo entiendas, no ahora. Solo he visto como se miran tú y mi hermano. Megan, lo tienes deslumbrado.

—No creo, eso son solo ideas tuyas.

—Tú lo miras cuando él no te está mirando y viceversa. Sonríe como idiota recordando sus besos. Aun siento sus manos tocarme aquella noche como si fuera ayer. La sensación que sentí entregándome a él aun no le encuentro explicación. Estoy ya perdiendo la cabeza.

—¿Qué cosas le gustan hacer al ruso?

—Pues no es muy sociable, creo que lo has notado, pero hay ciertas cosas que le gustan hacer. —Me pongo atenta—. Le gusta el teatro, la lectura, los cócteles y sobre todo la pintura, se la pasa pintando cuadros en sus ratos libres. «Ahora el señor hielo se cree pintor, eso es raro. No tiene cara de pintor. Creo que mi percepción sobre el señor hielo comienza a tener matices. Digo, después de todo el hielo se derrite y más aún si entra en calor».

—¿Por qué? ¿Por qué te empeñas en que interactúe con tu hermano?, No lo soporto.

—Después de la esposa de mi hermano, creo que eres la

única que ha despertado nuevamente interés en él hacia una mujer. —Me quedo en trance. «No, aun no me lo creo»—. Cambiando de tema, ¿Cenaste?

—No, no quiero molestar. Ya me voy.

—No, quédate. Siempre me toca cenar sola y no es agradable. Sabes, me siento como fuera de lugar aquí en Estados Unidos. No tengo amigos ni conocidos.

—Ya tienes una amiga entonces, considérame una. —Ya estoy menos sola en esta ciudad. —Ríe.

—¿Puedo preguntar algo?

—Sí claro, dime.

—¿Por qué tu hermano y tú no comparten apartamento, si solo viven aquí una temporada?

—A Mikhail no le gusta tener gente a su alrededor. Es extremadamente antisocial. Ama la soledad y apenas puedo entrar por unas horas.

—Sí que es raro.

—La verdad, sí, no entiendo su actitud pero que se le va a hacer.

Pregunto interesada:

—¿Qué hace por las noches?

—Pinta cuadros en su penthouse. Nunca sale, escucha ópera también.

Con voz temerosa pregunto:

—¿Amó mucho a su mujer?

Con rostro triste responde:

—Se enamoró perdidamente de ella. Creo que fue un amor que todavía lo acompaña.

«Siento pena por el señor trajos bonitos. Vale, acepto que tiene varios motivos para ser un amargado, pero no es para tomárselo muy a pecho. Cada vez me intriga más. Siento que hay algo más a parte de su viudez. Algo que tiene su alma anclada al dolor y la amargura».

\*\*\*

Estoy abarrotada de trabajo en la farmacéutica. Miro el reloj, las ocho de la noche y aun no logro terminar ni la mitad.

Cojo los informes que tengo hasta ahora y me levanto de la silla ejecutiva. Avanzo al Voy hacia el despacho del ruso. Toco la puerta cansada.

—Adelante.

Entro asegurando la puerta y camino hacia su escritorio.

—Aquí están los informes que he podido terminar hasta ahora.

—Siéntese.

Me siento frente al escritorio con el corazón bailando sobre el suelo mojado.

—Necesito que me asista en otra cosa aquí en el ordenador.

—¿En qué señor?

—En unas gráficas que no logro conseguir de la memoria externa.

—Vale, le ayudo ahora.

Su escritorio es de cristal y me da una vista directa a su entrepierna. No dejo de mirarla e imaginarlo desnudo. «Como que ya es hora de derretir el hielo, Megan». Me río por dentro, será algo difícil. «Ya, ¡concéntrate mujer!». Aunque no sé quién termina calentado a quien. Me acerco al ordenador, me pongo de cuclillas para manejarlo mejor. Cuando entro al sistema toda está en ruso, «vale, no entiendo nada».

—Señor, necesito ayuda aquí.

Mira la pantalla. Lee lo que dice y me responde:

—Entre al segundo archivo.

«Vale, solo veo un montón de letras absurdas mezcladas con números». Abro el segundo archivo. Algo me dice que solo ha usado esta excusa para tenerme cerca.

—¿Y ahora?

No deja de mirarme, es incómodo porque estoy de espaldas y no puedo verlo. Trago saliva. Espero su contestación temerosa.

—Verifique las gráficas.

Las miro, «joder, estoy desconcentrada y creo que él también lo está». Miro hacia atrás de reojo. Cada vez me siento más tentada hacia él.

Termino de revisar las dichas tablas, me pongo en pie y al girarme con tono amedréntate me dice:

—Salga de mi despacho, ya se puede ir a su casa, pero váyase ahora.

«Y a este, ¿Qué mosca le ha picado?».

Se levanta de la silla ejecutiva, camina unos pasos lejos de mí. Miro su entrepierna, su excitación crea un bulto voluptuoso. Se torna sonrojado al no poder ocultar su erección y eso a mí me pone a cien.

Me rio y no se me ocurre nada más, «¿Es en serio? Solo a mí se me ocurre reírme».

—¡He dicho que salga!

Me muerdo los labios, «creo que no me voy... Aún no».

## Capítulo 15

### **francotiraDores en Mi interior**

Siento retumbos en mi vagina. «Dios, no puede ser que todo esto me pase precisamente con el jodido ruso. No sé muy bien lo que quiero, solo sé que comienzo a actuar por impulsos».

Doy unos pasos hacia la puerta queriendo en el fondo quedarme. Mikhail se sienta en su silla ejecutiva algo alterado y yo estoy alterada pero no precisamente por el cabreo.

—¿Qué espera para salir de mi oficina? ¿Qué se lo diga en ruso?

Me dispongo a salir, pero el deseo me detiene. Me acerco en zancadas al ruso, un loco arrebatado sexual me maneja los sentidos. Él es tan..., tan jodidamente interesante que comienza a lograr que cometa locuras. Es que nunca

puedo controlar mis impulsos.

Me detengo detrás de su silla ejecutiva me inclino hacia su cuello, su olor embriagante me domina y digo:

—No sé si es un defecto o una virtud, pero reacciono por impulsos, señor Ivanov —le susurro al oído con mi otra yo bailando en un pie.

—¿Está bebida, McMillan? Deje de decir idioteces y no me toque. Le he dado una orden, ¡Fuera!

Tengo un deseo inmenso de ponerme de rodillas ante su pene, «como deseo hacer realidad esa loca fantasía». Lo observo con deseo y también con ganas de decirle unas cuantas verdades.

Intento besarlo pero cabreado me evade y dice: —Está pasando los límites, no me haga alejarla de mí de una forma poco amable.

—¿Entonces quiere decirme que ha sido amable conmigo todo este tiempo? Solo quiero algo de usted, señor Ivanov, igual que usted lo quiso de mí.

Me siento en su regazo con sensualidad. Siento su pene erecto y rígido golpear mis nalgas. Es algo que por más frío e inexpresivo que quiera lucir no puede ocultarlo. Ya mi yo morbosa se imagina mil cosas para hacer con esa erección. —Quiero que sea sincero, ¿Puede? —Pregunto lasciva. Aprieta los dientes y me mira queriendo que me vaya ya. —¿Qué es lo que busca, McMillan?, le dije que se alejara de mí.

—Sé lo que me dijo, solo que yo no le he dicho a usted mi parte.

—Levantase de mi regazo o la saco a mi manera. —Lo haré, cuando me escuche. —Tuerce el gesto—. Es cierto, que no lo soporto, que su cara rígida me enferma y su frialdad me desespera, pero también me atraen. Siento que cometió un grave error al obligarme a tener sexo con usted, señor Ivanov. —Beso sus labios con suavidad—. Pero descuide, solo es un deslumbramiento... Pasará pronto. Me levanto de su regazo. «Creo que he desprogramado su estado inexpresivo. Más bien su rostro refleja el deseo reprimido de follarme tanto como yo lo deseo. Me encanta ver como se desconcierta, como esa cara se torna rojiza y llena de ganas de volver a tenerme».

Miro su entrepierna y libidinosa me pongo de rodillas. «Megan, si lo haces puedes hacer enojar al señor ruso o hacerlo volar. ¿Me arriesgo? Quiero hacerlo, soy mujer de impulsos. Tomaré ese riesgo, muero por probarlo».

Acerco mi mano al cierre del pantalón y rápidamente me detiene.

—No querrá hacer eso, McMillan, retire sus manos de mí...

Muerta de miedo por dentro respondo interrumpiéndolo.

—Sí quiero, me muero por hacerlo.

Subo mis manos hasta el cierre de su pantalón. «Dios, jamás pensé que me vería en una situación tan excitante como esta». Aflojo su cinturón y desabrochando el botón me detiene la mano nuevamente.

—No me agrada, ya váyase.

—Discrepo, señor Ivanov. —Sonrío.

Bajo el cierre y me encuentro con su ropa interior oscura. «Está tenso, joder, yo también. Nunca he hecho esto, pero muero por hacerlo». Palpo su pene aún cubierto por su ropa interior y comienzo a fantasear con otra noche como la primera, su dureza me humedece y no sé lo que pretendo en estos momentos.

Lo miro y tiene los ojos cerrados, como si de alguna manera le provocara vergüenza por así decirlo. Se resiste a lo que es obvio, quiere que lo haga y me siento grande. Bajo sus pantalones hasta los tobillos libidinoso. Acaricio su miembro cubierto por la fina tela de algodón y su rostro se torna aún más rojizo y su respiración se acelera. Mientras lo toco lo miro, su rostro inexpresivo se comienza a tornar excitado. Siento el paseo de una roca por mi pecho, nuevamente la revolución rusa aparece en mi estómago.

Bajo lentamente el bóxer liberando su erección. Su pene es enorme, lujurioso y perfecto para fantasías atrevidas. Dibujo besos sobre la cara interior de su muslo y quiero estallar. Tener la mitad de su cuerpo desnudo ante mí me excita, pero también me llena de vergüenza. Seguro que ha tenido mejores amantes que una simple mujercita como yo. Nunca me he llevado a la boca un pene y temo disgustarlo.

Agarro su erección y muevo continuamente su piel acercando mi boca a su pene, muevo temerosa mi lengua alrededor de su glande. Al succionar con suavidad levanta ligeramente sus caderas hacia mí.

Gime y balbucea cosas en su idioma. Juego con mi lengua sobre su miembro con lujuria y de momento, siento su mano sobre mi cabeza acariciándome el pelo mientras lo saboreo, lo succiono, chupo y lamo. Nunca pensé que proporcionar placer fuera tan placentero y excitante. Me lo llevo hasta el fondo, ahueca un gemido eyaculando en mi garganta su semen tibio y con un ligero toque dulzón. «Pensé que me asqueaba la idea, pero sentir su semen bajar por mi garganta me excita aún más. ¿Qué demonios ocurre conmigo?».

Resoplando entre jadeos dice con voz entrecortada.

—Ha cometido un grave error.

Me limpio los labios con un pañuelo, me sonrojo bastante. «Seguro que lo he hecho fatal. Megan, ¡quién te manda a ser tan jodidamente impulsiva!».

Colorada respondo:

—Nunca lo había hecho, perdone.

—Lo ha hecho muy bien, ese ha sido su error.

Aún respira entre jadeos. ¿Qué quiere decir con mi “error”? Habla en códigos y no logro comprender. La sensualidad de su cuerpo me hipnotiza. No sé cómo actuar, que decir. Acabo de hacerle sexo oral a mi jefe y quiero que la tierra me trague y me escupa en China. Se sube la ropa interior junto con los pantalones. Me pongo en pie y me mira de una forma rara, nunca lo había hecho como ahora. De una forma que me intimida, pero también me ilusiona.

Lo miro, esta confuso, atormentado. Camina de lado a

lado tratando de buscar las palabras adecuadas para mandarme al demonio.

Y aquí estoy esperando a que me fusile o me alabe. —Le dije muy claro que se alejara de mí, por su bien. —Yo no he pedido que vele por mi bien, señor. —Me acerco—.

Quiero conocer más sobre el hombre que me desvirgó, ¿Eso es malo?

Mira mis labios, me coge de golpe de la cintura, besa mi labio inferior y vuelve a encenderme.

—Odiará tomar esa decisión, señorita McMillan. Solo fue una noche de sexo y usted se la ha tomado muy a pecho.

—Yo le digo después si tiene razón o no.

Serio responde:

—Se ha metido en algo de lo que no podrá salir, McMillan, se lo aseguro.

Sonrío, me armo de valor y replico audaz.

—Podría empezar por invitarme a un café. Mañana es mi día libre, le invitaría yo, pero ya lo hice a cenar.

Se torna sonrojado y tartamudo cuestiona:

—¿Por qué la invitaría a tomar un café?

—Porque desea esa salida tanto como yo.

Frío e inexpresivo como es su naturaleza responde:

—Mañana, a las nueve de la mañana la espero en el *Starbucks* de la esquina.

«¿A este hombre se le ha olvidado cómo invitar a salir a una mujer? Parece que me está dando órdenes en vez de invitarme a un café».

Esbozo una sonrisa y poniéndome de puntillas me

aventuro a despedirme a mi manera. Beso su mejilla, se queda tieso e inmóvil. A veces parece que carece de expresiones.

—Se escucharía mejor, “Señorita McMillan, ¿Desea tomar un café conmigo?”, pero acepto, aun así. Buenas Noches, señor.

Cojo mi bolso y con la revolución rusa aún en mi interior, salgo de su despacho. Mi otra yo da brinquitos. «Joder, siento que es cada vez es menos señor hielo, aunque me tomará tiempo verlo con expresiones en el rostro que no sean las de un jodido amargado».

Voy hacia el ascensor. Lo que siento, lo que pienso me asusta. «No podría permitirme esto una vez más. Nadie ha logrado hacerme vibrar como lo hace ese hombre.

Julián...comienzo a creer que solo fue una ilusión que luego se convirtió en afecto y lo llegue a confundir con amor. Ahora que siento la revolución rusa en mi interior me doy cuenta que nunca sentí tal cosa por Julián. Algo que me asusta, ¿Podré sentir más que deseo por el ruso?». Con la cabeza enredada con tanto lío subo al coche. Suena mi móvil. «Al fin resucita la libertina esta».

—¡Has estado perdida Annick!

—Vale lo sé, pero me regañas después. ¿Cómo estás?

—Creo que bien, no me quejo.

—Te has estado ausentando a la universidad y te has perdido de mucho.

Reposo la frente en el volante cansada.

—¿Qué ocurre con la carrera?

—Tenemos que hacer algo así como una residencia, cumplir con ciertas horas para poder graduarnos. Supongo que puedes hacerla en alguna farmacéutica o farmacia. La cuestión es estar entre frascos con fármacos.

—Aja, ¿y lo de la investigación?

—Una tesis o algo parecido, tiene que ir acompañada por una investigación práctica a parte de la teórica.

—Eh, vale intentaré ir mañana a las clases de la tarde. En la mañana estoy ocupada. Además, cambiare mis clases a los fines de semana, en la semana apenas tengo tiempo para res- pirar. —Sonrío como estúpida recordando esa hora, “Nueve de la mañana”—. Vale, conseguiré donde hacer esa práctica o residencia como sea.

—Tú lo tienes fácil, trabajas en una farmacéutica.

—No la haré aquí tenlo por seguro.

Activo el sistema de manos libres y pongo en marcha el coche.

—Julián, me ha preguntado por ti.

—Mándalo al infierno y ya.

—Eres dura con él, lo que hizo no debe de ser tan grave. Levántale el castigo ya.

—Annick, te lo pondré de esta forma. No podría estar con un hombre que me fue infiel con un hombre. ¿Ahora entien- des o te lo explico con manzanas?

—¿Con un hombre? Hay por favor. ¿Julián gay?, No me lo creo.

—Imagínate yo cuando lo descubrí. Ya no importa. Ahora creo que miro hacia otros horizontes.

—¿Otro galán?

Trago saliva.

—Es algo difícil. Aún no sé qué con eso. Por el momento estoy felizmente soltera y sin ningún tipo de compromiso.

—¿Y qué pasa con la música? ¿Aún sigues en el hotel?

—Sí, aun toco de vez en cuando pero actualmente tengo tres empleos y no puedo con los tres.

—¿Cuál es el tercero?

Sonrío emocionada.

—Pues creo que al fin se me está dando lo de tocar el violín. Conseguí ser parte de una orquesta de un musical. Por algo se empieza.

—Admiro tu forma de ser, Megan. —Me quedo callada algo sonrojada—. Has pasado por cosas difíciles, luego tienes a Mel con su condición. Te ha tocado llevar la carga sola. Y aun así no pierdes esa personalidad extrovertida. Nunca cambies por nada ni por nadie.

Derramo una lágrima. Sonriendo respondo:

—No lo haré. Tampoco tú, necesito una mejor amiga alocada, libertina y fiestera como tú. —Me quedo en silencio por unos momentos. Con timidez le pregunto—: Necesito que me des un consejo y no te burles.

—Vale, dime...

—Es sobre un hombre, necesito que me digas cómo tratarlo. Es inexpresivo, todo le parece mal o estúpido, es frío y serio, extremadamente serio. No sé cómo hacer para hablarle sin que me diga, “largo de mi oficina”. Además, no sé que como hacer para saber si el siente algo por mi o

si yo siento por él.

Anonadada responde:

—¡Tu jefe!

—¡Dime y ya!

—Vale, pues fácil no lo tienes. Intenta ablandarlo un poco. No sé, no te muestres muy interesada. Haz que te desee, aunque te mueras por él, trata de parecer indiferente y cáusale que se interese en ti. Pero si es como me dices, lo tendrás difícil.

Suspiro desanimada.

—Vale, gracias, hablamos luego.

—No hagas locuras, adiós cariño.

Cuelgo el móvil y entra un correo.

DE: John Peterson

PARA: Megan McMillan Agnelli FECHA: 23 de febrero de 2014. 9:00pm ASUNTO: Acordes

Señorita McMillan,

Le escribo para comunicarle que el viernes es nuestro primer ensayo, será en el mismo lugar donde se efectuó su audición. También necesito hablar sobre una cualidad que leí en su hoja de solicitud. ¿Canta? Podría servirnos para explotar su talento.

Si quiere saber más sobre lo que le propongo llame a mi móvil o pase por mi oficina.

Espero su respuesta, John Peterson.

«Guau, creo que me quedo sin neuronas, no entendí nada». Me detengo en el semáforo rojo. Cojo el móvil y respondo el Mail.

DE: Megan McMillan Agnelli

PARA: John Peterson

FECHA: 23 de febrero de 2014 9:10pm ASUNTO:  
¿Quizá?

Señor Peterson,

Estaré ahí para los ensayos. Por otra parte, no entiendo su propuesta. Quisiera que fuera más claro, quizá me interese su ofrecimiento solo debe ser más claro.

Atentamente,  
Megan McMillan Agnelli

Llego a casa, hasta ahora no me había dado cuenta que se nos cae encima el apartamento. Abro la puerta y Mel está en el sofá comiendo mis galletas de avena viendo la serie demoniaca. Cierro la puerta suspirando cansada.

—¡Cuántas veces te voy a decir que esas son mis galletas,

Melanie!

— Ay no pelees, compras más y ya.

Suelto el bolso en la barra de la cocina. Miro el techo de la

casa y suspiro indignada.

—Esto es un asco.

—Bueno, cuando tengamos para pagar un penthouse entonces nos vamos —dice sarcástica.

Me muerdo los labios, nerviosa.

—De eso me encargo yo. Tengo que hacer algo ya. —  
¿Estas borracha? Apenas puedes pagar el coche, menos

vas a poder pagar otro lugar.

Me siento en el sofá y suelto un respiro.

—¿Podrías bajarle al volumen? Me duele mucho la cabeza.

—¿Comiste algo?

Niego con la cabeza.

—No tengo hambre, no voy a comer si no tengo hambre, es obvio. Pero ya para que no me pelees me preparo algo.

Recibo un Mail al móvil, al parecer John Peterson está demasiado interesado en mí y mi talento. Se me hace un poco pesado.

DE: John Peterson

PARA: Megan McMillan Agnelli FECHA: 23 de febrero

de 2014 9:45pm ASUNTO: ¿Reunión para hablarlo?

Señorita McMillan,

Tengo la agenda algo ocupada, pero puedo hacer un hueco para hablar sobre la propuesta. ¿Qué tal mientras tomamos un café?

Si acepta el jueves a las 11:00am en la cafetería en la esquina del teatro.

Estaré allí de todos modos. John Peterson

Dejo el móvil a un lado. Me levanto del sofá algo confusa. «¿John Peterson invitándome un café?». Sacudo la cabeza y camino exhausta a la cocina y me preparo algo rápido para cenar. Me llevo la comida en las manos y me despido de Mel.

—Me voy a dormir, tengo que despertarme temprano. —  
¿Por qué? Mañana es tu día libre.

—Tengo cosas que hacer, son cosas.... ay joder, cosas más. Me mira y sonriendo responde:

—¿El ruso está entre tus cosas?, ¿Ya se le puede decir cuñado?

Le lanzo un cojín del sofá.

— No seas payasa. Cierra la boca y deja de decir estupideces.

Voy hacia mi cuarto y encerrándome en mi habitación no hago más que pensar en su rostro perfecto y esbozar una sonrisa.

\*\*\*

Suena la alarma. Despierto como un resorte. Miro la hora, «joder, las ocho y media. El ruso odia las impuntualidades». Vale, me pongo lo primero que encuentro en el armario. Saco unos vaqueros rasgados y una camisa negra. Agarro de la cómoda unos calcetines y veo mis converse rojas en una esquina. Dije lo primero que encuentre y pues son las que están a la mano.

Me miro en el espejo. «Joder, tengo el pelo hecho un asco, ¿por que a mí? ¡Porque ignoro la puta alarma!». Me recojo el pelo en una coleta con pequeños mechones rebeldes sueltos. Me pongo los vaqueros deprisa. Busco un sostén y me lo pongo mirando el reloj constantemente. Me pongo la camisa y me pinto los labios rojos. «¿Tienen que ser rojos Megan? Vale, que le encanten al ruso y que ahora solo quiera llamar su atención... estoy delirando por él, está claro».

—¿Melanie, dónde está mi brazalete?! ¡El que siempre uso!

—Eh, no sé —grita desde la cocina.

«Joder, menuda fisgona, agarra mis cosas y luego no sabe

dónde las pone. Luego hablaré con ella». Me rocío perfume y cojo mi bandolera negra de piel. «Todo saldrá bien. Solo sé tú misma y todo fluirá».

Salgo en zancadas y me acerco a la salida. Cojo las llaves del coche del bol de cristal hecha un manojito de nervios.

—Deséame suerte, enana —Le digo nerviosa.

—¡Suerte con tu asuntito!

Salgo de casa. Subo al coche y al encenderlo comienzo a sentir francotiradores en mi interior. «Joder, no quiero que note que me muero por volver a besarlo. Todo saldrá bien, todo saldrá bien». Recito una y otra vez tratando de calmar mis nervios.

Conduzco nerviosa hasta llegar al *Starbucks*. Aparco el coche y trago saliva. Lo puedo ver desde aquí. Está sentado en una de las mesas que da a la pared de cristal del *Starbucks*. Mira el reloj constantemente. Llegué justo a tiempo.

Bajo del coche y ya no siento francotiradores, ahora es la revolución rusa nuevamente jodiéndome nuevamente el estómago. Parezco una quinceañera en la primera cita.

«¡Joder, Megan, contrólate!».

Entro a la cafetería y allí está, mirando hacia afuera pensativo. Me acerco a la mesa y trato de comportarme normal, tal y como me dijo Annick.

—Hola, pensé que no vendría.

Me siento en la silla frente a él. Me mira con esa mirada que deduzco es la de un hombre con ganas de otra cosa menos la de tomar un café.

Responde serio.

—Cumpló lo que prometo, McMillan.

Esbozo una sonrisa.

—¿Tomamos frapuccino? Me gusta el de fresa. Se levanta de la mesa sin expresión alguna.

—Vale, vengo en un momento.

Se acerca al mostrador a pedir la bebida. Aprieto las manos, muero de los nervios y no sé si esto de hacerme la chica mala funcione. Tendré que aceptar lo que mi otra yo ya sabe, que me muero por él y no quiero que esto me domine y sea más fuerte que yo.

Capítulo 16

## ¿ataqUe U ofensa?

Lo observo mientras hace la cola para ordenar. Mi sonrisa estúpida no se logra ocultar. «Es guapísimo, es tan..., tan perfecto y a la vez tan imperfecto que todo se me hace más que muy confuso».

Se sienta con el frapuccino en la mesa. Lo empuja hacia mí. No ha pedido nada para él y algo extrañada pregunto:

—¿Y usted?, ¿No piensa tomar nada?

—No.

Me mira, lo miro y rompo el hielo con una de las mías.

—¿Le soy sincera? —Asiente con la cabeza—. Si sonriera

estaría más guapo, más atractivo.

—No me interesa ser atractivo.

Juego con el sorbeto del frapuccino. Miro por la ventana y mirándome me dice gélido.

—¿Y ese estilo?

—¿La ropa dice? Así me visto normalmente. Solo que no puedo vestirme así para trabajar bajo su mando. Todas se visten igual, maquillan igual etcétera, parecemos soldaditos.

—Parece una adolescente rebelde.

—¿Eso es malo? —Arqueo una ceja.

—Es..., es interesante.

Al menos me encuentra interesante. Tomo un sorbo del frapuccino. Me mira con cierta incógnita y yo me muero del nerviosismo. La conversación no fluye, solo me mira y yo aquí atacada, que como siga así me voy a quedar sin latidos. Sus ojos no dejan de pasearse por mi cuerpo y ya me está poniendo incomoda.

—¿Por qué hizo lo de anoche?

Me hago la desentendida.

—¿Lo de decirle que me invite un café?

—Sabe a lo que me refiero, señorita McMillan.

Respiro hondo, me reclino en la silla y busco la mejor forma de responder.

—¿Tengo que contestar?

—Creo que sí...

Asiento con la cabeza y me armo de valor. «Megan, ¡vamos!».

—Desde que me hizo suya, he deseado hacerlo. Solo hice lo que deseaba. —Se queda en silencio, creo que le ha caído mal mi respuesta. Pero no me importa—. Vale, se lo he dicho. Soy de impulsos. También soy sincera y siento que no lo estoy siendo ahora mismo, ni conmigo misma ni con usted.

Aprieta los dientes. Entrelaza sus manos respondiendo:

—¿Por qué cree eso?

—Ni siquiera usted me ha dicho que piensa de todo esto.

¿Por qué tendría que contestarle eso?

Su mirada se clava en mis pupilas. Esa mirada francotiradora me pone nerviosa. Arquea una ceja y se queda callado por unos momentos. Ese silencio me descontrola, me hace sentir como una idiota.

—Bien, quiere sinceridad de mi parte. La tendrá entonces, McMillan. La deseo, la miro y necesito volver a tenerla. Me deslumbra su forma de ser, me gustan los retos y usted es uno de ellos para mí. —Siento palpar mi vagina de sólo escucharlo decir tal cosa. «No, este ruso me ha pervertido totalmente» —. El yo tener estos sentimientos hacia usted la ponen en riesgo. Por eso le dije que se alejara de mí, lo que hizo ayer la ha puesto en una situación difícil.

Tartamudeo ruborizada.

—¿Por qué dice que es un peligro el que me desee?

—No soy normal, McMillan, no querrá estar a mi lado mucho tiempo sin odiar mi forma de ser, ya muchos lo hacen. No vivo como el resto de las demás personas, no

soy alguien común y corriente.

Esbozo una sonrisa.

—No creo que lo odie más de lo que ya odio su personalidad narcisista y prepotente, descuide.

—Ahora le toca a usted, sea sincera.

Suelto un suspiro.

—Me atrae tanto como lo odio. Su actitud egocentrista, simplemente la odio. Pero cuando me tuvo en aquel hotel sentí que quería después más. Es algo que no logro explicarme. Cada vez que lo veo necesito besar sus labios, pienso cosas que ni se imagina. No sabe lo extraño que es para mí esa situación.

Aprieta los labios.

—Veo a las mujeres y sólo veo un objeto de placer. Creo que se está confundiendo un poco, McMillan.

—Bastante. Pero aún sigo sintiéndome atraída por usted. Piensa para sí mismo y se queda callado por unos instantes. Sus ojos azules se ciernen en mis ocrees comentando:

—Solo hay una forma.

Arqueo una ceja.

—¿Una forma de qué? Explíquese.

—De que conozca más de mí.

Trago saliva, «¿Con que saldrá este ruso ahora?».

—¿Y eso cómo sería?, ¿Qué tendría que hacer? —

Pregunto temerosa.

—¿En verdad quiere saberlo?

La verdad es que no sé si quiera saberlo, siento que habla

de cosas desconocidas para mí. Pero como soy Megan McMillan y como todo lo hago por impulsos replico:  
—No sé si quiera saber en realidad, pero muero por hacerlo.

Aprieta los dientes.

—Yo sé lo que quiero, pero ¿Usted sabe lo que quiere?

—Eso creo...—«Joder, ya no sé ni lo que estoy diciendo».

Lo miro con inquietud.

—¿Por qué dijo que lo que hice ayer me ha puesto en peligro?

—Aún no es tiempo de que lo sepa.

—Creo que después de todo la sinceridad no es muy buena en todos los casos.

—¿Por qué lo dice?

Respondo histérica.

—Vale, me ha dicho que muere por volverme a follar, ayer me llevé su pene a la boca, y joder, yo no estoy tan lejos de desear lo mismo nuevamente. Habla cosas y luego se retracta. No lo comprendo y lo que hace es confundirme.

Sus ojos azules se clavan en mi rostro una vez más. Me mira no sé, ¿Maravillado? Quiero descubrirlo sin tener que acudir a dejar que él mismo me envuelva en su mundo.

—Eso no pasará nuevamente, una vez más y usted estará perdida.

Su voz ronca me hace tiritar. «¡Joder, más perfecto no puede ser!».

—No me canso de decirlo, es usted raro. Muy raro.  
«¿Eso es lo que se te ocurre decirle?, ¿Decirle que es raro al hombre que te vuelve loca? ¡Es que eres tonta, Megan!».

—Y usted demasiado extrovertida para mi gusto... Es un reto ya le dije.

—Señor Ivanov...Si yo acepto que me enseñe más sobre usted, ¿no me arrepentiré?

Serio responde:

—Tal vez, en realidad usted es indescifrable.

—¿Lo soy?

—No puedo saber cómo reacciona, tampoco puedo saber con exactitud lo que pasa por su mente. Eres una caja de sorpresas.

—Usted más que indescifrable es misterioso, lleno de secretos. Estoy dispuesta a ir ventilando cada uno de ellos.

Hace amago de sonreír y se retracta rápidamente. «Es que parece que le gusta tener la cara tiesa».

—Usted, usted más que un reto es otro mundo por descubrir.

—¿Quisiera descubrirme?

Me escanea con su mirada llena de lujuria y ya mi afrodita me sacude.

—Lo hago, señorita McMillan.

«¡Fantástico!, Y yo partiéndome la cabeza intentado descifrarlo a él». Me armo de valor y sonriendo le propongo:

—¿Caminamos?

Se queda extrañado.

—¿Caminar? Tengo coche señorita.

Me cubro el rostro frustrada. «Este es idiota, ¿joder, acaso no entiende en el contexto que lo quiero hacer? Quiero hacer algo distinto a la rutina y, él parece no tener mundo fuera de la suya». Respiro hondo.

—Podemos caminar hasta la farmacéutica, le acompaño ya que hoy es mi día libre. Luego me voy. No está lejos de aquí. Así me pienso el aceptar o no su propuesta.

—En coche es más rápido.

—¿Es tonto o se lo hace? ¡Es que tanta seriedad no puede afectar las neuronas!

Traga saliva.

—¿Quiere caminar?, Vale, caminemos entonces.

Sonrío, al menos aceptó. Me llevo el frapuccino en la mano y salgo de la cafetería detrás de él. Lo noto tenso, camina en zancadas. «Es tan guapo y tan sexy que hace palpitar mi interior).

—¿Qué tiene?, ¿Porque camina como si huyera de la gente?

— Odio a la gente, ¿cuál es su empeño en caminar?

—No todo es estar encerrado entre las cuatro paredes de su despacho, señor.

Anda más despacio. Se queda en silencio la mayor parte del recorrido. No mira a los lados, solo hacia el frente.

«¡Me enferma su actitud!». Busco conversación rápido porque no soporto el silencio.

—Dígame algo, ¿qué le gusta hacer en sus ratos libres?

—No tengo ratos libres, señorita McMillan.

Me quedo en silencio. Creo que será más difícil de lo que pensé. Está en traje, yo vestida como adolescente rebelde, la imagen es algo dispareja. Me pongo las gafas de sol. Saco de mi bandolera mi iPod y chicle. Me lo meto en la boca y me pongo los auriculares.

Mientras escucho música comienzo a hacer bombitas con chicle. Me mira de reojo con desagrado.

—¿Que?!—Digo en voz alta.

Me quita los auriculares de golpe.

—¡Está alzando la voz!, Tire el chicle.

Masticándola me detengo.

—¿Por qué?

— Es mi asistente personal, más bien parece que tengo al lado a una adolescente recién salida de un correccional o algo parecido.

—Masticar chicle no es malo, señor.

—¡He dicho que tire el maldito chicle!

Lo tiro a regañadientes. Guardo mi iPod y camino a su lado algo enfadada. «¡Es que todo tiene que ser como a él le da la gana!».

Llegamos al vestíbulo de la farmacéutica y voy detrás de él como una imbécil. Todas las empleadas me miran raro. «¡Me importa un pepino)!».

Llego con el dueño de la farmacéutica y para colmo vestida como una adolescente. Se detiene en el mostrador futurista y la recepcionista lo mira con temor.

—Buenos días, señor Ivanov, ¿en qué le puedo servir?

Con frialdad y tiranía responde:

—¿Ha llegado alguien a presidencia?

Muerta del miedo responde:

—No sabría decirle, señor.

—¿Tan incompetente es usted?, A mí o me da razón de lo que le estoy preguntando o simplemente renuncie, ¿o quiere que le haga el favor y prescindiera de sus servicios?

Traga saliva.

—No volverá a ocurrir, señor, discúlpeme.

Va hacia el ascensor cabreado. Yo me cabreo aún más.

«Es un jodido prepotente narcisista. Cree que todo lo puede solucionar tratando como menos a los demás».

—¿Por qué tiene que tratar a sus empleadas de esa forma?

—No tengo que darle explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, señorita McMillan.

Me cruzo de brazos.

—Es un gilipollas...— Replico entre dientes mosqueada.

El ascensor se abre y entramos al vestíbulo de presidencia. Todas mis compañeras de trabajo me miran por encima del hombro. «¡Me vale madre!, Sus miradas me acusan. ¿Acaso he hecho algo malo?».

El ruso se acerca al mostrador y le pregunta a Emma con su tiranía que no puede faltar.

—¿Todo en orden?

—Sí señor, la licenciada Petrova lo espera en la sala de juntas.

—¿Qué quiere?

—Me informó que necesita hablar de unos problemas con la delegación en Moscú, señor.

—No me pase llamadas ni personas al despacho, estaré ocupado.

—Vale, pierda cuidado.

Doy unos pasos hacia baño y me coge por la muñeca.

«Vale, primera vez que me detiene físicamente».

—Vendrá conmigo.

—¿Y yo por qué? Lo que vaya hablar con esa mujer es asunto de rusos no mío. Es mi día libre, ya mejor me voy.

—Es mi asistente personal, McMillan.

—Ah, vale, pero se le olvida que es mi día libre. No estoy en horas de trabajo.

—Lo sé, te estoy pidiendo un favor.

Me suelta y yo le sigo a la sala de juntas accediendo a hacerle el dichoso favor. Allí está esa mujer que me da mala espina. La miro, es de porte elegante, aunque un poco pomposo.

Comienza hablar en ruso con el señor hielo. «Odio cuando hablan en ese idioma porque pueden meterse conmigo o con mi madre y ni me entero».

Se acerca al ruso algo melosa y eso me cabrea.

«Lagartona resbalosa. Ellos hablando en ruso y yo aquí, ah ok entiendo todo y me siento parte de la charla. ¡Joder, que no sé ruso sean comprensivos!».

El mala leche se gira y me hace un gesto con la mirada de, “Ven aquí ahora en este preciso momento si no quieres que te...”, ah, ya estoy imaginando cosas alocadas.

Camino hacia él y cambia de ruso a inglés. «¡Gracias!, Que comprensivo, ¡Gilipollas!».

—Raisa, ella es mi asistente personal.

Me escanea de pies a cabeza arqueando una ceja, su mirada es prepotente y narcisista. Esta es otra bruja con tacones. Me estrecha la mano por puro protocolo y yo se la estrecho para verme profesional, aunque por dentro me grito: «¡Bruja rusa a la vista!».

—Megan McMillan, un gusto conocerla.

—Raisa Petrova, vicepresidenta de la farmacéutica en Moscú.

Sonrío falsa.

—Señorita McMillan, para usted.

Me mira nuevamente de pies a cabeza.

—Mikhail, ¿qué estudios o experiencia tiene tu “asistente”? porque por las fachas que trae, sin ofender, no creo que entienda muy bien como desenvolver su puesto.

«¡Qué experiencia ni que leches!, Esta rubia oxigenada está buscando lo que no se le ha perdido». Me cabreo y me digo a mi misma, «compostura Megan, compostura. No quieras caerle arriba y arrancarle dos o tres extensiones».

—No tengo que darte información sobre mis empleadas, Raisa.

Miro al ruso cabreada.

—Puedo defenderme sola, gracias... —Camino hacia la rusa plástica. La miro cabreada y le digo una de mis

frescas —. Le explico licenciada Petrova, si tengo estudios. Estoy culminando mi carrera en farmacia. Si lo dice por la ropa que traigo puesta déjeme decirle que eso no me resta conocimiento. Al igual que la que lleva usted no se los suma. Y si le estoy dando explicaciones es para dejar en claro las cosas. Si sé desenvolver mi trabajo. Usted esté pendiente al suyo que al parecer no lo sabe hacer muy bien a pesar de sus estudios universitarios, sino ¿Por qué está aquí? —Aprieta los dientes. Y me mira con fastidio—. Ahora aclaradas las cosas me retiro. —Voy hasta la salida—. Ahora me voy, que tenga un lindo día, señor Ivanov.

Antes de irme, entro en la sala de descanso y hay una empleada tomándose un... Lo miro, «¿Qué rayos es eso?». —Hola, no te había visto por aquí.

No me responde, más bien me mira con indiferencia. «¿Qué coño he hecho yo a las empleadas de Ivanov Pharmaceutical que todas me miran mal?».

No aguanto la curiosidad y mientras me sirvo una taza de café le digo a la mujer confundida:

—¿Ocurre algo?

Arquea una ceja.

—No, ¿por qué habría de pasar algo?

Trago saliva.

—Tu actitud, es algo cortante. No te he hecho nada.

Se levanta con su taza y mirándome seria replica:

—No acostumbro a mezclarme con oportunistas como tú. Me quedo patidifusa, «¿Qué rayos cojones le pasa?».

—¿Oportunista?

—Es obvio que te vendiste al jefe para obtener ese puesto de asistente. Todos en la farmacéutica lo saben. Eres una vil oportunista.

Sale de la sala de descanso y me quedo como que, «¿Qué coño?, ¿Oportunista yo? Es estúpido.

Me llevo la taza de café en las manos y me tomo la bebida mientras camino al despacho del ruso, me encuentro al ruso en el pasillo y ahora si que me lleva el demonio.

Debe de ser él quien está diciendo tal cosa. Pasa por mi lado y no me mira ni nada, «¿joder estoy pintada en la pared?».

Lo detengo e inconscientemente cojo su mano. «Es fría pero erótica a la misma vez. Es tan lujuriosa que de sólo tocarla me pongo como una moto». Me mira, lo miro y el tiempo se detiene por unos segundos. Siento fuegos artificiales nuevamente en mi interior.

Retira su mano con frialdad y serio pregunta:

—¿Qué quiere, McMillan? ¿No se iba?

Tartamudeo pasmada.

—Eh... Necesito, necesito hablar con usted sobre algo que me inquieta. —Abro la puerta de mi despacho—. Será breve...

Entra a mi despacho y asustada cierro la puerta muerta de los nervios.

—¿De qué quiere hablar, McMillan? No tengo tiempo que perder.

—¿Usted ha comentado algo sobre esa noche del hotel?

—¿Por qué lo haría? No divulgo mi vida íntima ni sexual.  
Trago saliva.

—Todos los empleados de la farmacéutica rumorean que tengo mi puesto porque me he acostado con usted.

Arquea una ceja algo burlón.

—¿Y no fue así como lo consiguió?

Me cabreo, me lleno de ira ante su comentario. Respiro muy furiosa y por un loco impulso mis dedos quedan estrellados en la suave y erótica mejilla del ruso.

Me mira furioso y yo me paralizó. «Joder, ¡la he liado!».

## Capítulo 17

## ¡Quiero otra Dosis rUsa!

Me quedo paralizada. Le he dado una bofetada al ruso. Apenas me lo creo. Trago saliva, estoy jodida.

Se toca la mejilla, serio, creo que quiero llorar del temor. Da unos pasos hacia mí y yo los doy hacia atrás alejándome de él.

Me coge violentamente de la cintura y acerca mi cuerpo al suyo. «¡Ay creo que me va dar un infarto!». Me pone contra la pared. «Joder, la he liado». Siento su respiración molesta sobre mi rostro. «¿Qué me va hacer?».

Me coge del cuello y acerca su boca a la mía. Me besa asaltando mis labios con esa brusquedad que me enciende por dentro. Amo su forma de besar, fuerte, ruda, viril y lujuriosa. Quiere asustarme con su brusquedad y solo consigue excitarme aún más.

Correspondo el beso entregada y maravillada. Muerdo sus labios y él hace lo mismo. Se torna brusco y algo violento. Me asusto, es muy rudo para lo que estoy acostumbrada.

Con seriedad y frialdad me dice:

—No vuelva a tocarme así porque le va a ir mal. Trago saliva. Creo que voy a soltar una lágrima estúpida

por la vergüenza. Replico temerosa pero aun así mosqueada. —Si tengo que volver hacerlo lo haré. Sus insultos se los ahorra. Me respeta. Si me acosté con usted fue porque me obligó.

Intento salir del despacho, pero me lo impide y siento que quiero golpearlo.

—Aún no se ha dado cuenta con quien está tratando, señorita.

Suelto un suspiro indignado.

—Sí lo sé, usted está muy lejos de ser respetable. Solo reacciona por instintos, no por sentimientos.

Cojo mi bandolera y me la cruzo en el torso, refunfuñando en mi interior.

—Quítese de en medio. Tengo que irme.

Me coge de la muñeca posesivo y yo me cabreo mucho, «¿Va a seguir?».

—Usted es mi asistente y no sale de aquí si yo no lo ordeno.

—No soy de su propiedad, váyase al diablo, es mi día libre.

Salgo del despacho encolerizada. Mientras camino hacia el coche mando un mensaje maldiciendo en italiano entre dientes.

Megan a las 1:34 p.m.

*Voy saliendo para el campus. ¿Me esperas en la entrada sí?*

Annick a las 1:37 p.m.

*Vale, no te demores. Besitos.*

Subo al coche y golpeo el volante. «¡Maldito gilipollas! Se cree el ombligo del mundo». Pongo en marcha el coche, pienso en aquel Mail de John Peterson. Abro la guantera del coche y saco la nota donde tengo sus datos. Se me había pasado por completo lo de la tocada. Activo el sistema de manos libres y marco a su móvil algo nerviosa.

—Buenas tardes.

«Joder, ¿qué le digo?, Calma Megan, solo se tú y lo demás fluirá».

—Eh, soy Megan McMillan. Usted me seleccionó para ser parte de la orquesta de su producción.

Con tono algo emocionado responde:

—Es un gusto escucharla, señorita McMillan.

—Me ha mandado unos mails hablando sobre una propuesta. Me interesa, ¿Cree que podemos adelantar la cita a esta noche?

—¿Una copa le apetece? Va mejor una copa de vino en la noche.

—Vale, me parece bien.

—Me estoy hospedando en el hotel que está cerca del teatro. La espero en la barra del hotel a las siete de la tarde y hablamos a gusto.

Suelto un suspiro algo desganada.

—Vale, ahí estaré.

Cuelgo el móvil y sin darme cuenta ya me he comprometido sin tener cabeza para nada. Solo pienso en el ruso, me desarma su mirada, me obsesiona su mirada, me llena de confusión cuando mejor le parece. Y como si fuera poco ahora ir a la Universidad con la cabeza en las nubes.

Aparco el coche en el estacionamiento del campus. Veo desde el coche a Annick en la entrada de la facultad. Miro a la parte trasera del coche y cojo mi portátil y la mochila. Me esperan cinco odiosas horas estudiando farmacia. Bajo del coche y asegurándolo con la alarma, camino hasta la entrada. «Guau, hace tiempo que no me aparecía por aquí. Debo estar súper atrasada en las clases, debo estar en una laguna inmensa».

—¡Hasta que llegas! —exclama Annick.

—El tráfico estaba fatal.

Entramos a la facultad, saco de mi mochila mi bata blanca. Esa que odio desde el primer día de clase. Me la pongo y estoy algo nerviosa. «El profesor, ¿Se acordará de que existo?, A parte de odiar la clase, odio tener que darla con Julián. Megan, tu suerte es no tener suerte. Que estás jodida, vaya».

Me siento en la mesa que comparto con Annick. Aun pienso en lo que pasó esta mañana. «Joder, su rostro era de rabia y creo que esta no me la dejara pasar. Pero su beso me hizo humedecerme por completo. Ya creo que estoy perdiendo la razón». Julián en este momento entra al aula de clases, me ve y rápido corre hacia donde estoy yo. «¿Joder, por qué a mí?».

Se sienta frente a mí y yo sólo quiero dejar de verlo.

—Hasta que te veo mi amor, sigo sin dejar de pensar en ti.

—Yo no soy tu amor. —Tuerzo el gesto—. Vete a tu mesa y no me jodas más la vida, ¿quieres?

El profesor entra al aula de clases. Otra más teórica y aburrida, pero la tengo que aguantar, casi todo en mi vida es caótico y aburrido.

—Buenas tardes, tengo varias noticias para ustedes. — Todos lo escuchan atento y yo pensando en el ruso sonrío como una tonta—. La primera, pronto les estaré dando la fecha para que me entreguen un ensayo sobre lo que tienen pensado para la investigación que deben de hacer en un lapso de seis meses.

«¡Menuda investigación! No tengo ni idea de qué coño es la investigación. Calma Megan, siempre parece que te estas ahogando, pero nunca te mueres».

—La otra, la tesis la tendrán que estar entregando a finales del año. Es de suma importancia para poder graduarse.

«Muy bien, Megan, ¡Y tú solo la tienes hecha hasta la mitad!, Es que tú si que eres una ¡Genia!, Y todo por

pensar en el ruso».

—La investigación con un lapso de seis meses será tanto teórica como práctica. Deberán buscar algún lugar donde realizarla. Varias farmacéuticas ayudan a la facultad. — Golpeo mis uñas contra la mesa, «¿Algo más?, Tanta distracción terminará acabando con mi vida»—. Luego del laboratorio que realizaremos en unos momentos pasaremos a la sala de conferencias de la facultad. Una de las farmacéuticas que está en el programa les estará ofreciendo una conferencia.

Miro a Annick.

—¿Es en serio? Odio esas charlas —mascullo entre dientes.

Se ríe.

—Atiende y no seas pesada, estamos ya en el último año.

—Divídanse en grupos de tres para realizar la práctica en el laboratorio.

Julián se acerca a la mesa. «Sé lo que quiere y me arde la idea. Parece que tiene piedras cerebrales el hombrecito, no entiende que no deseo ni me da la gana de verlo».

—¿Podría trabajar con ustedes?

—Sí —dice Annick.

—No —la contradigo.

—Megan, separemos lo personal de lo profesional y académico, ¿sí? —Replica Julián.

«¡Qué remedio!, Tolerancia Megan, tolerancia».

—Solo mantente alejado y al margen conmigo.

Nos ponemos las gafas de seguridad. Justo cuando hemos

empezado la practica me suena el móvil. «¡Maldición!, Es que ese aparatito no me deja descansar».

Salgo al pasillo en zancadas para coger la llamada en voz baja.

—Hola.

—¿Dónde se encuentra, señorita McMillan?

«Maldito ruso interrumpiendo, es que parece no tener nada mejor que hacer».

—Para usted, en el infierno. Adiós.

—Espere, la necesito en presidencia ahora.

—Lo siento, es mi día libre. No tengo porque decirle dónde estoy.

—De todas maneras lo sabré y será peor para usted.

—¿Dígame para que me quiere?

—Tengo un compromiso fuera de la farmacéutica. La necesito a mi lado para lo que necesite.

—Lo siento, no soy su esclava. Es mi día libre, estoy en la universidad ocupada, tengo vida a parte de Ivanov Pharmaceuticals, adiós.

Cuelgo la móvil cabreada. Regreso a clase ceñuda.

Mientras hacemos la practica Annick me pregunta con tono casual qué quien era, sin mucho ánimo de responder le digo que el ruso de trajes negros busca cualquier excusa para buscarme.

Rápidamente Julián se pone en alerta y algo celoso comenta:

—Ahora entiendo, hay otro, era más fácil que lo dijeras y listo.

Lo paro en seco, « ¡qué cojones!».

—Si hay o no hay otro en mi vida eso no te importa. Si lo nuestro se fue a la mierda fue por tu “desliz”. Además, estoy mejor que nunca ahora. Tal vez precisamente lo que necesitaba era alejarme de ti.

—Fue un error, podemos aún solucionarlo, fueron muchos años juntos, Megan.

Cojo unas probetas en la mano con ganas de metérselas por los oídos. Continúo con él la practica contestando con frialdad.

—Es que hay un pequeño problema Julián, ya no te amo. Ya no estoy enamorada de ti. Lo siento.

—¿Hay otro? Respóndeme solo a eso.

Trago saliva y rápidamente el ruso se me viene a la mente.

—Sí Julián, hay alguien más. Ahora deja de molestar, ¿quieres?

—Tal vez lo había desde que estábamos juntos. Me cabreo, «este tipejo quiere sacarme la hortera y macarra que hay en mí».

—Yo no soy tú, Julián, yo no me fui a la cama con nadie. Mucho menos te engañé, yo sí quería un futuro.

No vuelve a tocar el tema. Trabajamos en el laboratorio y todo el ambiente se vuelve tenso y algo incómodo.

Pasan las horas dejando una estela de cansancio horrible.

Miro el reloj, son las cinco de la tarde. Annick aún está trabajando en su parte y Julián lo único que ha hecho es estar metido en su móvil.

El profesor nos interrumpe:

—Dejemos el procedimiento para la otra clase. Ahora a la sala de conferencias, hay una charla imprevista y el decanato ha exigido que la escuela de farmacia se presente a escucharla.

Nos movemos la dichosa sala. Me siento en la primera fila de asientos frente a la plataforma. Realmente estas idioteces no me importan, pero ni modo no tengo opción. Entro al navegador desde mi móvil mientras espero a que quieran iniciar la maldita conferencia. Me coloco los auriculares mientras miro un vídeo. Sin darme cuenta la conferencia inicia y yo muy entretenida en YouTube. Annick me toca con su codo disimuladamente, la miro y está boquiabierta. Me quito los auriculares.

—¿No es ese tu jefe?, ¿Ese no es el famoso Ivanov? Al escuchar la palabra “jefe” me tenso por completo. Levanto la mirada lentamente. Ahí está, mirándome con su aburrido traje negro y sus ojos azules escaneando mi cuerpo por completo. Siento el paseo de una roca por mi pecho. «¡Bombardeo en mi interior!». Mis manos comienzan a sudar frío. Está aquí mirándome fijamente con esa mirada lujuriosa y tentadora. De momento deja de mirarme, hace como si yo no existiera. «Sabe que me cabrea su actitud, ¡Maldita sea!».

Viene acompañado por Aleksandra, como si fuera menos el nerviosismo. «¿Qué coño hace aquí?, ¿Acaso me sigue? Ya hasta me comienza a asustar, ¿Qué no tenía que hacer no sé qué cosas?».

El Decano de la universidad se detiene en el podio.

—Buenas tardes, estudiantes... En la tarde de hoy tenemos el honor de recibir a uno de los auspiciadores más importantes de la facultad, el doctor Mikhail Ivanov, dueño de Ivanov Pharmaceutical.

Se acerca al podio y se presenta al público sin perder oportunidad de clavarme sus ojos azules cuando estoy con la mirada desviada, «¡Me quiero morir!, Solo quiere hacerme que me cabree y no lo va a conseguir. Me niego».

—Buenas tardes. Es un placer interactuar con futuros profesionales de la industria farmacéutica. Nuestra visión, es ofrecer mayores posibilidades de tratamientos con nuevos fármacos e intravenosas. Nuestra misión, ofrecer mayor calidad y salud a nuestros consumidores.

Aleksandra se pone en pie y se acerca al podio.

—Les dejo con Aleksandra Ivanova, vicepresidenta interina de Ivanov Pharmaceuticals.

Se sienta en una silla al fondo. Tengo entre mis manos el programa de la conferencia. Hago un cilindro con él lo estrujo y vuelvo a abrirlo. El nerviosismo parece dominarme. «Es tan jodidamente guapo e intimidante que siento un calor recorriendo mi cuerpo, no sé qué coño me pasa. Pero hay veces en las que siento que solo vivo una fantasía, jamás nadie de su nivel se fijaría realmente en una mujer como yo».

Annick no me ayuda, me toca con el codo, ¡Otra vez!

—No deja de mirarte, lo traes loco.

—Cierra la boca, son ideas tuyas —susurro—. Además, no importa si me mira o no ya no importa, ese hombre no es para mí ni yo soy para él.

Veo que Aleksandra me mira algo traviesa mientras da la conferencia. La rusa tampoco ayuda.

Levanto la mirada, lo miro y tiene la mirada desviada.

Aprovecho y lo miro de pies a cabeza. Me muerdo el labio inferior mirándolo. Cruzamos las miradas accidentalmente, al ver que me estoy mordiendo el labio me mira con ganas de decirme: “Quiero follarla señorita McMillan”. «¡Joder me derrito!».

Miro el reloj, aún falta media hora para que esto se acabe.

No quiero seguir aquí en esta en esta tierra trágame.

Siento que voy a explotar, a actuar por impulsos. Correré hacia él y pediré cosas morbosas.

Cruzo las piernas, me cruzo de brazos y aprieto los dientes. «Que acabe esto, que acabe esto, que acabe esto», me repito una y otra vez.

Aleksandra le da fin a la conferencia. Salgo rápidamente de la sala de conferencias y camino en zancadas hacia el baño. «¡Estoy temblando no puede ser!».

Me miro al espejo, me arreglo y me retoco el labial rojo intenso.

«Vale, Megan, allá afuera está el hombre que con solo mirarte te hace tiritar, joder ¿al menos disimula sí?».

Suelto un suspiro y al salir lo veo al fondo del pasillo.

Está esperándome. Me quedo helada, camina hacia mí con su típica seriedad que me derrite y también me cabrea.

Se detiene ceñudo.

—Le aconsejo que no me vuelva a terminar una llamada sin yo consentirlo.

Aprieto los dientes.

—No volverá a ocurrir. —La facultad está desierta, todos se han ido y yo aquí frente a este hombre en traje que me vuelve loca. Trato de no hacerme ilusiones cada vez que lo veo, pero es imposible. Tartamudeando le digo—: Me tengo que ir, tengo un compromiso.

—¿A dónde va, señorita McMillan?

—¡Que le importa!, Señor Ivanov, deje de buscarme tanto. No es correcto y yo no lo deseo. Usted ya tuvo de mí lo que quería, no tenemos nada más que hablar.

Me coge de la muñeca con fuerza sin importarle poco lo que le he dicho. Cree que tiene algún poder sobre mí y me bulle que intente manejarme.

—Necesito saber a dónde va, McMillan.

—No tengo porque decirle, suéltame.

Me pone contra la pared, su sola mirada intimidante hace que las palabras surjan solitas.

—Iré a tomar una copa con John Peterson, un productor de musicales.

—¿Para qué?

—¿Eso a usted que más le da?, ¡Suéltame maldita sea! Usted no es nada mío, no tengo que darle razón de lo que hago.

—No me haga saberlo a mi manera, McMillan, dime ¿para qué?

Arqueo una ceja, trato de hacerme la interesante y

cruzándome de brazos respondo:

—Es un amigo, quizá un admirador. No lo sé, solo quiero divertirme un poco. —Me suelta bruscamente, veo en su cara que está mosqueado. La impotencia al no poder manejar mi vida a su antojo lo martiriza por más que intenta ocultarlo. «¡Qué bien!»—. Adiós, señor Ivanov. Me alejo de él en zancadas hacia el aparcamiento del campus. conduzco apurada hacia el hotel donde me cité con Peterson.

Aparco el coche rápidamente en el multipisos y solo le pido una cosa a Dios, que me quite de la mente a Mikhail de una vez. Me miro los labios en el retrovisor tratando de verme presentable, «estás bien, te ves bien Megan». Entro al vestíbulo del hotel nerviosa y muriendo de ansiedad. Saco mi móvil y mando un mensaje a Peterson apoyándome en una columna.

Megan a las 7:05 p.m.

*Señor Peterson, he llegado. ¿Dónde se encuentra?*

John Peterson a las 7:06 p.m.

*En la barra del hotel, señorita McMillan. Junto a la fuente.*

Camino hacia la barra del hotel muy inconforme con cómo me siento. Busco la dichosa fuente y lo veo de espaldas. Es guapo y varonil, así como siempre he querido uno. Como me gustaría poder mirarlo y no pensar

en que un ruso tiene mi cabeza loca. Me acerco y amable lo saludo.

—Buenas tardes, señor Peterson.

Me siento en la mesa. Sonriéndome responde:

—Igualmente, por favor llámame John.

—Vale, John. Llámeme Megan entonces.

—¿Quiere algo a parte del vino?

—Eh, no, gracias.

Veo que trae consigo unos documentos. Rompo el hielo a

la manera McMillan, los rodeos no me gustan en lo absoluto. —¿Y qué es eso de lo que tanto quería hablarme? Entrelaza sus manos, me mira fijamente y hace que co-

mience a sudar frío.

—Tengo que admitir que cuando te audicioné, quede maravillado con tu talento. He estado pensando que tu lugar no

es en la orquesta del musical de mi obra.

Me asusto, ya me veo de nuevo sin sueño y sin nada de música, me muero si algo así me ocurre.

—Pero John, usted...

— Sí, sé que la he contratado como una más en la orquesta, pero al escuchar tu canción, me di cuenta que puedes dar

mucho más que para lo que te contraté.

Sonrío ruborizada.

—¿Cómo podría dar más John? Solo toco el violín.

Muchas personas lo hacen, además no comprendo entonces que

podría ser aparte de tocar el violín.

—Quiero que ayudes en la composición de las canciones para el musical.

Me quedo patidifusa, «¿Qué? ¿En serio?, No, no me lo creo. Nunca pensé que haría algo tan importante, apenas estoy luchando por una carrera como violinista profesional». —¿Componer? No creo que pueda, John. Es mucho para mí.

—Megan, compones canciones maravillosas. No solo compondrías, también tocarías como solista.

Pongo los ojos como platos sin poder creer nada. —¿Por qué me está ofreciendo todo esto? No le encuentro motivo.

—Eres un diamante sin pulir, Megan, hay mucho talento en ti y lo estas echando a perder.

«Aquí viene mi autoestima de mierda a joderme, como siempre».

—No creo, solo toco para vivir y para despejarme, nada más.

Arquea una ceja.

—¿Qué es lo que más deseas?

Sonrío, ahora mismo muchas cosas. Deseo una vida distinta, una vida en donde Mel tenga los mejores

cuidados para  
su enfermedad. Una vida en donde el amor no me  
traicione,  
una vida donde lo único que me haga poner el despertador  
sea  
la música, deseo conocer el amor real..., deseo una vida  
junto  
alguien que valore lo que soy y no solo desee un cuerpo.  
Levanto la mirada para encarar y respondo nostálgica. —  
Me hubiera gustado ser una violinista famosa, hacer  
grandes conciertos y recibir lindos halagos. No deseo  
millones, solo tocar, hacer lo que me gusta.  
—¿Por qué hablas como si ya no pudieras hacerlo? Aún  
puedes lograrlo, me gustaría ayudarte a conseguirlo. No  
se ve  
un talento como el tuyo todos los días.  
Sonrío escéptica.  
—¿Lo dice en serio? ¿Podría ayudarme?  
—Nada me me gustaría más, Megan.  
Suelto un suspiro indeciso. «Quiero brillar, quiero tocar,  
quiero amar. Son tantas cosas las que quiero hacer que a  
veces pienso que aún vivo en una fantasía. Mi nueva  
fantasía,  
Mikhail Ivanov».  
—Acepto ayudar a escribir las canciones. Pero quiero  
tocar, más que nada, quiero tocar.  
—Vale, tocaras y tendrás tu momento para brillar, Megan.  
—Lo miro a los ojos y me desconcierto. Noto que sus

intenciones son buenas, realmente quiere ayudarme, pero, «¿Por qué? ¿Por qué me ayudaría a realizar mi sueño si apenas me conoce?»—. ¿A qué te dedicas Megan? A parte de la música claro.

—Estudio farmacia, estoy en mi último año. No sé ni porque lo estudio, creo que casi todo lo que hago es por mi hermana.

—Eres casada o, ¿tienes una relación? Me rio y no sé porque el ruso se asoma a la mente, ya creo que estoy alucinando.

—No, estoy sola en estos momentos. ¿Y usted? — También... Me he dedicado a la música desde mi última relación. Creo que es lo más que me llena.

—Y como, ¿eres productor?

—Comencé tocando instrumentos de cuerda, fue duro llegar a donde estoy ahora. Luego entré en esto de producir musicales y tocar lo dejé de lado. Fue muy duro el camino, pero no desistí hasta conseguirlo.

Suspiro feliz.

—Desde pequeña he querido visitar muchos países y tocar mi música, sueños adolescentes..., siempre me la pasaba cantando y creyéndome una gran artista.

—No, si te lo propones. Todo en esta vida es posible. Me

quedo mirando sus ojos negros sensuales algo distraída.  
Respondo ida y fascinada:

—Lo intentaré.

Pasamos horas hablando de lo que con pocos puedo hablar, de la música.

Al terminar la cita con John camino hasta el coche. Me subo al mismo y reclinándome en el asiento me digo a mi misma, «¡Joder, cuanto más vas a aguantar Megan!, Nada de

lo que haga me quita de la cabeza a Mikhail Ivanov, ese ruso

que me forzó a tener sexo con él a base de chantajes y ahora

deseo que esa noche se repita una y otra y otra vez». Me siento extraña, los sueños, los pensamientos eróticos y el imaginarlo desnudo me hacen sentir como una perversa sexual. Recuerdo aquella sensación placentera de sentirlo dentro de mí expandiendo mi interior con deseo y gran

pasión. Pienso en ese momento y mi vagina sufre las consecuencias. Me niego a aceptar que mi cuerpo pide a gritos

tener sobre mi piel unas manos rusas tocándome y al otro día

ese mismo hombre dando órdenes. Necesito sexo, sexo ruso,

y joder, la tentación está conmigo todos los días. «¿Desde cuándo necesito sexo?». ».

Pongo el coche en marcha, trago saliva y sintiendo esta ligera excitación morbosa me bloqueo. «Megan, ¿eres una jodida perversa!, Quiero buscar a mi jefe y pedirle que repita lo de aquella noche. ¡Voy a enloquecer!».

Capítulo 18

## **toDo DepenDe De Un sí o Un no**

Golpeo las uñas en mi escritorio. Estoy hastiada de gráficas y tablas. De nombres científicos de medicamentos y de trabajar con el causante de mis sueños morbosos.

Suena mi móvil, es John, esbozo una sonrisa. Cada vez es más seguido que me busque o llame con cualquier excusa. Se ha convertido en un buen amigo y que me ayuda a olvidar mis problemas.

—Hola, ¿cómo estás?

—Creo que bien, ¿y tú?

—Bien también. Megan, ¿estarás ocupada en la tarde? Me extraño con su pregunta.

—Eh, no, ¿Por qué?

Lo escucho resoplar algo nervioso.

—No sé, tanto trabajo me tiene exhausto, me gustaría salir

a despejar la mente.

—¿Y cómo que quieres hacer?

—Pues, están pasando unas películas interesantes en el cine. Podemos ver una.

Me río por dentro, me siento como niña pequeña. —¿Me estás invitando a salir?

—Puedes invitar a alguien más si te sientes más cómoda de esa manera.

—Vale, no puedo prometerte nada, pero lo intentaré. Hasta luego, estoy en el trabajo.

Guardo el móvil. Suelto un suspiro, tengo que llevarle al ruso todos estos informes y no quiero tenerlo cerca para evitar tentaciones. Los pongo en mi brazo y armada de paciencia salgo al pasillo. Aver si esta vez todo fluye normal y no ocurre nada extraordinario.

Toco la puerta del ruso y seguido entro. Está de espaldas a la entrada. Su perfume rápidamente penetra mi nariz queriendo regarse por todos mis sentidos, «¡Calma Megan! Hormonas..., ¡Fuera!».

—Señor...—Se gira en su silla ejecutiva para encararme. Lo noto extraño. No me responde, solo me mira. Me siento algo incómoda. «¿Qué coño ve (mira)?»—. Solo vine a dejarle los informes, señor.

Los coloco sobre su escritorio con temor. Doy media vuelta para irme y me detiene con su voz.

—No le he dicho que se vaya.

—Dígame señor.

Algo tenso me invita:

—¿Me acompañaría a tomar una copa?

Me quedo con el ojo cuadrado. «¿Mikhail Ivanov invitándome a salir? ¡Joder, esto va para la historia!, Megan, antes no se te pegaba nadie y ahora tienes a dos que quieren salir contigo. ¿Qué tengo que atrae a todos?». —

No lo creo, ya tengo planes en la noche.

Se levanta de golpe de la silla. Se me acerca intimidante y yo quiero que mi madrecita venga a rescatarme. Parezco una hormiguita a su lado.

—¿Planes? ¿De qué tipo?

—Asunto mío —digo temerosa.

Siento su respiración sobre mi rostro y sus dedos oprimir mi brazo con fuerza sin importarle que ya se está pasando.

—Pregunté qué planes tiene.

Muerta de miedo respondo:

—Un amigo me ha invitado al cine y pienso ir.

Me suelta de golpe y comienza a caminar de lado a lado, como si estuviera acorralado por los... ¿Celos? No, no lo creo. Es un jodido narcisista que cree que yo soy de su propiedad, es solo eso, Megan McMillan.

—Cancele esa cita.

—¡No cancelaré nada solo porque usted lo pide! ¡No es nadie en mi vida para exigir tal cosa!

—Le dije que se alejara de mí. No lo dije en vano, McMillan. Aténgase a las consecuencias, ¡cancele la

maldita cita!

—¡Dije que no! Deme una razón. Solo una para tener que cancelarla.

Violentamente me acerca a él y me responde sensualmente encolerizado: ¡Bésame!

«Megan, te mueres por él, te derrites por él, te desarmas por él, aunque quieras hacerte la indiferente».

—¡Me revienta la idea de que esté con otro hombre!, ¿Feliz?, No soporto que otro hombre este cerca de ti, otro hombre que no sea yo.

Dispara su respuesta sin darse cuenta de lo que ha dicho. Me quedo helada, atónita. «No sé qué hacer, no sé qué decir. No sé si es cierto lo que acaba de decirme. Mis ojos sollozan con una horrible sensación, lo que ha dicho ha movido grandes montañas en mi interior».

Trago saliva y con un nudo en la garganta niego.

—No le creo, sólo se burla de mí.

En voz baja y arrepentido replica.

—Olvide lo que acabo de decir, fue una idiotez.

— No creo que pueda... Lo siento. No sabe cómo, ahora le digo yo a usted..., ha cometido un grave error.

Me mira autoritario.

—Por última vez, cancele esa cita, señorita McMillan.

—Quiero ir al cine señor, no puede impedirme salir y tener vida social, no es quien para hacerlo. Mejor déjeme en paz, ya no tiene caso que diga cosas y luego se ande arrepintiéndose.

Se acerca con pasos pausados hacia mí. Miro hacia arriba

para poder mirarlo a los ojos, es tan alto que me hace sentir maripositas en el estómago. Presiento que este hombre será el causante muchas sonrisas, pero también de muchas lágrimas.

—La acompañaré.

Me quedo idiotizada. «Este está teniendo problemas mentales o algo así. Odia salir, odia la sociedad, odia socializar. ¡Odia al mundo! Ahora de la nada quiere acompañarme al cine».

—¿Disculpe? ¿Acompañarme? ¿Se siente bien?

—Quiere ir al cine, bien la acompaño y cancela con su “amigo”.

Me emociono por dentro, «¡no seas tonta, Megan!».

—¿Habla en serio?

—No acostumbro a bromear, señorita.

Siento fuegos artificiales en mi interior. Quiero dar saltitos, pero tengo que parecer indiferente. «No Megan, no te emociones».

—Vale, cancelo entonces.

Salgo de la oficina y grito en medio del pasillo: ¡Sí!, Me siento como una adolescente ilusionada. Mientras camino hacia mi despacho le mando un mensaje a John algo apenada.

Megan a las 1:23 p.m.

*No podré ir al cine, se me han presentado asuntos del trabajo. Planeamos para otro día. ¡Besos!*

John a las 1:24 p.m.

*Qué pena, me hubiera gustado charlar un poco después de la película, vale será para la próxima.*

Me siento en mi silla ejecutiva y cierro los ojos sonriendo como una tonta. De odiar al ruso he pasado a no saber qué coño siento por él.

Entra una llamada de Melanie. Soltando un suspiro feliz respondo la llamada.

—¿Qué ocurre Mel?

— Es solo para avisarte que llegaré tarde a casa, estaré en casa de una amiga. Me tome ya el anticonvulsivo y todo bien. No te preocupes por nada.

—Vale, pero me avisas cualquier cosa.

—Qué sí, que te aviso. ¡Vale, besos!

\*\*\*

Son las cuatro de la tarde, ya he terminado todo mi trabajo y es hora de ir al cine. «Megan, sabes que el cine es solo una excusa para estar cerca del ruso, cada vez te vives más la fantasía, no hay remedio contigo».

Paso a la oficina del ruso y le digo temerosa.

—Cuando quiera nos vamos.

Se levanta de su silla ejecutiva y tirano me responde con

gelidez, además de pesadez.

—Iremos en mi coche.

—Tengo coche, señor.

—Ya le dije, señorita McMillan, no me contradiga. Voy a mandar que recojan el suyo y lo lleven a su casa.

Salimos juntos de la farmacéutica y caminamos hasta el multipisos parking. Me muerdo la lengua, «¡joder, Megan, evítate problemas!».

Subo al copiloto de su Porsche y trato de moverme lo menos posible. Es todo como si fuera muy avanzado para mi razonamiento lógico o algo así.

Sube al piloto y enciende el coche. Conduce, no escucha música, no habla. Solo conduce. «¡Qué tedioso y aburrido es el ruso este! ¡Quiero hablar!».

—¿A qué se refería con que le revienta verme con alguien más?

Se torna tenso, no contesta. Quiero una explicación porque ese comentario ha causado estragos en mi cabeza.

—He dicho que lo olvide, McMillan, no vuelva a preguntar.

—Tengo derecho a saber.

—La única manera que tendría el derecho de saberlo es aceptando mis condiciones.

Resoplo, «siempre sus jodidas condiciones».

—Ah sí, lo olvidaba. Tengo que entrar en su mundo aceptando unas condiciones que no conozco.

—Está en su derecho de negarse, pero no exija.

«¡Me reviento!».

—Vale, no me diga nada.

Respira hondo y solo conduce sin ningún tipo de expresión facial. «¡Es de otro jodido planeta!, Megan, ¿Que le has visto a este hombre?».

Estamos a las afueras del cine, «no sé qué película ver junto al ruso. ¿Qué veo? Acción no, comedia ni pensarlo, romance se mata. Que nos queda...drama».

Inexpresivo como es me pregunta:

—¿Cual quieres ver?

—Un drama.

Pone cara de, “estoy jodidamente jodido”. Le enseño la película que quiero ver en los carteles y compra las entradas.

Entramos al cine y me quedo mirando a algunas parejas que se agarran de las manos la mano y se ven muy enamorados. No puedo evitar mirarlos y sentir nostalgia. Si hay algo que más deseo es precisamente eso, algo lindo.

Pasamos por el pasillo del cine y me pregunta con cara de velorio.

—¿Quieres palomitas?

—Sí.

Compra unas palomitas y una Coca-Cola. Como siempre

solo compra para mí, él parece alimentarse o comer con la luz del sol. ¡Es tan idiota! Es idiotamente perfecto.

—¿No piensas comprar para ti?

Niega con la cabeza. Es increíble. Entramos a la sala de la película. Siento que me sobreprotege o algo así. No me quita la mirada de encima y lo que falta en la escena son unas esposas que me aten a él. Nos sentamos en la última fila de asientos en la sala de cine.

Lo noto algo raro, más de lo normal. Me como una palomita y le pregunto:

—¿Qué ocurre?

—Nada, ¿Por qué la pregunta?

—Parece como si lo estuvieran torturando emocionalmente. Es obvio que no quiere estar aquí.

—No acostumbro a salir a estos sitios, no sé qué le encuentran de entretenido. Estresan.

—¿De qué planeta salió usted?

Se mantiene en silencio. Miramos la película. Parecemos dos extraños, él se aleja lo más posible de mí. Yo trato de buscar el contacto físico, pero con él es casi imposible.

Quiero que su piel se roce con la mía para sentir como la piel se eriza, cualquier cosa, por más mínima que sea me hace tiritar.

—¿Podría hacer algo sin que se enfade? —Se queda en blanco, ni sí, ni no. Sonrío, hay veces en las que logro ponerlo en jaque—. Tomaré eso como un sí.

Me giro hacia él, miro sus labios. Son tan jodidamente bellos que podría besarlos hasta desgastarlos. Reposo mi

mano en su nuca y tiro de ella hacia mis labios. Se queda tenso ante mi acercamiento, no por mucho. Su brusquedad y dominación quedan descubiertas y mi Afrodita celebra. Sus manos se cuelan en mi vestido tocando mis muslos rozándome de una forma altamente peligrosa.

Siento el pulso dispararse, maldición lo necesito tanto, sus manos sobre mi piel, su carácter salvaje sobre la cama y su sequedad, su sequedad que raramente despiertan el interés aún más.

No sé, he descubierto que su comportamiento en el sexo me excita. Ese señor hielo que lleva siempre consigo me ponen a cien. Trata de dominarme y se convierte en una especie de juego sexual, ¿Quién domina a quién?

—¿Ahora porque ese arrebató suyo?

Arqueo una ceja.

—No fue un arrebató, quise hacerlo porque lo deseé.

Respondo a centímetro de sus carnosos y voluptuosos labios.

—Usted reta al peligro, parece no temerme.

Suspiro dibujando una sonrisa en mi rostro divertida.

—Solo me temo a mí misma señor. Usted no provoca eso en mí.

Miramos la película pretendiendo que ese beso no encendió aún más la llama del deseo que surgió aquella noche entre los dos.

Al terminar la película, Mikhail sale de la sala como si hubiera salido por fin de una tortura. Salimos del cine, estoy cruzada de brazos con algo de frío. Apenas son las

seis de la tarde.

Ladeo hacia el ruso y le sonrío.

—Gracias por acompañarme a la película. Aunque me obligo prácticamente..., gracias.

Frío responde:

—No agradezca.

«¡Grosero!».

Miro taxis pasar y ya creo que es hora de que regrese a casa.

—Vale, pues hasta mañana, cogeré un taxi para ir a casa.

—Yo la llevo a su casa.

—No es necesario, créame, he cogido muchos antes de tener coche.

Ceñudo responde:

—¿Y? Quiero llevarla. Cierre la boca y solo obedezca. —  
Vale.

Subo al Porsche del ruso, a su nave especial, es que eso parece con tantos accesorios raros. Enciende el coche y me había tener absoluto silencio en un espacio tan limitado. Es que él hace todo lo contrario a la gente normal.

—¿Puedo escuchar música?

—Yo no escucho música.

—¿Podría hacer una excepción?

—Dije que no escucho música, señorita.

«¡Idiota gilipollas!».

Me cruzo de brazos y me quedo ceñuda. Se detiene en el semáforo rojo y yo pues qué remedio tengo.

—¿Dónde vive?

—Bueno no sé usted, pero yo vivo en un apartamento con una sala de estar, una cocina, dos baños y tres cuartos.

—No sea ridícula.

Me rio.

—Vale, vale yo lo guio. Es el edificio de su derecha.

Aparca en frente del edificio. Abro la puerta y bajando de él brincando un charco digo:

—Vale, pues supongo que nos veremos mañana en la presidencia. Que tenga buena noche.

Asistente con la cabeza. Aquí vienen mis ideas locas e imprevistas. Deseo tanto que se quede conmigo que haría cualquier cosa porque así fuera.

—¿Por qué no se queda un rato? Podría tomarse un café conmigo.

—¿Por qué tendría que quedarme un rato?

—Para hablar un poco supongo.

Indiferente responde:

—Tengo cosas que hacer.

—¿No será que le da vergüenza entrar a una torre de apartamentos de la clase media?

—¿De dónde saca tal cosa? Es ridículo.

—Solo será un rato pequeñito.

Tanta es mi insistencia que termina cediendo. «Muero, muero..., muero».

—Solo un rato.

Me muerdo el labio ya fantaseando cosas locas.

—Puede aparcar en el techado, señor.

Aparca en el techado y al bajarse lo miro de pies a cabeza. «Me encanta verlo en traje como le queda el traje, está jodidamente sexy».

Entramos al vestíbulo del edificio y me topo con mi casera, «¿Esta señora no se cansa de viajar desde lejos para joderme la vida?».

—A usted la estaba buscando, señorita McMillan.

—Pues haga de cuenta que no me vio, buenas noches.

—Espere...

Me giro hastiada.

—¿Qué quiere? Ya le he pagado lo que le debía.

—No este mes, Megan.

—Usted está aquí cobrando el alquiler y no se ha dignado en mandar a alguien para que arregle los defectos que le notifiqué.

—Págueme y arreglo ese problema.

«¡Maldita vieja! No piensa más que en el dinero, en nada más».

Abro mi bandolera de piel, hago un cheque y se lo entrego.

—Aquí tiene, no me joda más la vida. Sólo viene para cobrar.

Entro al ascensor con mi jefe, está en silencio. No dice ni expresa nada, me desespero, «¡odio el silencio!».

Salimos del ascensor. Camino por el pasillo junto al señor hielo.

Me detengo frente a mi puerta, saco las llaves de mi bandolera y abriendo la puerta digo:

—Este no es precisamente un pent-house de lujo, señor

Ivanov. —Giro la llave y abro la puerta—. Pase... Nadie lo va a morder. —Entra y se queda mirando el alrededor con una cara algo desconcertante. Cierro la puerta y dejo la bandolera sobre la isla de la cocina buscando que hacer para entretenerlo y no parecer mala anfitriona—. Siento desilusionar, su casa debe ser cinco veces esta.

Me mira inexpresivo.

—No me ha desilusionado, señorita.

Esbozo una sonrisa.

—Póngase cómodo, parece que tiene miedo a moverse. Se sienta cohibido en la sala de estar. Voy a la cocina y busco café, pero resulta que ya no hay café. Vamos al plan B entonces. Abro el frigorífico, saco dos sodas de botella de cristal. Me siento a su lado y le estrecho una. La mira con rareza.

—¿Qué? ¿Tampoco bebe soda, señor? No tengo vino ni cosas de gente tiquismiquis. Se me acabó el café.

Mira la pared donde tengo mis premios y reconocimientos con interés.

—Esos que están colgados en la pared, ¿son suyos?

—Eh, sí. Son premios y galardones de participación en recitales de música.

—¿De dónde adquiriste el gusto por la música?

Suspiro.

—Mi madre, ella me enseñó a amar la música desde muy pequeña.

Me quedo mirándolo. «Joder, tengo tantas ganas de tocarlo y besarlo que creo que es un peligro tenerlo aquí,

tan cerca».

—He pensado en su propuesta, en eso de “Entrar en su mundo”.

Ladea para encarar interesado.

—¿Y qué piensa?

—¿Sabe que pienso? Le seré sincera, lo deseo. Pero no sé qué me deparará al decir sí.

Deja de ser tan inexpresivo y mirando mis labios responde:

—Yo también la deseo, necesito tenerla, pero no será hasta después de que acepte.

—¿Entonces todo depende de un sí o un no señor?

Asiente con la cabeza. Me acerco con lentitud hacia él y no sé si estoy jugando con fuego. Me mira el escote y todo me vibra. Puedo percibir su excitación. Lo desea tanto como yo. Sin saber qué coño estoy haciendo me acerco a sus labios. Los rozo con seducción y agarrando el labio inferior lo muerdo.

—Entonces, tendré que pensarlo un poco más, señor Ivanov.

Me levanto del sofá. Doy unos pasos pausados; se levanta del sofá, siento como mi cuerpo se gira violentamente hacia él. Tira de mi cuerpo y lo pone contra el suyo.

Siento su respiración sobre mí, clava su pene erecto sobre mi vagina y dice con voz entrecortada.

—Al demonio con la espera, quiero follarla, señorita McMillan.

## CaPítulo 19

### joDiDaMente enaMoraDa

Me besa con fuerza, con lujuria. Siento que mi otra yo está cada vez está más y más excitada. Me levanta el vestido, toca mi espalda baja como si quisiera arrancarme la piel. Por más que me dije a mi misma que esto no debía pasar, aquí me veo, muerta de deseo por él. Me besa el cuello con avidez y siento que levito en excitantes sensaciones.

Doy pasos llevándolo conmigo hacia mi habitación decidida a repetir mi primera noche, me muero porque así sea.

Abro la puerta mientras de un tirón deshace mi vestido deseoso de lo mismo que yo quiero que pase. Enciende la luz y comienza a contemplar mi cuerpo desnudo. Me siento algo avergonzada, aquella vez no lo vio con detalles y por más que lo desee es raro que mi jefe me vea desnuda.

—Tiene un cuerpo perfecto, señorita, no tiene por qué apenarse de él.

Su sola voz me derrite. Me hace levitar. Desnudo su torso, no lo toco solo lo miro, es... es perfecto.

Se pone de cuclillas frente a mí y siento una pena horrible. Me tenso por completo. Muero de la vergüenza, besa mis muslos ascendiendo con lentitud hasta sentir su aliento sobre mi vagina. Solo una fina y transparente tela

cubre mi sexo. Cierro los ojos y siento que aquel sueño se me hace realidad. Aquel sueño donde por primera vez mojé unas bragas dormidas. Besa mi vientre y da pequeñas lamidas en él. Me quita el encaje, mirando mi vagina dice con ávido y lujuria.

—Es preciosa, señorita McMillan.

Me separa las piernas, lo veo hundirse en mi vagina. Va a besarme y yo no quiero alejarlo, quiero que me chupe una y otra vez.

Siento su cálida, húmeda y erótica lengua lamirme. Me muerdo los labios, es la sensación más placentera que he sentido nunca, me electrifica por completo.

Clavo mis uñas en la cama y siento que el aire no me es suficiente. Me chupa, me lame y me chupa nuevamente con más fuerza. Si esto es lo que me espera al sucumbir al “sí” creo que ya lo ha obtenido.

Succiona mi clítoris, ese que me traiciona, que se estremece cada vez que el ruso logra excitarme.

Mordisquea, me chupa en diferentes ritmos, alucinantes y altamente placenteros. Aún no sé qué es un orgasmo, no he sentido esa sensación que todos describen, ese éxtasis de placer, pero algo me dice que hoy conoceré la tan famosa sensación.

Mi jefe está lamiéndome, es algo que jamás hubiera permitido, no hasta que probé el deseo del placer del sexo. Succiona mi clítoris una y otra y otra vez. Siento que el aire se me escapa, los músculos de mi vientre se contraen. Se deshace de su pantalón y el bóxer oscuro que trae

puesto. Libera su pene erecto, de tan solo verlo, la morbosa se aviva. «Quiero eso dentro de mí».

Cierro los ojos, apenas puedo escucharlo rasgar el envoltorio del preservativo. Me quita el sostén y lo tira a un lado. Se adentra en mí hasta el fondo, suelto un gemido lleno de placer. Sus ojos esta vez están sobre los míos, sus labios me besan con gran pasión. Me llena por completo, lo esperaba con ansias. Coloca los antebrazos a la altura de mis hombros para rápidamente entrar y salir de mí con una fuerza bruta e incontrolable y, yo lo disfruto como jamás pensé que lo haría. Acerca su boca a uno de mis pezones y lo succiona y mordisquea liberando más excitación en mi cuerpo.

«Quiero tocarlo, pero no sé si hacerlo. La otra vez no me fue tan bien». Temerosa llevo mis manos a su espalda, la acaricio con timidez; trata de evitarme y me dice entre jadeos.

—Usted parece no entender lo que es una orden.

—Quiero..., necesito hacerlo.

Sigo con las caricias, su espalda es jodidamente perfecta. Ha dejado que lo acaricie a mi manera y eso me ha matado.

Chupa mis pezones al punto de torturarlos ocasionando estragos en mi vagina.

Me susurra al oído.

—Su aroma es embriagador señorita, podría oler su piel toda la noche.

Sonrío. Se pone de rodillas, me coloca boca arriba

apoyándome a la vez de la cabeza y sobre las piernas. Arqueo la espalda y la pelvis hacia él. Me sostiene por las caderas y vuelve a penetrarme salvajemente. «¡Sí!, ¡Fuerte!».

Busca mis ojos y me mira e intensifica los movimientos de vaivén. Lleva sus manos hacia mi cuello y me aprieta con fuerza. Me quedo sin aire, comienzo a sentirme incómoda. «¿Acaso quiere matarme?». No duda en apretarme horriblemente fuerte y ya comienzo a asustarme.

—Señor, me falta el aire. —Apenas puedo hablar, ignora mi comentario, solo me mira. Parece disfrutar verme sin falta de oxígeno. Trato de quitarme sus manos de encima, pero es más fuerte que yo. «¡Maldición!»—. ¡Señor! — Me ignora—. ¡Mikhail! ¡Suéltame no puedo respirar! Me suelta yéndose al fondo de mi vagina y yo alucino. Trato de conseguir el aire en bocanadas y finjo que no me he ahogado, «casi nada, Megan». Me besa los labios. Levanto mis caderas hacia él y ladeo mi cabeza hacia el espejo que cuelga en la puerta. Veo en él mi reflejo siendo embestida con fuerza y al verme me excito. El morbo de mirarme en el espejo lo encuentro alucinante y me da pena sentir excitación por tal morbosidad. Intento subirme a él a horcajadas, pero me lo impide rápidamente.

—Quieta, McMillan —me regaña.

—Pero...

—Dije que te estés quieta, solo obedezca.

Me embiste con una fuerza que rebasa los límites de lo que mi cuerpo puede soportar. Comienzo a sentir dolor. Un dolor que se sabe disfrazar de placer. Escucho sus rugidos en mi oído.

Inmoviliza mis manos sobre mi cabeza y vuelve a torturar mis pezones, la temperatura sube como espuma. La oxitocina corre rebelde por mis venas y ya siento que mi placer tiene su nombre tatuado.

Puedo sentir como mi útero se contrae con cada embestida y pongo los ojos en blanco chillando llena de un placer atípico. Me muerde el lóbulo de mi oreja y se le escapa una palabra en ruso.

Llego a la cima del máximo placer, me tenso por completo y un calor agradable recorre mi cuerpo. Me siento, viva, mujer. Da una última embestida, se desploma sobre mí eyaculando entre jadeos.

—Joder, me vuelve loco, señorita McMillan. Es..., es perfecta.

Busco sus labios y los muerdo con suavidad.

—Pensé que era ordinaria y grotesca.

—También lo es, no se equivoque. —Jadea.

—Sí. —Me mira confuso—. Acepto entrar en ese mundo donde según usted me terminaré arrepintiéndome.

Esboza una ligera sonrisa y besando mis labios, sale de mí y tira el preservativo en la papelera. Se pone la ropa interior y me cubro con la sábana morada satinada, ya otra vez con algo de vergüenza.

Me mira a los ojos y me responde:

—Ya no hay marcha atrás, McMillan.

—Lo sé.

Vistiéndose añade:

—Al aceptar estas dispuesta a conocer mi forma de ser.

Atemorizada respondo:

—¿Cómo qué?

—Hace lo que yo diga y punto.

«Ya esto no me gusta».

—¿Y si no lo hago?

—No quiera que eso pase, se lo aseguro.

Trago saliva nerviosa.

—Ahora que dije “Sí” podré prohibirle ciertas cosas y decidir por usted. Cosa que antes me reventaba no poder hacer.

Burlona respondo:

—¿Por qué no mejor se compra una muñeca inflable? Esa es manejable. No soy una cosa, puedo pensar por mí misma.

—No necesito eso. —Se levanta de la cama y comienza a vestirse—. Esta no es mi idea del sexo.

—¿Y cuál es su idea sobre el sexo?

—Con el tiempo lo sabrá, no quiera saberlo todo, McMillan.

Debería estar asustada, pero no lo estoy. Me intriga la actitud del ruso. No sé si estaré dispuesta a dejarme dominar. No le encuentro lo emocionante al tema. Estoy acostumbrada a hacer lo que quiero cuando quiero.

—¿Y cree que dejaré que me haga lo que le dé la gana

solo para complacerlo?

—Créame, lo hará. Ha dicho “Sí”.

Resoplo.

—¿Qué soy ahora? ¿Su asistente con la cual tiene derecho a tener sexo?

Arquea una ceja.

—Es digamos, mi asistente de día, banco de sexo en las noches.

Me quedo anonadada.

—¿Banco de sexo? ¿Se está escuchando?

Se sienta a mi lado levanta mi mirada con su índice en mi barbilla. Otra vez su mirada me perturba y a la vez me encanta.

—Es una inexperta, McMillan. —Me sonrojo—. Pero no lo será por mucho tiempo.

Me cubro con un albornoz y me pongo en pie. Lo miro a los ojos y temerosa pregunto sin saber muy bien que soy yo en todo esto.

—Aún no sé que soy suyo, señor.

—Estas a mi lado solo por placer, tendrá que conformarse con eso. Eres sólo sexo. —Salgo del cuarto y camino hasta la sala de estar. Con tono autoritario me dice—: Aún no ha terminado su tesis, quiero que la termine cuanto antes.

—¿Cómo sabe eso?

—Confórmese con saber que yo lo sé.

—Tengo algunas lagunas... pero trabajaré en ello para terminarla. Ahora creo que tengo que estar a solas.

Respira hondo sentándose en la mesa del comedor. Mira unos libros de la universidad y me pregunta:

—¿Sabe lo que va a investigar?

—Le he dicho que necesito estar sola, hablamos después. Realmente lo necesito.

—Necesítelo después, su investigación es más importante. Me siento a su lado interesada.

—Tengo una idea

—¿Dígame de que se trata?

Me siento algo intimidada. No sé cómo decirle lo que tengo pensado. Tartamuda respondo tratando de no verme tan tonta.

—Vale, pues estaba pensando en investigar los efectos secundarios de ciertos fármacos que se utilicen para la misma condición o enfermedad, y relacionarlos para así buscar ingredientes o medidas alternas para que los nuevos fármacos causen los menos efectos secundarios posibles. —Me mira. Me siento amedrentada con su mirada—. Es una tonta idea. Vale, tendré que pensar en algo más.

—Es perfecta. Es usted inteligente, señorita McMillan, eso nunca lo he dudado.

Me ruborizo. Vuelve a mirarme con esa mirada que me derrite los sentidos. Me muerdo el labio inferior y me quedo como una tonta mirándolo.

—¿Eso cree?

—No tendría por qué mentir. —Abro mi cuaderno. Creo que me puede ayudar, pero siento un pavor inmenso.

Aprieto los dientes y golpeo las uñas contra la mesa. «¿Le pido que me ayude? Tonta necesitas ayuda urgente»—.

Pregunte, sé que se muere por hacerlo.

—¿Podría ayudarme con esto? Es que no entiendo el término.

Coge mi cuaderno de notas y lee. Me cubro con las manos el rostro. «Joder, debe pensar que soy idiota».

Miro de reojo, lee y toma un bolígrafo de mi portalápices. Escribe sobre el cuaderno.

Bajo las manos lentamente tratando de descifrar lo que escribe. Rápidamente mi mirada se desvía a sus labios. «Quiero besarlos hasta desgastarlos. Creo que ha sido un dulce error el que este ruso haya entrado a mi vida».

—Ahí lo tiene.

Empuja el cuaderno hacia mí. «¿Se sacó el término de la mente? Un tutor ruso no estaría nada mal. Menos si es este ruso. Miro lo que ha escrito, muy agradecida esbozo una sonrisa.

—Gracias, si no me hubiera ayudado no sé qué hubiera hecho con esto.

Se queda en silencio. Me levanto de la mesa y me siento en la sala de estar. Se levanta seguido de la mesa y acercándose a mí me da una nota.

—Mañana, en la noche. La espero en esa dirección.

Abro la nota, la leo y tiene la dirección de un hotel con número de suite. Me quedo algo extrañada. «¿Por qué tanto hotel?».

—¿Por qué a un hotel? ¿No podemos ir a su casa?

Frío responde:

—Usted no tiene nada que hacer en mi casa.

Trago saliva, «Megan, aguanta la lengua porque terminarás mencionando a la madre del gilipollas con traje». Me cruzo de hombros y me armo de valor.

—Dije que sí, pero usted también tiene que no sé, ser menos reservado. Solo sé de usted que es ruso, dueño de una importante farmacéutica, más inexpresivo que un androide y no le gusta que lo monte a horcajadas. Usted lo sabe todo de mí, inclusive acabamos de tener sexo en mi habitación. Usted está en mi casa y no armo lio por eso. Frunce el ceño serio.

—Sabe lo necesario señorita, ya es tarde. Me retiro.

Nos ponemos de pie y otro de mis impulsos locos me domina. Lo tengo frente a mí y deseo sus labios. Me pongo de puntitas para darle un beso. Cogiéndome de la cintura adentra su lengua en mi boca y yo siento que me derriro. Rozar la mía contra la suya me electrifica. Me hace levitar, entre besos y caricias salvajes, su peso cae sobre mí tumbándome al sofá. Me asusto con lo que en mi interior ocurre, lo deseo cada vez más.

—¡Megan, ya llegué!

Melanie llega a casa y al vernos se queda helada. Mikhail se separa de mí y ella en trance me dice:

—Me voy vale, que no quiero interrumpir nada.

—¡No! Espera. —Camino hacia ella y le digo entre dientes—. Luego te explico Mel. —Con un nudo en el estómago los presento—. Melanie, él es Doctor Mikhail

Ivanov, mi jefe. —Miro al ruso nerviosa—. Señor, ella es Melanie, mi hermana.

Estrecha su mano a Mel. Melanie responde picara.

—Usted es el famoso señor hielo, el que hace cantar a Meg en la ducha... Es un placer conocerle.

Me cubro el rostro colorada de la vergüenza. «¡Menuda traicionera!».

Él esboza una ligera sonrisa y replica:

—El placer es mío, Melanie. —Acompaño a Mikhail a la puerta con el corazón a mil. Lo miro a los ojos sonrojada y me pregunta—: ¿Canta en la ducha?

—No le haga caso a mi hermana, le gusta hacerme enojar. Suelta un suspiro. Con ese tono grave y viril replica haciendo que me ponga a mirarlo como una tontita.

—La veo mañana, McMillan. Buenas noches.

—Igual, señor.

Cierro la puerta y me reclino sobre ella. Esto es más fuerte que yo. Veo la mirada traviesa de Melanie y ya sé por dónde va. Sé que me va a preguntar y no sé ya ni que decir, no sé ni lo que siento.

—¿Ya puedo decirle cuñadito? —Me cubro el rostro—. Meg, es guapísimo en persona. Impresiona. —Mira mi albornoz y arquea una ceja pícaro—. ¿Y qué hacías aquí con tu jefe?

Cruzándome de brazos respondo:

—No voy a mentirte, lo invité a pasar. Una cosa llevó a la otra y terminamos teniendo sexo, ¿Contenta? Me acosté con mi jefe y aun no me lo creo.

Pone los ojos como platos.

—¿Y lo dices así? De lo más tranquila.

Camino al sofá y me tumbo liada. «Joder, después de haber follado de nuevo con el ruso no puedo seguir negando lo que mi otra yo ya sabe».

—Melanie...—Se sienta a mi lado.

—Dime Megan, dime algo que ya yo no sepa.

Trago saliva y mis ojos sollozan, «sé lo que siento, sé que es algo más que simple deseo y para él soy solo sexo. Un lado de mi se siente fenomenal, el otro muere de tristeza».

Respirando hondo le respondo:

—Siento que esto se me salió de las manos. Mel, Mikhail Ivanov se me salió de las manos y ya no controlo lo que siento.

—Megan, eres mi hermana. Eres todo lo que tengo y no quiero que sufras. —Toma Coge mis manos—. Tú sientes por él, pero dudo mucho que él sienta por ti.

Suelto una lagrima y sonriendo contesto:

—¿Y crees que eso no lo sé? ¿Qué puedo hacer? Seguir fingiendo que es solo una atracción loca y fatal donde sólo el sexo domina. No Melanie, no creo que eso me funcione en estos momentos.

—¿Qué piensa él del amor?

Ceñuda respondo:

—No hay que ser muy listo para darse cuenta que ese hombre es más duro que una piedra. —Me levanto del sofá—. Descuida, he lidiado con cosas así antes. Mikhail Ivanov no se quedará aquí para siempre, se ira y con él se

ira lo que siento. Te lo prometo.

Camino hasta mi cuarto y al cerrar la puerta me tumbo en la cama. «Joder, su perfume se ha quedado impregnado en mis sábanas. Aun siento en mí cada embestida como si aún estuviera aquí haciendo mi cuerpo suyo. Es peligroso y altamente nocivo para mí esta relación poco convencional. Aún no sé qué es lo que quiere el de mí, además de sexo siento que busca algo más y odio no saber qué».

Miro mi móvil, tengo mensajes sin leer de Aleksandra.

Aleksandra a las 11:56 p.m.

¡Tienes que contarme todo! Has hecho magia.

Megan a las 12:00 a.m.

*Aleksandra, ¿De qué magia hablas?*

Aleksandra a las 12:01 a.m.

*Te doy detalles mañana, te espero en el Starbucks de siempre a las ocho de la mañana. Besos*

Me siento tonta, idiota y estúpida. «¿Joder de qué habla ahora la rusa? ¿Magia? Sea lo que sea tiene algo en común, el ruso con traje».

Miro al suelo para agarrar unas revistas y veo un pañuelo negro. Lo cojo, me lo llevo a la nariz y aspiro ese olor viril y sensual que desprende el perfume del ruso. No puedo evitar desearlo cada vez más. Apago la lámpara,

todo está a oscuras y aún tengo el pañuelo en mi mano. Cierro los ojos y con un sentimiento agrídulce en mi corazón susurro.

—Eres perfecto Mikhail Ivanov, perfecto.

Capítulo 20

## **estocaDa a la arrogancia**

Llego tarde a mi cita con la hermana de Mikhail. Di vueltas en la cama toda la noche pensando en qué demonios estaba refiriéndose a que “Hice magia”.

Entro a la cafetería y la veo al fondo tomándose un café helado. Me siento frente a ella y sonrío curiosa.

—Hola, dijiste que tenías algo que decirme.

— ¿Tanta curiosidad tienes, Megan?

Asiento con la cabeza

—La verdad sí. —Toma un sorbo de café, me mira y entro en desesperación—. ¿A qué te referías con los mensajes que me escribiste?

—Ayer, Mikhail me llamó solo para saber cómo estaba, ¿Sabes desde cuando no muestra un detalle cómo ese? Desde que su esposa murió. Desde que esa mujer murió Mikhail se ha endurecido cada vez más. No le importa nada, ni nadie. No es amable con nadie.

Me quedo confundida, no comprendo que tendría que ver eso conmigo.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

—Sé que ayer saliste con Mikhail, pero estoy segura que pasó algo más.

—Solo me dejó en mi casa, luego se fue.

Se ríe sin creermelo nada y yo no sé cómo hacerle ver que le estoy diciendo la verdad.

—Sí claro, me imagino que se fue después de dos o tres horas.

Me sonrojo, creo que quiero que la tierra me trague.

—No sé de qué hablas, Aleksandra.

Responde pícaro.

—Mira, la más que quiero que Mikhail se lie contigo soy yo. Pero tienes que ser sincera.

Respiro hondo y muerta de la pena respondo:

—Tuve sexo con él en mi casa. —Bajo la mirada—. Si te digo algo, ¿Lo mantienes en secreto? —Asiente con la cabeza—. Siento algo por tu hermano, sé que no debería ser porque es muy distinto a mí pero no sé qué hacer.

Estoy muy confundida, demasiado confundida.

—Megan, en estos momentos y creo que de forma permanente la forma de pensar de Mikhail no es buena, de hecho es horrorosa. Por un lado quiero que estés con Mikhail pero por otro no deseo eso a ninguna mujer. Te hará sufrir Megan, no porque él así lo quiera, es que su vida no ha sido fácil.

—Aleksandra, pienso limitarme a ser solo la asistente de tu hermano. No quiero liarme más con este asunto. Pero no deja de invadir mi mente aún con todos mis esfuerzos porque solo consigo pensar en él más todavía. Sé que me

va hacer sufrir, lo poco que conozco de él me lo confirma. Arquea una ceja suspirando sin muchas opciones.

—Megan, si lo piensas hacer, hazlo ya. Luego se te hará tarde y no podrás hacer nada.

—¿A qué te refieres con que se me hará tarde?

Cruza las piernas y veo que busca la forma de explicarme sin asustarme. ¡Joder en qué lío emocional me he metido! Creo que ni ella misma entiende a su hermano.

—Conozco a Mikhail, él cuando se encapricha con algo no está tranquilo hasta conseguirlo.

—Ya me acosté con él, ¿Qué ese no era su capricho?

—¿Enserio crees que para él tener sexo es suficiente? El sexo mi hermano lo puede conseguir fácil Megan, el no solo va por eso.

—¿Y qué más podría querer?

—Yo no puedo decirte, pero supongo que ya lo iras descubriendo con el pasar del tiempo. Mi hermano es una persona difícil de descifrar.

Me sonrío como idiota, suspiro por un hombre duro como piedra. ¿Cómo su esposa pudo aguantarlo? Megan cómo pudiste enamorarte de tú jefe. Habiendo tantos hombres vine a fijarme en uno que ni siquiera logro entender ni un poquito.

—Descuida, buscaré motivos suficientes para alejarme de él.

—Y de Raisa también, digo solo cógelo como un consejo. Esa mujer no trae nada bueno.

Me levanto de la silla, seguido se pone de pie. La abrazo

despidiéndome de ella, yo aún estoy algo confundida.

—Mañana hay un cóctel, de esos que a mi hermano le gustan. Busca algo mono que ponerte.

—¿Por qué tendría que buscar algo que ponerme?  
Se sonrío divertida.

—Eres la asistente de mi hermano, estoy segura que querrá que vayas con él.

—Yo no quiero ir. Precisamente lo que quiero es alejarme de él.

—Persuade a Mikhail de eso, no creo que te escuche pero al menos el intento es válido.

—Vale, al menos lo intentaré.

Salgo de la cafetería, subo con apuro al coche, miro la hora. ¡Joder voy tarde! Conduzco a la farmacéutica con la conversación de Aleksandra en la mente. Aparco el coche en el primer hueco que veo en el aparcamiento techado de la farmacéutica. Entro al vestíbulo prácticamente corriendo y la recepcionista me detiene.

—¡Señorita McMillan!

Me giro para encararle apurada.

—Dígame

Me da una tarjeta con mi nombre puesto en la farmacéutica y una cinta magnética en la parte posterior de la misma. La miro dos o tres veces ¿Para qué es esta cosa?

—¿Y esto?

—El señor ha mandado a dársela señorita. Con ella tiene acceso a todas las sucursales de la farmacéutica.

Vale, ¿Para qué diablos quiero esto? Apenas he salido de Seattle.

—¿Vale y no sabe el porque me la están dando?

—Normalmente el señor se la provee al personal ejecutivo —Guau, me siento importante excepto por el hecho de que si tengo esta tarjetita es porque tiene en mente sacarme del país—. También al deslizarlas por las puertas aseguradas con magnetismo le da acceso a ellas señorita.

—Vale, gracias.

Subo al ascensor y oprimo el botón para el nivel de presidencia. Los ojos fusiladores no cesan de mirarme. Vale tendré que acostumbrarme a ello. Camino hacia el mostrador y saludo a Emma con amabilidad.

—Buenos días Emma.

—Hola Megan.

Suspiro.

—¿Tengo personas para atender?

Mira la agenda y despreocupada responde.

—Mmm no, hasta las once de la mañana. El señor tiene una reunión con un distribuidor y tienes que estar presente para lo que se ofrezca.

—De acuerdo... Estaré en mi despacho.

Camino desganaada hacia ese espacio donde me esclavizo día tras día. Enciendo el ordenador y rápidamente me llega un correo de John:

DE: John Peterson

PARA: Megan McMillan Agnelli FECHA: 3 de marzo de

2014 9:39 a.m. ASUNTO: Acordes

Megan:

Te escribo para recordarte que tienes que aprenderte los acordes y además de eso necesito que me compongas una pieza para el final del musical. Es algo así como trágico con romance, tú sabrás de eso. Sé que sí. Sé que trabajas en esa farmacéutica y que tal vez esto que te vaya a pedir sea algo egoísta pero me gustaría que compongamos juntos la canción del principio, tengo varias ideas pero tal vez tú me puedas iluminar más.

¿Estaría bien si comenzamos en mi apartamento? Tengo un estudio de música donde estaremos a gusto.

Espero tu respuesta. John Peterson

Aprieto los dientes. ¿Qué hago? ¿En su casa? Vale es un buen amigo y la verdad es que me gustaría componer algo juntos. Pero no sé porque siento que no es correcto que vaya a su casa. Miro un par de veces el correo sin saber qué hacer. Vale Megan, eres buena en buscar soluciones.

DE: Megan McMillan Agnelli

PARA: John Peterson

FECHA: 3 de marzo de 2014 9:43 a.m. ASUNTO:

Disponibilidad

John:

Me encantaría componer esa canción contigo. Solo que veras, tengo el tiempo justo entre la universidad, la farmacéutica y tocar. Aunque me quede sin aliento me busco un espacio para comenzar con ese proyecto.

PD: Me encanta tocar contigo, eres un buen amigo, ya hasta creo que serás pronto el mejor. Megan McMillan Agnelli

Espero haber contestado bien. Me agrada su compañía y su estilo de conversar. Además de ser mi jefe en la producción es un buen amigo y solo eso quiero que sea para no liarme aún más.

DE: John Peterson

PARA: Megan McMillan Agnelli FECHA: 3 de marzo de 2014 9:45 a.m. ASUNTO: De acuerdo

Estoy totalmente de acuerdo. Y para mí además de mi violinista favorita eres una buena amiga.

¡Nos vemos! John Peterson

Creo que en realidad si me hace falta su amistad. Necesito salir, sentirme viva. Ya hasta me voy pareciendo al ruso, que horror. Reviso emails de la farmacéutica y pongo todo en su respectivo orden. Ya me he acostumbrado a

este trabajo aburrido y trato de encontrarle el lado bueno por menos cosas que tenga. Qué raro, el señor hielo no me ha mandado a llamar ni a fusilar por llegar tarde. Abre la puerta sin tocar, dios ¡qué grosera y descortés! Giro sobre el eje de mi silla ejecutiva para encararle. No puede ser que venga a joder tan temprano en la mañana. Se acerca a mi escritorio con ánimo de disputa. Trago saliva, la bruja rusa al parecer viene al ataque y a mí se me va a escapar lo de sinceridad absoluta y corro el riesgo de mandarla al demonio. Aprieto los dientes y me sonrío falsamente.

—Buenos días licenciada Petrova, ¿En qué puedo ayudarle?

Arquea una ceja, me mira fulminante y agresiva. ¿Qué coño le pasa? Quisiera saber que le hice a esta mujer para que sea tan idiota.

—Seré breve y directa Megan McMillan. Aléjese de lo que es mío. No volveré a repetirle la misma advertencia dos veces.

—¿Y que se supone que es suyo licenciada? Ilumíneme no logro entenderla

—Mikhail es mío, aléjate de él antes de que lo haga yo por ti y créeme no te va a gustar. Entre tú y yo hay mucha diferencia, ordinaria. Soy mucho más mujer que una mera hetaira con ropa ejecutiva. Estas mirando muy alto cielo y entre más alto vuelas más dura es la caída. Si me llego a enterar que tu estas enredada con él estas muerta, y no bromeo.

Me reclino en mi ejecutiva. Me sonrío anonadada. ¿Qué se cree? Me quedo en silencio unos minutos viendo lo ridícula e inculta que se ve la tal licenciada. Aprieto los labios y serenamente replico.

—Siento decepcionarla licenciada pero ese hombre, ya me lo he saboreado —Encojo los hombros riendo a carcajadas por dentro con la cara que pone. Se hierve en su propio enojo.

—¿Qué quieres decir? —Pregunta asustada— básicamente que tuve sexo con “tu Mikhail”, y ¿sabe qué? No me da la jodida gana de alejarme de él solo porque a una rusa con ínfulas de gran mujer le parezca.

Se torna colorada del coraje al escuchar la palabra “Sexo”. ¡Jodete! Camina de lado a lado tratando de alivianar el coraje y no parecer ridícula. Ladea y casi a punto de infartar de la ira me dice:

—Aléjese de él porque lo va a lamentar, y bastante maldita zorra. No sabe de lo que soy capaz de hacer cuando algo me estorba.

—Si yo soy zorra usted es una ofrecida sin dignidad. Se nota que le revienta saber que me folló a mí y no a usted. Y si me permite tengo mucho trabajo que hacer y voy retrasada. Salga de mi despacho.

Avanza a la salida cabreada.

—Que conste, en guerra avisada no mueren soldados  
Megan McMillan.

Otra más a la lista de desdichas para Megan McMillan. Si no es una cosa es la otra. ¿Hasta cuándo tendré que

soportar tanto problema junto? Entro a la oficina del ruso. No puedo estar mucho tiempo sin verlo y eso me frustra grandemente. Pongo el seguro disimuladamente, aún no se ha dado cuenta de que he entrado y ya me siento toda mala malota. Dejo las carpetas sobre el diván. El ruido de mis tacones golpeando el suelo lo alertan y su mirada rápidamente se cierne en mi cuerpo.

—¿Porque ha llegado tarde?

Trago saliva.

—Disculpa, es que su hermana me citó de urgencia y tuve que ir a verla.

—¿Y qué hace hablando con mi hermana?

—Somos buenas amigas, ¿acaso le molesta?

Arquea una ceja algo incómodo.

—En absoluto.

—Vale pues le dejó las carpetas, yo me retiro.

Se levanta de su silla ejecutiva y me detiene. Maldición Megan, es que ni tu misma te crees que vas a alejarte de él así tan fácil. Se acerca a mí y mira el escote de mi blusa, bajo la mirada, siento una pena horrible. Megan, no tartamudees, no seas tonta.

—Mírame... —Levanto la mirada cohibida—. Es mía, me pertenece.

—Yo no soy de nadie, estoy donde estoy porque quiero

—respondo algo atemorizada.

—Dije que es mía.

Se aleja de mí sin razón. Vuelve a tornarse frío. ¡Joder no hay quien entienda a este hombre! Trato de comportarme

normal, que no se note mi estado de confusión pero hay veces que creo que con él es imposible.

—¿En qué más puedo ayudarle?

Se sienta en su ejecutiva mirando el ordenador. Mientras escribe unas cartas me responde frío e inexpresivo, como siempre.

—Mañana tengo una reunión de negocios, un cóctel donde estarán mis clientes más importantes. Usted vendrá conmigo a esa reunión.

Palidezco. Joder odio las reuniones y estar toda una noche tomando champaña y saludando gente. Me pongo en negativa. ¡Que no soy tiquismiquis! Y mucho menos quiero ir con él, cuándo lo único que tengo que hacer es alejarme de él lo más posible.

—Disculpe señor pero no iré a ese coctel. No soy de la alta sociedad, me siento fuera de lugar en esos sitios. A veces creo que lo hace para humillarme ante la gente. Además creo que es mejor guardar distancia.

—¿Por qué tendría que hacer eso?

—Porque usted es así, frío, arrogante y pedante. Solo piensa que me necesita.

—¿Cree que por haber tenido sexo conmigo me conoce? Usted no sabe nada de mi señorita McMillan. Sus adjetivos se los puede reservar.

Su mirada se intensifica. No quiero mostrarme aturdida con su frialdad pero la verdad es que me descoloca que sea así. Comienza a dolerme su indiferencia, comienza a afectarme que solo me vea como parte de su agenda de

trabajo.

—No quiero ir y punto. Además tengo otros compromisos.

—¿De qué clase?

Respondo firme.

—No solo trabajo para usted señor. Tengo ensayos de música.

—Pospóngalo. Le pago para que esté a mi lado.

—Para mí éste es un trabajo transitorio. Lo que en verdad me interesa es la música. Para mí lo que tiene prioridad es ese musical, no usted.

—¿Tiene prioridad el musical o John Peterson?

Suspiro por dentro. Tiene celos y eso no sé por qué me hace sentir bien. No puedo permitirme ilusionarme más con él. Pero cada cosa que hace logra que mi corazón se encariñe un poquito más. Es un puto trozo de hielo y yo una estúpida enamorada de él.

—John es un buen amigo, nada más señor. Además no tengo que darle explicaciones. Usted me dejó claro que para usted solo soy sexo, nada más.

—No voy a volver a repetirlo, va a ir conmigo a esa reunión.

No aguanto más la presión de estar frente a un tipo que revuelve mis hormonas y a la misma vez me revienta del coraje. Reteniendo las lágrimas llenas de enojo me trago mi jodido orgullo.

—Vale señor, si insiste iré a la dichosa reunión con usted. Estoy cabreada con él, quiero zafarme del hotel, será lo

mejor. Busco una excusa para obviar esa cita. ¡Es que es un loco enfermo!

—Respecto a la cita en el hotel esta noche, no iré señor. Aprieta los dientes y yo me lío.

—¿Y eso por qué?

—Tuve un pequeño percance con la licenciada Petrova en mi despacho. Dice que usted es suyo, me dijo que me alejara de usted si no quería problemas. ¿Y qué cree? No quiero líos en mi área de trabajo. También es por mí señor, no quiero continuar con nada que no sea el trabajo.

—Raisa está loca, ignore sus amenazas. Además, la follaré en el hotel no en la oficina, así que no tendrá líos aquí.

—He dicho que no deseo tener nada más con usted. Se pone de pie y camina hacia mí. Intento no moverme y no parecer una tonta temblando. Intenta tocarme mis mejillas y evitándolo doy unos pasos hacia atrás.

—¿Por qué me evita?

Con los ojos sollozos respondo con un nudo en la garganta.

—Porque es lo que necesito, evitarlo. Y sí, es cierto que cada vez que está cerca de mi deseo todo lo contrario pero tengo que controlarme a mí misma. Es increíble que usted no se dé cuenta de nada. Es increíble cómo puede tratarme bien unos segundos y luego ser indiferente. Me está haciendo daño, todo esto. Usted me hizo daño al obligarme a estar con usted.

—Creo que la que no ha entendido aquí es usted

McMillan. Usted aceptó.

—No puedo seguir con esta relación extraña señor, quiero una vida. No simplemente noches de sexo y luego por el día estar sola. Quiero algo normal, no lecciones de sexo. Quiero una familia, pienso casarme y tener una vida normal. Búsquese a otra mujer que esté dispuesta a ser su esclava y que solo le importe el sexo. Ni usted ni nadie puede decirme que hacer con mi vida. Podré sentir mil cosas y eso no hará que viva algo que no quiero.

Agarra mí antebrazo y me oprime con más fuerza a su cuerpo. Acerca sus labios a mi rostro. Mi otro yo, me grita que lo bese pero esta vez la razón es quien manda. Pero me equivoqué una vez, no lo haré dos veces.

—No podrá cumplir con eso que se propone McMillan, se lo aseguro.

—No me subestime señor, consigo lo que quiero. Y lo que quiero es alejarme de usted. Lo más posible —Se acerca a mis labios. Se detiene frente a los mismos y siento que me estremezco por dentro—. No lo haga o aténgase a las consecuencias.

Sus besos tienden a ser bruscos y llenos de erotismo. Me da uno de esos y mi razón comienza a flaquear. Trato de resistir- me al beso pero sus labios son hipnotizantes. ¡Me embriaga! Mi felicidad se materializa en sus labios y eso es peligroso. Soy muy enamoradiza y eso me mata. Ese toque frío en ellos me agrada, me hace vibrar. Agarra mis nalgas y calva sus dedos en ellas electrificando mi cuerpo por completo. Este no me ayuda a alejarme, odio desearlo.

Muerde mi labio inferior, sabe que eso me debilita.  
Megan, control. No sabe lo que ha hecho, no sabe y lo va a saber. Elevo una de mis rodillas golpeando sus pelotas y cae al suelo agonizando de dolor. ¿Qué es lo más malo que puede hacerme? ¿Despedirme?

—He dicho que se acabó, advertí que se atuviera a las consecuencias.

—Esto le va a costar McMillan, se lo juro —Amenaza agonizando.

—Me toca si quiero, me besa si quiero y esta vez no quise.

Salgo del despacho y caminando hacia mí despacho me vuelvo un mar de lágrimas. Como quisiera que alguien apareciera en mi vida y me arrancara de raíz a este hombre. Emma me avisa que las personas de la cita del señor han llegado y voy a recibirlos a la sala de juntas. Al rato entra a la sala de juntas Mikhail con muy mal rostro. Se nota que intenta disimular el dolor.

—Licenciado, ella es Megan McMillan, mi asistente personal.

Me mira deslumbrado de pies a cabeza. Le estrecho la mano sonriendo amable.

—Es un placer licenciado, estoy para servirle.

Me mira sonriendo y dice:

—Con todo respeto, es usted muy hermosa señorita. Su novio es muy afortunado si es que tiene.

Me sonrojo y recogiendo el pelo tras mi oreja, respondo en voz baja.

—Soy soltera señor, pero gracias por el halago. Levanto la mirada y el ruso lo mira fulminante. Se mantiene en silencio pero noto que se muere por dentro. Se sienta en la cabecera de la mesa de juntas en cristaleras. Es linda, muy linda para Megan McMillan. Me siento a su lado, abro mi libreta de apuntes para tomar nota de lo más relevante muriendo del nerviosismo. El habla de negocios con el cliente y tomo las notas pertinentes. Cruzo las piernas y me reclino en la silla. Observo que el cliente no quita los ojos del escote de mi blusa y siento una pena horrible. Bajo la mirada y de reojo miro a Mikhail. Está más serio de lo normal. Pobre, le debe de doler todavía su amiguito. Deja de hablar de golpe. Mira a su cliente con esa mirada que amedrenta a cualquiera y aprieta los dientes, con sequedad se dirige al hombre diciendo.

—Licenciado, ¿vino a hablar de negocios o a mirarle los pechos a mi asistente?

El cliente se queda pasmado. Me quedo fría y el aire se puede cortar con un cuchillo. Veo como se sonroja ante el comentario de Mikhail.

—Ella no se ha quejado, es soltera. ¿Qué tiene de malo señor Ivanov?

—Exactamente señor Ivanov, soy soltera... no le veo nada de malo parecerle bonita a un hombre.

Se levanta de la silla y disimulando su enfado responde.

—América Swan continuará con usted. Tengo un asunto que resolver.

Avanza a la salida. Sé que está cabreado y más frío y cortante que nunca. Trago saliva y le sigo hasta su despacho. Cierro la puerta e indiferente dejo la libreta de apuntes sobre su escritorio.

—Aquí están los apuntes de la reunión señor, ha sido estúpido su numerito en en ella. Me retiro.

—Me da igual.

—Ese es su problema. Todo le da igual, nada le parece bien. Todos están por debajo de usted. Lamento decirle que vive en una falacia. No es ni más ni menos que nadie. Se gira para encarar mi rostro. Da unos pasos pausados hacia mí y mirándome con enojo responde:

—Supongo que eso piensa porque no somos del mismo nivel señorita. Y no se me ha olvidado el golpe, se la pienso hacer pagar.

¡Este maldito ruso va a terminar con un par de cardenales en su cara!

—¿A qué se refiere con nivel? ¿Acaso todo lo mira en material? Hay cosas que veo que usted no conoce. Piensa que con sus millones puede comprar el mundo pero la compañía, el respeto, la amistad y el amor no se compran señor Ivanov.

—No necesito ninguna de esas cosas para vivir señorita... eso son ridiculeces.

Mi nivel de enojo sobrepasa los límites. Quiero golpearlo por estúpido y engreído pero tengo que controlarme. Me torno rojiza del enojo y macarra replico.

—No creo que sean ridiculeces señor, el amor no lo es. Ni

siquiera para usted, pero desde luego sé que es una estupidez para usted.

Me mira fulminante.

—Es ridículo lo que dice McMillan.

Respondo decidida a parar su actitud pedante. ¡Me lleva el diablo!

—Si para usted ese sentimiento es ridículo ¿Por qué se casó? ¿Por qué vive ocultando al mundo que alguna vez amó? Ya me cansó su actitud, me cansé de usted. Mi deslumbre por usted no va a estar por encima de mi dignidad.

Pone los ojos como platos palideciendo ante mi osadía. Ay Megan McMillan, otra vez la has vuelto a liar pero extrañamente lo acepto y aguanto.

## Capítulo 21 **Morbo en presiDencia**

Antes de que pueda contestar algo salgo a grandes pasos del despacho. Dónde me meto, ¡dónde! Camino y camino hasta llegar al mostrador del vestíbulo. Ladeo y veo la puerta al fondo, me espera una grande y fuerte. Tarareo para olvidar el nerviosismo que me provoca el haber disparado semejante cosa. Camino a mi despacho. Cierro la puerta y suelto un suspiro. Joder menuda mañanita. Una puerta conecta mi despacho con el de América a un costado y al otro al del ruso. Me siento, no sé cómo en el medio de dos sujetos raros. ¡Son raros! Aún estoy nerviosa. Cuando estoy nerviosa mis manos comienzan a

sudar frío. Vale, vale qué tengo que controlarme. Entra a mi despacho Ethan, el asistente de América. Ese que me cae mal. Brinco del susto y casi se me escapa una de mis frescas.

—¿Qué se te ofrece Ethan?

—América necesita los estados de la semana pasada para ya. Haz algo.

Que pesadito es éste.

—Vale, se los hago llegar en unas horas. Aún me faltan detalles por arreglar. Ah y por cierto, más que tu hago. Yo no ando tomando café todo el día en la cafetería como tú. Haciendo una mueca inmadura, sale de mi despacho. Todas las empleadas derraman la baba por él. No sé por qué pero ese efecto no surge en mí. Busco los dichosos estados y llena de nerviosismo comienzo a hacerlos. Tardo horas en hacer el dichoso papel. ¡Me duelen los ojos! Piensa en trabajo, en mucho trabajo. Miro la puerta que me conecta con el ruso y ya me siento palpar, Megan contrólate. Jamás había sentido esto que corre por mi cuerpo. ¡Quiero dejar de sentirlo ya! Los deseos se me elevan. Saco de mi bolso mi iPod y me pongo los audífonos. Pongo el volumen al máximo e intento concentrarme en mi trabajo. Megan, ¡concéntrate! Pasan las horas y me quedo dormida encima del escritorio dominada por el cansancio. Menudo sueño el que me gasto. Siento sus embestidas dentro de mi vagina

haciendo que todo lo que haga sea gemir como una ninfómana. Mi vagina segrega un líquido, una sustancia que me humedece por completo. Despierto de golpe y lo primero que hago es levantar la falda. Estoy empapada y muero de pena.

—Rayos —susurro ruborizada

—Es normal correrse en sueños húmedos señorita

McMillan

Levanto la mirada rápidamente y al verlo sentado frente a mi escritorio observándome me lleno de vergüenza.

¡Quiero morir! Giño los ojos un par de veces, tengo el pulso a mil, resoplo y tartamuda pregunto.

—Señor Ivanov, ¿qué hace usted ahí sentado?

Arquea una ceja, algo en su semblante ha cambiado. No sé, está diferente. Me gusta cómo me mira es que soy toda sensación.

—No quise arruinarle el sueño caliente.

—Yo... No era un sueño caliente señor.

Me mira con deseo y responde con tono burlón.

—Gemía y pedía cada vez más señorita, pedía que le dieran ¡Fuerte! Dijo.

Me cubro el rostro, más pena no puedo sentir. Me levanto de la silla y nerviosa respondo.

—Fue involuntario señor... además no tengo que darle explicaciones. Ya déjeme en paz.

Se levanta y veo que se acerca a mí. Doy un paso para atrás y él dos para el frente hasta apresarme entre su cuerpo y la pared.

—Me excita imaginar lo que podría haber soñado señorita. Por más que me quiera lejos sabe que no puede controlarse.

Trago saliva. No puede ser que mi jefe me hable de esta forma. Después de lo que le dije en su despacho pensé que solo quería fusilarme. Mira mis labios, rojos, intensos y mordiendo su labio inferior me sujeta de la cintura con fuerza.

—¿Qué estaba soñando?

Me quedo como imbécil tratando de contestar. Lo miro y sus azules se clavan en mis pupilas.

—No tengo que contestarle.

—¿Excitada?

—¿Qué? No señor.

—Deseo tenerla sobre sobre este escritorio con las piernas abiertas para mí y hacerla volar de placer señorita McMillan.

¡Muero! Un calorcito agradable me invade. Me torno roja y acalorada. ¿Dios tan difícil es controlarme?

—Eso no pasará, no sé cómo hacérselo entender.

Besa mis labios y rozando mi lengua con la suya. Toca mis mejillas y por primera vez veo en sus ojos algo más que frialdad. Algo nervioso comenta.

—Megan, quiero mostrarle algo, si después de verlo no te interesa te dejare en paz.

— ¿Qué cosa?

—No le diré, solo ira conmigo.

—Si voy a ese lugar... ¿Me dejara en paz?

Asiente con la cabeza.

—Sí.

—Los planes esta noche han cambiado entonces señorita.

—¿Por qué?

—Ya vera... ya vera

\*\*\*

Me ha traído a un extraño lugar. He accedido a venir solo porque ha prometido luego dejarme en paz. Estamos en una habitación, una muy rara. Es completamente oscura con solo un sofá frente a una pequeña mesa en vidrio. No comprendo absolutamente nada. Mirándola pregunto.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es este lugar señor? —Usted conocerá hoy conocerá un poco más de mí. Me quedo algo consternada. ¿En un lugar así? ¿Tan raro y

extremadamente extraño? Ladeo para encararlo.

—¿Qué tendría que conocer de usted que ya yo no sepa? Arquea una ceja. Parece interesado en mi curiosidad. Con

tono sereno y despreocupado me dice.

—¿Quién te contó de mi esposa?

Uyy maldición si se acordó. Trago saliva y me torno algo

nerviosa. No parece molesto y eso me pone más nerviosa, es impredecible.

—Solo lo sé señor —Se cruza de brazos— ¿Quiere contarme de ella?

—No acostumbro a hablar de ella McMillan —responde No quiero salir peleando en esta conversación. No sigo preguntando sobre la esposa del señor, total ni me debe importar. Aprieto los dientes quedándome en silencio, no sé qué decir y pues es mejor quedarse callada y en silencio.

—¿Hasta qué punto estas dispuesta a llegar?

—¿En qué sentido? —respondo algo desconcertada.

—En el sexo McMillan, hay cosas que quizá te sean fuertes.

—A ninguna señor y si esto tiene que ver con sexo me voy. —Solo será esta noche, una despedida.

Sobre la mesa hay un iPad lo miro y pregunto seria. —¿Y ese iPad para qué es?

—¿En realidad quiere saberlo?

¿Quiero saberlo? En realidad no lo sé. Pero la curiosidad me mata y eso me desespera. Quiero saber y no estaré tranquila hasta saberlo.

—Vale que sí, que quiero saber para qué es.

—Perfecto, entonces ha llegado el momento que conozca uno de mis pasatiempos sexuales señorita.

Agarra el iPad de la mesa de acero y me lo da a sostener.

—¿Y qué hago yo con esto? —Se sonríe, nunca había sonreído como lo ha hecho. Siento que este esconde una estela de cosas que no se si quiera descubrir—. Señor, ¿Qué es esto?

—Antes de entrar aquí le di una braga especial ¿Se la puso?

Asiento con la cabeza.

—No le vi nada de especial.

Toco la pantalla táctil y siento de inmediato una rica y placentera vibración en mi vagina. Este hombre me ha agarrado de estúpida y ya que remedio. Es inevitable no sentir ese placer que necesitaba ya experimentar nuevamente.

—¿Le gusta?

Asiento con la cabeza y tocando la pantalla táctil aparecen frente a nosotros escenas sexuales en vivo. No ya esto es demasiado para mi gusto, no y no.

—¡Qué es esto! Es un pervertido enfermo, es peor de lo que pensé.

Lleva sus manos a mis muslos. Me toca de una forma alucinante. Desvío la mirada muerta de la pena y siento que me he metido con un enfermo sexual.

—Me excita ver a otros y sé que a usted también.

—Está loco, ¡obvio que no! Haz que se vayan. Si hubiera sabido a que veníamos no aceptaba.

—Relájese solo déjese llevar —¡Menudo enfermito! Sube mi falda descubriendo mis muslos. Llega a mi bragas y toca mi vagina aún con la tela de por medio y susurra—. No puede negar que esto le excita y mucho.

No puedo tapar el sol con un dedo. Me excita sentir sus manos frotándome la vagina y ver de reojo como estallan en placer la pareja de extraños. Pero no termina de

gustarme, más bien me incomoda.

—Haz que se vayan —digo entre jadeos

Desabrocha los botones de mi blusa con su otra mano.

Quiero detenerlo pero siento que estoy en una situación en la que solo quiero dejarme llevar. Estoy dividida entre la moral y el placer. Se detiene de abrupto. Estoy ardiente, fogosa y con ganas de más. A la imagen entra otra mujer y se une a la pareja. Las dos mujeres se lamen, mientras el hombre penetra a una de ellas quedo boquiabierta.

—Es un enfermo sexual, es suficiente, ya.

—Le falta mucho por aprender.

— ¿Es idiota? ¡Joder usted se excita viendo a dos mujeres teniendo sexo! Es de enfermos. Haga que se vayan ya hablo en serio —Vuelve a acariciar mi vagina cubierta en los encajes. Dios no puedo seguir negando que esto me gusta pero, joder no puedo creer que detrás de la frialdad de este haya tanta morbosidad.

Detengo sus manos. Detengo sus besos. Lo miro seria y pido enojada.

—Quiero salir de aquí. Sáqueme de aquí señor.

Con el iPad hace que esa especie de vitrina desaparezca.

Me bajo la falda y abotono mi blusa. Cabreada me levanto del asiento y le digo enfurecida:

—Lo quiero lejos de mí. Es un asqueroso, primero me dice que le gusta provocar dolor, luego me dice que le excita ver a otros teniendo sexo y mujeres follando, busque ayuda porque la necesita señor.

Me sujeta de la muñeca y no me deja ir. ¡Maldición!

—Deje su drama, la escuche gemir mientras tenía esas personas ahí en frente.

— ¡Sáqueme de aquí maldita sea!

Estoy cabreada, jodidamente confundida. Jamás pensé que este hombre fuera tan loco. Salimos de ese lugar y conduce mientras yo miro tras la ventanilla. Estoy cruzada de brazos. No quiero ni mirarlo, ladea y al ver mi indigno me dice:

—Es una niñita... Me equivoqué con usted.

—Púdrase, es un enfermo.

—Y usted una tonta.

—Cállese la boca y lléveme a mi casa.

Pone los ojos en blanco y se queda en silencio. Mel me manda un texto al móvil y lo leo llena de enojo:

Mel a las 9:00 p.m.

*“¿Podrías no sé quedarte en casa de Annick? Tengo “visita” y necesito algo de privacidad”.*

¡Maldición! No ahora, no ahora por favor.

Megan a las 9:01 p.m.

*“Melanie, ¿en serio? Vale, ¡al menos cuídate!”.*

Entro en desesperación. Annick debe estar en ocupada con su novio, y realmente no tengo a donde ir. Suelto un suspiro y penosa digo:

—¿Podría dejarme en el hotel de la esquina?

—¿Qué ocurre?

—No puedo ir a mi apartamento señor, y ya deje de preguntar. No le importa.

Sereno replica.

—Eso lo resuelvo señorita McMillan.

Espero a que se dirija al hotel pero veo que lo sigue de

largo. Me confundo y señalo.

—Señor, ha pasado el hotel.

—Lo sé.

—¿Entonces? De la vuelta.

—No es necesario, solo cállese.

Maneja hasta llegar a una torre residencial de lujosos apartamentos. Estaciona el coche en el subterráneo de la torre. Bajo del coche y a mi alrededor solo hay coches lujosos y exclusivos. Lo miro confundida.

—¿Dónde estamos?

—No sea tan curiosa.

Entramos al vestíbulo de la torre, todo es tan lujoso y exclusivo que me siento como una mendiga. Camino tras de él y algo amedrentada. Está en silencio, solo lo sigo. Avanza al ascensor y entramos en el mismo. Saca de su bolsillo una llave plateada y la introduce en una cerradura que tiene las iniciales “PH” ¿a dónde me lleva? El ascensor sube hasta el último piso de la torre, al abrirse las puertas esperaba salir a otro corredor pero nos lleva

directamente a un apartamento hermoso, decoración futurista y paredes en vidrio dando una vista nocturna hermosa de Seattle.

¿Dónde estoy? ¿A dónde me ha traído? Entra al penthouse y se gira para encararme.

—¿Qué? ¿Piensa quedarse toda la noche en el ascensor? Entro tímida al penthouse. Trago saliva y casi ni me muevo.

—¿Dónde estamos señor?

Se acerca a mí, su mirada se cierne en mis ojos y respiro asustada.

—En mi casa.

Me quita el abrigo que traigo puesto. Lo deja sobre el sofá blanco en piel y yo solo quiero dejar de sentir tanto nervio. Me sorprende por la espalda y me susurra al oído.

—Aquí, no soy señor, aquí no soy su jefe.

Todo lo que ha pasado en todo el día y terminar en el penthouse del ruso me hace tiritar. ¡Lo he logrado! Estoy en su casa y no sé qué puede pasar estando a solas con él aquí. Justo cuando me decido olvidarlo hace esto liándome nuevamente.

Capítulo 22

**estaDo Mental, excitaDa y cabreaDa**

—Señor le dije que...

Detiene mis palabras con su dedo índice sobre mis labios.

—Le dije que aquí no soy señor.

Es mi jefe, no podría llamarlo de otra forma y el muy cabezota no lo entiende. Además no debería estar aquí por nada del mundo.

—Es mi jefe señor, soy su empleada. Así debo llamarlo.

Me agarra de la cintura uniéndome a su atlético cuerpo. Aquí voy a temblar. Con esa mirada posesiva y estremecedora me dice:

—Es una orden.

Me suelto de él. Asiento con la cabeza sin remedio. —

Vale señor... Digo, Mikhail.

Me mira esbozando una sonrisa pícaro. Esto no sé da muchas veces, él no se ríe. Joder tiene una sonrisa tan erótica que desearía verlo sonreír todo el tiempo. Arqueo una ceja.

—Vale, llámame entonces Megan o Meg.

Sonríe.

—¿Estás enfadada aún?

Se a lo que se refiere. Joder en realidad sí. Desde que lo conocí todo ha sido confuso y lleno de incógnitas.

—Sí, y no quiero estar aquí. ¿Cómo le hago entender que necesito estar lejos de usted?

—Hay algo en ti que me impide dejarte ir Megan.

—¿Por qué te gusta? ¿Esa morbosidad por qué te gusta? Tira de mi muñeca y se sienta junto a mí en el sofá blanco de piel, de su sala de estar. Su mirada penetra la mía y más que nerviosa estoy desesperada.

—Megan, ¿Qué podría decirte de mí? Si apenas te he mostrado unas cuantas cosas y te has puesto como loca.

—Mikhail, es la única manera en que te podría entender. Asiente con la cabeza.

—Solo si me cuentas luego tú de tu vida.

—Vale.

La frialdad de momento se ha esfumado. No lo reconozco, está más abierto, me gusta más así. No es nada parecido al ruso de la oficina.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no me hablas de tu familia?

—Ya conoces a Aleksandra, es la menor. Mi otra hermana y su marido fallecieron en un accidente.

—Lo siento mucho.

—Fue hace años.

—De mí no hay mucho de qué hablar. Soy lo que ves.

—Lo sé —sonríe.

—¿Por qué no me hablas de tu esposa? —Se torna algo serio. Traga saliva y veo su indecisión—. No tienes que decirme si no quieres

—Se llamaba Irina. Me casé con ella hace cinco años,

hace dos años falleció.

—¿Cómo murió?

Con un nudo en la garganta responde.

—Eso no viene al caso Megan.

Se levanta del sofá. Dando grandes pasos se pierde en el largo corredor hasta entrar a una habitación. ¡Joder la he cagado! ¿Es que no se quedarme callada? Solo puedo quedarme aquí sentada y... No sé qué coño hacer. Cruzo las piernas y trato de no ponerme nerviosa. Después de unos minutos vuelve a salir. Está normal, se ha recompuesto después de mi preguntita. Vuelve a sentarse.

—¿Estás bien? —Asiente con la cabeza—. ¿Por qué no me dijiste antes de llevarme a ese lugar?

—Porque no —responde el muy fresco.

—¿Y para que se supone que me llevaste?

Ceñudo responde:

—Joder no sé cuál es tu espanto Megan. ¿Cuál es el drama? Es como porno en vivo.

—¿Y se supone que eso me deba tranquilizar? Mikhail, ¿jamás había visto algo así y tú reaccionas tan tranquilo?

—No le veo el lío al asunto. Te excitaste, yo también.

¿Cuál es problema?

—Uno, dos, cuatro, cinco, seis...

Maldita sea ni contar me ayuda para aliviar el enojo.

—¿Por qué cuentas Megan? —Me levanto como resorte del sofá cabreada. Camino de lado a lado. No puedo con el enojo pero trato de contenerlo—. Te he preguntado algo Megan.

Me giro y de mí se escapa lo ordinario y grosero.

—Estoy contando porque estoy cabreada. ¡Y cuando estoy cabreada me duele la cabeza!

—Tengo aspirinas en el botiquín.

—¡Uyyy es que a veces me dan ganas de golpearle por gilipollas! —Veo que no me responde y prosigo con mi descarga—. Me cabrea estar en la casa de un tipo al que excita ver gente follando. ¿Jode en qué momento me lie contigo? —Noto que lo que le he dicho lo cabrea. Se levanta del sofá y se acerca a mí. Resoplo enojada—. Y bien, ¿Piensas zurrarme? —Su mirada se intensifica, se mantiene callado y eso me fastidia—. Joder di algo, ¡no soporto que te quedes callado como idiota mientras yo acá estoy que me lleva el diablo! Me mira de pies a cabeza.

—Me excitas Megan.

¿Qué coño? Estoy cabreada y a punto de darle una zurra y me dice que lo excito. Juro que lo hace para verme enojar.

—¿Estoy a punto de explotar de enojo y tú me dices que te excito? ¡Qué te den!

Se acerca a mí y el enojo lo tengo por las nubes.

—Mikhail Ivanov, aléjate de mí porque estoy cabreada y cuando estoy cabreada me puedo volver bruta y entrarte a zurras o volver a golpearle las pelotas.

—Dime algo, ¿Todas las italianas son así de impulsivas?

—Dime algo tú, ¿Todos los rusos son enfermitos sexuales?

Su cercanía me hace vibrar. Me toma de la cintura, me pone contra la pared y me aúpa. Estoy cabreada, no quiero

tocarlo, pero joder lo necesito tanto que me dejo llevar por sus besos.

—Te deseo con locura Megan, quiero poseerte ya, quiero follarte.

Estoy enfurecida pero maldición, sus palabras me derriten. No soporto mucho tiempo estar en volandas y abrazo su cintura con mis piernas. Aflojo su corbata mientras jugueteamos con nuestras lenguas. Siento su pene duro y erecto contra mi vagina y quiero ya que me haga suya, lo deseo.

Avanza por el pasillo conmigo en brazos. Entra a una habitación y una cama extra grande con sábanas blancas tiente la ocasión.

Me siento húmeda, me mira a los ojos y me tumba en la cama.

—Desnúdate.

—No, estoy cabreada.

—¿Te gusta contradecirme?

—No quiero sexo contigo.

Esboza una sonrisa. Me levanta la falda sentándose a mi lado. Tira de los encajes haciéndolos trizas. Tengo mi vagina expuesta a él. ¡Quiero que me toque! Veo que sus dedos rozan mi hendidura y nota que estoy empapada.

Frota mi clítoris con lentitud. Lo hincha mientras besándome me susurra:

—Estas caliente y empapada nena.

Escucho ese nena de sus labios y la excitación aumenta.

Sigue frotándome y mintiéndome a mí misma le digo:

—Mikhail, deja de tocarme si no quieres que me salga el lado macarra y te de un puñetazo.

Mete un dedo en mí, luego otro y suelto un ligero gemido.  
¡Estúpida!

Abro las piernas inconscientemente. Entra y saca los dedos de mí y siento que voy a gritar.

—¿Qué quieres Meg? Estas caliente y húmeda. Tener sexo enojado es aún más excitante, créeme.

Muevo las caderas con ligereza. No contesto, solo siento sus dedos moverse dentro de mí con gran pasión. Lo siento rico, placentero y excitante. Mientras hunde sus dedos en mí frota mi clítoris con suavidad. Mientras, sus ojos azules no dejan de mirarme y pedir con la mirada que gimiera. Siento que hiervo por dentro.

—Megan, te hice una pregunta —Comienzo a jadear y a gemir. No puedo controlarlo. Solo se me escapan de la boca. El deseo termina vencién dome y odián dome a mí misma mascullo.

—Te quiero dentro de mí ya.

Apenas puedo reconocerme. Necesito su pene dentro de mí bombeán dome una y otra vez como aquella vez sobre mi cama. Mi petición le gusta, lo veo en sus ojos. El señor hielo fue a tomar una siesta, frente a mí hay otro hombre. ¿Este es en realidad Mikhail Ivanov? Es más dulce y hasta se podría decir romántico hasta cierto punto. Si es así creo que me enamoro aún más. Se desviste y al verlo desnudo el corazón se me acelera. Su erección es potente, me siento y quitán dome la blusa y el sostén agarro su pene y

su garganta rápidamente suelta un gruñido sexy de esos que me gustan y encienden mi lado morboso. Me encanta ver como se descompone en placer, siento que puedo dominarlo por pequeños momentos. Comienzo a masturbarlo.

—Si sigues haciendo eso no podré darte lo que quiero. Lo suelto y vuelvo a tumbarme en la cama. Afrodita me domina. Solo quiero tenerlo entre mis piernas y sentirlo gemir, frota su erección sobre mi clítoris y sonrío gloriosa. Me arqueo llevando las manos a la almohada y clavando mis uñas en ellas suelto un gemido. Siento que necesito más, cada vez más. Le brillan los ojos al verme desbordada en placer. Y yo solo puedo pedir que siga, que no se detenga. Se coloca un preservativo y me abre penetrándome con dureza. Creo que estoy a punto de tomar el mando en esto. Lo agarro por cintura y tiro de él hacia mi pelvis. Lo siento dentro, expandiendo mi vagina buscando más de él. Acaricio su espalda con posesión deseo y algo serio besa mi labio inferior. Entra y sale de mí con fuerza. Uno... dos... tres... cuatro... pongo los ojos en blanco y quiero que se detenga, pero no también quiero más quiero que me folle duro. Quiero aguantar los gemidos, no quiero parecer ridícula. Pero me llevo una sorpresa y esa me enloquece.

—Gime para mi pequeña —Ese «Pequeña» me hace vibrar. Dejo salir los gemidos.

Y con cada uno que sale, más fuerte embiste. ¡Dios!  
¡Madre mía! Lo necesitaba, necesitaba sentir a mi ruso, lo

amo y eso me lástima un poco. Sera un sentimiento que jamás sabrá, por más que queme por dentro. Mira mi rostro mientras entra y sale de mi sin piedad y besando mis labios con posesión suelta un pequeño gemido ¡Dios este me va a matar con tantas sensaciones juntas! — ¿Mas? —Me pregunta y yo asiento con la cabeza, quiero más, lo quiero todo. No quiero separarme de él. Siento que el rostro me arde. Escuchar el ruido del choque de nuestros cuerpos me activa aún más. Roce con roce, pie contra piel. Lo escucho resoplar, gruñir cada vez que se hunde en mí—. ¿Te gusta nena?

Apenas logro asentir con la cabeza. Se detiene hundiéndose hasta el fondo provocándome dolor un dulce dolor.

—Te hice una pregunta.

—Sí... me gusta mucho —digo entre balbuceos

Tengo que contestarle en palabras. Si no lo hago se enoja y lo de mala leche vuelve a surgir. Reincorpora las embestidas y como soy Megan McMillan y no puedo aguantar mis impulsos agarro sus nalgas y clavo mis uñas en él empujándolo hacia mí. ¡Dios! Son tan firmes y suaves que creo que terminaré enloqueciendo. Con cada embestida siento que me acerco más y más al clímax. Lo he tocado como he querido. Lo he besado hasta el cansancio y no me lo ha impedido. Me toca los pechos y acariciándolos pide.

—Acércalos

Tomo mis pechos, los uno con mis manos y los acerco a

su boca. Los chupa con deleite, con deseo. Su lengua humedecida me estremece los sentidos. Se me endurecen y los muerde. ¡Creo que me va a dar algo! Se desata la morbosidad que hay oculta en mí y me siento capaz de cualquier cosa.

Doy un pequeño azote en sus nalgas y como reacción se hunde en mí quedándose un segundo inmóvil en mi vagina. Mi carne arde, mi vagina vibra y siento que quiero gritar. Recorro su espalda con mis manos y la siento húmeda, suda igual que yo. El calor nos invade y lo siento temblar. No es posible que me enamore más y más. Muerde mis pezones y los suelta. Me besa lascivo y brusco. Sus labios los puedo sentir vibrar y su cuerpo estremecerse. El deseo y el placer me invade, los espasmos me poseen y dejo salir un grito.

—¡Dios!

Me arqueo tensándome por completo liberando un glorioso orgasmo y él alcanza su clímax y se desploma sobre mi extasiado. Lo abrazo y beso su cuello. Quiero que nos quedemos así, inmóviles. El dentro de mi sin moverse y yo enredando mis dedos en su cabello.

Recuesta su cabeza en mis pechos y su lengua los acaricia suavemente. Entrelazo mis piernas con las suyas. Respiro como si hubiera estado horas sin parar. Jadeo, jadeo y solo puedo jadear. No quiero que se mueva pero se tumba a mi lado. Se pone de pie y entra directo al baño. Escucho la ducha. Dios quiero correr a ese baño y ducharme con él. Megan, ¡Controla las hormonas! Me cubro con la

sabana y no puede ser que nuevamente he caído y he tenido sexo con él. Este ruso me enamora y me odio por no poder controlarlo. Sale del baño y al verlo desnudo, su cuerpo, su piel, su pene, sus nalgas, todo él me excita. Se vuelve a tornar algo frío. Es desesperante. ¡Me bulle!

—Podrás quedarte en esta habitación hasta mañana —

Miro su cuerpo y atontada miro su pene, Megan

¡Concéntrate!— Megan te estoy hablando.

—Eh, lo siento. Me distraje, vale me quedo aquí. Busca en el armario y saca una camisa de mangas largas de lana, muy caliente.

—Toma, con eso podrás cubrirte hasta mañana. Me voy a dormir.

Pienso que lo hará a mi lado pero no. Avanza a la puerta y antes de que cierre pregunto:

—¿Por qué no te quedas conmigo?

— Porque no.

—¿Por qué?

Se cabrea con mi insistencia. Yo me cabreo más con su negativa. Lo he pillado con la pregunta y no me contesta. Solo se despide.

—Buenas Noches Megan.

Le lanzo una almohada con enojo.

—¡Eres un tonto! Estas bien y luego estas mal. ¿No puedes funcionar como la gente normal?

—No, descansa.

Como soy Megan McMillan y odio que me contradigan y me manejen bajo de la cama. Me quito la camisa que me

ha dado y cojo mi ropa del suelo. Comienzo a vestirme con el demonio ardiendo.

—¿Qué haces Meg?

—¿Meg? ¡Qué te den! Me voy a un hotel.

Intento salir de la habitación pero me impide la salida.

—Mikhail, quítate del medio si no quieres unos puñetazos.

—¿Serías capaz de pegarle a tu jefe?

¡Maldito presumido!

—Mikhail, estoy enojada y cuando estoy enojada cosas malas pueden pasar. ¡Quítate del medio!

Se agacha para poder besarme posesivo como siempre.

Intento no corresponderle pero su lengua dentro de mi boca me hace sucumbirme ante él. Otra vez en sus brazos.

Otra vez en su boca y no puedo más que disfrutarlo.

—Me excita verte enojada.

—Eres un loco estúpido.

Cierra la puerta y me eleva en sus brazos cargándome hasta la cama. Me tumba en ella y se sienta a mi lado.

—He dicho que no iras a ningún lado.

—Tú no me mandas, puedo hacer lo que me dé la puñetera gana.

Curva la comisura de sus labios. Me toca los muslos y esa mirada que me prende se clava en mí.

—Eres una arisca pequeña.

—Y tu un trozo de hielo narcisista, arrogante y gilipollas

—se ríe y me enoja—. ¿De qué coño te ríes?

—Solo pensaba..., tantas mujeres que hay dispuestas a

obedecer lo que yo quiera y la que deseo es una malcriada.

Ceñuda respondo:

—Solo me usas.

—No te uso.

Aquí vienen mis preguntas y antes de poder aguantar, de la boca se me escapa una imprudencia.

—¿Qué era ese lugar?

—Un lugar donde el placer y el morbo son los elementos principales —bajo la mirada, no sé qué decir. Ver aquello me ha liado la cabeza—. Sé que ver eso te causó preguntas confusas.

—¿Podrías contestarme solo una cosa?

Me mira a los ojos y responde neutral.

—Lo que quieras, excepto sobre mi pasado.

Y dale con el misterio.

—¿Cuál fue tu intención? ¿Para qué me has llevado a ese lugar?

Sus ojos se oscurecen. Vuelvo a pillarlo con la pregunta. Creo que no sabe cómo responder. Aprieta los dientes y resoplando responde.

—Todo a su tiempo, no seas tan curiosa.

Pongo los ojos en blanco. Rendida me meto entre las sábanas. Le doy la espalda y algo cabreada le digo:

—Tengo sueño, buenas noches...

Siento que la cama se mueve. Miro de reajo y veo que se ha levantado. Apaga la luz y me recojo en quedando como una bolita. La habitación es fría, tengo mucho frío.

La cama vuelve a moverse. Me giro y lo veo a mi lado.

—¿Qué haces?

Besándome los labios responde en susurros:

—Intentare pasar la noche pequeña —El corazón se me pone a mil, ¡Mikhail Ivanov dormirá a mi lado!

Tartamuda respondo—. Solo duerme, descansa. Yo estaré bien

Cierro los ojos y mi interior da brinquitos. Comienza a cambiar, comienza a ser otro.

## Capítulo 23

### **cóctel y ¿algo Más?**

Unos ruidos me levantan, son balbuceos. Miro el reloj, apenas son las cuatro de la mañana. Me giro. Mikhail está moviéndose de lado a lado balbuceando en ruso. No entiendo nada de lo que dice. Me acerco a él y lo toco. Está sudando y repite lo mismo una y otra vez. Puedo sentir una lágrima que se escapa de sus ojos. Lo acaricio e intento levantarlo. Aún sigue dormido atormentado por ese mal sueño. Beso su cabeza y un profundo amor por él me arropa. No pienso si está mal o está bien, solo sé que dormido puedo decirle algo así.

—Mi amor, todo está bien. Estoy contigo. Solo es un mal sueño.

Despierta violentamente y enciende la lámpara de la mesita de noche. Me ve a su lado y seco me dice algo confuso.

—¿Qué haces sobre mi Megan?

—Me despertaste. Balbuceabas cosas.

—¿Qué cosas? —pregunta frío.

—No lo sé, hablabas en ruso.

Se levanta de la cama. Avanza a la salida sin decir nada más.

—Es estúpido que lo intente.

—No ha pasado nada, de verdad.

—Vale, duérmete nuevamente.

—¿A dónde vas?

—Asunto mío.

Me encabrita su puñetera actitud. ¿Por qué no puede solo dejar su frialdad a un lado?

—Solo fue un mal sueño, todos tenemos.

—¡Maldición he dicho que te duermas! No me contradigas y haz lo que te digo.

Cierra la puerta bruscamente. No puedo evitar llorar de lo pasmada que me ha dejado. Trago saliva y vuelvo a acostarme en la cama. Solo quiero poder entenderlo. Pero lo veo cada vez más difícil. No sé qué pasa conmigo, jamás he aguantado tanto de un hombre y de repente Mikhail hace que sea una tonta que solo puede claudicar a lo que él quiere. Es de día, miro el reloj. Son las nueve de la mañana y estoy aún aquí. Me pongo en pie rápidamente. Entro al baño y busco en el neceser algún

cepillo de dientes sin usar en sus cajones. Agarro uno y me cepillo los dientes con prisa. Me enjuago la boca y seguido me visto con mi ropa, recojo mis tacones y me los pongo. Tomo mi bolso y salgo de la habitación. Avanzo en zancadas a la sala de estar y cojo mi abrigo. Está sentado en el balcón de su penthouse leyendo un periódico. Ha notado mi presencia y me dice sin mirarme a la cara:

—Megan.

Me giro y con un enfado interno camino hacia él aguantando mis freccas.

—Ya me voy señor.

Me mira y responde ceñudo.

—Dije algo sobre las formalidades.

—¿Qué quiere?

—Siéntate —Me siento en una linda silla de madera a su lado. Mi curiosidad no se hace esperar y pregunto.

—¿Qué le ocurrió? ¿Por qué despertó como lo hizo?

—Asunto mío.

¡Gilipollas cabezón!

—Vale, entonces no me haga perder el tiempo. Ya me voy.

Su frialdad vuelve a la carga. No es el mismo con el que tuve sexo en la noche. Me mira a los ojos. Tan intimidantes que creo que no podré verlos mucho tiempo. Aprieta los dientes y comenta.

—Megan, cuando desperté alcancé a escuchar algo.

Trago saliva.

—¿Qué escuchaste?

Suelta un respiro mosqueado.

—Me llamaste “Mi amor”.

Maldición, yo y mi boca que no logra enrollarse para no decir nada inapropiado. Megan, torpe Megan. ¡No puedes esconder ya lo que sientes!

—Tal vez lo imaginaste.

—Megan, no trates de verme la cara de estúpido porque eso me hierve.

—Vale, lo dije. Es solo una expresión. Lo que me frustra es ver como usted es tan ciego para muchas cosas. ¿No se da cuenta? ¿Acaso no se da cuenta que comienzo a sentir por usted?

Seco responde.

—Quiero que te quede claro una cosa Megan. Si hay algo que no voy a permitir entre los dos son sentimientos. Más allá del sexo no habrá más nada. ¿Entendido?

Sus palabras me hieren en cierto modo. Me he venido a enamorar de un trozo de hielo. ¿En qué lío me he ido a meter? Lo que veía venir ya ha llegado. Comienzo a romperme en pequeños pedacitos y yo tengo que fingir que no me duele en lo absoluto. Lo miro y respondo solloza.

—No te preocupes. Si alguien quiere mantener así las cosas soy yo. No deseo nada más.

Me mira con sequedad.

—Bien, me alivia escuchar eso.

Me levanto de la silla.

—Vale, ya las cosas han quedado claras entre tú y yo. Ya le he dicho que esta no es mi idea de vida. No quiero, no quiero nada con usted. Me podría ayudar si solo te mantienes alejado.

—Esto no será por mucho.

¡Maldición ya me afectó el corazón! ¿Qué acaso no se da cuenta? Lo quiero y necesito. Ha hecho que no tenga más que ojos para él y me lástima ver que solo tengo de él sexo. No ve nada más en mí que un polvo cada vez que se le antoja.

—Tengo que irme. Tengo una reunión.

—Es sábado —responde serio

—Mikhail, tengo otro trabajo por si no recuerdas. Además, quiero irme, no me hace bien estar aquí.

—Con John Peterson —dice sarcástico.

—Ese tonito tuyo me lo vas quitando. No soy nada tuyo, no eres nada mío eso me ha quedado claro. Tengo derecho hacer lo que quiera. Eres más que mi jefe y hoy no estoy en horas de trabajo —Veo que mi respuesta lo enoja y se pone de pie poniéndome contra la pared. Se agacha para besar mis labios. Antes de rendirme en ellos lo empujo y digo—. Voy tarde, tengo que irme.

Ojalá si tuviera esa reunión. En realidad solo quiero escapar de las garras del hombre que me hace vibrar. Es un insensible y quiero odiarlo pero ahora solo mi cuerpo lo desea. Más que desearlo lo quiere, más que sexo quiere una fantasía de vida que jamás pasara.

—Te acompaño.

—No gracias, según tu soy una violinista de quinta. No, eso no se me ha olvidado, voy a tratar temas de violinistas de quinta y no te incumben.

—Eres una rencorosa.

Entro a la sala de estar y me viene algo a la mente. América, el jodido continente. Achinando los ojos pregunto con unos celos que no logro controlar.

—Dime algo, ¿Tuviste algo con América?

Se sonrío.

—¿A qué se debe la pregunta?

—¡Joder tú solo contesta!

—Tuve sexo con ella una vez. Hace tiempo.

Me caliento y el enfado me invade.

—¡Y hasta ahora me lo dices!

Dice que sí con la cabeza. Quiero romperle el jarrón de agua que hay sobre la isla de la cocina pero me controlo.

Megan, control... respira... solo contrólate.

—¿No tienes tal reunión cierto?

—Eso no te incumbe. No quiero estar más aquí.

En zancadas se acerca hacia mí. Me eleva en sus brazos y enrosco mis piernas en su cintura sin pensarlo. ¿Por qué no puedo alejarlo de mí? Besa mis labios con esa posesión que me enamora y logra esfumar mi enojo. Agarra mis nalgas y clavando las uñas en mí carne me dice con la voz extasiada:

—Te deseo como un loco, quiero estar dentro de ti ya.

—Dije que me voy Mikhail, solo buscas usarme como tu juguete. Suéltame.

Me pone contra él y la pared del corredor y siento que todo se me revuelve. Calor, ardor y ganas de sentir su piel frotar la mía me invade.

—¿Quieres que te folle? Sí, eso quieres.

Siento su pene rígido oprimido en mi sexo y asiento con la cabeza temblando. Es que soy una jodida blanda. Azota mis nalgas y yo gimo. Afrodita habla por mí y ya imagino su dureza saqueando mi interior.

—Te odio.

Muerde mi labio inferior y dando bandazos me lleva de nuevo al cuarto donde pasé la noche. Me tumba en la cama. ¡Oh sí!, estoy húmeda y siento retumbos en mi vagina. Lo veo ponerse el preservativo y baja mis bragas besando mi o el con deleite. Me quito el vestido que traigo y con él mismo el sostén. Me penetra de un empujón y vuelvo a caer en el placer y la lujuria. Uno... dos... cuatro... ocho... Sus embestidas me despiertan cada vez más el deseo. Sus ojos se ciernen en mi cuerpo y mientras sale y entra de mi vagina acaricia mi cuerpo con posesión.

—¿Más?

—Sí —respondo excitada.

Me penetra hasta el fondo de una manera alucinante. Siento espasmos en mi vagina, ¡quiero más! Muevo mis caderas en vaivén al ritmo de las embestidas. ¡Madre mía! Esto es lo que necesito, lo necesito a él. Se acerca a mis labios mordiéndolos mientras me agarra de las caderas. Por un momento solo quiero que me posea y sea solo él

quien intente domarme. Me odio por no poder controlar mis deseos de tener sexo con él cuando lo tengo enfrente. Me agarra de la cintura y me aúpa poniéndose en pie. ¡Dios! Abrazo sus caderas con mis piernas. Su pene me taladra hasta tocar mi útero. Clavando mis uñas en su carne hago un ligero gesto de dolor pero no me importa. Me penetra de pie y al lado hay un espejo de cuerpo completo. Me encanta verme siendo penetrada por Mikhail. El morbo se apodera de mi cuerpo y ver como se sacude con cada embestida aumenta el placer. Escucho sus resoplidos en mi oreja. Me agarro de su cuello y lo miro a sus azules intensos. Él se pierde en mis ocre y por un momento siento que logro conectarme con el más allá del sexo.

Su mirada se llena de suavidad y dulzura por breves segundos. Me da cachetes en las nalgas y gimo como loca ninfómana. Me corro y seguido por un gruñido también se corre él. Sale de mí y se agacha para poderme poner en pie. Soy una hormiga a su lado y eso me intimida a momentos. El enfado me vuelve enseguida. Me pongo la braga y el vestido. El tira el preservativo y me mira hastiado.

—¿Ahora qué Megan?

Derramo una lágrima enojada conmigo misma por ser tan blanda. Respondo con un nudo en la garganta:

—Estoy cabreada contigo y será mejor que no me hables si no quieres que me salga lo grosero y te mande a paseo.

—¿Por qué estas enojada? ¿Por qué lloras?

—No te importa porque lloro, lloro porque quiero.

Se sonrío burlón y eso me escuece por dentro.

—Me encanta tu forma de ser, me encantan las italianas.

—Uy cállate porque te juro que te parto en dos.

Ceñudo responde:

—Aún soy su jefe Meg.

—¿Jefe? Para lo que le conviene soy su empleada. Para follarme cuando se le antoje no lo es.

Caigo enojada en la cama. Me cubro el rostro y por unos momentos solo tengo deseos de llorar. Odio mi vida, odio lo que siento por este maldito idiota, odio no poder hacer nada. Llora estúpidamente frente a él. Se desconcierta y su actitud fría parece esfumarse. Se sienta a mi lado y sin saber que hacer pregunta:

—¿Por qué lloras? No lo vuelvo a preguntar.

—Porque soy una imbécil que piensa que el amor y la felicidad existe. Porque el estar aquí contigo es lo más estúpido que pude haber hecho después de ser tan idiota de no darme cuenta que tuve un novio homosexual por tres años. Tú eres el error más grande que he cometido en mi vida, el más grande Mikhail.

Intenta rozar sus nudillos en mi rostro pero lo evado. Seco mis lágrimas y me siento como una mera tonta.

—¿Crees que es estúpido estar aquí conmigo?

Ladeo para encararlo y trago saliva.

—Es estúpido haber entrado en su vida, es estúpido seguir aquí.

Me levanto de la cama y salgo de ese penthouse como

alma que lleva el diablo. Intenta detenerme pero esta vez no lo logra. Estoy en la avenida y rápidamente cojo un taxi. Mi móvil suena, veo el identificador de llamadas ¡Es mamá! Cojo la llamada solloza y emocionada. Hace mucho que no se de ella.

—¿Cómo esta mamá? Me alegra que me llames.

—¿Cómo estas nena?

—Bien, estoy bien mamá —La escucho soltar un respiro de alivio—. ¿Cómo está la abuela?

—Pues ahí la lleva, he conseguido un trabajo y puedo mantenernos a las dos.

—Me alegra escuchar eso, nunca dudé de tu inteligencia y audacia.

Aprieto los dientes y mi lengua se suelta:

—Sé que abuela te necesita y eso pero... Joder estoy más sola que nunca y te necesito mamá. Hay veces en las que necesito tenerte cerca.

—¡Ay mi amor!, yo también quiero verte. A ti y a la gruñona de Melanie. Haré lo posible por darme una vuelta por allí —Mirando tras la ventana me quedo en silencio

—. ¿Y cómo vas en la facultad?

Maldición. Facultad es igual a farmacia y farmacia es igual a Mikhail. ¡Odio la farmacia! Odio las jodidas pildoritas.

—Supongo que bien, en seis meses me gradúo.

Chilla de la alegría.

—¡Pronto tendré una doctora en farmacia!

Curvo la comisura de mis labios no muy emocionada.

—¿Vendrás al menos para la graduación?

Escucho un resoplo de la otra línea.

—Haré lo posible.

Bajo la mirada.

—Mamá...

—Dime nena.

Respondo con un nudo en la garganta:

—Hace más de un año que no te veo, Melanie está cabreada y que echa chispas contigo.

Ríe desanimada.

—Es la gruñona de las dos. Meg, quiero que sepas que tú y Mel son lo más importante para mí. Que a pesar que nunca me ha gustado vivir fuera de Europa lo hice por ustedes y por su bienestar. Pero hay cosas aquí que tengo que resolver antes.

Pongo los ojos en blanco con frustración.

—¡Entonces regresa!

—Tengo que colgar tesoro. Luego hablamos. Cuídate.

No me deja decir ni mu y cuelga. Bajo del taxi y corro al vestíbulo del edificio. Entro al ascensor y marco el número de mi piso. Me urge una ducha y olvidarme del mundo. No me importa si esta sigue con su «visita» quiero entrar a mi casa y maldecir una y otra vez a Mikhail Ivanov. Abro la puerta y Mel está con cara de mala leche en el sofá. Otro lio más, increíble.

—O quitas esa cara de mala leche que traes o te juro que te voy a dar un puñetazo que vas a escupir los dientes Melanie McMillan.

Se queda boquiabierta y con cara de susto.

—¿Qué coño tienes? ¿Por qué me hablas así?

Resoplo y camino de lado a lado tirando el bolso al diván.

¡Quiero gritar! ¿Cómo es posible que me deje llevar así?

¿Qué me tenga cuando quiera y como quiera? Quiero odiar al maldito ruso y mandarlo en un vuelo ida y no vuelta a Rusia.

—¿¡Te divertiste mucho anoche!?

Cabizbaja responde:

—No pude Meg, pensé que estaba lista pero no pude.

La mato, juro que la mato. Tanto lio para luego arrepentirse. Creo que Dios se ha olvidado de mí y lo único que cargo en la vida son problemas.

—¿Me estás diciendo que me pediste pasar la noche no sé dónde y tú no hiciste nada de nada?

Asiente con la cabeza y yo solo quiero estrangularla.

—Discúlpame, ¡no pude!

Ceñuda respondo:

—A la próxima te vas a un puñetero hotel. ¡Pasé una noche horrible! Para variar terminé en el penthouse de mi jefe, ¡ah! que por cierto. Es un enfermo sexual. Pero vale eso no viene al caso. Mientras tú estabas aquí yo estaba allí maldiciendo y luego ¿sabes qué? —Me hace un gesto con la cabeza para que continúe—. ¡Luego terminé teniendo sexo con él! —Se ríe y eso me prende. Me bulle la sangre y trato de controlarme—. Te vuelves a reír y te juro que vas a ir al campus con un ojo morado.

—Vale, perdón —Se torna seria.

Aguanto las ganas de gritar que traigo y continuo:

—El ruso después de obtener lo que busca en mí se vuelve frío y hermético. Me enferma no poder hacer nada por controlarme y negarme. Cada vez que creo que puedo contenerme y negarme con tan solo estar cerca de mí me desarma.

Suelto una puñetera lágrima. Avanzo a la cocina. Abro el frigorífico y saco la jarra con limonada, la pongo sobre la isla de la cocina y me siento en un taburete.

—Meg, eso es amor. Estas enamorada de tu jefe y tu «Macarra» con él se debilita. Pero deberías no se... hacerte a de- sear más. Hazte la difícil con él.

—¿Sabes lo que más me arde de la situación? Él lo sabe todo de mi vida y yo prácticamente nada.

Se acerca a mí con ese plan de mimos y cosas y eso no me va.

—Melanie no vengas con tus cursilerías.

Se sonríe.

—¿Por qué no intentas moverle montañas igual que ha hecho contigo?

—¿Al ruso? ¡Ay por favor! Ese solo puede tener dos puñeteras cosas en la cabeza: sexo y su farmacéutica — Tomo un poco de limonada—. Vale, me voy al cuarto a repasar unos acordes. Si suena el móvil o el teléfono de la casa y es el ruso ignoras la llamada.

—¿Pero cuál es tu problema? Te has acostado con él, te ha llevado a su penthouse ¿Que más quieres?

Desde el cuarto le grito:

—¡Eso lo suelen hacer las cualesquiera! Ese es el problema  
—Azotó la puerta del cuarto.

Me siento en la cama y respiro con enojo. Después de lo de Julián me di un puñetazo contra una pared despertando a la realidad. Me conozco y por este imbécil sería capaz de cualquier cosa si me permito que esto siga creciendo. Suelto un suspiro y cojo mi violín del estuche. Busco los acordes del musical. Me suena el móvil. Un mensaje llega, esto ya está saliéndose de los límites.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 30 de abril de 2014 11:39 a.m. ASUNTO:  
Reunión pendiente

Meg,

por si se te olvidó, tienes un cóctel conmigo en la tarde.  
Te quiero arreglada para las tres.

PD: Pasaré por usted y no quiero peros...

Mikhail Ivanov.

Este ruso sí que tiene pantalones. Sabe que estoy jodidamente cabreada y él exigiendo que vaya al puñetero cóctel. Pero respira Megan, es tu trabajo. Solo vístete de paciencia.

DE: Megan McMillan

FECHA: 30 de abril de 2014 11:40 a.m. ASUNTO:  
Mejores cosas que hacer. Señor Ivanov,

Como dice el asunto, tengo mejores cosas para hacer que ir a un cóctel con usted. Si voy es porque es mi trabajo y no tengo opción.

PD: ¿Por qué no invitas a América? Esa seguro se apunta.  
Megan McMillan.

Dejo el violín a un lado y vuelvo a sentir que la sangre me bulle. Creo que voy a morir joven con tantos enfados.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 30 de abril de 2014 11:41 .a.m. ASUNTO: Eres hermosa.

Meg,

te recogeré a las tres de la tarde. No se diga más.

PD: No quiero ir con América, quiero ir con mi asistente.

Ah y como dice el asunto. Eres hermosa.

Mikhail Ivanov.

Siento un ejército de mariposas invadir mi estómago. Este hombre con unas putas palabras y mimos me hace caer redondita. Me levanto de la cama. Busco en mi armario algo que ponerme. Siento mi estómago encogerse de los nervios. Quiero negarme a ir al puñetero cóctel pero antes que todo es mi jefe. Aún me da tiempo para tocar un poco. Repaso los acordes y por un momento me sucumbo a lo que me gusta, tocar el violín con el arco. Estoy alrededor de una hora tocando cuando decido dejar el

violín a un lado. Suelto un suspiro y miro el reloj. La una de la tarde y aún no me inmutado en arreglarme. Camino desganada hacia el baño a darme una ducha. Me quito el vestido y me quedo en ropa interior. Dejo caer el sostén, luego las bragas. Me meto a la ducha y dejo correr el chorro por mi cuerpo. Cierro los ojos y a mi mente viene Mikhail. No puede ser posible que me siga a todos lados su erotismo. Mis manos toman vida propia, acarician mi cuerpo como lo hace él. Son inconscientes y suelto unos ligeros gemidos. Una mano baja a mi monte de venus, la otra acaricia mis pechos, mis pezones se endurecen y el calor comienza a invadirme. Quiero tocarme, tengo la extraña necesidad de sentirme viva. Mis dedos se cuelan por la hendidura de mi sexo y al sentir mi humedad, mi excitación siento que mi corazón palpita más de lo que debería.

Acercó mis dedos a mi clítoris y froto, froto y vuelvo a frotar. ¡Dios! No puedo detener mis dedos. Cada vez deseo más. Imagino que es él quien me toca. Estoy receptiva, empapada y a punto de soltar un gemido estremecedor. Tiro de mi clítoris con suavidad, me arqueo y jadeo llena de placer. Disfruto de un delicioso y placentero orgasmo. Estoy caliente, empapada y con el corazón bailando salsa con pasos de merengue. Salgo en toalla del baño. Busco unas bragas negras en encajes. Me las pongo. Cojo un vestido negro a medio regazo con un escote hasta el ombligo. ¡Guau me veo a matar! Me subo

a unos tacones color crema y camino al espejo de cuerpo completo. Me miro y curvo mi comisura. Vamos hacer sufrir al ruso. Me dejo el cabello suelto en cascada y me maquillo lo más sencilla posible. Excepto por los labios, esos van rojos. Miro el reloj. Las tres menos diez. Tomo mi bolso y avanzo a la cocina. Me echo a la boca unas mentas. Tocaban la puerta. Melanie va abrirla. Ese acento ruso me hace levitar. Me excita, me pone a mil. Melanie lo invita a pasar. Su cara es un poema, no se lo esperaba.

—¿Cómo estas Melanie?

—¿Bien y usted?

—Bien gracias

Se acerca a mí. Sus ojos se oscurecen al verme. Me mira

de pies a cabeza. Siento el deseo en su mirada. Me come con los ojos.

—Estas hermosa.

Trago saliva, ¡Megan no tartamudees!

—Gracias.

Me clava sus ojos en mis pechos y acercándose a mí susurra.

—Estas para comerte Megan.

¡Me quiero morir!

Capítulo 24

## De vino muchas copas

Conduce y aún me siento sonrojada por mi comentario. No quiero moverme ni mirarlo ni nada porque soy capaz de lanzarme a sus labios y ya va siendo hora que me controle por más que me encante. Joder soy una imbécil. ¡Acuérdate estás cabreada con Mikhail! Rompo el hielo odiando tanto silencio.

—¿Quiénes estarán en ese coctel?

Curva la comisura.

—Gente importante.

—Vale, entonces yo no sé qué voy hacer allí.

—¿No te consideras importante?

Encojo los hombros.

—¿Lo soy? —Su mandíbula se tensa. Veo que quisiera

responderme la pregunta pero no lo hace—. Vale, ya me ha contestado su silencio.

—Eres importante Meg, eres una italiana única. Eres más importante de lo que crees.

Ladeo para mirarlo y ver su reacción.

—Define importante...

Mi pregunta lo pilla por sorpresa. Responde rápidamente algo nervioso.

—Es una asistente muy eficaz en su trabajo. Te desempe-

ñas bien en lo que haces. Aunque siempre llegas tarde y eres poco educada tienes otras cualidades que he notado en ti.

Me descompongo y trago saliva. Esperaba otra respuesta. Me hacía falta escuchar otra cosa. ¿Megan para que te haces ilusiones con él?

—Vale, ya entendí. —Me sonrío muriéndome de tristeza por dentro.

Suena su móvil y sale una palabra en ruso en el identificador de llamadas. Alcanzo a leerla, de algo me han servido los cursos intensivos de ruso.

—América te está llamando, ¿no piensas contestar? —Los celos me invaden, maldita bruja. Ahora que sé que ha tenido sexo con ella me bulle saber que lo busca.

—¿Entiendes lo que dice?

—Solo leído, y apenas no lo entiendo mucho —deja el móvil sonar—. ¿Porque no atiendes el teléfono?

—¿Ahora pretendes darme ordenes? —Se cabrea.

—Discúlpame, no fue mi intención entrometerme. Hay veces en las que se me olvida mi lugar en todo esto.

Me cruzo de brazos. Vuelve señor hielo. Me mantengo en silencio, no le hablo. Parece que le molesto. Quiero gritarle tantas cosas, es tan gélido, hermético e indiferente que no sé cómo coño he terminado liándome con él.

—¿América ira al cóctel? —dice que sí con la cabeza y yo me envalentono. Cuento del uno al cuarenta y cinco y no me funciona. Le digo—. No quiero ir a ese cóctel.

Mikhail, llévame a mi casa. No me siento bien.

—¿Y ahora por qué? —Pregunta gélido.

—Esos sitios no son para mí. ¿No lo entiendes? Solo soy una mera asistente y no encuentro la importancia de que este ahí.

—Eres mi asistente, y quiero que estés presente.

Su respuesta me encoge el estómago. Dentro de mí hay guerra interna y apretando los dientes fuertemente susurro. —América es mejor compañía que yo.

Detiene violentamente el coche, me asusto. Su reacción es de enfado y ganas de estrangularme.

—¡Basta ya Megan!, ¿Qué demonios tienes con América? ¡No llores Megan McMillan!

—Ella puede acompañarte. Ella es culta, elegante y sabe comer con decenas de cubiertos. Esta más a la altura de ese cóctel. Joder soy una violinista de...

Me sisea con enojo. Se gira para verme con esos ojos abrazadores que me enfrían cualquier envalentonamiento de mi parte. Muero de celos, De América o de quien sea, no soporto que otra pueda estar cerca de él y aún peor, sea mejor mujer que yo.

—No vuelvas a decir que eres menos que nadie. Me enferma ver gente con tan baja autoestima.

—Yo tengo autoestima, creo que más que tú. Al menos yo no tengo que usar la frialdad y el poder para ser alguien. Si vamos a hablar de baja autoestima tú la tienes en negativo.

—¿Me estás insinuando que yo no tengo autoestima? Respondo a la defensiva.

—Sí, ahora puede estar bien, luego mal y eso lo hace ser más idiota sin autoestima que...

Me calla con uno de esos besos que me derriten de adentro hacia afuera. Me quito el cinturón de seguridad y me lanzo a él. Saquea mi boca, el calor nuevamente. ¡Este hombre me va hacer infartar!

—¿Excitada?

¿Qué coño hago? Maldición otra vez estoy cayendo redondita. Lo detengo yendo contra mis deseos.

—Esta vez no te vas a salir con la tuya.

Me quedo mirándolo por un momento. Veo calor en su mirada. Siento que me mira más allá del deseo que siente por mí. Su mirada me hace tiritar. Acaricia una de mis mejillas y comenta.

—Me preguntaste hasta cuándo durará esto —Curva la comisura—. La respuesta es que no tengo ni puta idea. Esa respuesta me gusta, me aviva, me enamora. Mis ojos brillan y antes de que el señor hielo aparezca de nuevo respondo:

—Durará lo que tenga que durar.

Llegamos a la recepción de un hotel de lujo para alguien como yo. Miro la decoración como si estuviera en otro lugar que no encaja conmigo. Esto es de millonarios y yo soy solo una simple italiana radicada en Estados Unidos intentando vivir como cualquier otra persona.

Camino detrás de Mikhail, dejando distancia entre ambos y al fondo veo a América. Es una ofrecida, se acerca a Mikhail mimosa y tan cualquiera que me hace infartar del

coraje la muy zorra. Me siento en un banco conteniendo los celos. Aleksandra se me sienta al lado, debe de haberse dado cuenta que estoy más que enojada.

—Entonces, has venido.

Miro a Mikhail charlando con América y me reviento.

—No tuve remedio, tu hermano me obligó.

Nota que estoy que corto de los celos. Sonríe y traviesa comenta.

—¿Por qué no vas al lado de Mikhail?

—¿Para qué? ¿Para qué me de uno de esos desaires de los que les encanta hacer? No Aleksandra, mi lugar no es de su lado.

—Meg, sé que te escueces de los celos al verlo hablar con América pero disimúlalo linda, estás colorada del coraje. La miro y me cabreo aún más.

—No sé por qué coño celo a un hombre del que solo se su nacionalidad y su nombre. Más nada.

Me mira comprensiva y receptiva aunque yo este botando chispas.

—Te entiendo y qué más quisiera yo que ayudarte pero el único que puede abrirse es él. Y dudo que lo haga.

¡Genial! Se acerca a mí y me llama con la mirada. Me pongo de pie y me toma del brazo.

—¿Estás loco? Suéltame Mikhail, todos miran, después creen cosas que no son.

—¡Shhh! ¿Podrías cerrar la boca y dejar que la tarde fluya amena?

Me siento como una idiota, como una bruta y torpe. No

entiendo nada de lo que veo a mí alrededor. Me lleva al bufé abierto y toma un plato, me lo da a sostener y me dice que puedo comer lo que yo quiera. Nada me apetece, es comida muy fina para mí y ni siquiera sé cómo se come. Dejo el plato en su lugar negándome a comer. Todos nos miran y a mi Mikhail me fusila con la mirada. Entonces vuelvo a agarrar mi plato. Lo agarro y solo quiero morirme. Me mira y señalándome las comidas me las va nombrando.

—Esto es caviar, salmón, langosta y Escargot.

—¿Escar... qué?

Me mira divertido.

—Es un plato francés.

Miro lo demás y no veo nada italiano. Me desanimo.

—¿No hay nada italiano?

Se extraña.

—Pensé...

—Sí, que como cosas americanas. Te equivocas, soy italiana desde el idioma hasta la comida.

—Eso se arregla ahora, ¿Qué quieres comer?

—Fettuccine con pesto a la genovesa.

—Vale, si eso quieres lo tendrás.

Se aleja habla con uno de los chef del hotel. ¿Dios enserio me va a traer lo que quiero porque sí? Me complace y eso me vuelve loca. Me toma del brazo nuevamente y me acerca a una mesa redonda sofisticada. Alek está sentada en ella junto a América y ¿Raisa? ¿Cuándo llegó? Esta sé que me hará enojar. Me siento al lado de Mikhail

sintiendo que soy como una mosca en la mantequilla. Alek está frente a mí y Raisa también. Raisa me mira con burla y cada cosa que hace es para humillarme y ponerme muy por debajo de ella. Otros sujetos se acercan a la mesa y saludan a Mikhail en ruso. Los invita a compartir la mesa con nosotros y yo me quiero morir. Estoy tensa, horriblemente tensa. Mikhail lo percibe y me toca los muslos debajo de la mesa.

—Relájate nena.

Con un hilo de voz respondo:

—No veo la hora de irnos Mikhail.

—Solo deja fluir las cosas y listo.

Sus palabras me serenán. Veo el plato y vuelvo a tener docenas de cubiertos. Trago saliva y noto que Raisa me mira con mofa y ganas de humillarme por cualquier cosa. Todos en la mesa hablan ruso incluyendo a América excepto yo. Me siento fuera de lugar. No tengo ni idea de lo que hablan y jamás me había sentido tan incómoda en un lugar.

—¿Qué pregunto esa? —Le pregunto a Mikhail.

—Sugiere pedir escargots de entrada.

—¿Eso es los caracolitos esos que estaban en el bufé? —dice que sí con la cabeza.

¡Porque no comemos pollo frito! ¿U otra cosa que sea normal?

Noto que Mikhail no le agrada la presencia de Raisa. Es seco y cortante con ella. Me intriga la situación. Se acerca un mozo con la carta de vinos. Raisa no pierde el tiempo

en hacerme enojar y ponerme en ridículo.

—¿Por qué no dejamos que la señorita McMillan nos deleite con su paladar? Escoja el vino McMillan.

El mesero me da la carta de vinos y nuevamente quiero llorar. Sí, soy italiana y poco sé de vino aunque pocos me crean. Esta maldita rusa quiere sacarme la macarra que llevo dentro. La abro y leo, no entiendo mucho. Le susurro a Mikhail:

—Sabes que no se de vinos Mikhail.

—Sabes sí, confía en ti.

Bueno Megan, haz que esa idiota se trague sus palabras. Le señalo un vino espumoso francés de nombre Perrier Jouet y busco aprobación con su mirada. Asiente con la cabeza y digo:

—Creo que tengo ya la decisión. Una botella Perrier Jouet por favor —Raisa se queda estupefacta. Se quedó con las ganas de ridiculizarme y si quiere guerra eso precisamente tendrá—. Mikhail, ¿ellos quiénes son? —Pregunto por los sujetos en nuestra mesa.

—Son unos distribuidores que trabajan para mí. Buenos amigos por demás.

Asiento con la cabeza. El mozo trae en un carrito los escargotts. Veo que nos dejan los platos con los animalitos asqueantes junto a unas tenazas. Mikhail tiene un plato diferente hondo. Ha pedido una sopa de vegetales.

—¿Por qué pediste eso y me dejas a mi sola con los caracolitos? —Le pregunto en voz baja.

—Te había comentado que no como carnes linda  
¡Me ha dicho linda! ¡Creo que me va a dar algo! Ahora si  
me como los caracolitos feliz, me ha endulzado y lo logra  
con solo una palabrita Uno de los sujetos se dirige a mí en  
ruso. No le entiendo y Mikhail les explica que no hablo el  
idioma. Se disculpa y me cambia a inglés y aquí vuelvo a  
sentirme como tonta retrasada.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Megan McMillan, asistente del señor.

—¿Desde hace cuánto trabajas para Mikhail?

—Poco más de cinco meses —respondo cordial.

—Un placer conocerte, Megan.

Comenzamos a comer el escar... Vale los caracolitos  
estos. No sé cómo coño comerlos. Mucho menos usar las  
puñeteras tenazas y ese tenedor raro de dos patitas. Al  
demonio las tenazas. Intento comer el odioso animalito y  
es más difícil que sacarle una sonrisa a Mikhail. Y mira  
que eso es difícil. Todos comen con las tenazas y yo con  
un mísero tenedor. Raisa me mira con burla. ¡Que le den!  
América otra bruja hortera. Se la pasa mirándome con  
mofa. Estas dos van a quedarse sin extensiones como  
sigan provocándome. La sangre me bulle, bulle, bulle.  
Llega un punto que no me veo más que comiendo apenas  
un poco. Al terminar los dichosos caracolitos se me cae la  
tenaza y el tenedor al suelo sin querer y aquí viene Rasia a  
despotricar.

—Vale ya basta de tanta vulgaridad. Desde que McMillan  
se sentó en la mesa su comportamiento ordinario ha dado

mucho de que desear. No sabe usar los cubiertos. ¡El colmo es que come con las manos! No toca la tenaza para comer. Ahora deja caer los cubiertos al suelo. Por Dios Mikhail, ¿cómo la traes a estos eventos? ¡Es tu empleada! No tiene educación alguna.

Esta mujer ha logrado humillarme y una lágrima se me escapa de los ojos. La macarra me va a explotar. Hago amague de levantarme pero Mikhail me detiene por la muñeca. —Déjame esto a mi Meg.

Mikhail agarra la tenaza y la deja caer al suelo mirando a Raisa retándola, seguido Aleksandra se le une dejando caer un tenedor al suelo.

—¿Qué haces Mikhail? Ahora se te ha pegado lo ordinario de esta mujer.

La mira gélido y enojado.

—Más desagradable e imprudente eres tú y te tenemos que aguantar Raisa. A cualquiera se le puede caer un cubierto, cualquiera incluyéndome ¿Ves?

—Pero...

—Cierra la boca porque pecas de ridícula cada vez que la abres.

Me mira fulminante, con odio. Y mi otra yo baila feliz en mi interior. Un mozo recoge las tenazas del suelo y por primera vez Mikhail me hace sentir mucho más que su empleada. Nos traen el plato principal y al ver ese plato de Fettuccine con pesto a la genovesa se me hace agua la boca. Se ve delicioso. Miro al ruso. Come salmón con ensalada verde. Ceñuda pregunto:

—¿Comes pescado?

—Pescado nada más.

¡Guau disculpe señor pesco-vegetariano! Miro la copa de vino espumoso. No la toco, solo la miro con recelo, el alcohol me sienta horrible.

—Toma un sorbo —me ordena.

—No —replico.

—Solo un poco, si no te gusta lo dejas.

Arqueo una ceja y hago lo que él me dice. Mojo mis labios en el vino y no me parece tan mal. Curvo la comisura gustosa.

—¿Y?

—Está rico —respondo.

Se ve a gusto con mi respuesta. De fondo escucho un violín junto a un piano. Me emociono, quiero levantarme de la silla e ir a ver. El ruso me lee la mente y me detiene rápidamente.

—Ni lo pienses...

—Pero...

—Pero nada, eres mi asistente y te quiero a mi lado.

Siento que me estremezco. ¡Me quiere a su lado! Como su asistente pero al menos desea mi cercanía. En la mesa hablan entre sí de temas que en realidad a mí ni me van ni me vienen. El aburrimiento me domina y solo me resta seguir tomando vino. Una... dos... tres... cuatro... seis... siete copas y ya comienzo a sentir los efectos. Me sonrío con todos. Me quiero levantar, estoy riéndome sola y Mikhail me detiene disimuladamente.

—¿A dónde vas?

Me río divertida.

—Al tocador...

—Megan, estas muy risueña —responde ceñudo.

—¿Sera el vino espumoso? —Le sonrío— ¿Me sueltas?

Me estoy haciendo pis.

Veo en su rostro indigno.

—Megan, tienes diez minutos y van cinco.

—Vale, vale ya no me regañes. —Tomo la copa de vino a medias—. Esta me la llevo.

Camino dando bandazos y entre risas ligeras al tocador.

Me detengo frente a uno de los lavabos. Me miro en el

espejo. Estoy sola y suelto risitas estúpidas. Detrás de

esas sonrisas estúpidas esta una tonta enamorada de su

jefe ruso multimillonario al que solo me ve como su

asistente y en ocasiones su amante. Veo una mujer que no

ha logrado nada en la vida, ninguno de sus sueños.

Y aquí estoy yo. Sufriendo por elección. Debo alejarme y

sin embargo no lo hago. ¡Soy masoquista! Saco de mi

bolso mi labial. Me lo retoco y mi humor se torna negro.

Solo quiero salir de este lugar lleno de docenas de copias

de Mikhail. Escucho una voz ronca desde afuera

llamarme.

—Megan, sal del tocador.

—¿Qué ni al baño puedo ir sin que me fastidies la vida?

—Con mi mal humor respondo.

—Sal o entro yo a buscarte.

Ceñuda respondo:

—No entraría al tocador de damas... sería muy loco.

—Pruébame Megan McMillan.

De momento su respuesta me provoca un calor momentáneo. Me excita su voz, su intimidación, todo él. La ebriedad me controla y cuando el alcohol corre por mis venas se me hace muy difícil decir no.

—Es lo que más deseo en estos momentos, probarte... saborearte. Debo estar muy borracha para decir esto, debo alejarme de ti —no Megan... deja que entre... no Megan mejor no, pienso.

No responde. Creo que se ha ido. ¿Qué coño he dicho? Eso solo lo debe saber mi otra yo y yo. Cada vez se me hace más difícil cerrar la boca y controlar mis impulsos. Me giro al lavabo y de momento me toman de la cintura girándome violentamente. Sus ojos fusiladores se clavan en mí. Siento miedo, creo que mi comentario le ha molestado. Si se atreve a entrar al tocador de damas, creo que este hombre es capaz de cualquier cosa.

—¡Suélteme que me lástima! —Me oprime hacia él con más fuerza. Me mira el rostro gélido, quisiera saber qué coño pasa por su mente, o solo saber si soy o no soy algo en su vida—. Vale, vale que sé que la he liado con el comentario. Solo fue...

—¿Una manera de expresarte como el «mi amor» que soltaste ayer en la noche? Eres una atrevida.

Me sonrojo, mis manos comienzan a sudar y mi rostro está rojo y ardiendo. ¡Me quiero morir! Ya no logro librar ni una, sino es que digo cosas sin sentido, me emborracho

sin ni siquiera darme cuenta.

—Disculpe señor Ivanov. Sé que he sido una imprudente con mi comentario. No volverá a pasar. Regrese a la mesa, le deben estar extrañando.

¡No llores, no llores no seas blandengue! Eres más tonta que hace meses atrás Megan McMillan. Me mira, me mira y dice imperturbable:

—¿Por qué bebes?

—Porque soy infeliz. ¡Muuuy infeliz! ¿Sabe por qué? Soy infeliz porque por primera vez en mi vida no puedo controlar lo que siento, por primera vez en mi vida me siento poca cosa —Suelto una lágrima—. Por primera vez logro enamorarme realmente y me duele estarlo.

Su mirada se suaviza por unos segundos. Me mira con calor, con ternura. Me acaricia el cabello y parece que él también intenta ocultarse, intenta manejarse al mismo.

—Vale, te llevaré a tu casa. Tienes razón este lugar no te entiende. Yo quizá no te comprenda como merezcas.

¡Me está diciendo bruta!

—Yo cojo un taxi. Tú quédate aquí y da tu mejor cara, esa de señor ruso presidente —digo sarcástica.

—Estas tomada Megan, no te dejaré ir sola así.

—Tal vez se me pasaron las copas pero estoy segura ahora mismo de lo que quiero y según tu estoy alcoholizada. Podría apostar que tú no sabes que es lo que quieres en estos momentos. Yo puedo decir lo que quiero, puedo elegir lo que quiero, tu no.

Mira el escote de mi vestido, roza su índice hasta mi

abdomen y con voz entrecortada responde:

—Yo sé lo que quiero Megan pero no siempre se puede tener lo que se quiere.

No quita los ojos de mis labios. ¡Dios lo deseo tanto que me dan ganas de besarlo y nunca soltarlo! Miro su entrepierna, está abultado. Reprime una erección y yo al verla muerdo mis labios. Agarro su dureza, tocándolo sensualmente beso sus labios sin importarme nada, ahora mismo no me importa nada.

—Yo sé lo que quieres, esto es lo único que quieres de mí ¿Cierto?

—Megan, deja de tocarme o...

—¿O qué? Meto mi mano dentro del pantalón y el calzoncillo y agarro su pene reventándome por dentro en dolor.

Respira entrecortado.

—O no sé de lo que sería capaz

Lo he prendido, está caliente y excitado. Lo he avivado lo suficiente como para que no pueda esconder su erección. Es momento de darle una lección a este hombre.

—Claro que sé lo que quieres. Me dijiste que has tenido sexo con América, ella con gusto te hará desaparecer tu erección.

Se sonroja. Por primera vez lo veo sonrojado como ahora. No sabe qué hacer ni qué decir. Miro el reloj y son las nueve de la noche. Su rostro es de enojo pero también de desconcierto. Aprieto los dientes y pregunto seca.

—¿Todavía sigue en pie eso de lo de llevarme? Vale

porque yo feliz cojo un taxi.

Salimos de la odiosa reunión y el valet trae el coche de Mikhail. Me subo en el lado del copiloto de su coche y noto la tensión, pero también el deseo. No deja de mirarme de reojo y eso me prende. Noto que se desvía de la ruta y maneja hacia su penthouse. Ah no, eso sí que no. —¿A dónde vas? Mi casa queda por la otra calle.

—Lo sé...

—Da la vuelta.

—No señorita, hoy se queda conmigo.

—¡Qué no! ¡No soy una cualquiera para que me lleves a tu penthouse cuando se te de la maldita gana! Llévame a mi jodida casa.

Ladea para encararme con esa mirada que me dice con toda la frialdad del mundo.

—No, iré a mi penthouse en calidad de mujer. Como usted ha dicho, eso lo puede hacer América o cualquier otra. Iré en calidad de mi asistente, mi empleada. Hay varios puntos que quiero tocar con usted sobre su puesto en mi farmacéutica.

—Es de noche, es sábado. Es estúpido, estoy borracha, ¿Trabajo ahora? A otra con ese cuento.

—Usted firmo en su contrato de reclutamiento que estaría disponible para mi disposición las veinticuatro horas del día siete días a la semana. Cumpla con su trabajo —Me cruzo de brazos, maldito ruso rencoroso. Debe estar ardido porque lo he calentado y dejado con las ganas. Con sarcasmo me dice— Señorita McMillan, yo si se lo que

quiero en la vida. Por eso estoy donde estoy. Al parecer usted no sabe lo que quiere en la vida, por eso está donde está.

Mi estómago se encoge de la rabia. ¡Muérdete la lengua! Saco de mi bolso y me coloco los auriculares y en mis oídos comienza a sonar música a todo volumen y respirando hondo y con enojo, me reclino en el asiento. Odio la idea, pero esta vez Mikhail tiene razón, no sé lo que quiero, no sé lo que deseo, no se absolutamente nada.

## Capítulo 25 **gUerra en el sexo**

Me veo sentada en la sala de estar del ruso. Creo que las copas no fueron lo suficientemente efectivas como para hacer- me olvidar el mundo. Se sienta a mi lado con una copa de coñac. La bebe mientras me mira. Me incómodo y me cabreo. Me siento como una mera estúpida a merced de él. No sé cuál es su empeño.

—Diga lo que tenga que decir, luego me iré señor si no le molesta.

Deja la copa a un lado. Estoy tensa, el aire se puede cortar con un cuchillo. Mirándome fijamente responde:

—Han solicitado mi presencia en varias delegaciones en Europa. Quería proponerle que me acompañara en el viaje. Necesitare tenerla allí.

—¿Por qué no lleva a América? Ella tiene mucha más experiencia que yo en esto. Yo solo le estorbaría señor

Ivanov. Además tengo universidad.

Intenta ablandarme con palabras dulces pero hoy no hay nada que pueda endulzarme, nada.

—Meg...

—Señorita McMillan para usted —interrumpo.

—Discúlpame por mi actitud... pero hay veces que no puedo contigo Megan.

Me quedo con el ojo cuadrulado, ¿Este pidiendo perdón? Se va acabar el mundo.

—Tu actitud me saca, eres tan frío, cabezón, gilipollas, engreído y todo lo demás que me dan ganas a veces de darte unos buenos puñetazos y dejarte la cara con el ojo morado e hinchado.

—¿Eso piensas de mí? —pregunta intrigado.

Digo que sí con la cabeza sin más.

—Es lo que me has dado a ver Mikhail. Vale, seamos sinceros. Soy una mujer que no se calla nada y soy agresiva y macarra cuando me encuentran el demonio, pero soy yo. La gente sabe quién soy, no escondo nada y no temo por nada. Tú lo sabes todo absolutamente todo de mí. En cambio tu desde que te conocí te empeñas en encerrarte en tu urna de cristal y obviar al mundo. Eres frío e intentas evadir a la gente. Tu actitud prepotente es tener un ¡granito en el culo! Joder trato de entenderte pero es imposible cuando no conoces nada de esa persona. Siquiera en el sexo te abres un poco. Solo sé que te gusta mirar a otros en el acto, y que no esté encima de ti. ¿Por qué? Ósea, ¿acaso esperas que yo siga esas conductas

morbosas solo porque lo pides tú? Lamento decirte esto pero el que tengas millones no te hace ser el ombligo del mundo Mikhail.

Se queda callado por unos minutos, creo que internaliza lo que le he soltado sin tapujos. Jamás pensé que le podría cantar sus verdades con tanta fluidez. Resopla y serio me dice:

—¿Crees que el tener millones debería hacerme tener una sonrisa de oreja a oreja? Es solo dinero Megan, no es la felicidad.

Su pregunta me pilla por sorpresa. Lo miro y respondo lo más elocuente posible, aunque difícilmente logro serlo cuando hablo con él.

—Al menos debería ayudar...

Suelta un respiro ceñudo.

—Megan, no espero que me entiendas, no espero eso de nadie. Pero si espero una cosa, no trates de inmiscuirte en mi vida. No conseguirás nada y saldrás muy mal librada. Tómallo más bien como un consejo.

—¿Ah y tú si puedes entrometerte en mi vida? Lo has hecho desde que entre a trabajar a tu empresa.

Tuerce el gesto hastiado.

—A diferencia, tengo todo el derecho de saber sobre los que trabajan para mí. Eres mi empleada y por ende se todo sobre ti.

¡La madre que lo parió! Me dan ganas de soltarle unas frescas de las mías pero no. Debo comportarme. Respiro y replico lo más serena posible, lo más centrada que mi

personalidad me lo permita.

—Una empleada a la que chantajeo para llevársela a la cama. Una empleada que sin quererlo desea, sueña y fantasea con su jefe cada vez que su mente se lo permite. Una empleada en cual no pensó ni le importo a la hora de meterse en su vida y ponerla de cabeza.

—Meg...

—¡Shhh! —Lo callo—. Ahora me escuchas. Me fastidia desearte como lo hago, soñarte como lo hago ¿por qué sabes qué? En esos sueños no eres el trozo de hielo que eres en la maldita realidad. Solo me tomas cuando te apetece, cuando mejor te conviene y eso me hace sentir como una mera cosa. Siento que solo ves en mí eso, una cosa y lo siento pero no estoy dispuesta a sentirme así. Me calla cubriendo mi boca con la palma de sus manos. Me quedo paralizada, si tuviera una sartén cerca se la sembraba en la cabeza por ser como es.

—Ahora escúchame tú a mí. Me fastidia tener tus preguntas latosas encima de mí, tú y tu carácter son un caso. Pero sabes, no te tomo cuando me apetece porque si así fuera estaría penetrándote día y noche. No eres una cualquiera. En ellas se busca sexo y ellas dinero a cambio. Eres mi asistente, una a la cuál deseo follarla cada vez que la tengo cerca. Eso pensaba, que eras solo una simple asistente a la cual me cogía cuando quería, pero no es así Megan.

Mi estómago se encoje, ¡hay creo que me va a dar algo virgencita! Quiero parecer malota pero no creo poder

continuar. Me avergüenzo al escucharlo y me torno roja del nerviosismo. El calor me invade y el deseo me posee.

Trato de articular palabra:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es la verdad y me harta escucharte decir que eres una cualquiera.

Lo miro lo miro y finalmente respondo:

—¿Qué quieres en estos momentos?

Se acerca a mis labios y sabe cómo doblegarme. Pasa su lengua por mi labio superior, luego muerde el inferior y ya estoy cardiaca. Me toma de la cintura, Madre mía sus manos fuertes y viriles acarician mi desnuda espalda escotada. Se acerca a mi oído:

—Quiero desnudarte, abrir tus piernas para chuparte, morderte y saborearte como soñabas en la oficina. Luego abrir tu carne y hundirme en ti una y otra vez hasta que te corras para mí, pequeña.

Respiro entrecortada, siento retumbos en mi vagina. Este hombre con sus palabras ardientes y con el adorno de su acento ha logrado desear que cumpla con todo lo dicho. Estoy inmovilizada por el momento. Sus manos tocan mis muslos y yo solo deseo que sus manos suban hasta mi entrepierna.

—Dime, ¿qué quieres tú en estos momentos? —Pregunta con voz ronca en susurros en mi oído. Deja sus manos sobre la cara interna de mis muslos las desliza lentamente hacia mi sexo pero no se acerca del todo. Me tienta y yo me dejo tentar. Roza mis bragas y suelto un gemido.

—¿De verdad quieres saber?

—Deseo saber.

—Quisiera poder negarme a esto, quisiera tener la fuerza de voluntad para negarme a tener sexo contigo.

—Megan no vuelvas con eso por favor.

Sus dedos se frotan en la hendidura de mi vagina y hace que toda yo sea solo placer. Deseo que haga conmigo lo que quiera. Soy suya y aún no lo sabe, pero soy suya también después del sexo.

—Ábrete pequeña —me ordena.

—Desnúdate y abro lo que quieras.

Se queda perplejo, no se esperaba que saliera con una de las mías. Se deshace de la ropa y queda totalmente desnudo para mí. Su aparato me hace gemir. Me quito mi vestido quedando desnuda sobre él sofá para él. Me abre las piernas y en décimas de segundos esta sobre mis labios vaginales mordiénolos y succionánolos. Jadeo y no puedo pensar en nada mas que no sea sentir su lengua acariciarme. Enredo mis dedos en su pelo. Muevo mis caderas hacia él ofreciéndome. Me lame, me chupa a su antojo y yo me dejo. Suelto gritos y con cada grito siento que aumenta el ardor en mi ser. Cierro las piernas inconscientemente, las abre su máxima capacidad y me dice:

—No las cierres.

Me inmoviliza las piernas y su lengua vuelve al ataque.

¡Maldición creo que voy a hiperventilar!

—¿Esto es lo que soñabas? —Su pregunta me prende. Me

muevo en su boca asintiendo con la cabeza. Me arqueo y siento una oleada de placer inmensa. Estoy al borde de mi clímax y lo intuye por lo que se detiene.

—Aún no pequeña, aún no.

Escucho rasgarse el preservativo y el morbo invade mi cuerpo. Se suspende sobre mí y antes de que lo deje hundirse en mí lo detengo entre jadeos:

—¿Quieres cogermé? —Asiente con la cabeza besando mis labios.

Me levanto del sofá y lo tumbo en el de modo que queda recostado. Me mira algo confuso y me acerco a él. Parece que sabe lo que quiero y me detiene rápidamente.

—Ni lo pienses, sabes que lo odio.

¡Ridículo!

—Pues conmigo lo desearás.

Me acerco a él pero se torna recio a que me siente sobre él. Se queda inmóvil y pongo mis piernas a sus costados. Joder espero no estar metiendo liándola. Agarro su pene y lo acerco mi vagina. Me siento sobre él lentamente. Suelto un gemido, toca mi útero y me arqueo de placer. Creo que está molesto por lo que he hecho.

—Disfrútame ahora, luego me reprendes —Le susurro en el oído.

Comienzo a moverme en círculos echo la cabeza hacia atrás. Me llena por completo. De momento soy yo quien me lo estoy follando. Está inmóvil pero en su rostro veo que lo disfruta. Sus pupilas se dilatan y su enojo no dura mucho tiempo. Me toma de la cintura con posesión y me

clava aún más en él. Entra y sale de mí con fuerza bruta, sobrenatural. Muerde mis pezones y luego los succiona como un loco. Su cuerpo lo siento temblar, sudar y arder. Me giro dándole la espalda estando aún dentro de mí. Me tumbo en su torso y busco sus labios, él busca los míos y siento que voy a explotar. Entra y sale de mí ahora con lentitud pero se clava hasta el fondo. Me muerde el labio y embiste con fuerza.

—Esta, por calentarme en el tocador de damas y dejarme con las ganas —Da otra embestida aún más fuerte y suelto un grito—. Y esta otra por el golpe en las pelotas que me diste en la oficina —Entra y sale de mí con fuerza, son como estocadas dentro de mí su pene me toca hasta el fondo y me expande de manera alucinante. Vuelve a detenerse y me embiste de forma tal que logro sentir dolor.

—Y esta por sentarte sobre mí.

Mi cuerpo está de espaldas recostado sobre el de él. Aún está dentro de mí y sigue penetrándome con lentitud. Lo miro a los ojos, él mira los míos y me susurra:

—Eres deliciosa, me traes loco.

—Tú me traes loca, no sabes cuánto.

Cada fibra de mi cuerpo se electrifica, siento que puedo tocar las estrellas. Sus dedos frotan mi clítoris y yo creo que voy a quedarme sin aire de tantos jadeos. Lo frota mientras me embiste y siento que voy a infartar. Ahogo un grito en su boca, me arqueo violentamente al llegar a ese anhelado orgasmo. Me giro para encararlo y me

desplomo sobre él. Esos minutos que quiero que pasen lentamente. Abraza mi espalda y besa mi hombro con una ternura extraña.

—Me gustas Meg, me gustas mucho.

Esta caliente y jadeando, mi oído está en su pecho y puedo escuchar su corazón latir más fuerte que un motor. Me sonrío extasiada.

—También me gustas mucho Mikhail, mucho.

Veo venir la frialdad. Ah no, eso sí que no. Intenta quitarme de su regazo y me resisto ya harta de que siempre pase lo mismo entre los dos, que siempre que todo está bien él venga a dañar el momento.

—¿Cuál es el problema? Por qué tan rápido tienes que volverte frío como un glaciar.

Su actitud se suaviza y me dice:

—¿Tienes hambre? —Me sonrío y abrazo su cuello ladeando para poder encararlo.

—¿Tienes algo dulce? —Me mira y al menos su mirada no es dura—. Sí, tengo algo dulce.

Tras darme un beso ligero, sale de mí y desaparece de la sala de estar dirigiéndose al pasillo. No Megan, definitivamente estás loca y bruta de por más. Tras tardar unos minutos regresa con un albornoz puesto y me extiende otro. —Ten, con esto te podrás cubrir.

No quiero que se torne frío pero se lo niego y voy a intentar, creo que voy por la vez número mil quinientos, irme de aquí sin caer nuevamente.

—Mikhail, me voy a vestir y cojo un taxi a mi casa.

Se queda callado por un momento, me mira un par de veces y con algo de afecto me pide:

—Quédate, es tarde para que salgas.

Ese orgullo lo mata. En su mirada veo que disfraza sus deseos con órdenes y excusas absurdas. Me comienzo a vestir y le digo:

—Mira Mikhail, tengo mi casa. Y no te preocupes que taxis a media noche he cogido miles.

—Megan, quédate por favor.

Guau, escuchar un por favor de un ruso y más de este engreído arrogante es como encontrar una aguja en un pajar. La verdad es que muero por quedarme con él pero mi orgullo viene a meter las narices.

—Vale pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero que me digas de una buena vez porque me has llevado a aquel lugar. Y no quiero gilipolleces tuyas ni cambios de humores porque soy capaz de mandarte un buen puñetazo —Esboza una ligera sonrisa. Dejo la ropa en el suelo y me cubro con el albornoz. Me siento en la cama mirándolo atenta esperando una respuesta—. Anda venga, te escucho —Se sienta en el diván frente a mí y suelta un respiro. Me pregunta con seriedad.

—¿Cuál es tu idea del sexo Megan?

—Aquí tú eres el que contestas las preguntas.

—Vale pero para contestarte tienes que contestarme tu primero.

—No sé, hasta hace unos meses atrás era virgen. No he

tenido más experiencias sexuales a parte de las que he tenido con usted. Y si se refiere a como me gusta el sexo pues, me gusta lo romántico y detallista.

Siento que quiere reírse pero no lo hace. Asistente con la cabeza y responde.

—Si te digo, ¿no saldrás corriendo horrorizada por esa puerta como loca?

Eh esa pregunta esta algo difícil de contestar. Pero quiero saber, muero por saber.

—Vale, intentare no espantarme.

—El lugar al que te lleve es la casa de un conocido. Tiene esa especie de habitación para darse placer y me la presto esa noche.

—¿La forma de ustedes de sentir placer es viendo a otros tener sexo? ¿Pero qué clase de morbosos son?

Comienzo a tornarme reacia al tema, es que se me hace un tanto difícil asimilar todo. Se levanta del diván y se aleja hacia el corredor, lo detengo confundida, pide hablar y luego se va. Jodido bipolar.

—¿A dónde vas?

—A dormir, cuando se comporte como un adulto y no una cría retomamos la conversación señorita McMillan.

Quiero romper un bate de béisbol en su cráneo por gilipollas y creído pero en cierto punto tiene razón, solo que él no me entiende ni comprende que todo esto me da pavor.

—Vale, venga y dígame el resto de sus prácticas sexuales locas. Prometo escuchar sin interrumpir.

Algo serio vuelve a sentarse y yo estoy deseando mandarlo a un psiquiátrico pero yo solita me he metido en todo este enredo. Me mira y retoma la conversación algo seco.

—Me excita ver a otros en el acto como te conté aquella noche. Es algo que lo hago y no me he muerto por ello. Es una práctica con la que no daño a nadie —Lo miro y me mantengo callada. Prometí guardar silencio—. El motivo por el cuál te llevé a ese lugar es simple, querías ir conociendo lo que me gusta y comencé por lo más suave y menos traumatizante para mentes llenas de tabús como la tuya —Me cabreo y estoy a punto de soltarle unas frescas pero me detengo. Continúa con su detallada y morbosa conversación—. Sé que también te excitó lo que viste Meg.

—Estas alucinando, yo no soy una enferma sexual como veo que tú eres. ¿Vale?

Me mira me mira y finalmente responde:

—Estabas caliente, empapada. Es ridículo que lo niegues, nadie se calienta con algo que no le gusta Megan.

¡Maldición! ¿Cómo es que mi cuerpo me traiciona? Ni si quiera él se pone de mi parte.

—Debió de ser otra...

Interrumpe.

—¿Vas a seguir mintiéndote a ti misma?

—¡Vale que sí! ¿Que me ha excitado pero y qué!? Eso no es normal y me siento depravada y pervertida —Se ríe. Parece burlarse y eso me revienta—. Deja de reírte o vas a

ver.

—Hablo en serio Mikhail.

—Vale, ya retomamos el hilo de la conversación.

—¿Te gustaría volver allí?

Pongo los ojos como platos.

—¡Obvio no!

—¿Segura?

Me hostiga con la mirada y eso me tensa. Mis nudillos se emblaquecen y me desespero.

—Deja de mirarme así

—Entonces responde con la verdad.

—No, ahora no. Quizá después pero no creo que quiera volver.

—¿Por qué eres tan miedosa?

Carraspeo y pedante respondo con otra pregunta:

—¿Por qué eres tan morbosos?

Sin responderme a lo que le he preguntado se pone en pie y sale de la habitación.

—Voy por tu dulce.

Vuelvo a quedarme sola y el móvil comienza a vibrar un par de veces. Melanie manda correos por montones. ¡Qué pesadita!

DE: Melanie McMillan

FECHA: 1 de mayo de 2014 1:31 a.m. PARA: Megan McMillan

ASUNTO: ¿Dónde estás?

Meg

Ya el cóctel debe haber acabado. ¿Dónde estás? Contesta,

Melanie

--

DE: Melanie McMillan

FECHA: 1 de mayo de 2014 1:54 a.m. PARA: Megan McMillan

ASUNTO: ¡Joder!

¿Qué coño haces? Me estas preocupando. ¡Voy a llamar a la policía!

Melanie McMillan (Estoy cabreada)

Me río con los mensajes. Decido llamarla para que la pobre no sufra más.

—¡Hasta que resucitas entre los muertos!

—No seas pesada, anda dime que quieres

—¿Dónde estás?

—Con mi jefe... reunión relámpago

—¿Sí, con todo y un buen polvo cierto?

No puedo evitar reírme. Es que es tan exagerada que causa gracia.

—Ay pesadita, pues para que te lo niego. No puedo contra eso. Pero te prometo que no vuelvo a irme sin avisarte.

—John Peterson ha estado en la casa

—Pongo los ojos como platos, ¿John en casa?

—Dijo que habías quedado con él para componer algo en su apartamento y lo dejaste plantado  
¡Maldición la cita con John! La había olvidado por completo. Esto de estar como tonta tras del ruso me está trayendo problemas.

—¡Dios se me olvidó por completo la cita con John! pero mañana seguro paso por su casa.

—Mira Megan, no sé si te has dado cuenta, yo sí. Ese hombre te quiere, te quiere como más que una amiga y siento que es mucho mejor candidato que él ruso ese. John me parece un buen hombre sin problemas ni nada como ese ruso.

—Pero al que deseo es y de quien estoy... Melanie, a quien quiero es a Mikhail.

—Sí ya sé al que deseas, estas enamorada del ruso pero él es muy distinto a ti y percibo que te hará sufrir y mucho. Sus palabras me desconciertan. Nunca me había hablado como ahora y eso me asusta. ¿Tendrá razón? Me hago la tonta cuando en el fondo sé que tiene toda la jodida razón.

—Mel, te prometo que trataré de pensar las cosas, pero eso de que John está detrás de mí como que no, son ideas tuyas.

Cuelgo el móvil y doy un suspiro. Al girarme me pongo blanca, helada y creo que es corazón lo tengo en la boca.

—¿Desde cuándo está sentado ahí?

—Desde que cogiste la llamada

Responde el ruso con un bol en vidrio con trufas en su regazo. No, muero... infarto. Me vuelvo a morir y esta

vez quiero que me trague la tierra. Lo ha escuchado todo y no sé ni cómo actuar.

—¿Quieres? —Me estrecha el bol con las trufas llevándose una a la boca. Tomo una temerosa. Ha escuchado todo de todo, John... Él no lo traga y eso lo veo en sus ojos—. Habías quedado con John...

—Es mi otro jefe, compondremos algo juntos.

—¿En su apartamento? Es tu jefe Megan.

—También eres mi jefe y aquí estoy.

—¿Me quieres?

Comienzo a temblar, ¿Por qué me pasan a mí estas cosas?

—Es una forma de expresarme, te quiero como tú me quieres a mí por puro deseo.

Mirándome con cierto enojo comenta:

—Supongo que lo que haces aquí lo haces allá.

Me cabreo y siento que voy a agarrarlo a puñetazos, se está pasando y me va a conocer.

—Mira, no tengo que darte explicaciones sobre mi vida privada. Tú no lo haces, ¿por qué he de hacerlo yo?

Levanta la voz:

—Porque es mía, usted lo aceptó.

—¡Que tuya ni que rayos! ¿Quieres una sumisa? Aquí te equivocaste guapo porque no soy tuya vete enterando.

Su mirada me amenaza. ¿Corro el riesgo de salir follada nuevamente?

—¿Tuviste sexo con él?

Pregunta seco y sin rodeos.

—Yo no tengo por...

—¡Contesta Maldita sea!

Grita con violencia y tanto me amedrenta que inmediatamente suelto un «No».

—El único que me ha tocado eres tú, pero serás solo eso, primero porque otros vendrán y quizá mejores que tú. Y quien quita que me enamore de un hombre que sí valore a las mujeres.

Mi comentario parece hacerle bullir la sangre del enojo y responde airado:

—Eso no pasara McMillan

Lo tengo a centímetros de mi boca. Respira con enojo e intento suavizarlo con un beso en los labios

—Pero ahora, al que quiero dentro de mi eres tú —Al escucharme esto, lo aviva y siento que su pene crece, una erección se levanta entre sus piernas y eso me excita.

Miro su erección debajo del albornoz y colando las manos debajo de este llego a su dureza, la agarro y suelta un ligero gemido. Esta caliente y lo tengo como una moto.

Muevo su piel en vaivén lentamente mientras besa mis labios—. Te he dicho en el baño de damas que deseo probarte y saborearte... ¿Puedo?

Lo noto algo indeciso, cada vez que deseo hacerle sexo oral se incomoda y eso me extraña. No muy emocionado asiente con la cabeza.

—Haga lo que quiera señorita McMillan.

Capítulo 26

**rienDa sUelta a Mi otra yo**

Despierto en la habitación donde me hace suya cada vez que puede. Estoy desnuda envuelta entre las sabanas perladas satinadas que adornan la cama. Todo este colchón ardió en la noche con su placer y el mío pero por lo que veo al quedarme dormida se ha ido. Me ha dejado sola y se ha ido a su habitación.

Doy un bostezo y entro al baño. Encima del lavabo ha dejado una toalla, un albornoz y el cepillo dental que usé la última vez. Lo abro y me cepillo mis dientes. Me doy una ducha, la necesito. Al salir me seco y me pongo el albornoz, al verme en el espejo sonrío. ¡Me queda enorme! Huele a él y me excita su olor. Creo que el efecto que el provoca en mí es peligroso para mí y más con lo impulsiva que soy. Estoy desnuda, solo un albornoz me cubre y eso me incomoda pero también levanta en mí los más perversos deseos. Abro la puerta y en el penthouse hay un silencio sepulcral. Miro al fondo del pasillo y escucho la ducha. ¡Madre mía! Se está duchando y estoy a un pie de correr a ese baño y comérmelo pero no. Control ante todo. Miro hacia la cocina, luego miro al fondo y me veo acercándome a la puerta. La abro con sigilo y al entrar me quedo boquiabierta. Su cama es enorme. Sábanas azul marino y ese aroma a él impregna el cuarto. Me acerco a su cama en esa en la que solo duerme. Quiero sentarme pero no me atrevo, es tan intimidante todo lo que tiene que ver con él que es mejor no tentar el peligro. Ese aroma viril penetra mi nariz y me tiene

enviciada. Jamás me había pasado tal cosa, ni con Julián. Nada de él me hacía desearlo. Me acerco a la puerta del cuarto de baño. Abro la puerta sigilosa y ahí está en la ducha con las puertas corredizas en vidrio dándome una vista a su cuerpo desnudo y mojado perfecta. Me muerdo los labios y por un momento no me reconozco, nunca había sentido estas ganas y este deseo por nadie. He tenido como máximo dos noviazgos anteriormente y nunca sentí la necesidad de tener sexo como lo necesito con este ruso. Tal vez usaba de excusa el querer llegar virgen al matrimonio para no acostarme con ellos, no estaba segura de lo que sentía, pero por este jodido hombre siento de todo. ¡Hasta ganas de abrirle el cráneo por gilipollas! Aún no se ha dado cuenta que estoy dentro de su baño mirando su cuerpo con lascivia. Muerdo mis labios y siento ardor, calor, excitación.

Opción 1: mando al demonio todo y entro a esa ducha y le pido que me folle lo cual podría ser arma de doble filo

Opción 2: Me limito a mirarlo sin ser descubierta y fantaseo con todo él. ¿Quién me lo prohíbe?

Opción 3: Doy media vuelta y salgo de ese baño con tentaciones carnales y todo se queda neutro.

Pienso, pienso y pienso, opto por la opción dos, me gusta mirar cómo se ducha. Quedo tan hipnotizada ante su virilidad que no me percató de que me ha pillado viéndolo. Enojado desliza la puerta corrediza y tras maldecir en ruso me grita con enojo

— ¡Qué coño haces en mi cuarto de baño maldita sea!  
¡No te he dado ningún permiso para que entres a mi cuarto!

Me paralizó por unos segundos. Su altura me intimida pero no me guardo la lengua y le respondo airada:

—Discúlpame, sé que hice mal en entrar pero no me tienes que tratar de esa forma. No he hecho nada malo, ya me voy para no molestarte.

Al girarme para salir como resorte del cuarto de baño me toma bruscamente por la muñeca y me mete a la ducha con él. Mi albornoz se empapa rápidamente con el agua y yo estoy enojada por su actitud. Me pone contra la pared llevando mis manos por encima de mi cabeza. Se oprime contra mí y dice besando mis labios:

—Tienes razón, reaccioné violento, discúlpame, solo me asuste.

—¡Qué te den!

Me oprime contra la pared embaldosada de la ducha. Cuela sus manos por el albornoz hasta conseguir el centro del deseo. Me besa el cuello mientras juega con mi cabello. Siento su erección sobre mi estómago y siento dentro de mí un repertorio de sensaciones.

—¿Me disculpas? —Me susurra mordéndome el lóbulo de la oreja

—Vale, será la última que te dejo pasar.

Buscando mi vagina, mete dos dedos en mí, los mueve dentro de mí a su antojo hasta sacarme un grito de placer. Me quita el albornoz dejándolo caer en el piso de la

ducha. Su boca va directa a mis pechos, se agacha para poder chuparlos. Los succiona, muerde y tortura sin piedad. Me olvido de todo, solo me concentro en sus besos, esos que me vuelven loca. Agarro su cintura oprimiéndolo hacia mí. Su erección la siento endurecerse cada vez más sobre mi vientre. ¡Lo necesito dentro ya! Me he descubierto en mí una morbosa adicta al sexo casi incontrolable. Me aúpa contra la pared embaldosada, enrosco mis piernas en él y por uno pequeño instante nos miramos. Él lo hace con un afecto que antes no veía en su mirada. Me devora los labios y yo con gusto los suyos. Siento como hunde en mí interior y la sensación es doblemente placentera, no hay nada que se interponga entre el roce de su piel contra la mía. ¡Dios! Después de esto tendré que irme a vivir al otro lado del mundo. La morbosidad de saber que no lleva condón me pone a cien. —Así... no pares —Suplico entre jadeos mientras su pene entra y sale de mí con fuerza. Me toma como su muñeca y me mueve a su antojo. Miro sus azules dilatados con excitación y asalto su boca. Su lengua se enrosca con la mía y con cada embestida se clava más en mí. Me agarra las nalgas y clava sus uñas en mi carne. Necesito más, que me llene por completo. Me llena de palabras calientes el oído y yo chillo del placer. Empujo mis piernas hacia mí empalándome con fuerza —¡Dios más por favor! —Muerdo su hombro con deseo, tras un empujón me da hasta el fondo y gimo como una ninfómana.

—Es muy exigente mi asistente —entra y sale de mí con lentitud

—Aún estoy cabreada contigo —Susurro entre jadeos. Me empala con fuerza otra vez y chilló. Ahogo sus gemidos en su boca, en su dulce y lujuriosa boca.

—No vuelvas a meterte sin tocar antes —Me penetra fuerte, grito.

—Eres un bruto —Muerde mis labios empalándome con fuerza.

—Meg, córrete para mí, vamos lo quiero todo. Me adhiero a su torso con lujuria, bajo mis manos por sus brazos y rozo la cicatriz que tiene en uno de ellos. Su rostro se petrifica se hunde en mí hasta tocar fondo y se queda inmóvil. Retiro la mano rápidamente del brazo y tímida pregunto: —¿Hice algo mal?

—No

—Trago saliva, su mirada me congela, me mata. Me besa los labios, creo que la falta fue menos grave. Vuelve con el vaivén lentamente y me reincorporo al placer. Mi vagina lo succiona lo acopla y siento que necesito más profundidad. Mis piernas siguen abrazando su cintura y yo tiro de él hacia mí.

—Perdón por lo del brazo —Le susurro entre jadeos. Acaricia mi espalda resbalando sus manos por mi piel lentamente.

—No lo menciones.

Me empala con fuerza y suelto un gemido colosal.

—Eso es... así... dame tus gemidos pequeña.

—¡Joder! —Chillo llegando a mi límite junto a él. Mi vagina se contrae y siento espasmos enloquecedores. Me aferro a él arañando su espalda. Nos corremos al unísono y me dejo caer en sus hombros. Me coloca contra la pared.

—Ya está advertida señorita McMillan, no entre a mi habitación o lo va a lamentar.

Por unos minutos nos quedamos inmóviles en la ducha. Abrazo su cuerpo y el deseo por él crece cada vez más en mí. Ya no es solo deseo lo que reina en mi corazón. Me besa los labios con deleite, yo le respondo encantada.

—Es usted muy fogosa señorita.

Sale de mí, al tocar el suelo siento su semen bajar por mis piernas. Creo que después de la calentura pienso, no hemos pensado de momento ciertas cosas. Curva la comisura al verme.

—De momento puede ducharse conmigo señorita McMillan.

Al salir de la ducha me da otro alboroz. No tengo que ponerme y eso me tensa. Se pone un chándal y una camisa oscura. Miro la hora, necesito ir a ver a John. Entro al cuarto donde duermo en su pent-house y al entrar veo unos cortas bermudas y una bonita blusa color lila. No son mías, ¿De quién son? Entra a la habitación y me dice.

—Son de mi hermana. A veces se cambia aquí y deja su ropa. Podrás vestirme con eso.

—Vale, en un momento me visto —Arquea una ceja y responde—. No has comido nada, cuando te vistas vienes

a la cocina.

—Es que no tengo...

—No me contradigas Megan

—¡Vale! Pero no me des sermones —Al terminar de vestirme camino hacia la cocina. Me siento frente a él en un taburete. Me pone en un plato tortitas con jarabe de cerezas. Arqueo una ceja.

—¿Comes tortitas? —Asiente llevándose un trozo a la boca. Tomo el tenedor y tomo un trozo de tortita. Curvo la comisura—. ¿Qué? ¿Están mal? —Pregunta.

—Para nada, están ricas pero tú ¿Cocinas? —Algo... no porque tenga dinero soy inútil.

Como otro trozo y de momento silencio ese que odio.

Tomo un suspiro y luego de pensarlo y pensarlo le digo.

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enojas y te vuelvas don hielo y me digas nuevamente señorita McMillan?

Sonríe y tras pensarlo responde.

—Vale, lo intentare.

—¿De qué es la cicatriz que llevas en el brazo? ¿Por qué te molestó que la tocara? —Se torna serio. Se levanta del taburete y lleva su plato al fregadero. Se queda en silencio pero el aire se puede cortar con un cuchillo. Creo que me he precipitado en preguntar tal cosa. Pero mi boca se dispara antes de que la pueda controlar—. ¿Tiene que ver con su esposa?

—No, no me molesto que la tocaras, pero hay cosas que no son agradables recordar.

—Vale no me digas.

—Megan, no quiero hablar de ello. Tal vez después. Hoy no.

Soltando un suspiro me pongo en pie, ahora si debo irme.

—Tengo que irme. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —Por si no se te ha olvidado soy violinista. Tengo otro trabajo y mi jefe me espera.

—Ese no solo es tu jefe.

—¿Ah sí? ¿Y según tú que más podría ser?

—Se ha ganado tu amistad.

—¿Y eso que tiene de malo? Puedo tener amigos.

Su mandíbula se tensa, noto que intenta contenerse y me jode que lo haga. Es más fácil ser sinceros.

—Ese John no me gusta que este cerca de ti.

—A mí sí. Es muy buen amigo y además ¿quién eres para decirme con quien estar y con quién no?

—Megan, hablo en serio.

Chasqueo la lengua.

—¿Y crees que yo bromeo? John Peterson es mi amigo y no dejare de verlo solo porque así tú lo quieres.

—¿Estás retando mis órdenes?

—¿Órdenes? ¡Pero qué coño te crees! Eres mi jefe, vale con el que he tenido sexo pero nada más. ¿Por qué tendría que hacer caso a cualquiera de sus órdenes? Si lo pidieras de forma distinta tal vez te escuchaba.

—Megan, no me hagas enojar.

— ¡Pues enójate! Al menos demuestra algo de expresión pero no voy a permitir que usted ni nadie quiera dominarme —Agarro mi abrigo y tomo mi bolso. Me

acercó a la puerta y antes de cerrarla le digo—. Descuide señor, enojarse es de humanos.

\*\*\*

Tomo un taxi y me dirijo al apartamento de John. No me hace mucha ilusión entrar a su apartamento pero he sido yo la que he quedado mal. Toco la puerta y en segundos abre. Al verme el rostro se le ilumina. Yo me siento bastante apenada por la plantada que le di.

—Megan, ¡que gusto verte!

—Perdóname por faltar a nuestra cita ayer, es que estaba algo liada con las cosas de mi otro trabajo y olvide la cita por completo.

—Tranquila, estas aquí y es lo que importa.

Me invita a pasar y entro a su apartamento. Es muy rustico y acogedor.

—¿Vives solo?

—Sí, aún la mujer que me interesa no me voltea a ver.

—Ya verás que cuando se dé cuenta del hombre que eres lo hará —digo inocente.

—Eso es lo que más deseo Megan...

—Y bueno, ¿qué tienes pensado para esa pieza que compondremos?

Se sienta en la sala de estar. Su mesa de centro está llena

de acordes y pentagramas. Los ojeo y me sonrío.

—Vas muy bien. Sonaran genial.

—Quiero que le des tu toque. También quería ver solo si se puede que vocalices Black Heaven.

Me quedo confusa, ¿Es en serio?

—¿Para? ¿Es necesario?

—Sí, es que pensé usar Black Heaven en una de las escenas y estudiando lo que compusiste podemos hacer una pieza instrumental y vocal.

—Dices ¿yo cantar? Vale que se cantar pero jamás lo he hecho frente a cientos de personas.

—Lo harás bien... y hay otro detalle.

—¿Cuál?

—La letra me gustaría que la cantaras en tu idioma.

—¿Dices en Italiano? —Asiente con la cabeza. Trago saliva y finalmente respondo—. Vale, vale pero con una condi- ción.

—¿A ver cuál?

Sonrío.

—Que me ayudes con la letra.

Se ríe divertido.

—Te ayudo con gusto.

Me entretengo creando nuevos acordes y por un momento me siento totalmente relajada. Mientras comienzo a componer con John suena mi móvil. Al ver de quien se trata pongo los ojos en blanco, no puede ser que tan poquito dure mi paz.

DE : Mikhail Ivanov

FECHA: 3 de mayo de 2014 7:34 p.m. PARA: Megan McMillan

Asunto: Se está pasando

Lleva todo el día en ese apartamento. La quiero fuera en cinco minutos o iré a por usted.

Mikhail Ivanov

Al leerlo me hiervo por dentro. ¿Pero qué coño se cree el ruso este? ¿Acaso me está siguiendo? Le pido un segundo a John y le respondo:

DE: Megan McMillan Agnelli

FECHA: 3 de mayo de 2014 7:35 p.m. PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: Déjeme

Estoy trabajando y me estas estorbando. ¿Me estás siguiendo? Déjame en paz. No me dejas respirar. Estoy ocupada.

PD: Déjeme en paz. Estoy trabajando y me está cabreando.

Megan McMillan Agnelli Cuando pienso que ha dejado esto por la paz suena de nuevo el maldito móvil

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 3 de mayo de 2014 7:40 p.m. PARA: Megan McMillan

ASUNTO: Limite

Estoy llegando al tope de mi paciencia Megan. No juegue con ella porque no le va a gustar.

Mikhail Ivanov

DE: Megan McMillan Agnelli FECHA: 3 de mayo de 2014 7:45pm PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: ¡Que te den!

¿Acaso hablo chino? ¿Cómo te digo que estoy trabajando?

PD: ¡Estoy cabreada!

Megan McMillan Agnelli

Espero unos minutos y veo que no contesta. Me asomo a la ventana y veo su Porsche alejarse con velocidad. Creo que estará de un humor horrible pero sinceramente me da igual. Vuelvo a la mesa con John. Sonriendo pregunta:

—¿Tu otro trabajo cierto? —Asiento con la cabeza exhausta—. ¿Todo bien?

—Sí... —digo— es algo tedioso pero puedo sobrellevar la carga.

Después de estar unas horas más componiendo me despido de él y me dispongo a ir a mi casa, ¡por fin! Al

llegar Melanie ya se ha dormido, menos mal. Avanzo a mi cuarto sigilosa y tras tumbarme en la cama cierro los ojos y me viene a la mente el ruso, pero esta vez no es nada placentero. Sé que estará que echara chispas. Guiño los ojos y soltando un suspiro cojo el móvil. Tras no ver ningún tipo de mensaje de Mikhail algo me dice «Megan, la has vuelto a liar».

## Capítulo 27

### **Dulce archivo**

Llevo tres días sin cruzar palabra con Mikhail. Todo a través de correos o intermediarios. Raisa se ha ido a Rusia. ¡Menos mal! Me tenía en harta la muy impertinente. La otra es América, desde que ha visto que el ruso no me dirige palabra goza poniéndome trabajo en exceso. Me carga hasta los hombros y siento que voy a reventar del coraje. Intento concentrarme en lo mío pero es casi imposible al ver como América entra a la maldita oficina de Mikhail y tarda una eternidad. Los celos me poseen y no me dejan pensar con claridad. Después de una hora sale risueña del despacho del ruso y yo quiero partirla en dos. Suena el teléfono que conecta el despacho de Mikhail. Me muerdo la lengua y con profesionalismo finjo que no estoy para nada celosa.

—Buenas tardes señor Ivanov, ¿qué se le ofrece? —Pase por mi oficina.

—Tengo trabajo señor. No creo que pueda, pero si no le importa cuando termine paso por su oficina.

—No te he preguntado si puedes o no. Tu solo vienes y ya. Entro a su despacho con mi macarra despierta. Ya veo por

donde va, ya se lo que quiere, hacerme enojar. Me acerco a su escritorio y le digo:

—¿Qué es lo que necesita?, le agradecería que fuera breve. —Entre al archivo.

—No. ¿Por qué tendría que hacerlo? Estoy ocupada y si no

le molesta me retiro.

—¿Ocupada? Lo dudo mucho señorita, usa su ordenador para mensajearse y buscar tips en el sexo, no para trabajo. Mi cara es un poema, me sonrojo ¿Cómo coño sabe eso?

—Cómo... usted... ¿Cómo sabe eso?

Serio responde:

—Su ordenador esta sincronizado con el mío, no puedo creer que sea tan tonta.

—Pues me importa un reverendo rábano. ¡Me voy! —No lo vuelvo a repetir.

Con los pasos de plomo hago lo que me dice. Entra tras de

mí y cierra la puerta. Me toma en sus brazos y me besa con

posesión, con salvajismo.

—Se acabó el jueguito de quién le habla a quién Megan. No lo soporto.

—Déjeme en paz. Suélteme o grito. Deje de tocarme o le juro que le daré un golpe en las pelotas que se va a enterar. Besa mis labios y yo por más frialdad que intento mostrar

solo logra que mi cuerpo responda gustosa. Abrazo su cuerpo

y la gelidez que sentía en él hace meses ha desaparecido.

Es

totalmente otro, sus besos son más cálidos, su mirada más tierna, aunque su carácter sigue. Enredo mis dedos en su cabello y tiro suavemente de él.

—Estoy muy cabreado contigo.

—Y yo contigo.

—No quiero que estés cerca de ese tipo, eres mía Megan. Solo mía.

Abren la puerta del archivo y nos quedamos helados. Yo con el labial corrido y Mikhail con los labios pintados. —

No quise interrumpir, sigan con su disfrute, yo les pongo afuera un letrerito para que no los interrumpan. Cierra riéndose y Mikhail le grita en ruso. Calmo sus

revoluciones y lo beso con ternura. Abrazo su torso y sonriendo

algo tímida digo:

—No te preocupes, yo hablo con Alek ¿sí? Vengo en un rato, debo ir con ella.

Salgo del despacho de Mikhail y entro al de Aleksandra. No hago más que entrar y se parte de la risa. Me acerco a su

escritorio y su risa aumenta. Me siento horrible.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tu... ¿Y Mikhail en el archivo? ¿Es enserio? Parecen adolescentes.

—¿Aleksandra puedes dejar de reírte y escucharme? Se aguanta la risa y me dice:

—Vale, que no hay nada que explicar. Al menos mi hermanito si sabe todavía lo que es besar a una mujer y calentarla

—Vuelve la risa a la carga—. Solo faltó que te cogiera. —  
¡Aleksandra! ¡Por Dios!

—Ay Megan por favor. No seas tan pudorosa. No estabas haciendo nada malo. Pero aun así da mucha risa.

—Estuvo mal.

Su lado divertido y de mofa se esfuma. Me mira con seriedad y tras tomar un suspiro me dice.

—Megan, tal vez pienses que me tomo todo a la ligera, de hecho sí. Pero cuando tengo que reconocer la seriedad sé

hacerlo. Y lo que has hecho con mi hermano ninguna mujer lo

ha logrado desde Irina. Le has devuelto el interés, la pasión.

No sabes cuánto tiempo sufrí viendo a Mikhail hundido en la soledad. Él te quiere aunque se niegue a aceptarlo. Trago saliva.

—¿Qué he logrado según tú?

—Humanidad... Has logrado que mi hermanito de su brazo a torcer y poco a poco haga cosas que se había privado de vivir. Es otro, no puedo explicarlo, solo sé que es otro. Megan, ¡no llores!

—Deben de ser ideas tuyas, y él no me quiere, para nada.

—¿Ideas mías? Ay por favor. ¿Mi hermano yendo al cine?

¿Yendo a cenar?

—Tu hermano se ha acostado con América, no soy la única ni nada por el estilo.

Se ríe.

—Fue solo una vez, de hecho se arrepiente al día de hoy. Fue en uno de sus deslices con el alcohol. Desde eso no ha vuelto a beber.

—Pues vaya rollito. El muy fresco me dijo que se acostó con ella un par de veces.

—Y tú tonta que le creíste. Te busca el demonio y tú ¡zas! Lo dejas salir.

—¿Me estás diciendo que el muy idiota se divierte haciéndome enojar?

Encoge los hombros.

—Eso creo Megan... te digo que mi hermanito es especial. Es que en estos momentos quisiera tener un bate de béisbol

y partírselo en el cráneo. ¿Estos tres días no me hablo para

solo verme enfadada? Es que le voy a soltar una de las mías

y esta vez no me contendré. Miro fulminante a

Aleksandra. —¡Es un infeliz! Tu hermano es un tonto de lo peor. —Un tonto que te trae loca. Anda ya acéptalo.

Esta rusa también va a coger sus frescas, estoy que echo humo por los oídos.

—¡Me sigue! ¡Me rastrea la maldita computadora! ¡Es un loco!

Se carga de risas.

—Desde que te conoció su vida ha dado un giro enorme. No puede controlar sus impulsos y eso lo cabrea. Pero lo más

que le enoja es verte con un tal...

—¿John?

—Sí ese...

—Por mí que se pudra del enfado.

—Ay Megan, no seas tan drástica. Es más, ¿por qué no continúan con lo del archivo en la noche?

Me levanto de la silla con la macarra encendida. Curva la comisura y responde en voz baja.

— No lo pueden negar, se traen locos

Salgo prácticamente corriendo del despacho de

Aleksandra

al de Mikhail. Entro y América está hablando con él.

¡Maldita

bruja! La miro fulminante con ganas de despellejarla viva.

—¿Puede dejarme a solas con el señor?

—Niña, ¿Es qué no ves que estamos hablando? Dios que ordinaria.

Opción 1: le cruzo la cara de tal forma que escupa un par de dientes.

Opción 2: Soltarle una de mis frescas aunque eso pueda costarme el trabajo.

Opción 3: No hay opción tres.

Creo que la segunda no suena nada mal. Cierro la puerta y lo de macarra me sale por los poros.

—Punto uno: Ordinaria tu madre, punto dos: ¿qué no entiendes de que te vayas? ¡Que salgas y me dejes con el señor! —¿Quién demonios eres tú para darme ordenes?

Hasta

que Mikhail no me lo pida, no me voy.

Mi sangre bulle, bulle y bulle. Está en definitiva quiere perder un par de dientes.

—Mira idiota, no te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando ¿cómo la ves? Si quieres conservar tus extensiones y tus

dientes te aconsejo que no me sigas provocando.

América mira a Mikhail, este inexpresivo como siempre.

Le va y le viene lo que pasa. Se cruza de brazos y se queda

como idiota inmóvil. No pienso, solo actúo. Avanzo hacia ella

y tomándola con fuerza del antebrazo la llevo hasta la salida —¡He dicho que te largues!

Sale del despacho y me giro para ver a Mikhail. Con su típica mirada inexpresiva me dice:

—Lo que acabas de hacer tendrá consecuencias... —Me importa un comino.

Se levanta de la ejecutiva y camina hacia mí.

—¡Baja la voz!

—¡No voy a bajar nada! —Me toma del brazo con fuerza y a rastras me mete al archivo.

Me suelta y cabreado me dice:

—¿Se puede saber qué coño te pasa ahora? ¿Crees que soy tu maldito juguete sexual? ¿O soy tu bufón personal?

¿Te

divierte verme así? ¡Enojada!

Me mira y se lame los labios.

—Me excita... —¡La madre que lo parió! ¡Y no tener una maldita sartén para estampársela en la cabeza! Entro en cólera.

No manejo mis impulsos y comienzo a darle puñetazos en el

pecho sin parar. Me agarra las manos y me abraza a la fuerza—. ¿Ya cálmate quieres? —Su fuerza colosal no me deja

librarme de sus brazos. Me obliga a estar adherido al él.

—Te odio, suéltame, déjame en paz.

—Prefiero que me odies a que sientas cualquier otra cosa por mí.

De hacer fuerzas con el ruso paso a quedarme inmóvil ante

su contacto. Derramo lágrimas y no sé por qué carajo.

Solo

sé que quiero llorar. Me he callado. Estoy en silencio y me

suelta.

—¿Sé puede saber a qué se debe este arranque? —Solo...

Aléjate de mí. Ya estoy hasta la azotea de esto.

Si me va a despedir háglo. Ya me canse de no tener una vida

normal solo por estar fantaseando con mi jefe.

Aprieta la mandíbula. Me mira con esos azules enloquecedores y me dice con seriedad:

—¿Eso es lo que quieres? —Asiento con la cabeza—. No creo que quieras eso.

—Sé que no puedo exigir nada, de hecho no lo haría. Pero si puedo elegir. No quiero que se acerque a mí, solo la hará

para relaciones profesionales.

Siento que su mirada se descompone. Con voz algo entre cortada responde:

—No haré nada que tú no apruebes.

Asiento con la cabeza. Se sienta en su silla ejecutiva y su estado ruso frío regresa.

—Bien señorita McMillan, por motivos de trabajo viaja

conmigo mañana a Europa.

—¿A qué hora?

Responde gélido.

—Seis de la tarde en el aeropuerto.

Creo que me estoy arrepintiendo de mi más reciente impulso, pero ya está hecho.

—¿Por qué intentas cambiarme Mikhail?

Me mira como nunca lo ha hecho antes. Traga saliva y tras

besar mi labio inferior responde:

—No lo hago, usted es la que lo hace, eso no lo permitiré  
McMillan.

## Capítulo 28 **tUlipanes lila**

Arrastro mis maletas hacia la escalerilla del jet del Mikhail con los ánimos por los suelos. Subo al avión y él tras de mí. Todo es lujo. Como que es del ruso. Me siento en uno de los asientos acolchonados soltando un suspiro agotado. Se sienta frente a mí y coje una llamada. Comienza a hablar en español ¿Este también habla español?

—Ya estoy en el avión. Necesito que me tengas dos suites reservadas en el hotel de siempre. Una doble y la otra sencilla —Se queda en silencio por unos momentos y vuelve a contestar—. Espero que tenga todo en orden a mi llegada Agnessa.

Cuelga el móvil. Lo único que entendí de la conversación fue «Agnessa» siento celos rápidamente. Me muerdo la lengua y trato de tragarme los celos. El jet despega y tras veinte minutos en el aire me dice:

—Anda, pregunta. Sé que mueres por hacerlo. No me aguanto y lo hago.

—¿Hablas español?

—Mi madre es española, entonces sí, hablo español — responde serio.

—¿Y quién es Agnessa?

—Mi representante en la delegación de Madrid. —¿Otra rusa?

Asiente con la cabeza. Aprieto los dientes y respondo: — ¿Vamos a Madrid?

—Sí Megan —responde.

La azafata se nos acerca y nos ofrece unos refrescos. El

muy cabezota se lo rechaza con frialdad.

—¿Cómo puedes ser tan frío?

—Supongo que con practica señorita.

Me niego a seguir hablando con este ruso sin nada de empatía por nada ni por nadie. Me recuesto a dormir dándole la espalda Mikhail. Jodido vuelo largo, por fin ya hemos llegado a Madrid. Nunca he estado en este país y me hace mucha ilusión conocer lugares nuevos. Bajamos del jet y un coche muy elegante nos espera. Me quedo

flipada con semejante coche. Este sé que se quiere reír al verme verlo todo con gran asombro

—¿Nunca había estado en un coche así?  
Niego con la cabeza.

—Apenas tuve coche los otros días —Curva la comisura  
—. ¿Cuánto tiempo estaremos en Madrid?

Arquea una ceja.

—Lo que sea necesario. Agnessa nos dirá que cuánto hay que hacer.

—Tú y ella han...

—Sí, he tenido sexo con ella hace años.

Me muerdo la lengua. Otra rusa y para colmo tiene nombre de facilita. Llegamos a un lindo hotel cinco estrellas. Bajo del coche y el chofer me da mis maletas. Me quedo como una total estúpida mirando el vestíbulo del hotel. Menudo hotelito. Mikhail se acerca a la recepción y vuelve a hablar en español. ¿Qué coño dirá? Lo único que sé es que le entregan dos tarjetitas. Me da una.

—Que pase buena noche McMillan.

Me quedo paralizada, no hablo español, ¡nunca he estado en toda mi puñetera vida en España! Lo agarro de la muñeca asustada.

—Mikhail, digo señor. Una pregunta, ¿aquí todos hablan español?

Responde sarcástico.

—McMillan, estas en España. ¿Qué esperas? ¿Qué hablen chino?

Estoy a punto de mandarlo a paseo con una de mis frescas pero me aguanto. El botones toma mis maletas y las deja en mi suite. Paso la tarjetita en la puerta y al cerrar la puerta me quedo boquiabierta. Todo es lujo y sofisticación. Una cama extra grande me espera al fondo. Doy brinquitos, nunca había tenido una suite para mi sola. Es del tamaño de mi apartamento. Hay un pequeño frigorífico de acero. Me acerco a él y al abrirlo hay trufas de esas que me gustan. Hay refrescos y docenas de dulces. Así trabajar es una delicia. Me desplomo en su sobre la cama, es tan suave y cómoda que lo menos que haría en ella es dormir. Vale Megan que el efecto Ivanov ya te está afectando, nuevamente. Ruedo como niña pequeña en la cama radiante. Con mis monerías caigo al suelo. Menudo guantazo que me acabo de dar. Suena el móvil. Pienso que es don hielo pero no, es un correo, mis ojos sollozan. ¡Es mamá! Jamás me había sentido tan feliz de ver un correo en italiano

DE: Caterina Agnelli

FECHA: 10 de mayo de 2014 8:34 p.m. PARA: Megan  
McMillan Agnelli ASUNTO: Graduación

Hola cariño, espero que tú y tu hermana estén bien. Te escribo para decirte que haré hasta lo imposible por ir a tu

graduación. No quiero perderme eso por nada del mundo. Por aquí todo va bien dentro de lo que cabe. Danilo y yo abrimos un restaurante y las cosas nos van bien. Si siguen así pronto estoy con ustedes. Mamá ya está mejorando y eso me dará oportunidad de ir con ustedes a Estados Unidos.

También quería preguntarte por Alisson. ¿Sabes de ella? Sé que para ti más que nada se te hace difícil hablar de ella pero no es su culpa el existir. Esta sola con una pequeña y necesita de ustedes.

¡Ti amo cuore! Caterina

Leer su correo me da un sentir agridulce. Me emociona saber que vendrá a mi graduación pero su otra pregunta, sobre ella... me incomoda. Respondo el correo en italiano.

DE: Megan McMillan Agnelli

FECHA: 10 de mayo de 2014 8:40 p.m. PARA: Caterina Agnelli

ASUNTO: Lo pensaré.

Mamá,

Me da una alegría inmensa que vengas a mi graduación. Quiero hablar contigo por horas. Estoy feliz por ti y tío Danilo. Respecto a esa mujer, mamá no me es fácil. No sé

cómo lo es para ti. Por lo que sé, está bien pero necesito distancia.

¡Mi piace un mondo! Megan.

Dejo el móvil sobre la mesilla de noche. Entro al baño y otra vez me quedo boquiabierta ¡Ese jacuzzi es colosal! Lo lleno y me voy desvistiendo. Me meto en el jacuzzi y tras tomar un largo y relajante baño, salgo en albornoz al cuarto. Mi móvil parpadea, me acerco a la mesilla y lo cojo). ¡Otro correíto! Para variar

DE : Mikhail Ivanov

FECHA: 10 de mayo de 2014 11:34 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: Labores en Madrid

Señorita McMillan

La siguiente es para informarle sobre sus labores durante el tiempo que estemos en España.

Punto 1: Su horario será de seis de la mañana a seis de la tarde.

Punto 2: En la delegación estará en calidad de secretaria (Asistente).

Punto 3: Una de mi entera confianza le estará ayudando con su adaptación.

Punto 4: Compórtese, no me haga pasar disgustos.

PD: ¿Está bien la suite?

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals Inc.

Me quedo boquiabierta, odio cuando me llama «Señorita McMillan» ¡me harta! Vale, vale que solo soy una mera empleada... maldita sea enamorada de su jefe.

DE: Megan McMillan Agnelli

FECHA: 10 de mayo de 2014 10:35pm PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: Descuide

Señor:

Sé muy bien cuál es mi lugar en este viaje de trabajo. Soy su asistente personal. Haré y desempeñaré mi trabajo lo mejor posible. Ante todo está el profesionalismo.

PD: La suite está bien, me ha gustado.

Megan McMillan Agnelli Asistente Ejecutiva

Pasan diez minutos y el móvil suena. No lo quiero tomar. No quiero hacerlo. Miro el identificador de llamadas. «El ruso» se refleja en la pantalla y yo pestañeo. ¿Qué querrá? No, no estoy en horas de trabajo. Que se aguante. Entra un correo, otra jodida vez.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 10 de mayo de 2014 11:45 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: llamada perdida.

Señorita

Le he llamado y no coge el móvil. Le aconsejo que tome la llamada o iré a por usted.

DE: Megan McMillan Agnelli

FECHA: 10 de mayo de 2014 11:47 p.m. PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: Déjeme en paz.

Señor:

Le recuerdo que no estoy en horas de trabajo. Por ende, si no me da la gana de coger la llamada pues usted se aguanta.

Punto 1: ¿Usted quién se cree para decirme a quién cogerle la llamada? Es usted un hombre con mucho dinero, no es el dueño del mundo.

Punto 2: Conmigo se ha equivocado. No soy una muñeca a la que puede manejar a su antojo. Para eso tiene a América y ahora a la otra rusa esa.

Punto 3: ¿A quién piensa buscar en mi suite? No me encuentro en ella. Digamos que he conocido un español que me ha molado y me invito una copa. ¿Y qué cree?

Hasta me esta enseñado español con clases privadas y personales.

Como vera estoy algo ocupada. Pero descuide, estaré a primera hora en el vestíbulo del hotel.  
Ahora si me disculpa sigo con mi español.

Megan McMillan Agnelli

No puedo evitar morirme de la risa al imaginar el rostro de mala leche de Mikhail. Es que debe ser todo un espectáculo. La mentirita del español me ha caído como anillo al dedo. Pero la verdad es que estoy tirada en esta cama inmensa sola y aburrída como una ostra. Y lo peor de todo, con ganas de sexo ruso. No recibo respuesta de su parte. Joder, creo que la he vuelto a liar. Después de darle práctica a mi ruso pre básico en pronunciación me acuesto a dormir. Menudo día me espera.

\*\*\*

Llevo puesto un bermuda y una blusa roja, unas botas con tacón en piel a los tobillos y una coqueta coleta alta. Miro el reloj, son las seis menos diez. Mejor apurarme y bajar al vestíbulo. Al bajar veo a Mikhail recostado de una columna. ¡Dios! Este hombre hasta con vaqueros y chaqueta se ve escandalosamente guapísimo. Intento disimular mi emoción y tragando saliva me acerco a él.

—Buenos días señor Ivanov.

Sin cambiar su agrio y frío gesto de la cara responde: —  
Buenos días señorita McMillan.

Se queda como poste parado y me pregunto ¿Qué coño

espera? Justo cuando pienso soltar mi lengua una mujer de cabellera oscura, tez blanca pálida, en vaqueros y camisa de manga larga se nos acerca. Saluda a Mikhail estrechando su mano con cierta zalamería. Me mira y me escanea de pies a cabeza. Esta mujer me da mala corazonada pero por puro profesionalismo me saluda.

—Hola, tú debes ser Megan McMillan.

Mikhail nos presenta con seriedad.

—Señorita McMillan, ella es Agnessa Smirnova, es mi asistente en Madrid y donde se lo solicite.

Con una sonrisa prefabricada la mujer me estrecha la mano.

—Es un placer conocerla señorita McMillan.

Cuando pienso que nos vamos a ir de una buena vez la sofisticada y presumidita toma del brazo a Mikhail y le pregunta:

—¿Desayunaste? —Mikhail niega con la cabeza—. Vale pues yo tampoco, ¿qué tal si desayunamos juntos? —De acuerdo, vayamos entonces.

Me siento fuera de lugar, el maldito ruso desde que la rusa

número dos apareció yo estoy pintada en la pared. Con frialdad e indiferencia se dirige a mí, más indiferencia de lo normal.

—¿Nos acompaña señorita McMillan?

¡Es que le suelto una de mis frescas!

—Gracias señor pero les espero aquí. Supongo que tiene mucho de qué hablar con la señorita...

Entran al restaurante del hotel y tengo ganas de gritar.

Gritar mucho. ¿Por qué es así? ¿Porque me trata tan seco?

Algunas veces soy Meg y otras la señorita McMillan. ¡Es que no lo paso! Me siento en uno de los bancos de la recepción. Los espero como buena imbécil. Miro el reloj a cada rato. Llevan más de una hora desayunando y estoy que me lleva el diablo. Salen del restaurante hablando entre sí, me pongo en pie y los sigo como buena imbécil hasta el coche que nos espera.

Le abre la puerta a la rusa número dos. Ella entra al coche y cuando voy a subir en ella me detiene. Me quedo confundida, ¿Qué le pasa?

—Usted se queda, otro chofer pasara por usted. Nos vemos en la farmacéutica.

Se sube al coche y me deja sola sin ningún tipo de remordimiento. A los pocos minutos llega otro chofer. Me ha sido imposible no llorar.

—¿Está bien señorita? —pregunta el chofer.

—Eh sí, estoy bien.

Llego a la delegación de Madrid. Aquí no es un rascacielos. Es una farmacéutica pequeña pero más

acogedora que el mundo que hay en Seattle. Entro a la recepción de la delegación y me siento algo perdida. Veo a Mikhail junto Agnessa hablando con otros sujetos y me acerco a ellos con la macarra avivada.

—Usted se quedará en este mostrador para atender mis pendientes desde aquí.

—¿Y no se supone que tenía que estar a su lado en todo momento? —pregunto seca.

Arquea una ceja y acerca a Agnessa con la mirada

—Agnessa irá conmigo. Usted quédese aquí cumpliendo con lo que le ordene.

—Ah, necesito que haga una reserva en el restaurante del hotel para hoy en la noche —Por un momento creo estúpidamente que va invitarme a cenar. Soy una imbécil, una imbécil de lo peor, Megan, ¿Dónde se te quedo la dignidad? Se me cayó por ahí—. Agnessa y yo iremos a cenar, no quiero interrupciones de ningún tipo. Cualquier cosa que tenga que decir, lo hará mañana en la mañana. Sale con la rusa número dos y yo quiero agarrar lo primero que encuentre y lanzarlo. Cada vez puedo controlar menos esto que habita en mí. Jamás he odiado tanto a una persona con la misma intensidad con que la quiero y es algo que constantemente me quema por dentro. He pasado una tarde horrible. Estoy en el mostrador tomando llamadas y viendo a gente entrar y salir de la farmacéutica. Un mensajero llega con un hermoso arreglo de flores. Son tulipanes lila hermosos, traen consigo una caja de bombones. Me emociono, son

mis flores favoritas y los bombones que tanto me gustan. El corazón se me pone a mil y siento que las maripositas reviven en mi interior.

—¿Es usted Agnessa Smirnova?

Mi emoción se va por un tubo, se va al diablo y otra vez se mueren las maripositas.

—No, pero trabaja para la empresa.

Me entrega una nota.

—Me da su firma y se las hace llegar por favor.

Firmo el dichoso papelito. Lo llevo al despacho de la rusa número dos sintiéndome horrible. No se encuentra, mejor así. Miro la tarjeta y quiero ver de quien es. La curiosidad me mata y la leo.

*Me gustaría recordar viejos tiempos.*

*Mikhail Ivanov*

Pongo la nota donde estaba y palidezco. Quiero morirme, derramo una lágrima mirando los tulipanes y acabo de sentir que todo dentro de mí está colapsando en dolor.

Salgo del despacho de la rusa número dos y me bebo mis lágrimas. Me siento en el mostrador y fingiendo tener un día ameno recibo gente con el mismo recibimiento.

—Ivanov Pharmaceutical, España. ¿En qué puedo ayudarle?

Capítulo 29

## MazMorra interna

Esa nota aún sigue retumbándome en la cabeza. Durante estos días me he dedicado a ejercer mi trabajo. La distancia entre él y yo ha sido notable. Al fin ha entendido que lo quiero lejos y no ha hecho nada por acercarse. Pero no pensé que fuera a doler tanto. Agnessa no se le separa y yo solo puedo observar desde lejos. La trata tan distinto a como me trata a mí que solo puedo confirmar que nunca ha sentido más que deseo sexual por mí. Entra una llamada a mi móvil y desmotivada atiendo.

— Hola...

—¡Hola Megan!

Me sonrío, me alegra escucharla.

—Melanie, ¿cómo estás?

—Pues extrañándote mucho. Llevas dos semanas por allí

y quiero que regreses.

—Créeme, lo deseo más que tú.

—¿Por qué lo dices? Debes estar rebosante. Estas con el

hombre que te trae como idiota.

Suspiro y tratando de no pensar en ello le respondo: —

Soy solo su asistente Mel. Lo que paso entre ese hombre y yo se ha acabado... es que joder, nunca hubo nada. Solo

noches de sexo. Más nada que sexo, solo fui yo la que se hizo una fantasía loca y absurda. Mire muy alto.

—Ay Megan, tengo que decirte que pensé mejor lo que te dije la última vez sobre el ruso. Se nota que estas enamorada de él y aunque no sea el prototipo de hombre ideal sé que mueres por él. ¿Por qué no intentas algo con él? Es que no sé aunque no es santo de mi devoción, siento que él se resiste a querer, está en ti hacer que eso cambie.

Me rio histérica.

—Mel, Mikhail no es del tipo de hombre de cosas lindas y estar agarraditos de las manos. Apenas logro comprender su absurda actitud. No podría estar con alguien que ahora está bien y después está mal.

—Intenta comprenderlo, tal vez solo sea así al principio. Suelto un suspiro cansada.

—He decidido dejar las cosas como están. Sera lo mejor. Me dedicaré a la música y olvidaré que ese hombre me hizo sentir lo que ninguno había logrado. Pronto dejaré de trabajar para él y me dedicaré solo a tocar.

La mujercita esta insiste, como se nota que es mi hermana.

—¿Y crees que te será fácil?

—Haré hasta lo imposible —Me quedo en silencio y los sentimientos me invaden. Me desplomo en lágrimas y llena de frustraciones añado—. Lo necesito como el aire

que respiro y eso me asusta. Me fastidia sentir algo por un ser que no siente nada por nadie, ni por él mismo. Me fastidia tenerlo cerca y no poder repelerlo, caigo rendida ante él. Estoy harta de ver cómo me hace a un lado y me toma solo cuando le place. Estoy cansada de sentir todo esto. Quiero que desaparezca, que regrese a Rusia y no vuelva jamás.

—Ay Meg, que puedo decirte. Lo quieres, pero para ganar hay que perder. Esas lágrimas tal vez luego se conviertan en risas. Quizá para ser feliz primero necesitas pasar por esto. Nadie dijo que amar es una tarea fácil.

—Melanie, es fácil soñar, sé que en verdad el amor al final siempre duele pero soy yo, no aprendo y terminaré pagando con creces el enamorarme. Primero Julián, ahora Mikhail. Nadie se enamora de mí, es algo que debo aceptar.

—Meg, prométeme algo, tratarás aunque sea de cambiar el humor. Odio verte y oírte así.

—Vale, lo haré —recuerdo el arreglo de flores y ceñuda le pregunto a Mel— Melanie, ¿tú le dijiste a Mikhail cuales eran mis flores favoritas?

—Eh, más bien el preguntó. Vino una vez a casa, tu no estabas y vio tulipanes lila en un jarrón de vidrio. Preguntó y yo le dije.

—¡Es que serás tonta!

—¿Ay que tiene de malo?

—Nada, nada tengo que colgar.

—¡Espera! Casi se me olvida. Tal vez para tu regreso no

estoy en casa, viajaré con el grupo de la universidad a Quebec.

—Mel, sabes que tienes que tomar precaución con tu...

—Sí lo sé. Tengo las neuronas fritas y tengo que cuidarme. Tranquila estaré bien

—Vale, pero llámame siempre que puedas.

Cuelgo el móvil. Estoy en el ojo del huracán. Quiero parecer profesional, quiero pasar por alto que el ruso cada vez que puede, trata de sacarme el demonio. Estoy en un puñetero mostrador donde la puerta del despacho del ruso da directa hacia mí. Megan, agárrale todo el odio posible al idiota ese.

—Hola Megan, ¿qué tal tu día?

Levanto la mirada y al ver de quien se trata sonrío.

—Hola Manuel, ¿estoy bien y tú?

—Bien —Arquea una ceja, mira el reloj— te toca el descanso.

Miro el reloj, es verdad pero ¿a dónde coño voy con media hora? Me sonrío y respondo:

—Lo sé pero tengo mucho que hacer.

—Deja eso a un lado y tomate un café conmigo en la cafetería.

—Pero...

—Es aquí cerca, lo sabes.

Manuel se ha ganado mi amistad en estas semanas que he estado en Madrid y el único que he conocido que habla inglés. Es un buen tipo y de vez en cuando vamos a la cafetería. Bajamos a la cafetería y al pedir los cafés nos

sentamos en la misma mesa de siempre. Hablamos de muchos temas hasta que sale a relucir el ruso.

—¿Que sabes de Mikhail Ivanov?

—Pues no mucho, que heredo todo de su padre al morir, nada más.

Tomo un sorbo de café y me quedo pensativa.

—¿Nada más?

—No sabemos mucho de los jefes aquí.

—Lo normal, y la verdad no me importa mucho saber de él.

—¿De dónde eres? No tienes cara de ser estadounidense. Esbozo una sonrisa y respondo:

—Soy italiana. Nací en Venecia. Mi madre es italiana y mi padre era estadounidense.

Veo entrar a la cafetería al hombre que tiene mis pensamientos al revés. Al verme sentada con Manuel su mirada se solidifica. No le gusta verme con él. Intento no parecer nerviosa. Pide un café y se sienta en una mesa al fondo. No me quita los ojos de encima. Me mira con seriedad. Intento no mirarle pero es casi imposible. Más que deseo siento miedo, bastante.

—Megan, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Estas roja, no sé cómo inquieta.

—¿Qué? Para nada —Miro el reloj—. Ya se me ha acabado el descanso. Voy al tocador y me regreso a mi puesto. —Vale, te acompaño.

Veo como el ruso me sigue con la mirada. Trago saliva.

¿Por qué su sola mirada me hace flaquear? Me espera en la salida del tocador. Cuando salgo le pido el favor de que me acomode las tiritas del sostén, quiero hacerlo quemarse del enojo por imbécil. Manuel lo hace sin chistar y Mikhail nos observa. Su mirada se torna enojada. Se levanta de la mesa y sale de la cafetería en zancadas. Manuel me acompaña hasta mi puesto y tras despedirnos vuelvo a mi odiosa rutina. Me siento en mi escritorio y veinte minutos después mi teléfono interno suena.

—La quiero en mi despacho ahora.

Trago saliva, su voz grave e intimidante me llenan de temor.

—En un momento estoy en su oficina señor Ivanov — Cojo el trabajo que he hecho hasta el momento y entro con él en manos. Pongo las carpetas sobre su escritorio y me quedo algo distante—. Aquí están los informes que me ha solicitado. Están todos en orden. Si no necesita nada más me retiro.

—No le he dicho que se pueda ir.

Maldito ruso presumido, se me sale, ¡se me sale!

—Dígame que necesita señor.

—¿Qué hacía con ese hombre en la cafetería?

—Estaba en mi descanso y decidí tomar un café con él. Cosa que a usted no le incumbe señor.

—¿Qué hay entre ese español y usted?

Respondo fresca harta de sus cuestionamientos:

—Algo que a usted no le importa —Se levanta de su

ejecutiva y camina hacia mí—. Da un paso más y juro que lo denuncio por acoso. Ya basta, déjeme en paz.

Se recuesta de su escritorio y me mira de pies a cabeza.

—Acércate.

—No.

Arquea una ceja.

—Acércate por favor.

Resoplo y cabreada doy un paso hacia él aun guardando distancia.

—Ya está, ¿Qué quiere?

—Un poco más.

—Aquí me quedaré, no daré ni un paso más. Se acerca a mí y le juro que grito.

Avanza hasta la puerta y pone el seguro. Antes de que pueda reaccionar me toma de la cintura y asalta mi boca. Mete su lengua en mi boca examinado cada centímetro de ella. Trato de zafarme de su embrujo pero su fuerza es superior a la mía. Caemos en un lindo diván al lado de la puerta del archivo. Me inmoviliza las piernas y besa mi cuerpo con avidez.

—¿Qué hiciste en tu suite con ese español?

No para de manosear mi cuerpo. Su cercanía bloquea mi macarra interna.

—Eso... eso no es asunto suyo ¿Usted ha ido a un psicólogo? Jamás he visto a alguien tan bipolar como usted. No se cansa de hacerme la vida imposible.

—Es mejor que me digas tú, no quiero enterarme por otro lado.

—¿Por qué no me deja en paz? ¿Me ha ignorado estas dos semanas y ahora me toca besa? ¿Qué clase de loco es usted?

Muerde mi labio inferior.

—Megan, trato pero estar lejos de ti, pero ya no me es posible. Muero del enojo de solo pensar lo que has hecho con ese hombre.

—No existe tal español, a diferencia mía yo mentí pero usted... usted sí estuvo con otra.

—Si supieras porque estuve con ella, no todo es lo que parece Megan. Me mentiste y eso no lo perdono.

—Si me acuesto o dejo de acostar con un español, chino, alemán, francés o lo que sea no es tu puñetero problema grábatelo ya. Al igual que tú te acuestas con la que te sale de las pelotas pues yo puedo hacer lo mismo. Ya deja de ser tan intenso.

Me calla con otro beso y ya me lie nuevamente con este hombre. Susurra en mi oído casi sin poder escuchar.

—La espero en mi suite a las ocho de la noche.

—Pero...

—La estaré esperando, no quiero subterfugios.

Bajo la mirada y justo cuando voy a salir del despacho su ronca voz me detiene nuevamente.

—¿Quieres comer conmigo?

Me giro sarcásticamente sorprendida.

— ¿Quiere comer con su asistente?

—Quiero comer con la mujer que deseo.

—Siempre es lo mismo con usted, ya parece disco rayado

con el mismo cuento. Hoy me desea a mí, mañana a Agnessa, pasado mañana a la que se le tope en frente.

—Acepta por favor.

Siempre es lo mismo, la mujer que desea, la mujer que quiere coger, nada diferente a eso. A otro le hubiera estampado un guantazo que se iba a enterar pero con este soy prácticamente una tonta italiana muerta por un ruso que quizá sabe lo que quiere en los negocios pero no tiene ni idea de lo que quiere en la vida.

\*\*\*

Me siento inferior a él, su sola actitud hace sentir así a cualquiera. Camino tras de él y con la mirada me incita a caminar a la par. Entramos a un restaurante exclusivo, vamos finolis. Al sentarnos en la mesa veo que hay tres servicios. ¿La rusa número dos comerá con nosotros?

—¿Pasa algo?

—¿Quién comerá con nosotros?

Me mira y arqueando una ceja responde:

—¿Te preocupa quien nos acompañe a comer? Me cruzo de brazos chistando.

—¿Agnessa?

Curva la comisura y mirando hacia afuera replica. —No, no es Agnessa.

Media hora más tarde un hombre alto, de cabello claro

escandalosamente guapo y atractivo se acerca a nuestra mesa. Me quedo en una pieza ¿Y este quién es?

—Megan, él es Sergey Kozlov, abogado de Ivanov Pharmaceuticals, acaba de llegar a España

—¿Otro ruso?

El hombre se sonríe y me estrecha la mano.

—Un placer Megan, y sí, soy ruso —responde.

Se sienta en el lugar que falta y aun no entiendo que hace aquí el ruso número dos, ya tanto ruso me está volviendo loca. Dios pero no puedo dejar de verlo, esta guapísimo.

No como mi ruso número uno pero está de buen ver.

Pedimos la carta y pido una paella, nunca he probado una, realmente hay mucho que no he probado en mi vida. Poco a poco me voy soltando con el amigo de Mikhail. Es algo frío igual que su amigo pero poco a poco sonríe más.

Típico de los rusos, es un Mikhail a menor escala.

—Señor Kozlov, ¿y desde cuándo conoce a mi jefe?

—No hay necesidad de formalidades, llámame Sergey.

—Vale lo intentaré.

Se reclina en la silla y responde mi pregunta.

—Conozco a Mikhail desde hace muchos años.

Compartimos muchas cosas desde entonces —Aclara la garganta—. ¿Y qué haces con Mikhail además del trabajo?

—Pues nada más, es mi jefe, yo su asistente.

Fue una cena un tanto extraña. No hablamos de nada en concreto. Todo eran temas superficiales. Cae la noche y

estoy en mi suite pensando si voy o no voy a la cita con el bipolar de Mikhail. La verdad es que muero por ir con él. Miro el reloj y falta diez minutos para las ocho de la noche. ¿Voy o no voy? Camino de lado a lado y los nervios me ganan. Como es de esperarse termino golpeando la puerta de la suite de Mikhail. Oh Dios como tengo el corazón, voy a infartar. Abre la puerta y al verlo me derrito. Tiene puesto uno chándal negro y una camisa grisácea. Me quedo unos diez segundos como idiota viéndolo de pies a cabeza.

—¿No piensas entrar?

Su voz ronca me hace despertar del encanto de su cuerpo y respondo en décimas de segundos.

—¿Para qué quieres que entre?

—¿Para qué viniste entonces?

—No sé, loca que estoy y ya no sé lo que hago. Me agarra de un brazo y me mete a la suite con ímpetu. Al cerrar la puerta me reposa sobre ella oprimiendo su cuerpo contra el mío. Oh Dios, esto no va a terminar en una linda charla ni nada por el estilo. Quiero abrirme a sentir, a extasiarme en placer pero mi orgullo me mantiene al margen. ¿Cómo mando al infierno el orgullo? Se agacha para estar a solo centímetros de mi boca.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente. Siento su respiración sobre mi rostro y mi macarra comienza a desaparecer.

—¿Cómo de qué o que tendría que hablar contigo? Me oprime aún más contra él. Siento su erección endurecerse

causando estragos en mi entrepierna. Besa mi cuello con avidez mientras va descubriéndome la espalda con sus manos.

—¿No se acuerda?

—¿Qué solo piensa en sexo? ¿Usted no es capaz de solo hablar sin tener que cogerme? No pienso irme a la cama con usted si eso es lo que tiene planeado.

—¿Y por qué no? Lo deseas tanto como yo.

—Me ha estado ignorando por dos semanas. Es un descarado el solo pensar tener sexo conmigo después de cómo me ha tratado.

—¿Entonces a que has venido si no quieres estar conmigo?

—Increíble que me haya llamado solo para sexo, que te den.

Pienso irme pero como siempre me detiene y sin saber muy bien que proponerme pregunta.

—¿Qué quieres hacer?

—Podemos charlar, ver películas, hay muchas cosas por hacer aparte de sexo.

—Pero yo quiero sexo.

—Yo no, ¿Cómo la ves?

Con cara de enojo accede hacer otra cosa y busco y busco qué coño podemos hacer en la habitación. Realmente no se me antoja para nada ver una película. Mucho menos quedarme aquí mirándonos las caras. Me siento en el diván y soltando un suspiro comento

—Charlemos, que mejor que charlar.

—¿Estás en serio? Antes no ponías pretextos para ello.

—Precisamente ese era el problema, que no te ponía límites pero las piernas abiertas para ti se acabaron. He dicho que charlemos.

—¿De qué quieres hablar?

Encojo los hombros.

—De lo que quieras.

—De sexo.

— ¡Mikhail! Basta ya me estoy enojando —Se recuesta en la cama sin muchos temas para los cuales hablar. Se queda mirando el techo y yo si tengo mucho para hablar, solo que no me atrevo a hacerlo. Bajo la mirada y algo desanimada pregunto—. ¿No piensa volver a enamorarse nunca?

—No quiero hablar de eso Megan.

Insisto.

—Siempre hablamos lo que tú quieres y no pongo excusa para no hacerlo.

—Bien, ¿Quieres saber? Pues la respuesta es clara y sencilla Megan. No, no pienso enamorarme de nadie.

Aprieto los dientes y ya creo que todo está dicho, Megan baja ya de la jodida fantasía. Aterriza estúpida. Este hombre jamás vera más que un jodido cuerpo en ti y en cualquier otra mujer. Tragándome las lágrimas y el dolor asiento con la cabeza fingiendo una sonrisa.

—Debí suponerlo, la pregunta fue estúpida.

— ¿Por qué lo dices?

Agarro mi bolso abriendo la puerta:

—Es un poco tonto preguntar eso cuando todo lo que demuestras es que no quieres a nadie, no te interesa nadie. No te importa dañar a otros para obtener lo que quieres. Que tengas buenas noches Mikhail, tengo cosas que hacer.

Salgo de su habitación y cerrando la puerta un mar de lágrimas me arropa sin poder evitarlo. Me ha dolido escucharlo de sus labios, en el fondo tenía esa estúpida ilusión de que llegara a sentir algo por mí. Megan, la única que se hizo ilusiones fuiste tú, solo tú. Camino hacia mi habitación y tras encerrarme en ella cierro los ojos y me pregunto para mis adentros, ¿Algún día podre ser realmente feliz?

### Capítulo 30 **correos fantasMas**

No he podido dormir en toda la noche, más bien lo único que he hecho es llorar como tonta. Otro día de trabajo empieza y ya tener la cara desanimada no me ayudara en nada. Bajo al vestíbulo y Mikhail aguarda en la entrada el restaurante. Me acerco a él dolida e indiferente y digo:

—Ya estoy lista, cuando quieras nos vamos.

—Me dejaste con las ganas.

Arqueo una ceja llena de rabia.

—Pensé que recordaría viejos tiempos con Agnessa. No

veo porque te quedaste con las ganas.

Me mira y resopla algo enojado.

—Sabía que eras curiosa, pero no tanto como para leer

las tarjetas ajenas —me sonrojo y me quedo en silencio.

Me siento como una fisgona. Interpreta mi silencio y responde—. Solo cené con ella, no ha habido nada más desde que llegue aquí.

—No tienes que darme explicaciones

—Pero quiero hacerlo.

Siento una felicidad interna de momento, aquí viene

Megan la tonta a caer de nuevo. Me giro para encararle y respondo:

—No te creo.

Curva la comisura.

—Si me he acostado con ella en el pasado, pero no en estas

dos semanas que hemos estado en España.

Aprieto los labios.

—Da igual si es Agnessa o es otra.

—Desayunemos, hay cosas que quiero preguntarte. Niego con la cabeza.

—No gracias.

—No seas infantil, acepta —Entro al restaurante cruzada

de brazos y sin ánimo alguno de hablar de nada con este hombre. No hay nada que hablar con él que no sea sexo.

Nos sentamos en una bonita mesa muy acogedora y este no deja de mirarme. Trato de evadir su mirada y comento de la nada—. Eres mucho más que mi asistente Meg.

—Como que te gusta mucho mentir.

—Hablo en serio.

—Sí claro, y ¿luego que sigue? ¿Qué me quieres? De ti no

creo ya ni los Buenos días —Aprieto los dientes y sirviendo un poco de café añado—. No tiene que mentirme, sé que solo busca en mi sexo. Pero estoy consciente de ello. No busco ni pretendo nada más de usted.

—Contigo es imposible Megan.

—Piérdete entonces, no me busques si tan difícil soy. Te pregunto cualquier cosa y te enojas, quiero... bueno más bien quería saber de ti y solo consigo nada. Ya hasta causa gracia.

—Estoy hasta la azotea de que quieras inmiscuirte en mi vida. ¡Ante todo soy tu jefe maldita sea! No tengo porque ventilar mi vida contigo. No eres quien para saber nada de mí. ¡Basta ya con lo mismo!

—Y tú no eres quien para manejarme y creer que tienes el poder sobre mí.

Justo cuando me debía responder se queda callado. Veo que le cuesta respirar y se toca el lado izquierdo del pecho tornándose rojo.

—Mikhail, ¿Estas bien? —No responde, solo se levanta de la mesa y se mete al baño. Se queda en el baño por unos diez minutos. Regresa con mejor semblante y asustada pregunto.

—¿Qué te ha ocurrido? Estas pálido  
Su mirada me fusila, paga la cuenta y me mira con un súbito enojo y responde áspero:

—Se acabó el desayuno, fue una idea absurda.

— Pero...

—¡Dije que se acabó!

—¿Pues no me voy como la ves? Me quedaré aquí hasta que me digas que te ha ocurrido.

Entra en cólera y presiento que se siente acorralado ante mi insistencia.

—¡Megan o te levantas de la silla o te levanto!

—Pues inténtalo, pero de aquí no me voy hasta que me digas que tienes. ¿Por qué te has puesto mal?

—¡Qué te importa! ¿¡Qué te importa mi vida!?! No eres nadie para inmiscuirte en ella, ya deja de joderme con lo mismo. No eres nadie para saber de mí, ¡eres solo sexo!

—Sé que no soy nadie en tu puñetera vida estúpido, sé que soy solo para ti sexo, me usas como si fuera tu puta a domicilio porque eso es lo que sabes hacer. Usas a las personas a tu conveniencia sin importarte lo que ellas puedan sentir infeliz. — Sollozo— tendrás millones a tus pies pero de alma y espíritu estás vacío, más pobre que un mendigo —me mira con frialdad e indiferencia. Esas dos cosas que clavan estocadas en mi interior—. No te

volveré a pedir que te abras conmigo, no te voy a buscar más, no estaré más a tu disposición para lo que te de la real gana. Ni siquiera como tu asistente, renuncio a tu maldita farmacéutica.

—Desaparece de mi vista, no te necesito ni en la cama, ni como asistente, ni como mujer ni como nada. Como tu hay miles. No te creas indispensable porque no lo eres Megan McMillan.

Aprieto los dientes, siento que esta fue la final. No llo-ro, no le mostraré que me ha destruido internamente. Sé que soltaré palabras inverosímiles, porque a diferencia soy una idiota con mayúsculas. Con indigno respondo:

—No me creo indispensable señor Ivanov, nadie lo es. Ni siquiera usted. Como usted hay cientos. Usted vale por los millones que tiene, más allá de eso no vale nada. Procure no quedar en la ruina porque sería un cero a la izquierda para la sociedad. —Tomo mi abrigo—. Y para su información, tampoco lo necesitó en ningún aspecto. No se preocupe, no le seré molestia de hoy en adelante ruso estúpido.

Avanzo a la salida del maldito restaurante. El mundo se me ha caído encima. Ahora solo siento por ese ser un profundo y terrible desprecio. Avanzo a mi suite en zancadas. Cierro la puerta y saco del armario mis maletas. Meto todas mis pertenencias en ellas llorando como Magdalena y maldiciendo al ruso una y mil veces más. Una vez tengo todo en las maletas llamo al aeropuerto y reservo un vuelo de regreso a Estados Unidos. Me ha

costado el doble por querer el pasaje para dentro de dos horas pero quiero irme ya de aquí. Me pongo unos vaqueros rasgados, una playera lila, unas converse negras y un sobretodo. Salgo de la suite con mis dos maletas y bajo en el elevador a la recepción. Dejo la tarjetita en el mostrador y salgo del hotel hastiada y cansada. Llego al aeropuerto y aún faltan treinta minutos para abordar el vuelo. Pienso llamar a Mel pero recuerdo que ella no está en Seattle, debe estar ya en Quebec. Mejor, necesito estar sola. Pasan los treinta minutos y subo el avión. Miro el reloj, son las once de la noche. Menudo cambio de horarios traigo encima. No hago más que sentarme en mi asiento con ventanilla y cierro los ojos deseando despertar y que Mikhail Ivanov sea solo una jodida pesadilla.

\*\*\*

Llego a Seattle destruida tanto física como emocionalmente. Regreso en taxi al apartamento y al abrir la puerta lo primero que hago es lanzar las maletas a un lado y correr a mi cuarto. Me tumbo en plancha en la cama con la moral por los suelos. Miro el reloj, son las doce de la media noche y me siento como si no hubiera dormido en dos décadas. Suena mi móvil. Un correo entra a mi mail profesional

DE : Mikhail Ivanov

FECHA: 30 de mayo de 2014 12:09 a.m. PARA: Megan

McMillan Agnelli ASUNTO: Falta de profesionalismo

Señorita McMillan,

Es de inmaduros lo que acaba de hacer. ¿Ha dejado el hotel y su trabajo tirado por un berrinche? Sea profesional y regrese de inmediato.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals Inc.

Nada más de ver su maldito nombre me dan ganas de estrellar el teléfono contra el suelo. Lo dejo a un lado y no le respondo. Lo ignoro y me tomo una siesta. Estoy unas tres horas durmiendo y cuando despierto veo dos llamadas perdidas del ruso. Las borro y no se las respondo.

Bostezando camino a la cocina y abro el frigorífico.

Agarro el helado de fresa y cojo una cuchara. Me tumbo en el sofá y enciendo el televisor queriendo echarme a perder. Las palabras de Mikhail no dejan de rondarme la cabeza. Cada vez que las recuerdo me dan las ganas de llorar. Pero lo tengo lejos de mí y así me siento un poco mejor. No me doy cuenta y me he acabado el bol de helado. Lo dejo a un lado y el móvil vuelve a sonar.

Tengo otro correo del jodido ruso que parece que ha agarrado por hobby molestar.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 31 de mayo de 2014 1:45 a.m. PARA: Megan  
McMillan Agnelli ASUNTO: Responda

Señorita McMillan,  
Responda, le necesito aquí. Es mi asistente y su deber es  
estar aquí.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals Inc.

¡Pero que ganas de amargarme la vida tiene este ruso! Me  
dice que no me necesita en ningún aspecto y me hace  
sentir como una mera mujerzuela y ahora quiere todo lo  
contrario, me jode. Es que es un maldito engreído,  
presumido, egoísta y narcisista. Borro el mensaje y hago  
como si no me hubiera llegado. Recibo otro puñetero  
correo una hora después.

DE: Aleksandra Ivanova

FECHA: 31 de mayo de 2014 02:45am PARA: Megan  
McMillan Agnelli ASUNTO: Localización

Megan

Mi hermano me pidió que te localizara. Está cabreado  
porque le dejaste el trabajo tirado. Yo que tú me volvería  
y enmendaría los errores.

Cuídate.

Aleksandra

¿Que acaso no duermen? ¿No entiende que renuncié? Decido cerrar la sección para no recibir más emails ni nada que tenga que ver con esa farmacéutica. Termino sin dormir nada y amanece y yo aún tirada en el sofá con deseos de fusilar a medio mundo. Melanie se decide a aparecer y una llamada de ella entra al móvil.

—Hola Mel, ¿Cómo estás?

—¡Hola! Pues bien. He conocido muchos lugares aquí en Quebec. Y Fabián pues me está portándose hermoso conmigo. Es un amor, aunque no creo que quiera algo serio.

—¿Quién coño es Fabián, Melanie?

Se ríe.

—Digamos que un amigo.

Me cubro el rostro, ahora hay un “Fabian” y yo ni enteraba estaba.

—Hay Melanie solo te pido una cosa, usa preservativo.

—Megan por Dios, solo somos amigos. ¿Qué eso es lo que ronda en tu mente? ¡Sexo!

A decir verdad desde que este ruso apareció en mi monótona vida todo se me reduce a sexo. ¡Estoy jodidamente pervertida! Hubiera deseado algo distinto para mí, algo realmente bonito.

—Solo decía por si acaso, uno nunca sabe.

—Ajá, más bien la que debe tener el consejito entre ceja y

ceja eres tú. Tú eres la que estás con Mikhail haciendo  
sabrán dios que cosas.

Curvo la comisura.

—¿Te estas tomando el medicamento?

—Que sí que me lo tomo cuando me toca y no se me  
olvida ni una dosis.

—Más te vale. Sabes que si pasas por alto una puedes...

—Joder ya se. Brincar como pez fuera del agua, que se  
me fríen más las neuronas y quedo vegetal.

—¡Melanie! Sabes que odio que te refieras a ti de esa  
forma. Ya deja de tomar tu enfermedad a broma.

—Vale, ya no lo vuelvo a hacer, hablamos luego te  
quiero.

Cuelga el móvil. Unos minutos después tomo mi violín y  
toco durante una hora y media más o menos. El sonido  
que emite mi violín me desconecta del dolor, me hace  
salir un poco de la realidad. Miro el reloj. Ya son las ocho  
de la mañana estoy sola piensa y piensa en Mikhail. Aún  
no puedo quitarme de la cabeza esa imagen de él  
agonizando en dolor. Fue horrible y por más que quiero  
saber que le ocurre sé que será inútil. Abro el frigorífico y  
agarro una botella de agua. Otra vez suena el móvil, de la  
nada me he vuelto muy solicitada en el móvil.

—Hola —Se quedan en silencio—. ¿Hola?...

—Hola Megan...

Responden del otro lado de línea una voz femenina

—¿Quién habla?

—Soy Alisson. Sé que no quieres que te moleste, ni a ti ni

a Melanie pero necesito tu ayuda. Si no fuera grave créeme que no te estaría llamando.

—No puedo hacer nada por ti. Te ruego que me dejes en paz. A mí y a mi familia.

—Megan, soy tu familia aunque me niegues.

—No eres nada mío. No quiero que vuelvas a decir tal idiotez, ya te he dicho que no quiero saber nada.

—Megan, la ayuda que necesito no es para mí, más bien es para mi hija. Mi pequeña padece de asma y necesito para sus medicamentos y oxígeno. Créeme que si no estuviera desesperada por el bienestar de mi hija no te molestaría. No he podido pagar el seguro médico y estoy desesperada.

—Que te ayude la mujerzuela de tu madre. Ella es tu familia, no cuentes conmigo para nada Alisson. No sé cómo decírtelo ya.

Su voz se torna melancólica, triste.

—Mi mamá murió hace un mes Megan. Estoy sola con mi hija. Mi trabajo apenas me alcanza para las medicinas de mi nena. Esta vez solo te estoy pidiendo ayuda económica, nada más.

—No es problema mío.

Suplica sollozando.

—Megan, por favor. Necesito tu ayuda. No lo hagas por mí, hazlo por mi hija. Es una cría de cinco años que apenas puede respirar.

Aprieto los dientes y la conciencia comienza a tocar a la puerta.

—¿Cuánto necesitas?

—Doscientos cincuenta dólares. Te prometo que en cuanto los tenga te los devuelvo.

—No quiero que me devuelvas nada, solo que una vez te dé el dinero me dejes en paz. A mí y a los míos —Se queda en silencio, solo escucho su respiración entrecortada—. Te mandare un giro, no quiero saber más de ti. No me llames más.

Cuelgo el teléfono antes de que pueda responderme. Todos los problemas se me vienen encima y yo solo quiero emborracharme hasta perder el conocimiento.

\*\*\*

Han pasado tres semanas post Mikhail. Me siento más en paz dentro de mi tormenta. He ido a ensayar con John y hemos salido a tomar cafés, también al cine y realmente lo he pasado muy bien. Comienzo a retomar lo que era mi vida antes de Mikhail. Voy a la universidad, los viernes tomo unas cervezas con amigos y luego regreso a casa. Esa era mi vida, ahora a que la he retomado me siento bien a medias. Por más que intento no puedo quitármelo de la cabeza. Voy llegando a la casa de ir al cine con unos amigos y recibo un correo a mi dirección privada personal de ¡Mikhail! ¿Cómo consiguió mi dirección?

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 23 de junio de 2014 09:56 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: Debemos hablar

Megan, necesitamos hablar. No sé de ti desde hace más de tres semanas y me estoy volviendo loco.

PD: Contesta por favor.

Mikhail

No sé si brincar de emoción o de enojo. ¿Cómo coño tiene mi email privado? No respondo pero lo leo sintiendo que todo se me revuelve. Media hora después otro correo llega.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 23 de junio de 2014 10:34 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: Desespero

Sé que hice mal en tratarte como lo hice la última vez que nos vimos. Perdí los estribos. ¿Hablamos?

Mikhail

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 23 de junio de 2014 10:50 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: ¡Sé que los lees!

¡Maldición contesta los puñeteros mensajes maldita sea!  
¡Estoy como buen imbécil sentado frente al computador esperando una puta respuesta!

PD: ¡estoy cabreado!

Mikhail Ivanov

Este último me da ganas de mandarlo a paseo con todo y guantazo pero me aguanto mi instinto asesino. Ignoro el mensaje y me siento en el sofá cabreada. ¿Pero qué coño se cree el idiota este con corbata? Pobre imbécil. Suena el puñetero móvil de nuevo y estoy a punto de tirarlo contra la pared.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 23 de junio de 2014 11:00 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: Soy un idiota

Perdona por el correo anterior. Sé que los lees y el que me ignores me desespera. Soy un idiota al cien. Sé que te debo una explicación sobre lo que ocurrió aquella mañana. Respóndeme por favor.

PD: No dejo de pensar en ti  
Mikhail

Mis ojos se llenan de lágrimas. Me piensa tanto como yo a él, eso quiero llegar a pensar pero no quiero volver al pasado, creo que estoy bien como estoy ahora, nada podrá hacer que ese hombre me quiera como yo lo quiero a él.

Capítulo 31

**abriendo Un pasado sin cerradura**

Faltan seis días para la presentación del musical. Los nervios los tengo a mil. John me ha ayudado en esto de controlar los nervios. Hoy me quiere acompañar a comprar lo que me pondré para la presentación. Me parece buena idea y voy con él al centro comercial junto a él. Voy de tienda en tienda buscando algo lindo que ponerme. Será la primera vez que cante y toque frente tanta gente. Opto por un vestido escotado en la espalda negro con tacones del mismo color. John me ayudo en la elección y me sentó genial su opinión. Tras comer algo en un restaurante asiático, maneja hacia mi apartamento. Aun Melanie sigue en ese viaje, regresa mañana y estoy sola. Quiero compañía, ya la soledad comienza a pesarme.

—¿Te gustaría pasar?

—¿A tu casa dices?

—Si... bueno si quieres.

Se ríe.

—Vale, si quiero pasar a tu casa.

Aparca el coche y subimos a mi apartamento. Lo invito a

que se siente en el sofá. Hablamos de la música. De lo que me gusta y apasiona. Siento que con el único que puedo hablar plena de ello es con John. Nos quedamos en silencio por unos momentos. Me mira y sus azules se clavan en mis verdes. Me sonrojo y no sé porque provoca que me sonroje así.

—¿Qué tanto me miras?

—Eres hermosa Megan.

Me pongo roja como un tomate. Jamás me había dicho tal cosa. Me sonrío y continúo callada. Me mira lo miro y en décimas de segundos tengo sus labios sobre los míos. Me besa con pasión, con posesión. Me quedo inmóvil. En trance. Sus labios son tiernos y cálidos. Segregan calor y sensualidad. Cierro los ojos y los labios que me vienen a la mente son los de Mikhail. Mete su lengua en mi boca y al encontrarse con la mía juega con ella por unos segundos hasta que le detengo. No puede ser que piense en Mikhail cuando otro me besa.

—John...

Me interrumpe.

—¿Antes de que digas cualquier cosa déjame hablar a mi primero, vale?

Asiento con la cabeza.

—Megan, sé que lo que acabo de hacer te desconcierta, te entiendo pero deseaba hacerlo desde que te conocí. Me gustas, me gustas mucho y entenderé si ya no quieres tener ningún tipo de amistad conmigo, pero no podía seguir reteniendo las ganas de besarte. Más que gustarme, te quiero.

Me quedo idiotizada. Me siento totalmente liada y confundida.

—John... no quiero lastimarte pero lo que puedo ofrecerte es una amistad. Mi corazón está muy confundido, no sé lo que quiero.

—Lo sé, y no te estoy pidiendo ni exigiendo nada. Solo sentí la necesidad de probar tus labios.

Bajo la mirada. ¿Cómo hago para no tener otro problema a la ecuación? Trago saliva, nerviosa.

—Estoy muy liada.

Curva la comisura.

—Megan, no espero que me mires con otros ojos de un día para otro. Pero sí que me des la oportunidad de estar más cerca de ti.

Aprieto los dientes. Él es el prototipo ideal. Es guapo, joven y nos une la música. Pero solo tengo un nombre en mi cabeza, un nombre ruso. Me pongo en pie y camino de lado a lado. Me he acostumbrado a la frialdad y suavidad de los labios de Mikhail. ¡Maldición estoy liada! Solo lo deseo a él.

—Si te molesta mi presencia, me voy. Pierde cuidado.

—¡No! No es necesario. Yo quiero seguir con nuestra amistad pero dime una cosa. ¿Qué es lo que sientes?

—Me atraes, me gustas, te quiero —Resopla—. Pero sé que solo puedo esperar una amistad.

—Me tranquiliza que lo entiendas.

Se despide y al acompañarlo a la puerta la cierro y suelto un respiro. Necesito a Mikhail, necesito sexo, no puedo

creer que lleve tanto en abstinencia. Me meto al cuarto y me tumbo en plancha a la cama. Dios como lo necesito. Llevo semanas sin verlo, sin presentarme al trabajo. Recibo un mail al móvil.

DE: Departamento de Recursos humanos de Ivanov Pharmaceuticals Inc.

FECHA: 29 de junio de 2014 03:00 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli

ASUNTO: Varios a discutir

Un cordial saludo:

La siguiente es para informarle que si en los siguientes tres días laborables no se presenta a cumplir con sus días laborables nos veremos en la obligación de prescindir de sus servicios.

Además también para informarle que de seguir con nosotros ya los seis meses acordados con el sueldo de once mil setecientos dólares caducaron. Su nuevo sueldo será de mil novecientos dólares mensual.

Esperamos tenerla por aquí.

Linette Ford

Departamento de Recursos Humanos

Mikhail Ivanov no ha aceptado mi renuncia y eso me

enoja, cree que solo él decide y le voy a demostrar que se equivoca.

\*\*\*

Han pasado dos días desde que tuve ese extraño encuentro con la boca de John. Mejor ni pensar en ello. Aunque me hubiera encantado renunciar definitivamente, necesito el trabajo para costear los medicamentos de Mel. Me he puesto un traje negro, tacones del mismo color y una coleta elegante. Los labios rojo intenso mate y estoy con la mejor disposición de ir a presentarme a trabajar. Antes de ir a Ivanov Pharmaceutical pasó por el banco a hacer el giro que necesita aquella mujer. Mejor salir de eso. Conduzco hasta la empresa y subo como a las carreras. Al llegar a presidencia me voy directa a mi despacho y tras cerrar la puerta suelto un suspiro. Camino hacia el escritorio e inevitablemente miro la puerta de Mikhail. Me acerco a ella y la abro. Entro a su despacho y todo esta tal y como lo dejo antes de irse a España. Supongo que allá está con Agnessa. Camino hacia su escritorio y me siento en su ejecutiva. Mi curiosidad me mata y abro uno de los cajones. No hay nada especial papeles y bolitas para el estrés. Sigo buscando y encuentro unos sobres. Vienen de Rusia, el sello y el contenido lo dice todo. Para ser exactos de San Petersburgo. Pongo a prueba mi Ruso pre básico y trato de descifrar que es. Parecen resultados de algún estudio ¿Médico? Estoy a punto de saber qué coño

es cuando escucho la voz aguda y chillona de América acercarse. Prácticamente en cuestión de segundos guardo todo y vuelo a mi despacho. Soy una fisgona. Soy de lo peor. Megan ¿Quién te entiende? Pasa una hora y ya retome el ritmo. Hacer cartas, mandar cartas, recibir mails, hacerlos. Es muy tedioso pero ni modo. América entra sin tocar a mi despacho y eso me prende.

—¿Qué no te han enseñado que hay que tocar antes de entrar?

Arquea una ceja.

—La que menos puede darme lecciones de modales eres tú, hortera.

¡Donde está mi sartén! Esta mujer no la tolero.

—¿Qué quieres?

—El señor acaba de llegar de Europa. Se encuentra en su despacho y la quiere de inmediato en su oficina.

Palidezco. Hacía al ruso muy lejos. No quiero verlo, no puedo verlo o corro el riesgo de lanzarme a su boca y besarla hasta desgastarla. Sigo decepcionada y enojada con él por su grotesca actitud. Pero ante todo profesionalismo. Salgo del despacho y entro al suyo. Lo veo sentado en su ejecutiva mirando hacia las paredes de vidrio. Al sentir mi presencia su voz ronca rompe el hielo.

—Me alegra que hayas decidido conservar tu empleo.

Trago saliva.

—Respecto a eso quería hablar con usted señor.

Se gira y al verlo me derrito por dentro. Trae un traje

negro y corbata azul cielo. Me escanea de arriba a abajo y responde:

—¿De qué quiere hablar?

—Quiero mi antiguo puesto de recepcionista. Ya no quiero ni debo ser su asistente. No tengo ni los estudios ni la experiencia requerida para el puesto. Si no renuncié es porque necesito el trabajo y usted se aprovecha de eso. Se levanta de la ejecutiva y camina rondándome como depredador acechando a su presa pero a distancia. ¡Dios este hombre me produce guerras internas! Vale solo tengo que mostrarme lo más seca y cortante posible, tal vez así yo misma me crea el teatrillo y deje de buscarme.

—Tampoco tiene los estudios para el puesto de recepcionista señorita McMillan y aquí está.

Con voz tenue respondo.

—Entonces renuncio señor Ivanov ¿Por qué me contrató si no tengo los estudios?

Su seriedad se convierte en conmoción. Su mandíbula se tensa y se queda en silencio. Su mirada se llena de desesperación y yo me siento como un cero a la izquierda.

—La contrate porque su actitud retante y ordinaria se convirtió en un reto para mí, me propuse bajarle los aires, acostarme con usted y luego despedirla, pero todo se me salió de control. No tiene que irse, conseguir un trabajo hoy en día es difícil.

—Señor, gozo de otro trabajo. Si me voy o no es asunto mío. Respecto al puesto de asistente, no lo quiero. Me dejo muy claro en Madrid que no me necesita en ningún

aspecto. No me siento cómoda trabajando a su lado. Frunce el ceño camina de lado a lado, se siente acorralado. Oculta algo, oculta un sentimiento que no deja para nada fluir. No quiere dejarme ir pero tampoco me quiere tener. Se gira y con abrupto me agarra la muñeca. La aprisiona y desesperado y urgido pregunta:

—¿Por qué no contestaste los correos? Estuve prácticamente un mes escribiéndote.

—¿Qué correos? No sé de qué habla señor Ivanov.

—¡Deja de llamarme señor maldita sea!

Me suelto de su agarre y chulesca.

—Pues para que negarlo. Recibí tus correos y ni me he dignado en leerlos —me llevo las manos a la cabeza desesperada— ¡Ya déjame en paz! No soy quien para entrometerme en tu vida. Tú tampoco eres nadie para entrometerte en la mía.

—Megan, tenemos que hablar. Sobre...

—Sobre nada, ¿Qué parte de vete al diablo no entiendes?

Tirando de mi cuerpo cierge en mi cintura, su perfume penetra mi nariz y es como una especie de tortura.

Recorre mi cuello con su nariz mientras lo escucho susurrar:

—He dicho que tenemos que hablar Megan.

—Mikhail, suéltame. No quiero nada contigo. He continuado mi vida en este último mes y no pienso dar un paso hacia atrás ni para coger impulso —me alejo de él y con frialdad y sequedad le digo—. ¿Por qué no te vas a Rusia? Aquí nadie te necesita, yo no te necesito.

Salgo del despacho con el corazón en la boca y con ganas de desaparecer del mundo. Me duele hablarle así pero es la única forma en la que me va a dejar en paz. Entro a mi despacho y tras sentarme sin ganas de nada recibo una llamada de Mel.

—¡Hola hermanitaaa ya llegué!

Me sonrío.

—Me hubiera encantado pasar por ti al aeropuerto pero se me hizo imposible.

—Vale que lo sé. Fabián me trajo a la casa. En la noche no estaré. Iré al cine con él y unos amigos.

Ceñuda respondo.

—Estas saliendo mucho Melanie. Vas a descuidar tus estudios.

—Para nada hermanita. Tengo todo bajo control. —Más te vale sinvergüenza —digo divertida.

Cuelgo el móvil y seguido entra Aleksandra al despacho. Mis momentos de paz ya no existen.

—¿Podemos hablar?

Trato de hacerme la desentendida.

—Sí claro, algún problema en presidencia.

—Sabes muy bien de lo que tengo que hablar contigo.

Suelto un suspiro y recostándome en la ejecutiva respondo.

—Estoy hasta la azotea de trabajo, tendrá que ser luego.

—Y a mí me importa un rábano. Me escuchas o me escuchas Megan McMillan.

Pongo los ojos en blanco y sin más remedio accedo a

escucharla.

—¿Qué quieres hablar conmigo.

Se sienta frente a mi escritorio con cara de indigno. Lo que falta es que me suelte un puñetazo.

—¿Qué pasó en Madrid?

Me quedo inexpresiva.

—Nada, ¿qué se supone que pasó?

—¿Por qué regresaste antes de tiempo a Estados Unidos? Me cruzo de brazos ya hastiada de que todos se quieran meter en mi vida.

—Mira Aleksandra, te aprecio mucho pero tengo que decirte que eso no te incumbe. Si tanta curiosidad tienes, habla con tu hermano. Que te explique él, yo no quiero hablar de algo que no aporta a mi vida en nada.

Trato de no recordar esa noche, si lo hago me pondré a llorar como imbécil. Me mira y aprieta los dientes.

—Me imagino lo que ha pasado.

—¿Ajá? ¿Qué?

—Nuevamente los genios de ustedes dos chocaron.

—Tu hermano me dejó claro en España lo que soy, una asistente a la cual no necesita en ningún aspecto. Antes de todo eres mi jefa al igual que él y pienso que la relación entre ambas debe ser estrictamente profesional.

Se queda ida mirándome y responde algo confusa.

—Megan, haz el orgullo a un lado y habla con él. Mikhail quiere hacerlo y para que salga de él esa motivación es difícil por no decir imposible.

Ceñuda respondo:

—Solo contéstame una cosa, solo una. ¿Por qué tendría que escuchar al hombre que ha convertido mi vida en un infierno? No ha hecho más que usarme desde que me conoció y me cansé del círculo vicioso donde lo escucho, pide perdón y vuelve a hacer lo mismo.

Una puñetera lágrima sale de mis ojos. Esas palabras se grabaron en mí como sus besos en mi piel. Recordarlas es como echarle sal a la herida. Seco esa lágrima traicionera más rápido que veloz.

—Solo te voy a responder una cosa, solo una. — Suspira —. Quieres escucharlo...

Me quedo idiotizada. ¿Quiero hacerlo? Estoy cabreada, dolida y jodidamente enamorada de un patán. Suelto un respiro y miro la hora, ya mi jornada ha acabado. Tomo mi bolso y despidiéndome de Aleksandra respondo:

—Tal vez tengas razón, tal vez no. Pero por ahora lo quiero lejos de mí.

¡Por fin estoy en casa! Me quito los tacones y los dejo en el recibidor. Me quito el carné de la blusa y la lanzo junto con las llaves al bol en vidrio. Enciendo la luz de la cocina y avanzo al frigorífico. Tengo hambre, mucha hambre. Pero joder no tengo ganas de cocinar. Miro la hora, las siete y media de la noche. Bien, mandare a buscar comida al restaurante italiano que queda a unas manzanas de aquí. Marco al restaurante italiano y pido una entrega domicilio. Me voy desvistiendo mientras camino al cuarto. Dejo la ropa tirada por el pasillo. No tengo ganas de hacer nada, ni de recoger la ropa del suelo.

Me meto a la ducha y tras estar casi media hora en el chorrillo, salgo. Me seco con una toalla lila. Me encanta el lila. Me pongo un chándal negro, una camisa color carmesí y unos calcetines de rosaditos. Me hago una coleta y avanzo a la sala de estar. No hago más que sentarme en el sofá y el intercomunicador suena. Debe ser el domicilio de la comida. Oprimo el botón y digo:

—Hola, ¿Cuánto es de la comida?

Se quedan en silencio por segundos.

—Meg, ¿vamos hablar sí? No sé cómo pedirte que hablemos.

Me quedo helada, palidezco. ¡Está aquí! No, debo ya estar alucinando.

—Al único individuo que espero es al de la comida italiana. Da media vuelta y lárgate.

—Meg, por favor...

Desactivo el micrófono y me tumbo en el sofá nuevamente. Que se vaya por donde vino. Enciendo el televisor y están pasando películas realmente aburridas. Me pongo a mirarlas sin mucho remedio. Pasa una media hora y la comida que no llega. ¡Maldición! Llamo cabreada al maldito restaurante italiano y cancelo la orden, es que nada me sale bien últimamente. La bombilla verde vuelve a encenderse. ¿Ahora quien coño es? Me levanto del sofá con cara de hastío y contesto.

—Quien quiera que sea, váyase al infierno. No estoy.

Escucho ese acento ruso nuevamente y la piel se me pone de gallina y no sé si de emoción o de enojo.

—Dijiste que al único individuo que esperas es al de la comida italiana, vale pues tendrás que hacerme pasar porque he comprado medio restaurante italiano.

Me río por dentro. ¿Es enserio que ha hecho esto solo por hablar conmigo? Suelto un suspiro, tengo hambre y la comida ya me va convenciendo.

—¿Cuánto te debo? —pregunto irónica.

—Solo una conversación.

¿Maldición es que tendré que dar el brazo a torcer?

Reposo la frente sobre la pared y poniendo los ojos en blanco respondo:

—Tienes diez minutos para decir la estupidez que tengas que decir y te largas.

—Si así lo quieres así será.

Oprimo otro botón dándole acceso al ascensor. Tengo al menos dos minutos para que llegue a mi puerta. Veo mi ropa regada por el pasillo y corro a recogerla y lanzarla al cuarto. Corro a la sala de estar y pongo las revistas en orden. Me miro en el espejo, estoy bastante presentable. Tocaban el timbre, ¿joder tan rápido ha llegado? Dios, no estoy emocionalmente apta para recibir a nadie.

Estoy con el nervio a flor de piel. Abro la puerta y miro hacia arriba. Ahí está con su típica frialdad, ahora acompañada de un toque de calor. Me estrecha la comida y me quedo idiotizada. Pensé que solo lo decía por ganarme la entrada pero literalmente compro la comida. Doy brinquitos por dentro.

—¿Puedo pasar?

Asiento con la cabeza. Cierro la puerta y pongo la comida en la isla de la cocina. Me cruzo de brazos.

—Tienes nueve minutos para decir lo que tengas que decir —Traga saliva, lo noto tenso y algo rígido. Se acerca a mí y lo paro en seco—. Me tocas y te juro que de aquí sales para el hospital.

No se mueve. Soltando un respiro veo su mirada rendida.

—¿Qué quieres saber Megan? ¿Qué quieres saber de mí? Le doy un pequeño détente a mi enfado y suavizo mi tono.

—Ya no tiene sentido que hablemos de ello. Me dejaste claro que soy...

Me calla con el índice me mira con esos azules abrazadores y responde:

—Olvida lo que dije esa mañana. Como te dije en el correo. Fui un auténtico idiota, la verdad es que te necesito más de lo que debería.

Con un hilillo de voz respondo:

—Te quedan siete.

Aprieta los dientes.

—Te abriré mi pasado pero corro el riesgo de que me veas como a un monstruo. Quizá como alguien detestable. Sus palabras me alarman. Se sienta en el sofá y seguido lo hago yo. Con voz tenue respondo:

—¿A qué te refieres?

Con tono dolorido responde:

—Megan, soy el culpable de la muerte de mi esposa.

## Capítulo 32 **liberanDo fantasMas**

No sé ni que responder a lo que acabo de escuchar. El silencio nos invade por unos momentos. No creí que algo tan grave pudiera guardar este hombre. Todo se vuelve un reguero en mi cabeza, ahora que comienza a contarme no sé si quiera realmente saber. Atónita lo miro y con voz tenue digo:

—Eso es imposible, tú no le harías daño a nadie. ¿O sí?  
Sin mirarme responde:

—Creo que soy un monstruo de persona. No hay mucho de lo que tengas que saber de mí. Solo eso.

—¿Podrías decirme?

Trata de contener las emociones y responde:

—¿Quieres escuchar cómo me convertí en un asesino? —  
No digas esa palabra, es horrible. No creo que seas un asesino.

—Pero es lo que soy.

Entrelaza las manos y mirando al piso me dice: —No he hablado de esto con nadie, siquiera he tocado el

tema con Aleksandra.

—Te escucharé y trataré de entenderte.

—Me has dado solo diez minutos.

Sonrío levemente.

—Sesenta ahora —Curva la comisura—. ¿Por qué no comienzas hablándome de tu esposa?

Asiente con la cabeza.

—A Irina la conocí por Raisa, ella es su hermana mayor. Raisa me invito a una reunión en la casa de sus padres y allí la vi por primera vez. Tuve una relación con Raisa durante un año hasta que la descubrí en la cama con otro —Su mirada se endurece—. Di por terminada mi relación con ella. Irina se acercó a mí y me ayudo a superar el golpe. Cada día quedaba más cautivado por su belleza — Su voz se corta — Con el tiempo comencé una amistad con ella, nos enamoramos y un año después nos casamos. Pausa algo descompuesto.

—¿Seguro que quieres continuar?

—Comencé, ahora terminaré.

Cierra los ojos y suelta un respiro.

—¿Cómo murió? —pregunto.

—Estábamos en una fiesta de noche vieja. Un invitado intentó propasarse con ella y no le dio importancia, ella en el momento no hizo nada por impedirlo. Decidí que nos íbamos de la actividad y ella se negaba pero la obligué. Subimos al coche discutiendo. Intenté razonar con ella pero nada, ella no se abría a escuchar. Puse el coche en marcha con ímpetu y no hacíamos más que pelear a gritos por lo sucedido. Conducía por un sendero con poca visibilidad y la nieve no ayudaba. Me insultó y me dijo que era un imbécil por celar al hombre al que meses atrás

había jugado con nosotros. Mi enfado llegó a tal grado que perdí la vista a la carretera. Solo gritábamos sin llegar a nada. Cuando miré a la carretera nuevamente intento tomar el control del coche pero por más que intenté frenar estos fallaron. Nos estrellamos contra una valla de seguridad. Todo se oscureció. Desperté en un hospital con una herida de seriedad en el brazo. Estuve a punto de perderlo. Rápidamente pregunté por Irina, Aleksandra y mi madre me dijeron que ella no había sobrevivido al accidente —Para de hablar y solo suspira. Se traga las lágrimas—. Irina y yo esperábamos un hijo tenía ocho meses de embarazo. Antes de fallecer Irina logró traerlo al mundo. Dos días después mi hijo murió —con un nudo en la garganta prosigue—. No es fácil enterrar a la gente que amaste... No lo es.

Aguanto las ganas sollozar, verlo desplomado en sus recuerdos me conmueve. Con un hilillo de voz respondo: —Aun no entiendo porque dices que eres el culpable de la muerte de ellos.

—Esa discusión la formé yo, yo perdí el control del coche y yo les cause la muerte.

—Mikhail, fue un accidente —Se queda callado, serio y dolorido. Trago saliva y pregunto—. La cicatriz que tienes en el brazo, ¿Fue de ese accidente?

Asiente con la cabeza.

—Sí.

Me acerco a él y tocando su mano bajo la mirada.

—No sabes cuánto siento lo que has pasado.

—Megan, odio que me tengan pena.

Lo miro a la cara.

—No te tengo pena, pero me duele que sufras así.

Curva la comisura de los labios.

—No sufras por mí.... Es estúpido.

—¿Por qué? No lo encuentro estúpido —se queda callado

—. Dime, ¿por qué no duermes con nadie?

Suelta un suspiro.

—Todas las noches despierto con el mal sueño de ese

accidente. Desde ese día mi vida cambio, no puedo

dormir en paz. Se me hace difícil conciliar el sueño.

Creo que es suficiente por hoy para él. Intento animarlo y

le digo:

—Aunque tengas cara de mala leche e intentes repelerme

que sepas que no lo vas a lograr. He intentado estar lejos

de ti y solo he conseguido lastimarme a mí misma. Y hay

un dicho que dice que si no puedes con el enemigo, te

unes.

Sonríe ligeramente.

—Es lo mejor, te dije desde el principio que me evitaras.

—¿Lo mejor para quién? —Argumento.

Se torna don hielo y me bulle la sangre.

—Lo mejor para los dos Megan, deja de buscar

subterfugios para hacer lo contrario. No quiero lastimarte.

—¿Subterfugios?

—Megan, ¿Por qué siempre quieres llevarme la contraria?

Cruzo mis brazos.

—Tratar de quitarte lo cabezota, no es llevarte la

contraria.

Mira la hora y buscando más subterfugios me dice:

—Es tarde, debo irme.

Lo retengo por la muñeca. Lo miro a los ojos y con tono chulesco le respondo:

—¿Pues de aquí no te vas hasta que me acompañes a cenar como la ves?

Sonríe extrañado:

—Pero Megan...

—¡Pero nada!

Pone los ojos en blanco:

—Tu hermana puede llegar e incomodarle mi presencia.

—Esa no llega a dormir hoy... —Me mira patidifuso—.

Vale que esa tiene su propia noche con sus “amigos”—

Avanzo a la cocina y miro la comida es un exagerado. Ha comprado comida como para un mes—. ¡Compraste comida para todo un ejército!

Se acerca y mirándome tenue responde:

—No sabía que te gustaba y traje de todo un poco.

Me sonrío.

—¿No has cenado cierto?

—Ya he cenado.

Frunzo el ceño.

—Mikhail....

—Sabes que no como carnes.

—Aquí hay pasta sin carne cabezota.

Comienzo a servirnos la cena y el solo me mira fijamente algo así como maravillado. Le doy su plato y rápidamente

comenta:

— Eres única.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo eres

—¿Qué quieres de tomar? Te aviso que no tengo ni vino, ni...

—¿Tienes limonada? —Me sonrío y saco del frigorífico la jarra de limonada. Me siento nuevamente en el taburete y me como mi pasta. Después de acabar con la cena guardo el ejército italiano que este exagerado compró en el frigorífico. Se levanta y tomando su abrigo me dice—. Ahora si me voy...

Abre la puerta y yo se la cierro con determinación.

Abrazo su torso, estoy descalza con calcetines rosaditos y mi cabeza apenas llega a su cuello. Me cierno en él con deseo, con afecto y sé que no lo devolverá. No está acostumbrado a recibir otro tipo de cariño que no sea sexo. Se queda inmóvil comienzo a sentirme algo incómoda abrazándolo solo yo. Poco a poco abraza mi cintura con esa frialdad que lo distingue.

—Hazlo fuerte.

Hace lo que le pido, sé que le cuesta pero me emociona el que lo haga.

—¿Puedo ya soltarte? —pregunta frío.

—Quédate conmigo esta noche —Me mira anonadado antes de que responda me adelanto—. Por favor...

—No tengo ropa.

Sonrío:

—Me he quedado en tu casa sin ropa extra. Deja las excusas.

Me aúpa y poniéndome al nivel de su rostro me dice: —  
¿Me regalarías un beso?

Sin responder me lanzo a sus labios y hago lo que por un mes he deseado, besarlos, morderlos y chuparlos. Moría por volver a sentirlos después de un mes extrañándolos y fingiendo que no los necesitaba. Noto que aún sigue cabizbajo, lo siento atontado. Lo agarro del antebrazo y camino con él hasta el cuarto. Lo siento en la cama y le digo con algo de preocupación.

—¿Te sientes bien?

Me mira curvando la comisura.

—Sí Meg, me encuentro bien.

—Mikhail, sin mentiras.

—Me duele un poco la cabeza. Nada grave.

—¿Quieres aspirinas?

—No te preocupes, durmiendo se me pasará.

Le quito la corbata, la parte superior del traje y desabotono la camisa. Miro su torso y mi Afrodita se despierta. La controlo, intento encerrarla en la mazmorra nuevamente. Mi ruso se siente mal y en lo menos que puedo pensar es en sexo. Megan desconéctate de las jodidas hormonas.

—¿Qué haces?

Pregunta:

—Poniéndote cómodo para que duermas. Yo lo haré en la sala.

—Puedo hacerlo solo.

Sonrío.

—Lo sé, pero quiero hacerlo yo ¿Te pondrías de pie? Se pone de pie, bajo la cremallera de su pantalón y lo dejo caer. Trae jodidos calzoncillos ajustaditos negros que me vuelven loca. Me quedo parada frente a él por unos segundos, parpadeo un par de veces y trago saliva ya calentándome sin remedio.

—Eh, voy a por un edredón más calentito.

Salgo prácticamente corriendo y busco el edredón.

Dormir será imposible con ese hombre en mi cama.

Respiro profundo y vuelvo a entrar al dormitorio con las piernas flojas. Sigue parado en el mismo lugar. Más nerviosa que de costumbre arreglo la cama para que pueda dormir cómodo.

—Aquí está ya todo listo... Mi tocador está a tu disposición...

—Meg... —me interrumpe mientras yo sigo hablando como un loro.

—Si a la madrugada te da sed, siempre tengo una jarra de agua en la mesilla y...

—Meg... —Vuelve a interrumpirme.

—Y si necesitas algo, estaré en mi sofá durmiendo, no te preocupes me despiertas y ya. Tengo el sueño ligero y si tienes dolor de cabeza en el neceser hay más aspirinas. También tengo más almohadas por si necesitas y...

—¡Megan!

Tomo un respiro.

—¿Qué?

Se acerca a mí y las hormonas me traicionan, las ganas son unas traicioneras. Trato de hacer la que no ve ni siente.

—¿Estás nerviosa?

—No, ¿Por qué la pregunta?

—Hablas más rápido de lo normal...

Se acerca aún más. Tartamuda replico:

—Estaré en la sala por si necesitas algo.

Agarra mis labios sin previo aviso. Me toma la cabeza y me besa con posesión. Me pone contra la pared oprimiendo su sexo en mi vientre. Comienza el calor y la excitación en mí. No quiero volver a caer en su encanto pero negarme esto es como torturarme a mí misma. Besa mi cuello y magrea mi espalda.

—Mira como me pones Meg —Se oprime aún más en mí —. Te necesito, no por placer, te necesito a ti, tu calor — susurra.

—Pero tú me dijiste que...

—Olvida lo que dije, la verdad es que no puedo dejar de pensar en ti, no sabes de qué forma.

—Quisiera creerte, pero se me hace difícil Mikhail. No quiero seguir sufriendo por nada ni por nadie.

Comienzo a sentirlo endurecerse sobre mí y ya voy flaqueando, aquí me veo tirando la toalla y poniendo al estúpido corazón a elegir.

—Yo quisiera que me creyeras —Besa mi hombro—. Quiero cogerte pequeña.

Aquí viene otro de mis impulsos, quisiera ser más razón y menos impulso, pero difícilmente lo logro. Me pongo de rodillas y bajo su ropa interior hasta los tobillos y su rigidez y excitación quedan frente a mi boca. Me agarra la cabeza acercándome a su pene. Lo beso y lo sujeto con las manos moviendo continuamente su piel. Me siento subyugada al placer de dar placer. Sus resoplos me llenan, me hacen vibrar. Rozo mi lengua en su glande y da un ligero brinco placentero. Lo chupo y saboreo como he querido hacerlo hace tiempo. Me toma del brazo deteniéndome. Me pongo de pie y estamos frente uno del otro, su mirada se cierne en la mía y ambos pedimos solo una cosa, sexo. Terminamos desnudos y ya te vale Megan McMillan.

—Meg, eleva tu pierna.

La elevo y la reposa en su antebrazo, agarra su pene y me penetra de un empellón. Gimo, ¡Dios como necesitaba sentirlo!, mi vagina se abre, se expande, se adapta gustosa a él. Me sujeta la pierna y coloca mi pierna opuesta entre las suyas para profundizarse en mí. Estoy contra la pared haciendo una recta con mis piernas y pidiendo más y más. Entra y sale de mí con ímpetu, con posesión y avidez. Me embiste mientras me susurra al oído cuanto me desea. Algo ha cambiado, la química en el sexo no es la misma. No siento solo deseo carnal. Yo le quiero y siento que su mirada grita lo mismo. Mi vagina sufre espasmos incontrolables y el placer se apodera de mí. Un mes, un mes sin sentirlo, sin tener su aliento acariciando mi piel.

—Me encantas nena —digo que si con la cabeza pero no le es suficiente con el lenguaje no verbal. Quiere escucharme. Busca profundidad en mi vagina con un súbito empujón. Me oprime contra la pared besando mis labios. Estoy sudando, tengo calor, el corazón va a mil por segundo.

Entra y sale de mí lentamente.

—Oh joder, me gusta mucho —Alcanzo a decir con un hilillo de voz

Tira de mi nuca y acerca mi oído a sus labios.

—Quiero llevarte a conocer mundos que ni siquiera imaginas.

—Quiero conocer cada uno de ellos, ahora quiero sentirte fuerte dentro de mí. Dame todo por favor.

Muerde el lóbulo de mi oreja.

—Me gusta que supliques.

Se adhiere a mi cuerpo sobreexcitado, abre la boca dejando salir un escandaloso gemido, sale de mi vagina y en nanosegundos siento mi vientre mojado. Baja mi pierna con cuidado y sus azules no dejan de mirarme. Ya me he perdido totalmente con este hombre. Cierra sus ojos y besa mis labios y tumbándome en la cama junto a él. Me mira y susurra en mi oído:

—No me vuelvas a dejar así.

—No me vuelvas a humillar como lo hiciste.

Se queda en silencio, me magrea con avidez, con deseo.

Su respiración agitada excita la mía. Nunca pensé que llegaría a desear esto, desear ser poseída por un auténtico

idiota que me saca malos ratos con orgasmos, su frialdad e indiferencia son las que me hacen vibrar y tiritar aunque hay veces que un guantazo no le vendría nada mal. Besa mi cuello luego mi barbilla y finalmente me dice:  
—Te quiero, Meg.

### Capítulo 33 **nUevos placeres**

Escucharlo me restaura el corazón. Jamás pensé que de sus labios saliera tal cosa. Me acerca con afecto a su costado y no deja de acariciarme la piel. ¡Quiero llorar pero de la emoción! mira tierno y besando sus labios le digo:

—¿Es cierto lo que has dicho? ¿Me quieres?  
Se torna sonrojado.

—Sí Meg, te quiero y sé que no debería ser.

—¿Por qué? Me ha gustado que me lo digas.

—Precisamente, no quiero que...

Callo sus labios con un beso. Me sonrío.

—¿Tiempo al tiempo sí?

Tuerce el gesto.

—No es justo para ti.

—Soy bastante grandecita para saber lo que es justo y no es justo para mí.

Se sonrío besando mi frente.

—Eres imparable...

—Entonces... ¿Tiempo al tiempo?

Dudoso asienta con la cabeza, rígido, tenso e inexpresivo.

Vale que ya me estoy acostumbrando. Mira la puerta del tocador y pregunta:

—¿Puedo usar tu baño? —digo que sí con la cabeza. Se levanta de la cama con su desnudez al cien. Se pone de espaldas, me muerdo los labios. Tiene un jodido cuerpo que me tiene muerta.

—Me duchare rápido —Maldición, quiero entrar a ese baño y ducharme con él pero sé que le gusta la privacidad. Me cubro con las sábanas y me mira con lascivia.

—Acércate... —Como resorte caigo frente a él. —

¿Tiempo al tiempo? ¿Segura?

—¡Segura! —respondo decidida.

Me toma de la muñeca metiéndome consigo al baño. Gira

la llave de agua de la ducha y me dice:

—¿Quieres ducharse conmigo?

Muero... me derrito... ¡me infarto! Creo que estoy fantaseando. No sé si está es la realidad o es un sueño fantástico. En décimas de segundos respondo

—No deseo nada más...

Me siento plena, tras salir de la ducha me pongo unas

bragas y una camisa con una lemniscata. Él se cubre con una toalla de cintura hacia abajo y mirando a su alrededor me dice divertido:

—Creo que hay un problema, escasez de ropa... Río y respondo:

—¿Quieres que te preste algo mío?—Me mira serio. Le

guiño el ojo y digo:—¿No puedes dormir desnudo? Yo estaré en la sala no te preocupes.

—Tú no vas a ningún lado señorita, dormiré contigo.

Me tenso de repente. Ha dicho que dormirá conmigo, siempre pone peros y me emociono.

—¿No te molesta?

Arquea una ceja.

—Espero pasar la noche.

Me subo a la cama y me meto en el edredón. Deja caer la toalla y se sube a la cama sin una sola tela sobre su cuerpo. ¿Podré dormir? Apago la lamparita y quedamos a oscuras. Después de un silencio abro la boca, como suelo ser siempre:

—Mikhail...

—¿Sí?

Suelto un suspiro.

—¿Puedo preguntar?

—Dime.

—Cuando me contaste sobre tu esposa mencionaste algo de jugar. ¿A qué te referías?

Se queda en silencio, pienso que le he molestado y me doy por vencida. Cuando logro agarrar el sueño su voz me reanima.

—¿De verdad quieres saber?

Algo soñolienta respondo:

—Me muero por saber...

Siento su cuerpo acercarse al mío, el sueño se esfuma. Su aliento me acaricia la nuca. Me la besa y responde:

—Tiempo al tiempo... ¿Recuerdas? —Suspiro—. No vuelvas a decir que eres mi puta, ¿entendido?

—Entendido.

—Descansa, Meg.

Vuelve a despegarse de mí. Con una conmoción alocada tras de unos minutos me duermo. Siseos me levantan. Sus movimientos abruptos me cortan el sueño. Me siento y ladeo. Está intranquilo, sufro al ver como lo que sueña lo atormenta. Lo toco y tirita. Balbucea el nombre de su esposa una y otra vez. Me siento impotente ante la situación. Debe serle un infierno noche tras noche. Me acerco a él y lo abrazo. Acaricio su pelo y susurro en su oído «Solo es un mal sueño», acerco mis labios a los suyos y los beso. Tiembla, está frío. Lo abrazo y subo mis piernas a las suyas. Inconsciente corresponde mi beso. Siento que se calma y serena poco a poco. En minutos vuelve a retomar el sueño. Me acurruco en su costado y cierro los ojos. Siento que su brazo me une más a él. — Gracias.

Me paralizó, se ha despertado. Me despego de él para no

incomodarle muerta del nervio.

—Discúlpame, solo quise...

—Ahuyentar el mal sueño.

—Sé que no te gusta que me acerque a ti mientras duermes, pido mil disculpas.

Se viene tras mi espalda y besa mi cuello.

—Eres algo que comienza a cambiarme de adentro hacia afuera.

Siento su respiración tras mi nuca. ¡Voy a explotar! Me abraza la cintura.

—Tal vez así, no me del mal sueño.

Quedamos dormidos en minutos uno abrazado del otro.

En la mañana el olor a café recién colado me levanta.

Miro a mi costado. No hay piernas rusas entrelazadas con las mías. Más bien no hay ruso en mi cama. Bostezo y algo confundida me pongo en pie. Me cepillo los dientes y avanzo a la cocina. Esta sentado en un taburete con unos vaqueros y camisa negra. Lo miro con el ojo cuadrado ¿De dónde saco la ropa?

—Buenos días Meg.

—Buenos días...

Mira la cafetera.

—¿Quieres café?

Digo que si con la cabeza. Me sirve una taza y mi curiosidad puede más que mi silencio. La ropa... hasta parece nueva.

—¿De dónde has sacado la ropa?

—Sergey me la trajo hace una hora junto a Aleksandra.

—¿Sergey? ¿Sergey Kozlov? ¿Que no estaba en España?

—Además de ser el representante legal de mi empresa. Es mi mejor amigo y le pedí que viniera. Llegó hoy.

Me da la taza de café.

—¿Y estará mucho tiempo aquí?

—El necesario, ¿por qué la pregunta?

—No, por nada.

Lo observo y se ve hermoso haciendo el desayuno. Lo miro feliz y de momento me reflejo en un espejo decorativo de la sala de estar. Tengo todas las greñitas paradas y el cabello todo despeinado. ¡Me veo horrible!

—¿Tortitas?

—Me veo horrible.

—Te ves real, natural.

Me sirve en un plato tres tortitas y me las pone en frente.

Lo miro y pregunto.

—¿Puedes explicarme de una vez cuales son esos jueguitos tuyos?

Arquea una ceja.

—Si te digo te traumaras o te podrás como loca.

—¿Qué? ¿Qué te acuestas con viejitas? —digo irónica—.

Me taladra con la mirada, sé que lo he enfurecido pero esta boca no hay quien me la calle cuando de hablar demás se trata—. Discúlpame.

—Ya sabes que me gusta mirar, ¿Con eso no te basta?

—No.

Pone los ojos en blanco.

—Desayuna.

Aprieto los labios.

—¿Cuándo me vas a decir?

Me mira con lujuria. Aprieta los labios y se torna interesado. Agarra un tenedor y llevándose un trozo de tortita a la boca, pregunta:

—Dime, ¿estarías dispuesta a incluir a un tercero en el sexo?

Me quedo idiotizada. ¿Este tío se da cuenta de lo que dice?

—¿Me estas proponiendo un trío?

Fresco asistente con la cabeza. Abro la boca y me dice:

—Solo contesta sí o no. El drama para el teatro.

En el fondo si me llama la atención, pero a la vez me da algo de susto. No voy a negar que siempre he tenido esa loca fantasía pero nunca he querido llevarla a la realidad. No quiero parecer muy tradicional pero la verdad nunca pensé en hacer algo así.

—No lo sé.

Se acerca a mí y besando mis labios responde:

—La respuesta es sí, conozco a la curiosa que hay en ti.

Bajo la cabeza, ¿joder por qué no me asusta la idea?

Cae la noche, todo el día lo he pasado con él. Melanie me escribe al móvil diciendo que se queda un día más con su amiga, sabrá Dios que amiguita. Mikhail me invita a una reunión privada y dice que esta es especial. Todos buscan lo mismo, sexo. Antes de poder negarme allí estoy sentada en la mesa con él, en una casa de gente pudiente con muchos millonarios tomando chamapaña. Miro que

en la mesa hay dos lugares más.

—¿Y esos lugares?

—Una de las reglas en esta reunión «especial» es que además de degustar la cena lo haces con una pareja que no conoces. Es la única forma de participar.

Me quedo idiota.

—No entiendo.

—Dos personas se sentaran en esas sillas en cualquier momento. Tocará que cenemos los cuatro y nos conozcamos. Recuerda que no hablaran de temas de actualidad, sino sobre a lo que vienen todos, sexo —Estoy pálida. Me siento en una jaula de depravados. Y yo apenas soy una idiota enamorada y en esto una total analfabeta—. No haré nada que no quieras Meg.

Me quedo en silencio. Solo ruego que no aparezca nadie y se siente frente a nosotros. Estoy tensa, excitada y asustada, bonita combinación. Mete su mano disimuladamente en mi falda, pongo los ojos como platos.

—¿Qué coño haces? —Llega a mi tanga y tira de ella rompiéndola—. ¿Eres tonto? ¡Me he quedado sin tanga!

Me calla la boca con su lengua. Mete sus dedos en la hendidura de mi vagina. La muy traicionera esta humedecida. Juega con mi humedad e intento articular palabra.

—Nos ven...

—Lo sé, no somos los únicos en el juego. Sé más observadora.

Miro y en las otras mesas hay de todo un poco

. Desde mujeres besándose hasta hombres masturbándose.  
¡Qué clase de lugar es este! ¡Millonarios locos!

—¡Quiero irme!

—No, no quieres irte.

Cierro los ojos y la sensación es locamente extraña. Me frota con avidez, susurra en mi oído:

—Muero por estar dentro de ti Meg.

Es un maldito, deja de tocarme y me deja toda calenturienta. ¡Qué desgraciado es! Minutos después una pareja pasa por nuestro lado y pregunta:

—¿Desocupados?

¡Y qué coño le importa a estos! Mikhail los mira y responde:

—Sí.

—¿Orientación? —pregunta Mikhail.

—Bisexual.

Mikhail los descarta rápidamente con amabilidad y yo me quedo como idiota.

—Vale, que tengan buena noche.

Me llevo las manos a la cabeza a punto de colapsar mentalmente. En qué lugar me ha metido el loco este.

—¿Por qué coño tienes que estar diciendo la orientación sexual a extraños?

—¿Aún no entiendes el concepto cierto? Megan, Dios que voy hacer contigo. Si no me tuvieras como me tienes no me complicaría tanto contigo.

Me torno colorada. Poco después otra pareja se acerca.

Hacen la misma preguntita y esta vez se identifican como

«heterosexuales» preguntan si se pueden sentar y Mikhail asiente. ¿Y yo dónde quedo? Ah ya que como soy la tonta analfabeta no puedo elegir.

—Hola, soy Mikhail y ella es Megan. Mi chica.

¡Soy su chica! Ahora soy su chica... vamos escalando posiciones. Primero era, una ordinaria, después recepcionista, luego asistente personal, ahora soy su chica. No sé si reír o llorar.

La pareja se presenta y yo me quedo muda.

—Soy James y ella es mi novia Ellie.

—Mucho gusto —responde Mikhail.

El hombre nos pregunta:

—Y bueno, ¿qué les apetece hacer en la noche de hoy?

Mikhail me mira y sabe que estoy más rígida que una estaca. No digo nada, no me siento en ambiente. Ya siento que quiero regresarme a la casa. Sonríe y responde:

—Mi chica es nueva en esto, por la noche de hoy... Mirar estará bien.

Me siento extraña cada vez que dice “mi chica”. Me trata como si fuera un bicho raro, obvio que no sé y para colmo se da ínfulas en el tema. Comienzo a cabrearme. Mas incomoda no puedo estar, la verdad es que todo esto no me viene gustando nada. La pareja sonríe y continúa el hilo de la conversación:

—Vale, ¿qué les parece si después de tomarnos algo nos vamos al hotel donde nos estamos quedando? No acostumbramos a usar los reservados de aquí. Preferimos nuestro espacio.

—Me parece bien.

—Pues a mí no me parece —digo casi a punto de levantarme e irme.

—¿Megan es que te llamas cierto?

Pregunta la mujer de cabellos rubios y tez blanca con tono amigable.

—Sí, así me llamo.

—¿No eres de Estados Unidos cierto?

Niego con la cabeza.

—Soy italiana.

Ríe.

—El acento te delata —aprieto los dientes guardando mi macarra en la mazmorra— Mira Megan, hay tipos de personas. Los que viven con tabús y los que disfrutamos del sexo a plenitud. Esto es algo nuevo como todo cuando lo descubrí pensaba igual que tu pero solo hay que probarlo para sentirse a gusto con la práctica.

Escéptica respondo:

—No estoy segura de querer hacerlo.

Mikhail se acerca a mi oído y con esa lascivia enredada en sus palabras me tienta

—Solo miraremos, no pasara nada más.

—No los conozco Mikhail.

—¿Te fías de mí? —Asiento con la cabeza—. Entonces iremos a ese cuarto de hotel y los miraremos, solo mirar nena.

Vale que tampoco quiero parecer monja, ni estúpida llena de tabús hacienda drama por solo mirar.

—Vamos entonces, pero solo a mirar.

—Vale, solo a mirar nena.

La pareja nos lleva al hotel donde se hospedan. Nos indican que arrastremos un mueble frente a la cama para verlos mejor. ¡Qué vergüenza! Estoy muda y cuando estoy muda, estoy una de dos, o cabreada o asustada. Estoy sin tanga, para variar. Me siento en el mueble y Mikhail seguido se sienta a mi lado. No sé si quiero ver lo que esos dos sujetos harán. Comienzan a desnudarse y a tocarse. No sé a dónde mirar, me siento como en aquel lugar donde este perverso me llevo, solo que en vivo y sin ninguna barrera. El hombre acuesta a la mujer sobre la cama y su boca va directo a su vagina.

—Imagina que la que esta tumbada en esa cama eres tú y él soy yo, te chupo, te saboreo y tu gimes —siento su aliento seducirme en mi oído y sus manos magrear mis muslos. Mi Afrodita interna comienza a excitarse y a quebrantar mi razón dándole paso al morbo. La mujer gime y ya me escucho gimiendo yo. Sus manos calientes se pasean por la cara interna de mis muslos. Cierro los ojos y dejo que el momento surja. La pareja comienzan a lamerse mutuamente y yo quiero que me trague la tierra pero esta vez que me escupa en Marte. Mikhail roza la hendidura de mi vagina, ardor, calor y lujuria es lo que corre por mi sistema. Arqueo levemente la espalda al sentir sus dedos frotar mi clítoris hasta hincharlo y dejarlo entre la línea del placer y el dolor. Jadeo en su boca y con la mirada pido más.

—¿Segura que solo quieres mirar? —susurra en mi oído aumentando el ritmo en mi vagina. Separo las piernas facilitándole el proporcionarme placer. Vuelvo a mirar a la pareja, ahora el hombre la penetra a la mujer a ella suspendiéndose en sus rodillas y brazos. Verlos disfrutar del sexo me hace desear sentir lo mismo. Ladeo y veo a Mikhail a los ojos. Se dilatan y oscurecen.

—¿Qué pretendes? Me dijiste que solo miraríamos —  
Argumento excitada.

—En realidad quieres que te folle mientras esa pareja nos mira, demuéstrales como gimes y tiritas del placer.

—No.

Su erección se hace notable. Aumenta aún más el ritmo en mi clítoris hasta provocar espasmos y ardor en mi vagina. Convulsiono soltando un grito extasiado.

— ¡Hazlo ya! —Suplico agarrando su erección cubierta por su molesto pantalón.

Bajo la cremallera de su pantalón a toda leche y busco su pene con celeridad. Lo agarro y con movimientos certeros y rápidos hacia arriba, luego hacia abajo. Retira los dedos de mí y me esmero en darle placer. Me tumba en el mueble y termina de quitarse el pantalón por completo.

Ladeo para ver a la pareja, el hombre esta estirado con las piernas también estiradas y ligeramente abiertas. Ella se sienta encima de él dándole la espalda. Él la agarra por la cintura y ella se sujeta a las piernas de él. El hombre la penetra de un empellón y entra y sale de ella con fuertes embestidas. Abro la boca al sentir mi vagina expandirse

con la erección de Mikhail penetrarme.

—Mirame —me pide con tono posesivo. Lo miro y levanto mi pelvis hacia él— eres mía preciosa —No refuto ante su comentario, me encanta que lo diga. Se bombea en mí con deseo, lujuria y posesión. Vuelvo a mirar a la pareja y esta vez hago contacto visual con la mujer. Con sus gestos me hace saber que disfruta, disfruta mucho la situación morbosa de ser observada. Me muerdo el labio y cierro los ojos. Suelto gemidos al ritmo de sus embestidas. Agarro su cintura con deseo llevándolas a mi cuerpo. Jamás pensé que disfrutaría tanto del morbo que produce el tener sexo frente a otros y viceversa. La mujer mira a Mikhail con deseo mientras es penetrada con fuerza. Me incómodo y mucho. Odio que cualquier mujer mire a Mikhail con deseo, y ahora que me ha dicho que me quiere me he puesto más celosa. Me bulle, me hierve... pero ¿De qué me quejo? No tengo derechos a celarlo ni a exigirle a ninguna mujer que no lo mire. Soy solo una imbécil idiotamente enamorada de un ruso que tiene sexo conmigo porque desea mi cuerpo, nada más, ahora dice que me quiere pero nada lo asegura. O al menos así me siento. Miro a Mikhail a los ojos. Se hunde en mí con toda la intensidad de crear cierto dolor.

—Esa mujer desea que la coja.

Me quedo gélida, no me parece y no lo voy aceptar.

—¿Qué quieres decir?

Pregunto con un hilillo de voz.

—Que podría cogerla junto a ese hombre mientras

observas.

¿Qué? ¿Está loco?

Respiro con inseguridad y abrazando su torso respondo.

—Hoy no por favor, no estoy preparada para...

Besa mis labios con abrupto, así como me gusta.

—No haré nada a lo que no estés dispuesta nena.

Sonrío tenue, debo parecerle aburrida pero no puedo controlar el sentirme incomoda. Entra y sale de mí con lentitud. Los gemidos de esa mujer y míos se mezclan y parece que nos pusiéramos de acuerdo para emitirlos al unísono. Arqueo mi espalda hasta donde mi columna me lo permite al sentir empellones entrar y salir de mi vagina. Apenas logro agarrar aire, apenas puedo pensar. Mi cuerpo tiritita, levita y siento que lo siguiente será devastador. Vuelvo a mirar a la pareja. El hombre estirado sobre la cama sienta a la mujer sobre el de frente. Una vez penetrada, ambos estiran las piernas e inclinan sus cuerpos hacia atrás. Ella se sujeta de los muslos del hombre y este la sujeta por las caderas inclinando un balanceo que los lleva al éxtasis.

—¿Te elevo a las estrellas nena? —digo que si con la cabeza. Tengo los labios lacerados de tanto morderlos.

Ahora es la pareja quien nos ve retorciéndonos de placer. Eso me aviva, me pone al cien. Incito al hombre dueño de mi humedad a que me embista con fuerza, con salvajismo, con dureza. Se bombea en mí una y otra vez; el calor invade de manera brutal mi cuerpo, ardo, tiemblo y grito. Lo miro a los ojos conectando con su placer y con su yo

interno. Como anhelo escuchar ese “te quiero Meg” de nuevo. Eso me hizo sentir especial en su vida. Besa mis labios y yo muerdo los suyos ligeramente. Muevo mi pelvis hacia el buscando intensificar sus embestidas, ¡Madre mía! Convulsiono y mi cuerpo se estremece, mi vagina experimenta espasmos y logro tocar las estrellas. Tras un gruñido devastador sale de mi vagina y eyacula sobre mi abdomen; su rostro está totalmente descompuesto en mil placeres y apenas puede respirar. Se deja caer sobre mí, su cuerpo tiembla, eso me pone como una moto. Tras besarme se sonrío y susurra en mi oído: —Bienvenida a mi mundo nena.

Capítulo 34:

## el pasado, MenUDO probleMita

Recupero el aliento. Aun no puedo creer que haya hecho esto. Me siento pésima. Horriblemente morbosa, esta no es mi idea del sexo. La pareja se ducha y luego lo hacemos nosotros. Nos vestimos y la pareja insiste en que nos quedemos un rato a tomar una copa. Yo solo quiero salir corriendo de esta habitación de hotel pero no, Mikhail maravillado acepta. La mujer me mira y traviesa me dice:

—¿No que solo mirarías? —Abro la boca pero no me deja decir nada—. Vale que no es nada, es parte del juego.

—Pero hubiera sido mejor si hubiéramos unido los placeres —dice el hombre.

Me quedo boquiabierta ¿Qué coño? Jamás hubiera consentido tal cosa. Mikhail es mío aunque él no lo sepa.

—Debes de sentirte afortunada por tener hombre con semejante “amigo”.

Me dice la mujer y me quedo como que ¿Solo de sexo saben hablar esta gente?

Mikhail me mira y me agarra de la cintura.

—Exageras... no soy tan grande como me pintas.

La mujer se muerde los labios y responde con picardía.

—Moría porque tu entraras en el juego, claro si tu chica lo consentía.

¡Obvio no! Él es mío, mío y de ninguna otra fulana. Solo puede cogerme a mí, solo a mí. Aguanto las ganas de decirle unas frescas. El hombre me mira y sonriéndome raro le dice a Mikhail:

—Se ve deliciosa tu chica...

—Sí que lo es.

¡Este ruso prepotente me va a escuchar!

Tras despedirnos de los sujetos el hombre le da a Mikhail una tarjeta con sus datos. Obvio, quiere repetir esta cosa. Tras bajar al vestíbulo del hotel me cruzo de brazos, estoy cabreada y decepcionada de mi misma. Me quedo en silencio para no soltarle una de mis a frescas Mikhail. Subimos al coche y tras poner en marcha el motor me dice:

—¿Todo bien?

—¿Todo bien? Es que eres idiota. ¿Qué acaso no puedes tener sexo como la gente normal? “Sí que lo es” ¿En serio?

— El sexo tradicional me aburre Megan, vale que ya me canse de coger al estilo tuyo, siempre es la misma rutina. Esto es más interesante.

—Estás loco, pero loco de atar —resoplo— ¿Qué es lo próximo? ¿Qué me pidas que me acueste con cuatro tipos?

Ladea para encararme.

—¿Lo harías?

—Joder claro que no imbécil. Solo piensas en ti, en tu placer, en tus deseos no en los míos. Pero claro que puedo

esperar de un ruso frío, inexpresivo, hermético y cabezota.

—No te obligue a nada Megan, no sé porque peleas. Ambos lo disfrutamos...

—Sí, disfruto cuando me coges, ¡pero a solas! ¡No con dos tíos viendo como me penetras por amor de Dios!

—Pues ese es mi modo en el sexo, si no puedes con el estilo eres libre de negarte.

—A no claro, eso es lo fácil. Dejarme a mi toda la carga. Soy yo la que se tiene que adaptar, soy yo la que tiene que acatar y ¡maldita sea soy yo la que me jodo emocionalmente! —Haces tantos dramas innecesarios que me joden la paciencia.

Ceñuda respondo:

—No sé ni qué coño hago en el copiloto de tu Porsche. Aquellos sujetos son novios y yo tu chica. Define chica, por- que sinceramente eres acomodaticio.

Se detiene en un semáforo.

—¿Qué quieres escuchar Megan? Dije que eras mi “chica” para presentarte nada más.

Mi nivel de enfado llega a controlar mis palabras.

—Es que merezco el premio a la idiota del año. No soy más que un juguete sexual para ti.

Me mira intimidante.

—Nunca he dicho que eres mi juguete sexual Megan.

—¡Joder pero me tratas como tal! ¿Por qué no llevas a América a esos lugares de locos morbosos en vez de a mí?

Ya no se ni lo que digo, solo disparo palabras sin pensar.  
—¿Enserio eso quieres? ¿Que la folle a ella en vez de a ti?

—¡Lo haces! Hoy te acuestas conmigo mañana con ella.  
¿Crees que soy imbécil y que no me doy cuenta que solo ves de mí el placer carnal que puedo proveerte?

—Megan, no digas cosas que yo no he dicho —Continúa mosqueado—. No quiero llevar a América a estos lugares porque quiero hacerlo contigo. Quiero tocarte a ti y besarte a ti.

Cruzo los brazos en negativa.

—Te crees tus propias mentiras, mientras estábamos en aquella habitación de hotel me dijiste que aquella mujer quería sexo contigo. Estuviste dispuesto a dárselo Mikhail.

—El sexo en grupo lo veo como diversión, el sexo contigo es algo más que diversión y lo sabes Megan. Es solo placer.

Tras un súbito silencio artículo unas palabras.

—¿Te regresas a Rusia pronto cierto?

Ladea para mirarme, mi pregunta lo ha tomado por sorpresa.

—No entiendo el porqué de la pregunta.

—Solo responde.

—Megan, es obvio que tengo que regresarme a Rusia, es mi país pero no entiendo porque te preocupas por ello. Tu trabajo seguirá intacto.

Bajo la cabeza e intento no llorar. Con su respuesta me da

a entender que esto para él solo es una relación pasajera, que ese “te quiero” fue solo de la boca para afuera, no siente nada por mí. Recuerdo sus palabras, durará lo que tenga que durar, ya se está acabando el tiempo de los dos.  
—No te preocupes por mi situación laboral, no pienso seguir trabajando en su farmacéutica mucho tiempo. No es lo mío.

Aparca el coche a la orilla de la carretera y quitándose el cinturón de seguridad asalta mi boca. Siento que el enojo se enfría poco a poco. Me mira a los ojos y logro escuchar otra vez esa palabra que me hace vibrar “Te quiero”, beso sus labios y caigo nuevamente en su red.

—No vuelvas a decir que me quieres por favor.

Toma mi boca nuevamente.

—¿Por qué?

—Porque me lastima.

—¿Deja el enfado sí?

Me cruzo de brazos.

—Llévame a mi casa.

—¿Segura que eso es lo que quieres?

Digo que sí con la cabeza.

—Vale, lo que desees entonces.

De camino para la casa suena mi móvil. El número es desconocido y me extraño. Cojo la llamada cabizbaja.

—Hola.

Una voz femenina nerviosa y alterada me responde.

—¿Habla Megan McMillan?

Confundida respondo:

—Sí, ella habla. ¿Qué ocurre?

—¿Usted es pariente de Alisson?

—Como consiguió mi número. ¿Quién es?

—Soy Elsa, la niñera de la hija de Alisson. Estoy con la pequeña en el hospital. Alisson tuvo un accidente automovilístico saliendo de su trabajo y esta grave. Me había dejado dicho que cualquier cosa extremadamente grave me comunicara con usted.

Me encuentro en una total encrucijada. No quiero ni puedo tener ningún tipo de contacto con esa mujer y su hija. Son el motivo de mi desdicha familiar, el motivo por el cual crecí sin familia. Trago saliva, y mi conciencia decide por mí.

—¿En qué hospital está?

—Swedish Medical Center, está en el área de terapia intensiva.

—Vale, gracias por la información. En una hora estoy por allí.

Cuelgo el móvil y una tensión horrible se apodera de mí. Mikhail ladea y me dice:

—¿Qué ocurre?

—Problemas personales

—¿Se pueden saber cuáles son?

—No te incumben.

Se enoja y frío responde:

—Vale, arréglatelas tu solita entonces.

Frunzo el entrecejo harta de los problemas acumulados.

—No te he pedido ayuda, déjame en mi casa y ya.

Se queda en silencio y acelera el coche con ímpetu.

Después de un breve silencio pregunta gélido.

—¿A dónde vas en una hora?

—No te importa

—Megan, me estas hartando. ¿A dónde vas?

—Mira Mikhail, no tengo que darte ningún tipo de explicación de lo que hago o dejo de hacer con mi vida.

¿Quién eres? Nadie.

Pestañea y su mandíbula se tensa.

—Es la última vez que te pregunto pasivamente ¿A dónde vas?

—¿De verdad quieres saberlo? —Asiente con la cabeza

—. Vale, pues voy a verme con un amigo, uno que no veo hace tiempo. Me invito una copa y después la ocasión dirá.

Se queda en silencio y no vuelve a dirigirme palabra.

Siento su enojo, su indigno. Pero no puede hacer nada, no soy nada suyo, tampoco él es nada mío. ¡Qué se las aguante! Me deja frente a mi edificio y sin despedirme ni nada bajo del luminoso coche. Me pilla la falda entre las piernas para que no se levante, estoy sin tanga y es horrible. No me fijo si se va o si se queda ahí parado. Solo entro al ascensor y lo pierdo de vista. Al llegar al apartamento no hago ruidos. Melanie ha regresado y se ha quedado dormida en el sofá. Entro a mi cuarto y busco el primer tanga que encuentro y vuelvo a salir pero esta vez con las llaves del coche. Bajo al aparcamiento soterrado. Desactivo la alarma y subo al coche. Suelto un suspiro.

Vale, estoy sola nuevamente, salgo de un problema para entrar en otro. Acelero y conduzco hasta el hospital. Miro por el retrovisor y me parece ver un Porsche igualito aquel de Mikhail. ¿Estaré alucinando? Me Aparco en el estacionamiento bajo techo del hospital y entro al vestíbulo del mismo. Me acerco al mostrador del vestíbulo y digo:

—Buenas noches, soy Megan McMillan y me han informado que han traído aquí a una mujer grave de un accidente automovilístico.

—Dígame el nombre de la paciente señorita.

Trago saliva y molestia respondo:

—Su nombre es Alisson McMillan.

Busca en su sistema alguna paciente con ese nombre y finalmente dice:

—Efectivamente, hay una Alisson McMillan registrada. Se encuentra en la sala de operaciones.

—¿Cuál es su estado?

Responde desalentadora.

—Solo se sabe que es de estado crítico.

Avanzo al ascensor y subo al piso de terapia intensiva. En la sala de espera veo a una chica y una pequeña a su lado. La niña tiene los ojitos llorosos y al verme la chica se me acerca.

—¿Megan McMillan?

—Sí, soy yo.

La pequeña se me acerca y al verme a los ojos me dice:

—¿Tu eres mi tía?

—¿Cómo se llama? —Le pregunto a la chica.

—Se llama Danna. Tiene seis años —responde.

Me pongo de cuclillas frente a ella y con tono dulce le digo algo incomoda.

—¿Me darías un segundito Danna? Mamá estará bien. Asiente con la cabeza y se sienta en la silla nuevamente.

—¿Qué le ocurrió a Alisson?

—Pues salía del trabajo que tiene como mesera a toda leche porque se le hacía tarde para su otro trabajo como recepcionista en un hotel y por manejar a gran velocidad choco contra una valla de seguridad.

Suspiro algo conmovida.

—Y la niña, ¿cómo está?

—Pregunta por su mamá, no sé qué decirle. Le he dicho que solo fue un golpecito pero la verdad es que los médicos no saben si resistirá la operación —Aprieto los dientes. Menudo problema se avecina. La chica me dice triste— me apena decirle esto pero yo no puedo seguir cuidando a Danna. Mi madre enfermó y tengo que ir a cuidarla a Ohio.

No tengo ningún puñetero remedio más que hacerme cargo de una niña producto de una mujer que no puedo ni quiero tratar. Pero la conciencia me haría la vida una mierda si no la ayudo.

—Vale, pierda cuidado. Yo cuidare de la niña en lo que se define que pasara con su madre.

—Gracias, y disculpe por favor.

Al irse me acerco tímida a la niña. Me siento a su lado y

sus ojos verdosos, llorosos me miran.

—Mamá me ha hablado de ti. Dice que eres mi tía, mi única familia además de ella.

Pestañeo.

—¿Eso te ha dicho?

Responde moviendo sus piernitas.

—Ella me dio una foto tuya y la tengo guardadita en mi mochila del cole. Dice que tú eres buena, y que me quieres. Solo que no tienes tiempo de venir a verme. Ni a ella ni a mí.

Me parte el corazón escucharla. Me tiene un afecto por el cuál no me inmute en obtener. Es una niña muy dulce.

—¿Y que más te ha dicho?

—Que también tengo otra tía que se llama Melanie ¿Es cierto?

Me siento como en una interrogación y no sé cómo contestar para no herir sentimientos. Es una niña encantadora y dulce. Es fácil encariñarse con ella, sonrío tenue y asiento con la cabeza

—Sí, ella también es tu tita. Pero nosotras no podemos...

—¿Me quedaré contigo en lo que mi mamita se pone bien?

No tengo más remedio que aceptar. La niña no tiene a nadie en este mundo y por casualidades de la vida termino siendo yo su única familia.

—Sí Danna, te quedaras con nosotras.

Pasan unos veinte minutos y veo unos ojos azules acercarse a mí. Me quedo helada, pasmada e intimidada.

Me mira con cabreo y tomándome del brazo me sube a su altura

—¿Con que aquí es que te estas tomando una copa? ¡En un hospital!

Respondo airada y hecha un lio, ¿Qué demonios hace aquí?

—¿Acaso me sigues? ¡Me estas acosando!

Responde con desespero.

—Me volví loco pensando en que otro te podría estar contigo en estos momentos. Me mentiste para lograr enfurecerme y lo has logrado Megan.

Trago saliva y replico en voz baja:

—Ahora no voy a hablar de eso. Tengo cosas más importantes que hacer.

Sus ojos se dilatan y oscurecen. Su mirada me intimida por unos instantes. Siento que unas manitas tiran de mi falda. Bajo la mirada y me encuentro con los ojitos de Danna mirándome curiosa.

—Tía, ¿Quién es él? Da muuuucho miedo tiene cara de mala leche.

Que sincerita me ha salido la sobrina, McMillan corre en las venas.

—Danna, él es mi jefe y ya se va no te preocupes, no te asustara más.

La niña vuelve a sentarse. Mikhail me agarra del brazo y me aleja de la sala de espera.

—¿Tía? ¿Esa niña te llamo tía?

—Pues sí, ella es mi sobrina.

Su mirada me taladra y presiento que lo que piensa de mí no es nada bueno.

—¿Tienes una sobrina? ¿Cómo? —pregunta indignado.

—Tengo una media hermana por desgracia, solo eso me da la gana de decirte.

—¿Tú prácticamente me exigiste que ventilara mi pasado contigo y tú no podías hacer lo mismo? ¡Cuánto tiempo pretendías seguir callando tal cosa!

—No es algo que me gusta tocar, además no creí que algo así te interesara.

Me calla con la palma de su mano.

—No seas descarada, te pregunte varias veces sobre tu pasado y me respondías evasivas. Yo tuve que sacar fuerzas de donde no las tenía para abrirme a ti, contarte lo que siquiera mi hermana sabe que ¡Si es mi familia!

—Mikhail, ya no más por favor. Me duele la cabeza horrible, tengo una media hermana que se está muriendo y tú solo me recriminas y no ayudas en nada. Ya basta.

Se torna inexpresivo y con tono impersonal me dice:

—Nada la justifica, Que tenga buena noche.

Su frialdad me descompone pero no puedo dejarme ganar y menos ahora que no sé qué se avecina con Danna y Allisson. Se retira del hospital y me toca quedarme con la niña hasta recibir noticias de su madre. Me siento a su lado y rápidamente reposa su cabecita en mi brazo.

—Tía, ¿cuándo podré ver a mamá?

—Pronto, ella estará bien.

Cojo el móvil y llamo a Melanie.

—¿Aún estas en la casa?

Responde soñolienta.

—Sí.

—Solo llamo para decirte que necesito que tengas la habitación que está vacía acondicionada para hoy en la mañana.

—¿Qué? ¿El ruso se muda con nosotras?

—Nuestra sobrina se quedará unos días con nosotras.

—¿Dices la hija de Alisson? ¿Pero por qué?

—Alisson tuvo un accidente y está grave. La niña no tiene más familia más que a su mamá y nosotras.

Suelta un suspiro y algo incomoda con la idea responde:

—Vale, pero tú y yo tenemos que hablar sobre eso.

— Lo sé.

Cuelgo el móvil y recuesto la cabeza en la pared. No salgo de una para entrar en otra. Llevo a Danna al apartamento. Los médicos me han dicho que Alisson sigue estable dentro de su gravedad y solo resta esperar. Qué remedio. La niña entra rápidamente en confianza con Melanie, es un amor, parece ser sociable con todo el que conoce.

—¡Hola tíaaa!

Melanie pestañea y le ruego con un juego de miradas que le siga la corriente.

—¿Hola hermosa y cómo estás?

—Bueno pues triste por mami.

—Ella estará bien. Eres muy linda Danna...

Melanie suelta una indiscreción.

—Y tu papi, ¿dónde está?

La niña responde cabizbaja.

—Yo no tengo papi. Solo una mamá y dos tías.

No sé porque pero siento que le he agarrado cariño a esta pequeña. Me pongo de cuclillas frente a ella.

—Tengo que ir a trabajar, pero Melanie se quedará contigo. ¿Cuando regrese en la tarde les traeré algo rico de cenar vale?

La niña asiente con la cabeza sonriendo.

—¡Vale!

Me regala un abrazo y yo le recibo el gesto. Me pongo un traje negro y tras hacerme una coleta salgo del apartamento y conduzco hacia Ivanov Pharmaceuticals, donde se, me espera un día bastante agotador.

## Capítulo 35

### **iDeas locaMente absUrDas**

Llego a presidencia con los ánimos por los suelos. Deslizo mi carné por la rendija de mi puerta y entro a mi despacho. ¡Maldita bruja! América me ha dejado estibas de trabajo y yo con un humor de los mil demonios. En tres días toco y no he podido descansar bien. Entre sexo y problemas, el tiempo se me va y ni cuenta me doy. Tras de una hora en el despacho decido entrar al de Mikhail con el pretexto de entregarle unas cartas. Esta con su traje negro intimidante y la actitud de hace tres cinco meses atrás.

—¿Qué quiere señorita McMillan? No la he mandado a llamar.

—Te han llegado estas cartas.

Se las estrecho y me deja la mano tendida. Finalmente las pongo sobre el escritorio.

—Ya se puede retirar señorita.

Me quedo mirándole por unos segundos y abro la boca pero me gana.

—Retírese, estoy ocupado y estorba.

Doy media vuelta y salgo de la oficina con el demonio invitándome a bailar. Es que no soporto cuando se pone en ese plan. Está cabreado, lo sé pero sabe que me duele su actitud y la acentúa aún más. Me siento en el escritorio y maldigo para mis adentros. Me llevo las manos a la cabeza. Estoy liada, muy liada. Media hora después América me llama desde el teléfono interno.

—Te quiero en mi oficina ahora.

—En un momento estoy en su oficina.

Cuelgo. ¡Maldita bruja! Conservo la calma. Entro a la oficina del continente y me acerco a su escritorio.

—¿Qué se le ofrece?

Se sonrío con esa típica sonrisa de ofrecida refinada y responde:

—El señor retomara el viaje a sus delegaciones en Europa. Me ha pedido que te diga que seré yo la que lo acompañe en el viaje. Ya no te necesita a su lado en Europa.

Aprieto los dientes.

—Vale, ¿algo más?

Se ríe mofándose.

—Sí Megan. Necesito que reserves para esta noche una mesa en el restaurante de siempre para dos, que la mesa sea lo más alejada posible de las otras, privacidad ante todo.

—Vale señora.

—Ah, y tiene que ser a nombre de Mikhail Ivanov. Solo así te harán el reservado.

Salgo de la oficina del continente y entro a mi despacho. ¿Por qué tiene que hacerme esto? Cada vez que se enoja conmigo me trata con sequedad y como si nunca me hubiera conocido. Claro eso a él le da igual. Tomo el teléfono con violencia y llamo al puñetero restaurante y hago la reserva.

Cuelgo el teléfono destruida pero ya es soportable el dolor. Está consiguiendo lo que quiere. Debilitarme. Voy a la cafetería a por un café. Me siento en la mesa de siempre y minutos después se acerca Ethan con un té en las manos.

—¿Puedo? —señala una silla.

Encojo los hombros y se sienta.

—Rara vez estas por aquí.

Arqueo una ceja.

—Yo no pierdo el tiempo Ethan, yo vengo a aquí a trabajar. No a ligar ni a romances.

Se cruza de brazos y pregunta:

—¿Y el jefe?

—¿Qué con él?

—¿Hay algo entre ustedes cierto?

—Para nada, él es mi jefe, nada más. No es mi tipo.

Además ¿qué te importa?

¿Pretendo creerme eso?

—Vale.

Tomo un sorbo de café.

—Ethan, perdona que sea así tan sincera, pero no entiendo que haces aquí sentado hablando conmigo. Hasta donde tenía entendido yo no era de tu agrado.

Lo he pillado con mi comentario. Traga saliva y responde:

—Cuando uno se deja llevar por chismes juzga mal a las personas, no eres como te han descrito.

—¿Y cómo me han descrito?

Responde incómodo.

—Desde que entraste a trabajar como recepcionista todos te ven aquí como una cazafortunas. Dicen que no llevas ni un año trabajando y ya eres la asistente personal del jefe.

—Ethan, tener mi puesto es un martirio. Ya quisiera estar en donde estaba. Tener que lidiar con ese ruso infeliz no es fácil.

—Pero él pronto se va... solo vino para ver cómo estaban sus delegaciones alrededor del mundo.

Me despido de Ethan y vuelvo a mi área de trabajo. La tarde transcurre tranquila y hasta aburrida. Hago reportes, llamadas y lo que haga falta. Suena la línea de Mikhail, agarro el teléfono y respondo amable, como si fuera otro más.

—Buenas tardes señor Ivanov, ¿en qué puedo ayudarle?  
Responde seco.

—La quiero en mi despacho ahora, tráigase consigo una libreta de notas.

Cuelga la línea antes de que pueda decir algo. Hago lo que me ordena y me presento en su despacho. Me siento frente a su escritorio con la libreta en manos.

—Usted dirá...

—Necesito que arregles todo para que pueda volar con América a Europa en cuatro días. Iremos a... —Me mira y borde me contesta— ¡Anota! —Comienzo a tomar las notas—. Iremos a Suiza, Italia y Barcelona. Quiero que se comuniquen con las delegaciones en esos países y que se encarguen de hacer todos los trámites de hospedaje y transportación —Continuo tomando nota—. Como vera usted ya no me es indispensable en ese viaje. Se quedará aquí atendiendo mis asuntos en Estados Unidos.

—¿Podemos hablar? ¿Me regalas cinco minutos?  
Me taladra con la mirada.

—Si tiene que ver con asuntos del trabajo sí, si no ahórrese lo que tenga que decir.

—Tiene que ver con el trabajo.

—¿Qué ocurre?

—Quiero mi puesto de recepcionista, estoy hasta el cansancio de pedírselo —Abre la boca y no le dejo interrumpir, sonriendo burlona añado—. Y si cree que haciendo este viaje me hace enojar pierde el tiempo. Por mi puede irse y no volver. No es el único con un pene

grande en el planeta. Es más, si quiere les reservo el hotel y todo en Europa.

Me mira descolocado, juraba que iba arder del enojo y no le daré el gusto. Tomo mi libreta de notas y con serenidad doy media vuelta y me voy. Ya no intento nada para hablar con él. Regreso a mi área de trabajo y media hora después una idea loca y arriesgada se me asoma a la mente. Este hombre tiene que probar de su propia medicina. Agarro mi móvil y llamo al restaurante donde hice la reserva.

—Hola, buenas tardes la llamada es para cancelar una reservación para hoy en la noche.

—Sí como no, ¿A nombre de quién está la reserva?

—Mikhail Ivanov.

—Sí, aquí esta. ¿Con quién hablo?

—Con la señora Ivanova, mi esposo y yo no podremos asistir a esa reserva por motivos personales.

Extrañado el hostess responde.

—¿El señor está casado?

Río por dentro, muero a carcajadas.

—Sí, felizmente casado.

—Vale, pierda cuidado. Los esperamos en otra ocasión.

Termino la llamada y comienzo a reír como loca. Ya me los imagino llegando al restaurante y no tener reserva.

Miro la hora, ya es la hora de mi salida. Agarro mis cosas y salgo del edificio. Conduzco y llamo Melanie pero me responde una vocecita angelical.

—¡Holaaaaaa!

—¿Danna?

—¡Hola tía!

Me río.

—¿Dónde está Melanie?

—Mi otra tita está duchándose. Ah mira ya salió —La escucho desde lejos decirle a Melanie— Tíaaa, mi otra tía te llama.

Melanie toma el móvil.

—Hola Megan.

—¿Qué quieren de cenar?

Melanie le pregunta a Danna y ella responde:

—¡Hamburguesas!

—Ya la has escuchado, quiere hamburguesas.

—Vale, llevaré hamburguesas entonces.

Después de pasar por la cena a un restaurante de comida rápida, conduzco hacia la casa, recibo una llamada de John, hace un tiempo que no hablo con él.

—Hola John, sé que me vas a decir que no nos hemos reunido para ensayar pero pierde cuidado. Yo he ensayado en casa.

—Sabes que la presentación es en tres días

—Sí, lo sé. Ya me he memorizado Black Heaven en italiano e instrumental.

—Más te vale preciosa. Después de la presentación pensé en ir a tomarnos algo como amigos, lo tengo claro.

Sonrío.

—Vale, encantada estaré de tomarme eso contigo.

Llego a la casa con las hamburguesas. Danna me las

arreбата y busca en su interior.

—¡Gracias!

Se trepa en el taburete y cena mientras mira la televisión.

Melanie agarra su hamburguesa y me dice:

—Voy a salir.

—¿A dónde Melanie?

—Tengo que terminar un trabajo de la universidad con Fabián.

Me cruzo de hombros:

—Aja y yo nací ayer...

Se ríe.

—¡Ay yo no te busco pleito cuando sales con Mikhail!

—Vale, pero por favor...

—Sí ya se, que use preservativos. Además no hemos hecho nada aún.

Melanie termina yéndose a hacer no sé qué con mi coche.

Llevo a Danna hasta la habitación que va a ocupar y se sube a la cama.

—¡Es blandita y suavecita! Nunca había tenido una tía — Corre hacia mí y me abraza las piernas—. Gracias tía, es verdad lo que dice mi mami.

—¿Qué dice tu mami?

—Que eres muy buena, te quiero.

Me sonrío y devolviéndole el abrazo le respondo: —Yo también.

Se queda en la habitación viendo películas de princesas mientras yo me voy a la sala de estar con el violín a ensayar los acordes. Mientras toco me viene a la mente la

cena del ruso con el continente. Pobre se habrá quedado sin reservación. No puedo evitar reírme e imaginarme la cara de mala leche que ha tenido que poner al no tener mesa para cenar. ¡Es que soy malota! Miro el reloj, las nueve de la noche. Ya debe estar con los demonios sueltos el ruso. Me da igual. Continúo tocando y perfeccionando. Estoy alrededor de media hora con el violín hasta que decido dejarlo a un lado. Cojo una revista y comienzo a ojearla, me aburro rápido y paso a ver como esta Danna, se ha quedado dormida viendo la película. Apago la televisión y la arropo con el edredón. Apago la luz y cierro la puerta silenciosamente. Vuelvo al sofá y me tumbo en él. Descanso la vista y de momento me quedo ligeramente dormida. El constante ruido del timbre me despierta. Doy un respingo y caigo de pie. Avanzo a la puerta. ¿Quién coño será a esta hora? ¡Son las once! Tras abrir la puerta miro hacia arriba y palidezco, su mirada, su actitud y su forma de tocar el timbre me dicen que va haber problemas.

Justo cuando voy a cantarle las cuarenta con dureza en sus palabras me dice:

—Usted y yo tenemos un asunto que resolver, “señora Ivanova”.

Esta frente a mí a las once de la noche con una cara de que me corta en cantitos de mala leche horrible. Este ruso viene a matar...

**Capítulo 36 noche De estreno**

—¿Qué hace aquí? ¿Va a seguir molestándome?

Entra a mi casa sin ser invitado y cierra la puerta con ímpetu. Camina de lado a lado con enojo. Me alejo lo más posible de él, creo que se me ha ido la mano. Trata de controlar su enojo y me mira exigiendo una explicación.

—¿Con que señora Ivanova? ¡¿Con que derecho cancela una reservación haciéndose pasar por mi esposa?! Has ido muy lejos Megan.

Su tono cortante y seco me duele, me duele mucho. Pero no se lo demuestro. Sería respondo:

—No crea que hacerme pasar por su mujer me halagó, más bien todo lo contrario.

Me agarra del brazo con violencia, me aprieta con fuerza hasta lograr lastimarme.

—No vuelvas a cometer tal osadía porque te juro que te vas a arrepentir.

—¡Me estas lastimando! Suéltame.

Hace que le mire a los ojos y responde:

—Ese es un título que no llevaras nunca, Megan —

Derramo una lágrima y me quedo callada—. Cada cosa que haces me demuestra que eres una inmadura.

—Solo quería llamar tu atención.

Su mirada se ablanda. Siento que de momento aquí esta Mikhail, no el ruso frío y déspota de siempre. Me suelta la mano y me dice:

—¿A que hemos llegado?

—¿Tanto te molesto que dijera que era tu mujer? —  
pregunto llorando.

—Será mejor que me vaya.

—Dime una cosa, solo una. ¿Por qué cada vez que te  
enojas me maltratas? Me haces sentir como la peor mujer  
del mundo.

Se queda en silencio. Solo camina de lado a lado como si  
estuviera acorralado.

—¡No me das opción! ¡Insistes en entrometerte en mis  
cosas y si hay algo que odio es que se metan en mi vida!  
¡Me has arruinado un contrato con un cliente importante  
maldita sea! ¡Ni te imaginas la vergüenza que tu falta de  
madurez me hizo pasar! —Su mirada me taladra y  
comienzo a sentirme como una autentica estúpida. ¡No  
entiendo nada!—. ¿Acabo de perder millones por tu por tu  
osadía y pretendes que no tenga unas ganas inmensas de  
estrangularte?

Pongo los ojos como platos entendiendo cada vez menos.

—Pero... pensé...

—¿Pensar? ¡Lo menos que hiciste fue usar la cabeza!

—Ibas a cenar con el continente, ¿por qué tendrías que  
perder dinero?

—¿Con América? Porque tendría que cenar con América.  
¿Acaso eres tonta?

—Ella me pidió que reservara una mesa para dos. Lo hizo  
de una manera que... me dolió.

—¡Sí se lo pedí! Pedí que hiciera una reservación para mi

cliente y yo alejada de las otras mesas para poder hablar más a gusto. Además ¿En todo caso y a ti qué coño te importa?

Lo miro y sin alzar la voz ni hacer escandalo pido: —  
Lárgate de mi casa.

—Trato, trato pero eres más difícil de lo que pensé.

\*\*\*

Paso a ver cómo sigue esa mujer. Llevo a Danna, está impaciente por ver a su mamá. La han trasladado a un cuarto de terapia intermedia. Al entrar la veo sola y triste. Trata de cambiar el semblante al ver a su hija correr hacia ella.

—¡Mamá!

Le besa la cabeza:

—¿Cómo estas Danna? ¿Cómo te has portado con Megan? —¡Bien! ¡Tengo unas tías muy buenas!

Sonrío y poniéndome de cuclillas frente a la niña le pido:

—Danna, ¿podrías esperarme en la salita? Sera rápido y

luego entras.

—Vale.

Al salir la niña y quedar a solas con esta mujer siento que

no sé por dónde empezar. Ella me mira y con vergüenza me dice:

—Disculpa por la molestia de Danna, una vez salga de esta no nos volverás a ver

Seca respondo:

—¿Dónde estás viviendo con Danna?

Se queda en silencio y tras guardarlo por unos minutos responde:

—En casa de una amiga.

Camino de lado a lado y pienso que contestar. He visto los informes de salud de Alisson y hay algo inquietante, le pregunto sin saber realmente si quiero o debo saber.

—Alisson, estabas embarazada cuando tuviste el accidente. Perdiste el bebé, lo siento mucho.

Sus ojos se sollozan y entre hipos responde:

—No sabía.

—¿Tienes pareja?

Niega con la cabeza.

—No, no tengo pareja

—Entonces... ¿ese embarazo?

Llora y llora, no para de hacerlo y finalmente responde casi sin poder hablar.

—Megan, lo siento. Me iré de tu vida tan pronto tenga la oportunidad.

—No me has contestado.

Baja la mirada y descompuesta responde:

—Las medicinas de Danna son costosas, yo no tuve la misma suerte que tú de terminar mis estudios. Estoy sola en el mundo con mi hija y tuve que recorrer a lo único que poseo.

Trago saliva y cruzando los brazos le digo:

—¿No existe tal trabajo de mesera cierto?

—Megan, presto servicios sexuales para poder vivir, yo y mi hija. Le hago creer que tengo dos trabajos para que no sufra el tener una madre prostituta.

—Hay otras opciones... no tienes por qué recurrir a venderte.

—Para ti es fácil. No eres la bastarda, ni la marginada ni la que está sola en la vida.

—Y Danna, es...

—Danna la tuve de una relación hace años atrás, él me dejó al saber que estaba embarazada. Era de esperarse. Me siento en una silla y respiro hondo, estas cosas solo me suelen pasar a mí.

—Te vendrás conmigo y Melanie —Pone los ojos como platos.

—¡Jamás! No me entrometeré más en sus vidas.

—No lo hago por ti, lo hago por Danna, le he tomado cariño a la niña y si hay alguien que no tiene culpa de algo aquí es ella.

—Pero serían más gastos para ti, no podrías.

—Eso es asunto mío, yo me las resolveré.

Me mira con inferioridad.

—Espero que algún día puedas perdonar a mi mamá y a mí, y no me veas como a una enemiga.

No respondo, me quedo en silencio y suspiro. ¿Sera eso posible?

\*\*\*

Ha llegado el gran día. Me estreno como violinista y estoy a cien. Danna me pasa la paleta de colores y mientras me maquillo me mira y me cuenta cómo le va en la escuela, me cuenta sobre sus amigos y demás, es un amor de niña.

—Oye tía, ¿y yo iré a verte?

Sonrío.

—Sí cariño... tú junto a Melanie.

Continúa.

—¿Y mamá? ¿Ella irá?

—No sé, si ella se siente bien para ir corazón. Está convaleciente y debe reposar.

—Tía pero ella me dijo que quería ir a oírte tocar y cantar.

—¿Eso dijo? —Asiente con la cabeza—. Vale, pues entonces irá contigo y Mel.

—¡Sí!

Termino de maquillarme y agarro el vestido negro escotado que he comprado con John semanas atrás. Me lo pongo y al verme en el espejo cualquiera diría que voy soy otra y no Megan McMillan. Me subo en mis tacones y al ver mi violín en el estuche suelto un suspiro.

—Lo harás bien Megan, hoy vas a brillar —digo en voz alta.

Tocan la puerta e invito a pasar. Alisson entra en muletas

y tímida me dice:

—¿Podemos hablar un segundo?

Digo que sí con la cabeza. Entra en la habitación y tras soltar un respiro me mira a los ojos:

—Después de tu presentación me iré con Danna. Hemos abusado de su hospitalidad y ya debemos irnos.

Me giro para encararle.

—No es necesario que te vayas tan pronto. Sé que si lo haces volverás a esa vida que no es sana para Danna.

Baja la mirada.

—Prometo que no lo haré.

—Tus promesas no me valen.

—Megan, la convivencia contigo y Melanie no es fácil. Sé que me tienen aquí por deber no porque les guste. Me tienen odio y no es sano que sigamos juntas.

Arqueo una ceja y finalmente respondo:

—No te odio, no perdería mi tiempo guardando odio a nadie. Pero tampoco podemos tener la mejor relación.

—¿Seguro qué no te molesta? Al menos buscaré un trabajo para ayudar con los gastos.

—Alisson, estas convaleciente. Aún no puedes más que reposar.

—Tan pronto salga de estas malditas muletas busco trabajo.

Tengo los nervios a mil. Es la primera vez que en una presentación se tocan composiciones mías. Jamás pensé que se me diera el escribir para que otros toquen. Melanie quiere conducir, mejor. Yo estoy que me estrello de los

nervios. Recibo un correo al móvil.

DE: John Peterson

FECHA: 5 de julio de 2014 07:00 p.m. PARA: Megan McMillan

ASUNTO: ¿Nervios?

Hoy es tu noche, disfrútala al máximo. Sé que vas a brillar preciosa. ¿Nervios? Pasa de ellos. PD: Da el máximo  
John.

Este hombre logra sacarme una sonrisa. Sabe cómo apoyarme y alivianarme. Uff sí que traigo los nervios a mil. Comienzo a tararear como histérica y Melanie interrumpe mi ejercicio de relajación.

—¡Venga! Pasa de los nervios que ya has tocado frente a público.

—Sí pero no composiciones mías y no sé cómo sonaran.

—Sonaran genial y tu voz lo que le sigue —Sonrío—.

¿Tú crees?

— ¿Tíaaaa después me enseñas a tocar esa guitarrita?

Río con las ocurrencias de Danna y mirando hacia la parte de atrás del coche le respondo:

—Se llama violín cielo, y te enseño cuando quieras.

—¡Vale!

Miro el móvil y respondo el correo de John.

DE: Megan McMillan Agnelli  
FECHA: 5 de julio de 2014 07:34 p.m. PARA: John  
Peterson  
ASUNTO: Me animas

John

Gracias por tus ánimos. Me sirven de mucho. Espero no defraudarte hoy en mi debut. Después nos tomamos una copa... ¿cómo amigos vale?

Megan

Llegamos al lugar donde mis nervios se agudizan. Mel me deja en la parte posterior del edificio. Bajo con mi violín y mis ganas de triunfar y me dan ánimos. Al entrar a los camerinos me dirijo al que me asignaron. Tras cerrar la puerta practico la canción que debo cantar en italiano y la pieza principal de la noche, Black Heaven.

Recibo otro correo, ¡Dios cuantos correitos!

DE: Aleksandra Ivanova  
FECHA: 5 de julio de 2014 07:50 p.m. PARA: Megan  
McMillan Agnelli ASUNTO: ¡Suerte!

¡Hola!

Me he enterado que tocas el violín y que debutas hoy

frente a millares de personas. ¡Qué bien! Me encanta la música, me encanta el teatro y ¿sabes a quién más le gusta? Vale, imagino que te lo sabes.

He comprado una entrada para verte tocar y ¡cantar! Guau me siento emocionada por ti. Ojalá yo pudiera hacer lo que me apasiona libremente. Te deseo suerte linda.

¡Besos!  
Aleksandra

Sonrío. La forma de ser de Aleksandra me agrada, es un amor. Suelto un suspiro y libero los nervios. Tocan la puerta. Me giro e invito a pasar casi sin habla por los nervios.

—Adelante.

John entra al camerino y al verme con este vestido negro escotado se queda alucinando.

—Estas bella, guapísima.

Me sonrojo.

—¿Tú crees?

—No tengo la menor duda.

Sonrío.

—Tengo unos nervios horribles.

—Me imagino, pero pasa de ellos, eres una reina. Y hoy es tu noche hermosa.

Lo abrazo con emoción. Hace mucho que nadie me trata como él, con sus palabras y tacto pero con todo y eso, no me hace sentir la revolución rusa que Mikhail me produce en mi estómago. Nos quedamos unos momentos abrazados y siento que sus manos bajan lentamente por mi escote en la espalda. Es la primera vez que siento sus manos tocar mi piel directamente. No lo detengo pero tampoco quiero que continúe. Cierro los ojos e imagino que es Mikhail quién me toca la espalda. En momentos siento su boca asaltar la mía y dejo que mi imaginación vuele. Es Mikhail quién me besa, es Mikhail quién me hace tiritar. Respondo el beso con posesión fantaseando con mi ruso particular. ¡Joder como lo necesito! Cuando me doy cuenta que mi fantasía puede llegar más allá de un simple beso doy un respingo.

—Discúlpame Megan, no debí.

Nerviosa respondo:

—No tienes de que disculparte, la culpa fue mía por dar pie a que sucediera.

Salgo del camerino con el violín y camino hacia el área de la orquesta en frente al escenario. Está lleno de gente, mucha gente. Intento localizar a Mel pero es imposible con tanta cabeza junta. ¡Megan no te alteres! “Black Heaven” vocalizada en italiano es en el tercer tiempo y vamos a comenzar con el primero. De fondo suena un piano con una melodía melancólica y una mímica protagonizada por unos actores bailarines comienza a fluir ante el público. Mi momento de brillar, ahora. El único

violín que sonará junto al piano será el mío en esta pieza y estoy cardiaca. Me coloco el violín a la altura de mi hombro y al deslizar el arco de mi violín comienza a surgir esa melodía por la que tanto trabajé y sacrifiqué por noches sin dormir. En unos segundos el nerviosismo se esfuma y mi pasión por esto, por la música vive dentro de mí. Al finalizar más que los aplausos lo que me aviva es la intensidad y la pasión que logré poner sobre esas notas musicales. Llega el tercer tiempo y me toca cantar en italiano ¡A brillare! Cantar en el idioma que me identifica no solo me hace sentir plena, si no que me honra traer aquí mis raíces, mi país. Canto con entrega, con pasión, con fervor. Me lleno de felicidad al culminar la presentación junto a mis otros colegas. Corro a mi camerino rebosante de alegría. Mi interior da brinquitos, yo doy brinquitos. Esto es lo que me gusta, no estar entre píldoras y frascos de fármacos. ¡Paso de la farmacia! Guardo el violín en el estuche y mirándome al espejo me digo a mi misma:

—¡Lo has logrado Megan!

Me giro y veo sobre una mesita un enorme arreglo de tulipanes lila. Doy brinquitos y corro para agarrar la tarjetita.

*“ No me equivoqué con usted señorita McMillan, es usted maravillosa, no solo en el sexo. Felicidades en su debut”.*

*Mikhail Ivanov*

Brinco, grito, salto. Me ha mandado flores, ¡tulipanes lilas! Me ha enamorado aún más con este gesto atípico de su personalidad. Tocan la puerta pero antes de que pueda abrir la boca para responder abren la puerta. Me quedo helada, cardíaca y también un tanto cabreada.

—¿Qué hace aquí? —Cierra la puerta—. Aquí solo entra personal autorizado.

Curva la comisura de sus labios.

—¿Te gustaron las flores? —Las miro y sonriendo asiento con la cabeza—. Están muy bonitas... pero todavía no me ha dicho que hace aquí.

Rápidamente me coje de la cintura y besa con posesión mis labios, con salvajismo, con deseo. Tira de mi cabello besándome como si fuera la última vez que prueba mis labios. Succiona mi lengua y la choca contra la de él. Es que me pone a cien su boca.

—Necesitaba besarla señorita McMillan.

Me quedó inmóvil, excitada y confundida.

—¿Aún no me has dicho que haces aquí? ¿Cómo entraste?

Me mira y curvando la comisura responde:

—Digamos que tengo mis contactos.

Sus manos abrazan nuevamente mi cintura.

—Solo quiero que hablemos, por favor pequeña.

—Vale, pero hablaremos en un bar o lugar público.

Besa mi labio inferior dando pequeñas mordidas.

—¿Por qué no puede ser en mi casa?

Respondo como puedo, su perfume atonta mi macarra hortera.

—Porque no sería una charla, sé que buscarás la forma de acabar todo en sexo y no lo permitiré.

—Lo deseas...

—Pero no lo haré... estoy cabreada contigo.

Pone el seguro a la puerta, ya sé por dónde va. Doy unos pasos para atrás, él los da hacia el frente.

—Quiero aclarar las cosas.

Respondo con voz entrecortada.

—No hay nada que aclarar.

Me pone violentamente contra la pared. Me oprime contra ella y siento su erección endurecerse sobre mi estómago.

¡Soy una hormiguita! soy una blandengue en todo el sentido de la palabra, siento su dureza y ya todo el jodido enojo se me va a pasear.

—¿Quiere soltarme? —Me oprime aún más contra él y ahora quiero que olvide lo último que he pedido.

—Vale, solo acepta hablar conmigo en mi casa.

Sus ojos no se desvían de los míos. Me mira con ganas de auparme y cogermelo hasta por los oídos.

—Ya le dije que hablaremos pero en un lugar público.

—Tiene cinco minutos para decir que si acepta hablar conmigo en mi casa, de lo contrario la follare aquí, de pie y lo hare con fuerza hasta que acepte.

Me pone cardiaca lo que me ha dicho, mi vagina reacciona a las décimas de segundos empapándose y mi boca me traiciona.

—No sería capaz de tal cosa.

Sonríe y levanta mi vestido, rasga las medias que traigo puestas de un tirón, ¡Dios! ¡Qué caliente! Me besa el cuello y siento sus dedos frotando mi braga y yo estoy que alucino.

—¿Me está retando?... “Señora Ivanova”.

El decirme «señora Ivanova» en ese tono irónico y sarcástico me prende, me quema, me excita. Sin quitarse los pantalones baja la cremallera del mismo y saca su erección. Cada vez que veo su pene duro, erecto y castigador mi cuerpo se estremece. Le agarro y acercando mi boca a su oído comienzo a susurrarle:

—¿En serio quieres poseerme aquí? —Muerdo el lóbulo de su oreja—. ¿Quieres escucharme gemir? —Muevo su piel hacia arriba, luego hacia abajo con lentitud y erotismo lo que le hace jadear. No deseo nada más. Me río por dentro, lo tengo aquí, deseándome tanto como yo a él pero no será cuando él quiera, si no cuando yo le permita—. Y dime algo ¿Crees que mereces cogermé? ¿Mereces tener mi cuerpo después de la manera en que me has tratado?

Su mirada se clava en mí y sus ojos se oscurecen. Mis preguntas le han pillado por sorpresa, no sabe que contestar y eso me hacen sentir mala, malota.

—Megan...

Sonríe y contesto traviesa.

—Si acepto que hablemos, ¿Por qué no? —Agarro su erección y guardándola en su pantalón subo la cremallera

del mismo. Bajo mi falda y con una sonrisa burlona le digo—. Mmm no, creo que hoy no me tendrá señor Ivanov.

Su cara es de enfado, lo he calentado para nada y eso debe de parecerle horrible. Traga saliva y se sonroja al tener tanta voluptuosidad en su entrepierna. Sonrío chulesca —Vale, cuando quieras nos vamos...

Me mira a matar. Me asusta pero a la vez me excita. Quiero pensar que lo que acabo de hacer le afectara a él más que a mí. ¡Joder también me he quedado con las ganas! Aprieta los dientes y con voz tensa y gélida responde:

—De acuerdo, juguemos su a su juego entonces señorita McMillan.

Creo que otra vez, le he quedado mal a John.

## CAPÍTULO 37

### **Uno Más Uno no siempre son Dos**

Mando un texto a Mel explicándole a donde he venido a parar; al copiloto del ruso. El aire se puede cortar con un cuchillo. No me habla, no busca conversación. Debe estar cabreado y no es para menos, lo he dejado todo calenturiento. Ladeo y cuando pienso decir algo me dice:

—Cantaste y tocaste muy bien.

—¿Lo dices enserio?

Serio responde:

—Sinceramente no quería ir. La música no me gusta pero

Aleksandra insistió. —Curvo la comisura—. ¿Quieres cenar? Niego con la cabeza.

—Estoy bien, no tengo hambre.

Nos detenemos en luz roja en el semáforo y a nuestro lado

se detiene un coche negro hermoso. Me quedo mirándolo y un recuerdo loco llega a mi mente, desde pequeña siempre decía que tendría un lindo coche negro, justo como ese.

—¿Te gusta?

Asiento con la cabeza.

—Más bien, me trae recuerdos bonitos.

Llegamos al penthouse y tras entrar miro de reojo a Mikhail, su erección ha desaparecido y parece mentira que lo mire solo para buscar eso. Me quita el abrigo y seguido hace lo mismo con el suyo.

—Vale, hablemos entonces. Tú dirás —Le digo de forma tajante.

—Megan, ¿por qué no me dijiste que tenías una hermana?

—¿Por qué no me dices tú que ocultas respecto a aquella noche en la que te pusiste mal?

Se sienta en el sofá y se queda en silencio por unos instantes. Me acerco al sofá y me pongo de cuclillas frente a él. Levanto su mirada y beso su labio inferior.

—No te hablé de mi hermana porque es un tema que me duele, me duele mucho. —Resoplo— Se llama Alisson, tiene veinticuatro años igual que Melanie. Mi padre le fue infiel a mi madre el tiempo que prestaba sus servicios al ejército de Estados Unidos mientras mamá, Melanie y yo en Italia creíamos que solo iba a trabajar. Cuando murió nos enteramos en su funeral que llevaba una doble vida, aquí tenía una amante y una hija, Allisson —Sollozo—. Fue muy difícil encararnos con la dura realidad de saber que mi padre nos fue desleal. A mi madre y a nosotras. Desde ese momento renegué de Alisson, nunca la vi como familia mía. Mamá después de un tiempo aceptó y comprendió que según ella Alisson no tenía culpa de nada. Siquiera su madre, el que cargaba con toda la culpa era mi padre — Trago saliva—. No me es fácil hablar de esto, trato de sacarlo, vetarlo de mi vida, pero como ves, me ha causado ciertos conflictos.

Tira de mi brazo y me sienta en su regazo.

—Te entiendo, nena.

—No, no creo que me entiendas...

Resopla sin mirar a ningún punto en específico.

—Sé lo que es sentirse traicionado por alguien en la que confiabas plenamente—Abraza mi cintura—. ¿Recuerdas que te conté que descubrí a Raisa con otro? —Asiento con la cabeza.

—Cuando mi hermana Valentina y su marido murieron los primeros enterarnos fuimos Aleksandra y yo. Ese mismo mes me enteré que mi padre era peor de lo que

imaginaba, traiciono a mi madre y a mí.

Trago saliva y con voz tenue respondo.

—Con Raisa —Suspira asintiendo con la cabeza. Me quedo en silencio. No sé qué decir, no sé qué dar a demostrar. Siento que abraza mi cintura y no la deja escapar.

—Mikhail, la última vez que estuve aquí vi en tu neceser un frasco de fármacos. ¿Dime que te ocurre? —Evade mi pregunta con un beso. Insisto—. Por más besos que me des no vas a lograr que me baje de mi burra.

Me besa nuevamente.

—Son analgésicos Meg, ¿quién no tiene analgésicos en su neceser?

Tuerzo el gesto cruzándome de brazos, insiste en esconder cosas y eso me hierve la sangre.

—Mikhail, si hay algo en lo que no me puedes engañar es en asuntos relacionados con medicamentos, ¿dime que son?

—Es cierto, pronto serás la doctora McMillan.

—¡Mikhail hablo en serio!

Curva la comisura y poniéndome frente a él me responde con tono suave:

—Estoy bien, lo que ves ahora en mi es lo que tienes que saber sobre mí.

—¿Por qué te empeñas en cerrarte?

—Porque así será mejor, créeme Megan no quiero involucrarte con nada que pueda dañarte.

Miro sus labios y triste respondo:

—Me daña tu silencio porque me hace sentir como un objeto de diversión desechable.

Se queda pensativo, pienso que ya la he liado nuevamente. Me mira a los ojos fijamente y finalmente añade:

—Vale, te lo diré. Sé que cuando descubras que es ése frasco querrás salir corriendo de aquí y no saber más de mí.

Se levanta y agarrándome de la mano me lleva hasta su cuarto. Me deja sentada en su cama y entra al tocador. Sale de el con el frasco de fármacos y sentándose a mi lado me lo estrecha.

— Ni siquiera yo me libro de ser imperfecto.

Agarro el frasco y al leer la etiqueta y ver «Digoxina» me espanto. Lo miro y espero una explicación.

—¿Digoxina? ¿Mikhail que te ocurre?

Con serenidad me mira y con seriedad responde:

—Megan, padezco de Estenosis aórtica desde que llegue al mundo.

Lo miro pasmada, horrorizada y asustada.

—¿Qué tan grave es? —Curva la comisura.

—Lo suficiente como para tener que depender de un fármaco para no tener mayores complicaciones.

Mis ojos sollozan. No puedo evitar llorar como zángana, lo miro y aún no logro entender porque no puedo controlar mis emociones cuando se trata de este hombre.

—¿¡Porque coño dices que saldré corriendo!?! ¿Eres cabezota! Jamás me alejaría de ti por tu condición. Para

mi siguen las cosas igual. Nada cambiara.

Sonríe y responde con pesar en sus palabras.

—Sí cambiaran Megan... tengo que regresar a Rusia. Ya lo que tenía que hacer aquí en Estados Unidos lo hice. Regreso a mi país y continuaré con mi vida así como tú también lo harás con la tuya.

Me quiebro por dentro, siento que mi interior entra en colapso. Niego con la cabeza y le grito llena de miedo por perderlo.

—¿¡Me mentiste cierto!?! No me quieres, si así fuera no te irías al otro lado del mundo así tan tranquilo.

—¿Joder quién te hace pensar que me voy tranquilo? Simplemente hay cosas que por más que queramos conservarlas a nuestro lado no es posible.

Me cruzo de brazos.

—Entonces vete, pero si te vas nunca regreses a mi vida porque haré exactamente lo que me has pedido, viviré al máximo. Disfrutare del sexo con hombres y haré lo que se me antoje.

—Sé que no lo entiendes pero tampoco pretendía que lo hicieras.

Vuelvo a llorar como ridícula. Esta vez me abraza y lloro en su pecho. Reposo su barbilla sobre mi cabeza. Pensé que después de todo podíamos intentarlo, que al menos el haría lo posible por hacerlo, pero no, no le ha importado.

—No llores por mí Meg, no lo vale.

—¡Eres un imbécil!

—Lo se Meg.

Tras estar unos minutos así, juntos y a la vez yo enojada con él le pregunto:

—¿Cuándo te vas?

Responde:

—En dos semanas regreso a Rusia.

—¿Puedo preguntar?

—Claro Meg, dime.

—¿Podría pasar esas dos semanas a tu lado?

Besa mi cabeza y siento que más que yo, él retiene un mar de sentimientos

—¿Eso quieres?

—Sí.

Sus ojos brillan, parece que mi propuesta lo ha avivado.

—Explícate...

—Quiero hacer esa fantasía de un tercero realidad.

El ambiente va tomando otro rumbo. Me mira lascivo y responde:

—¿Estarías dispuesta a abrirte para otro hombre?

—Ha sido una fantasía secreta la que he tenido —digo ruborizada.

Mira el reloj y curvando la comisura imaginativo, responde: —Me encantaría hacer esa fantasía realidad esta noche. Pongo los ojos como platos.

—Pero... ¡con quién!

Me besa los labios y en voz baja y llena de lujuria responde:

—Hay muchos a los que puedo llamar, pero así de rápido solo se me ocurre Sergey ¿Qué te parece Sergey?

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

Aprieto los labios.

— Vale... no estoy segura de esto pero al menos deseo intentar.

Esbozando una sonrisa lujuriosa llama a Sergey al móvil. Una hora después está con nosotros en el penthouse y yo aún no puedo creer que haya aceptado a esta locura. Dos hombres para mí y soy el centro de su deseo. Eso me pone a mil y también a sudar frío. Mikhail posesivo me toma de la mano y me dice tras saludar a Sergey.

—Hay unas ciertas reglas en esto nena.

—¿Cuáles?

Se me cruza enfrente y con autoridad se acerca a mi boca y la besa.

—Tus besos son míos, también tus pechos, no son negociables —Asiento con la cabeza—. Si hay algo que no te gusta o agrada no los haces saber y de inmediato nos detendremos.

Ahora la pregunta es ¿Cómo coño se hace esto? Me lleva al cuarto donde siempre hemos terminado cogiendo, solo que esta vez hay uno más en la ecuación. Se desnudan hasta quedar ambos en boxers.

—Desnúdate —Escucho la ronca voz de Mikhail ordenar. Se deshacen de la tela que cubre sus entrepiernas y liberan sus penes endurecidos. Alucino al ver a dos hombres desnudos, excitados y deseosos de mí. Yo estoy entre salir corriendo o ponerme a llorar de la vergüenza. Dios, que

hace meses atrás quería llegar virgen al matrimonio y ahora estoy envuelta en un trío sexual. ¿En qué lío ando metida? Al desnudarme por completo Sergey me mira.

—Eres preciosa Megan —sonríó nerviosa.

Veo que Mikhail se sienta en el diván y con un gesto entre ellos se comunican y Sergey se acerca a mí. Acerca sus labios a mi cuello y lo besa, me dejo besar e intento dejarme llevar por el momento. Cierra los ojos Megan, cierra los ojitos y nada de pena aparecerá.

—¿Nerviosa? —pregunta Sergey con erotismo.

—Un poco.

¿Maldición un poco? ¡Estoy que infarto!

—Túmbate en la cama.

Me tumbo en la cama y se arrodilla en el borde de la misma.

Escucho a mi ruso particular ordenar.

—Separa las piernas y flexiónalas.

Se me olvidaba, le excita tener el control y ver a otros en esta situación. Como morbosa que soy hago lo que me pide cerrando los ojos y colocando mis manos sobre mi cabeza me entrego a la lujuria. Otras manos rusas magrean mi cuerpo y yo lo disfruto, sentirme como la manzana prohibida y deseada me hace sentir como una diosa. Sus labios se posan sobre mi monte de venus y suelto un ligero gemido. ¡Dios como puedo disfrutar de esto! Mete su lengua en la hendidura de mi vagina, al encontrar mi centro del placer juguetea con el cómo le place. Excitada busco con la mirada a mi ruso particular,

sé que disfruta al verme con otro y en cierto modo el morbo que causa es placentero. Agarra su erección y la hace crecer masturbándose. Sergey aumenta el ritmo de su lengua sobre mi clítoris; me arqueo entre gemidos agudos y chillo.

—Sí, así Meg, muéstrame como disfrutas nena.

Se acerca a la cama y ya Afrodita se ha apoderado de mi cuerpo. Soy capaz de lo que sea en estos instantes.

Mikhail asalta mi boca mientras el otro lame mi clítoris.

El roce de lenguas me hace levitar, lo deseo como a nadie en el mundo. Busco su pene y al agarrárselo entre jadeos le digo:

—Lo quiero en mi boca.

Sonríe y vuelve a tomar mi boca, se pone de rodillas al lado del borde de la cama de modo que quedo cómoda para saborearlo.

—Todo tuyo.

En décimas de segundos me lo llevo a la boca, jamás imagine que me vería en esta situación. Una donde soy objeto de lujuria y el centro del placer. Lo escucho jadear, eso sí que me pone al cien. Ardor, placer y deseo; esas tres cosas son las que me invaden cada vez que me dejo llevar por el morbo. Me quita su pene de mi boca y apenas comenzaba ¿Por qué? Se acerca a mi oído sentándose al lado de mi cabeza.

—Dime, ¿Qué deseas? —No respondo, solo resoplo y jadeo—. Te he hecho una pregunta, si no respondes Sergey y yo nos detendremos.

¡Joder no! ¡No paren!

Como puedo le respondo entre balbuceos.

—Quiero... quiero...

Besa mis labios.

—¿Qué quieres pequeña?

—Te quiero a ti, te necesito dentro de mí ya.

Se sonrío travieso, eso me pone como una jodida moto. Se levanta y avanza al diván. Sentándose le hace un gesto a Sergey. Este se pone en pie.

—Ven preciosa —me toma de la mano y me lleva hasta mi ruso particular. Este me mira con avidez, siento los latidos a mil por segundo. Me siento sobre Mikhail lentamente dándole la espalda. Su pene entra en mi interior, mi boca ahueca un gemido y comienzo a perder la pena.

—Eres hermosa nena, disfruta —me tumbo sobre él de espaldas y tras un empujón entra y sale de mi mientras el otro ruso nos observa. Agarra mis pechos y los magrea a su antojo. Dejo caer la cabeza hacia atrás y los gemidos salen de mi boca como un discurso.

—Vamos, regálame esos gemidos; los necesito Meg —  
Susurra en mi oído.

Siento que respiro más de lo que inhalo y me quedo sin aire tras cada estocada certera en mi vagina. Sus dedos separan mi carne en busca del centro del deseo repite una y otra vez en mi oído cuanto me desea, Dios creo desearlo más a él que él a mí. No sé si podré seguir mi vida cuando regrese a Rusia. El sonido que provoca nuestros cuerpos

chocar me electrifica. ¡Madre mía! Siento que mi cuerpo no es capaz de recibir tanto placer sin reventar en mil orgasmos. Sale de mí y su ronca voz me dice

—Ahora quiero ver como Sergey lo hace.

Digo que sí, estoy tan excitada que no existe el “no” estos momentos para mí. Asalta mi boca y yo feliz me dejo.

—¿Solo te corres conmigo entendido?

Asiento con la cabeza y reposo mi cuerpo sobre el de Mikhail, este me abre de piernas frente a Sergey exponiendo mi vagina a su merced. Se coloca un preservativo e inclinándose hacia mí se adentra en mi vagina. La profundidad me excita, me hace levitar. Esa profundidad solo me la sabe dar mi ruso particular. Entra y sale de mí mientras el dueño de mis deseos se bebe mis gemidos con fogosos y eróticos besos, me arqueo violentamente al sentir un empujón en mi vagina.

Comienzo a temblar, la voz se me corta y la respiración se acelera.

—¡Oh Dios!

Grito y siento que mi clímax está cerca, mi ruso lo intuye y haciéndole un gesto a Sergey este sale de mi de inmediato. Sale uno y el otro lo reemplaza, seguido entra en mi Mikhail, no me da tiempo ni a suspirar. Caliente, me siento caliente, me contraigo por dentro como una fuerte ola salvaje el calor me invade por completo. Hago amague de cerrar las piernas pero me las inmoviliza.

—No las cierres preciosa.

Aprieto los dientes y hundiendo mis dedos en su nuca le

pido, le exijo más. Me lo da como él solo sabe hacerlo y un clímax asolador se apodera de mi cuerpo. Ahogo el grito en su boca y por unos minutos se queda inmóvil aún en mi interior. Me besa, me mira y me balbucea esa palabra que me estremece el corazón. “Te quiero” cuando pienso que todo ha acabado me tumba en el sofá y sale de mí. Sergey toma su lugar y poniéndose entre medio de mis piernas enciende un aparatito. Escucho un runrún y segundos después una vibración alucinante sobre mi clítoris. ¡Esto está a medio tiempo! Juega con mi hinchazón mientras yo lo hago con una lengua rusa. Si mi madre supiese de esto me niega como hija. Otra vez me siento al borde de ese colapso placentero, cierro las piernas violentamente y Sergey retira su aparato de mí para darle entrada al de mi amor. Se suspende sobre mí y se hunde hasta el fondo. Aprisiono sus caderas con mis piernas empujándolo hacia mí. Llevo mis manos a su espalda, la araño, la magreo, hago con ella lo que me place. Su boca a la altura de mi oído me llena de resoplos y palabras excitantes. Tras dos certeras embestidas se deja ir y se vierte en mí. Me corro junto con él e inmóvil respiro a mil por segundo. Me le adelanto y entre balbuceos le susurro

—Te quiero Mikhail.

—Besa mis labios y no dice nada, solo me mira. Nuestro clímax comienza a desaparecer y nuestras respiraciones se normalizan. Sale de mí y tras darme un azote en las nalgas se adentra en el baño. Sergey hace lo mismo en el baño de

visitas. Quedo sola y decido entrar al baño con Mikhail. Lo veo ducharse y al verme con un gesto pícaro me invita a entrar con él a la ducha.

—¿Cómo es eso de que me quiere señorita McMillan?

—Lo quiero, me haces sentir mujer, me haces sentir protegida.

Me calla los labios poniendo su índice sobre los mismos.

—¿No digas eso quieres?

Lo abrazo uniendo mi cuerpo desnudo al de él. —¿Por qué?

Abraza mi torso.

—Por tu bien.

Ceñuda respondo:

—Me vale, el bien o el mal, el pasado o el futuro. Solo miro el presente —Beso sus labios—. Estar dónde estamos uno frente al otro y podemos decir lo que pensamos... lo que sentimos.

Curva la comisura de sus labios y acariciándome las mejillas responde:

—Te quiero Megan...

Esbozando una sonrisa reposo mis manos sobre su nuca y contesto:

—Yo también te quiero Mikhail.

Como es tentación la ducha termina siendo el escenario de otro encuentro fogoso y lujurioso. Al salir al cuarto de placer me veo en el dilema de la puñetera ropa, ¡no tengo!

—Mikahil... no tengo ropa.

Ríe.

—Sí, que tienes.

Me quedo idiota.

—¿No pensarás que me pondré la misma?

Abre el armario y al verlo infarto. Está lleno de ropa nueva, zapatos y accesorios.

—¿Y todo eso?

—Aleksandra me ayudó a escogerte algo de ropa.

Siempre que vienes tienes escasez de ella.

Busco en las compras y me pongo la primera braga que encuentro y un pijama satinado carmesí. Él se pone uno de esos chándal que tanto usa y una camiseta negra. Su pelo húmedo me enloquece. Me toma de la mano y avanzamos a la sala de estar y el mejor amigo de mi ruso particular se ha ido, ha dejado una nota que Mikhail la lee y no me deja saber que dice. Algo ceñuda digo en voz baja.

—Tengo sueño, ¿puedo irme a dormir?

—¿Qué te ocurre Megan?

—No puedo evitar pensar en el hecho de que te vas en dos semanas.

—Ya habíamos hablado de eso Megan.

—Vale que sí que lo sé. Pero no deja de joderme la idea.

Te vas, al otro lado del maldito mundo y ¿yo se supone que me limite a seguir con mi absurda y monótona vida?

Una vida en la que estudio una carrera que odio como

odio a Raisa y América, sueños frustrados de ser

violinista, estar sola en medio de tanto caos.

Camino de lado a lado.

—No tengo la culpa de eso Megan.

—No, sé que no la tienes. De hecho nadie la tiene más que yo. Yo y solo yo tengo la culpa de haberme metido entre las sábanas de mi jefe y ahora pago las consecuencias.

—¡Megan no llores!

—Quiero dormir, ¿Puedo?

Da unos pasos hacia mí me quedo inmóvil, solo me limito a guardar silencio.

—No me lo hagas más difícil por favor.

Claudico ante mi posición de guerra y avanzo al cuarto donde suelo dormir cuando me quedo aquí. Lo escucho tras de mí, me toma de la muñeca y me saca de la habitación.

—¿Qué coño haces? Quiero dormir.

—Y lo harás.

Avanza hasta su habitación y entramos en ella. Mirando su cama extra grande, me abraza por la espalda y susurra en mi oído con cariño.

—Lo harás a mi lado, en mi cama.

## Capítulo 38 **confesión**

Despierto extrañamente, ¡temprano! Miro a mi lado y mi ruso particular duerme. Ha pasado la noche completa sin horribles pesadillas. Me siento a su lado y acaricio su cabellera castaña. Es perfecto, su cuerpo, su rostro todo él es perfecto. Me levanto de la cama con cuidado de no

despertarlo entro en puntitas al tocador y me cepillo los dientes. Agarro se mi bolso, mi ipod y salgo de la habitación. Camino hasta la cocina. Todo en acero inoxidable y una nevera americana alucinante. Como soy como soy me adentro en ella y abro la nevera. ¡Maldita sea el vegetarianismo! No hay nada de lo que me gusta desayunar. Cierro la nevera y miro con curiosidad los gabinetes, no tienen agarre para abrirlos. ¿Seré bruta? Busco y busco dándole vueltas a como abrir el puñetero gabinete pero paso de él, no consigo abrirlo. Cojo frutas, es lo más que puedo comer entre las cosas raras que este hombre tiene aquí. Termino de cortar las frutas mientras canto y las pongo en un platito hondo. Al girarme me congelo, palidezco y me siento como una imbécil de remate.

—Buenos días Megan, veo que has despertado muy enérgica.

Habla Megan, habla. No te quedes como idiota aquí parada. Trago saliva.

—Buenos días, ¿Cómo dormiste?

—Extrañamente bien, ¿y tú?

—Mejor que nunca.

Sirvo zumo de naranja en dos vasos mientras guardo algo de silencio. De momento la escena se ve tan real, podríamos ser ambos en una relación normal pero no, al parecer no hay forma de que eso suceda.

—¿Te sientes bien?

—Si te refieres a mi salud, estoy bien.

—¿Te tomaste la dosis que te toca?

—A ver Megan, ¿Qué ahora te vas a dedicar a ser mi enfermera?

Sarcástica respondo:

—No creo, en dos semanas te largas a Rusia.

Tuerce el gesto.

—¿Por qué en vez de pelear contra algo inevitable, disfrutas del tiempo que nos queda?

Bajo la mirada y cuando pienso seguir argumentando me detengo, no vale la pena.

—Tienes razón, vale no buscare más el tema.

Se levanta del taburete y tras darle la vuelta a la isla se detiene tras de mí acerca su nariz a mi cuello y responde:

—Créeme que no me olvidaré de ti jamás por más tiempo que pase. Ha sido lindo haberte conocido —Vuelve a sentarse en el taburete y noto que su semblante cambia, algo inquisitivo—. ¿Qué te pareció un tercero?

Respondo:

—Excitante, pero si escojo, estaría solo contigo.

Suspira algo nostálgico.

—¿Qué ocurre? —pregunto

—¿Qué quieres hacer hoy?

Su actitud me desconcierta. Se ha puesto gélido de la nada. Me trago mi macarra y respondo.

—Me da igual —Le pongo el desayuno en frente con sequedad—. Buen provecho.

Arquea una ceja desconcertado por mi negación de hacer

algo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo que te eres un trozo de hielo cuando te da la gana.

Se levanta del taburete y avanza hacia mí, me toma de la cintura con suavidad y pienso que me besaría pero no, no lo hace. Solo reposa su frente sobre la mía y cerrando los ojos comenta.

—Discúlpame Meg, estoy algo tenso.

—¿Qué te tiene tenso?

Su mirada se entristece, acaricia mi mejilla y sus ojos por unos instantes parecen querer derramar lágrimas.

—No creas que me es fácil dejar de ver este rostro, dejar de escucharte. Dime nena, ¿qué quieres hacer?

Pienso y pienso. ¿Qué quiero hacer hoy con mi ruso particular? Divertida respondo:

—Quiero bailar, ¡vamos a bailar salsa!

Pone los ojos como platos, tuerce el gesto y responde rápidamente.

—Lo siento, no iré a bailar nada Megan.

—Pero, ¿Por qué? Anda vamos no seas aburrido.

Se aparta de mí, hermético y frío añade:

—He dicho que no voy a bailar a ningún lado Megan, no insistas porque me vas hacer enojar.

—Dame una razón, ¿por qué no podemos ir a bailar?

—Porque odio la música, odio bailar.

—Pues conmigo la has liado, porque si hay algo que amo es la música y el baile.

Avanzo al cuarto y le grito decidida:

—¡Anda! Sigue con tu vida monótona y rutinaria, yo me voy a bailar.

Me sigue hasta el cuarto y una dinámica de pelea comienza, ¿es que no podemos estar un segundo sin pelear?

—De aquí tu no sales y menos a bailar sabrá Dios con quién.

—¿Y quién eres tú para impedírmelo?

Me toma de la muñeca con dureza y sus ojos se llenan de enojo.

—¡No me retes maldita sea!

—¿Pues si me voy a bailar como la ves? Bailaré hasta que me duelan los pies con el hombre que esté dispuesto a bailar conmigo.

—Megan, hablo en serio sales de aquí y....

—¡¿Y qué?! No tienes derecho alguno en pedirme y exigirme nada. Te vas en unos días y piensas que tienes poder sobre mí. ¡Estás idiota! Tengo derecho a seguir con mi vida y no estancarme en esto.

Me mira y finalmente me dice:

—¿Vas a empeñarte en recordármelo? ¡Basta ya maldita sea!

—Suéltame.

Me oprime más a su cuerpo:

—No pienso soltarte.

—¡He dicho que me sueltes!

Besa mis labios con violencia. Intento quitármelo de

encima pero sus labios debilitan todo en mí. Lo quiero, lo quiero a morir. En el forcejeo caemos a la cama, lo tengo sobre mí y siento que levito con su aroma, siento que la vulnerabilidad me azota.

—Entiende, no me gusta bailar... hagamos otra cosa.

—A ti no te gusta nada. Eres un simplón aburrido.

—¿Eso te parezco?

—¡Si eso me pareces!

—Y tú me pareces una caprichosa voluntariosa y no me estoy quejando.

—Entonces vete desde hoy a Rusia y déjame en paz.

Oprime su cuerpo contra el mío con fuerza mientras me besa el cuello. Me deleito en su posesión, quiero esto para siempre en mi vida. De solo pensar que se va un horrible nudo en la garganta comienza a formarse.

—¿De verdad eso deseas?

—Sabes que no, haría lo que fuera por que te quedaras.

Curva la comisura y susurra en mi oído.

—Quiero cogerte voluntariosa.

—No, suéltame. Estoy cabreada contigo.

Se ríe, sabe que me pone al cien que me besen el cuello, ya puede hacer y deshacer conmigo y no puedo impedirlo, conoce esos puntos débiles que me hace claudicar.

— La cogeré por las buenas, por las malas señorita McMillan.

—Atrévete, te voy a dar un guantazo que te vas a enterar.

—Soy tu jefe Megan, me debes respeto —replica llenándome de caricias morbosas.

—Me da igual si eres mi jefe o no, ¡suéltame!

Me pone las manos por encima de la cabeza y las inmoviliza. Me despoja de la prenda interior de mi pijama dejando descubiertos mis encajes.

—He dicho que no.

Besa mis labios retándome.

—Pues yo digo que si señorita McMillan.

Rompe mis encajes de un tirón. Me separa las piernas y las inmoviliza. Tengo mi vagina expuesta a él y no puedo moverme, joder excitante. Me introduce dos dedos en mi vagina, gimo al sentir su contacto. Masturba mi vagina hasta lograr conseguir en mí el grado de excitación que le gusta. En donde soy capaz de cualquier cosa. Se quita el chándal que trae puesto junto con su bóxer liberando su exquisita erección. No tarda en sacar sus dedos de mi vagina y tras colocarse un preservativo reemplaza sus dedos para poner su dureza en su lugar. Se empala en mí con un gruñido sexy, arrasador. Entra y sale de mí con rudeza, con posesión. Quiere hacerme saber con cada embestida lo furioso que esta con mi comportamiento. Me duele, pero no quiero que se detenga, sí, soy masoquista.

—Odio que me lleves la contraria —me susurra.

—Y yo odio que me mandes —musito.

Me empala con dureza.

—Eres mía.

—No soy de nadie.

Me embiste con fuerza.

—No me contradigas.

Me embiste una y otra vez con dureza, fuerza y ningún tipo de piedad, como ha de gustarme. Lo incito con la mirada.

—Date con todo, lo quiero todo dentro.

Sus ojos brillan, le excita que le pida cada vez más. El ruido del choque de nuestros cuerpos me hace gemir como ninfómana. Dios no quiero que se vaya, no quiero que me deje, no quiero dejar de sentir su cuerpo vibrar junto al mío. Me encanta eso que hace, suelto un gemido y rápidamente lo ahoga en su boca. Abrazo su espalda, está caliente, húmeda en sudor. Me muerde el lóbulo de la oreja y me electrifico. Acerca su lengua a mi areola y me lame, me chupa al ritmo de sus embestidas ¡este quiere matarme! Tras unas últimas penetrantes embestidas ahueca un gemido que mi boca es incapaz de ahogar.

Eyacula con violencia en mi interior desplomándose sobre mí. Hunde su cabeza en mi pelo y aun no puedo creer que me haya follado estando yo cabreada. ¿Es que acaso me dicen «sexo» y ya caigo redondita? Aun buscando refugio en mi interior se mantiene por unos minutos sobre mí. No quiero que se despegue, quiero quedarnos así, juntos, extasiados y excitados. El efecto placentero del orgasmo desaparece poco a poco y la respiración se nos normaliza. Se tumba en la cama llevándome consigo de modo que quedo a horcajadas sobre él. Intenta besarme pero le evito.

—Estoy cabreada, suéltame.

Me oprime aún más contra él.

—Me encanta cogerte cuando estas cabreada pequeña. —

¡Suéltame! —grito.

Se hunde con fuerza en mí hasta tocar fondo.

—¿En serio eso quieres?

Miro sus ojazos azules, en definitiva, soy una blandengue.

—Quiero ir a bailar.

Sonríe besando la punta de mi nariz.

—Hagamos algo, te acompañare a ese lugar pero no bailaré. No me gusta y no pienso hacerlo.

Intento ser comprensiva y dejo mi enojo a un lado, me queda poco tiempo con él y no quiero perderlo con enfados absurdos. Sonrío.

—Vale... será así entonces.

Besa mi labio inferior y sale de mí. Entra al baño y suelto un suspiro melancólico. Me siento cubriéndome con las sábanas y lágrimas afloran por mis mejillas. Me cubro el rostro con mis manos desconsolada. No creo poder pasar de Mikhail una vez se vaya a Rusia. Los días se me van volando y presiento que mi vida será horrible sin él. Seco mis lágrimas y trato de hacerme la fuerte. Quiero creer que lograré continuar con mi vida, que otro hombre aparecerá en mi vida y me hará sentir lo mismo, que este ruso será solo una aventura pasajera de la que me reiré al recordarla. Sale del baño con unos cortos y el torso descubierto. Lo observo con deseo, con cariño, con tristeza. Al verme con los ojos hinchados se sienta a mi lado.

—¿Estabas llorando?

—Eh, no... No para nada.

—Sabía que esto pasaría.

Replico.

—¿Pasaría qué?

—Megan, esto se ha salido de los límites.

—No te entiendo... ¿Por qué dices eso?

Con tristeza y frustración en su voz responde:

—Mírate, no aceptas que me voy y sé que cuando lo haga creerás que el mundo se ha acabado —Camina de lado a lado—. ¡Deja de llorar! ¡Acéptalo de una vez! Me voy a Rusia y tú te quedas. La vida sigue, mi vida sigue y la tuya debe seguir. No es algo difícil de hacer Megan. Hago todo lo contrario a lo que me ordena. Suelto una lágrima y entre hipos respondo desconsolada.

—¡Ya lo sé! No me grites... —Continúo con lágrimas traicioneras en mi rostro.

—No me quieres... me queda claro eso. Descuida mi vida será igual o mejor que ahora.

Me levantó de la cama cubriéndome con las sábanas.

Avanzo al tocador y al encerrarme lloro como Magdalena.

Me ducho mientras lloro. Salgo en albornoz del tocador y lo veo en el balcón hablando en ruso por el móvil airado.

Intento descifrar lo que habla con lo poco que he aprendido y apenas entiendo.

—¡Ya te dije! ¡Nos vamos y punto! —Se queda en silencio unos segundos resoplando. Vuelve a responder—.

¡Pero es que nada Aleksandra! ¡Deja, de llevarme la contraria maldita sea! Nos regresamos a Rusia y no se habla más —Noto tensión en sus gestos, cierra los ojos y

responde— eso lo he arreglado, ella seguirá su vida igual yo. Deja de meterte en mi vida, Y no se te ocurra abrir la boca con mamá para contarle sobre Megan porque te juro que... —Se calla, escucha lo que Aleksandra le responde y finalmente con enojo le gri- ta— ¿¡Qué hiciste qué!? ¡Te mato! Te juro que te mato. Eres una metiche maldita sea. Ya te dije, nos regresamos a Rusia aunque te lleve a rastras —Cuelga el móvil y al girarse me ve y palidece. Me quedo seria, con mi interior derrumbándose.

—¿Qué haces ahí parada?

Encojo los hombros.

—Nada, solo pensaba... Olvídalo.

Salgo de la habitación con el móvil. Le marco a Melanie para tratar de distraer la mente un poco.

—¡Hola!

—Hola Meg, ¿Cómo te va con el ruso?

—Se va en unos días.

—¿Pero por qué? Oh no Megan, no me gusta escucharte así.

—Estaré bien.

—Me duele ver como sufres por un idiota.

—Haré lo que él mismo me ha pedido, continuaré con mi vida —Cambio de tema suspirando—. ¿Cómo están las cosas en la casa?

—Alisson está mejorando y Danna alegre como siempre. Sonrío tenue.

—Estoy por allá en unos días... Estaré bien Mel, solo es cuestión de adaptarme.

—Vale, y ánimo.

Cuelgo el móvil y recostándome en la pared aprieto los labios. Esto será más difícil de lo que pensé. Cae la noche. He pasado toda la tarde tumbada en la cama durmiendo y decaída mientras Mikhail se ha mantenido encerrado en su estudio. Miro la hora, las seis de la tarde. Me siento en la cama y cruzo las piernas. Entra a la habitación y me quedo callada, solo lo observo. Trae puestos un pantalón oscuro y una americana negra, el perfume de él impregna la habitación, inhalo todo lo que puedo atontando mis neuronas. Megan, todo él te atonta.

—¿Cuándo piensas arreglarte?

Pestañeo.

—¿Arreglarme para qué?

—Acorde que te iba acompañar a bailar.

Pongo los ojos como platos

—¿Hablabas en serio?

Asiente con la cabeza.

—Cumplo lo que prometo.

Me pongo en pie animándome nuevamente.

—En media hora estoy lista.

—Vale, te espero en el estudio.

Al salir de mi cuarto y cerrar la puerta corro al armario.

Busco un vestido carmesí. Me pongo unas sandalias negras de tiras y el pelo lo dejo suelto adornándolo con una diadema. Me pinto los labios de rojo y me miro al espejo, algo en mi interior me dice que esta será la última noche en la que tenga la dicha de ver esos ojazos azules.

Lo busco en el estudio y lo noto algo decaído, pálido y cabizbajo.

—Mikhail, ¿te sientes bien?

Levanta la mirada y responde con voz cansada.

—Me siento bien, ¿Nos vamos?

Se levanta y cuando pretende salir del estudio lo detengo poniendo mis manos en su pecho.

—No tienes que ir si no quieres.

—He dicho que me siento bien, vámonos ya.

—Vale...vámonos.

El silencio invade el coche. Maneja con la mirada fija en la carretera. No me mira ni me dice nada hasta parar en un semáforo.

—¿Dónde es el lugar?

—Es un bar latino al lado del teatro donde debuté.

—¿Cómo sabes del lugar?

—John me invitó una vez y me encanto. Suele ir mucho. Su voz me intimida.

—¿Suele ir mucho? ¿Cuántas veces has ido?

—Unas dos veces.

Se queda callado, es obvio que le hierve no tener absoluto control sobre mí. No vuelve a preguntar. Al llegar al lugar Mikhail le deja el Porsche con el valet parking. Me agarra de la mano con posesión. Cualquiera que nos vea entrar al local pensará que somos una pareja pero no, Mikhail es mi jefe, yo su asistente y de vez en cuando compartimos encuentros sexuales. La diferencia entre los dos: yo vivo enamorada de mi jefe y para él soy la asistente en turno.

La maldita realidad. Desvía sus ojos a mi escote y tuerce el gesto.

—Estas muy descubierta...

Miro mi escote, la verdad es que si es algo atrevido pero me gusta.

—¿Y? —Me aprieta la mano—. Odio que otro te mire.

—¿En serio? Qué raro, si te gusta ver como otro me penetra no debe molestarte que solo me vean.

Mosqueado responde:

—Es diferente Megan.

—No celes lo que no te pertenece...

—Eres mía.

—No soy de nadie y te lo he dicho ya. Si lo fuera no te irías dejándome.

Entramos al local y el sonido estridente de música latina torna el rostro de Mikhail serio, enojado, fuera de lugar.

Nos sentamos en una mesa y comienzo a entrar en ambiente. La salsa me encanta y más el bailarla. Intento convencerle de que bailemos.

—¿Una sola vez? ¿Acompáñame a bailar, sí?

—Dije que no y creo que fui lo bastante claro Megan McMillan.

Me levanto de la mesa y avanzo a la barra. Pido una cerveza y me siento en el taburete desganaada, una, dos, tres, cuatro, vale que pierdo la cuenta de cuantas me bebo. Minutos después escucho una voz grave familiar en mi oído.

—Hola hermosa.

Me giro y veo a John a mi lado. Me lanzo a él dándole un abrazo. Ríe y yo río. Me mira y maravillado me dice:

—Estás radiante.

—Gracias...

—¿Has venido sola? —me torno seria.

—No... He venido con Mikhail.

Tuerce el gesto.

—¿Con el ruso?

—No le gustan estos ambientes...

Lo miro de reajo y tiene una cara de espanto.

—Es un aguado.

John me agarra de la cintura y me invita a bailar. Lo más que quiero es bailar y ya que Mikhail no hace ni el intento, pues tendré que hacerlo con John.

—Anda, ¿bailas conmigo?

Digo que sí de inmediato. Subimos a la pista de baile y mientras bailo al ritmo de la música con John miro de reajo a Mikhail, mira a John como si quisiera matarlo. Su mandíbula se tensa, su mirada se solidifica. ¡Qué bueno, por aguado! Veo que unas fulanas se quedan viendo a Mikhail desnudándolo con la vista. Me prendo. Es inevitable que lo miren, él es eróticamente perfecto pero ¡Me bulle! Me bulle que lo vean, que lo deseen. John me magrea la espalda con un cariño más allá de la amistad y comienzo a incomodarme.

—Megan, te deseo... te deseo mucho.

—John ya lo hemos hablado y...

—Lo sé, solo somos amigos pero es inevitable que desee

besarte y tocarte.

Me detengo y salgo junto a él de la pista de baile. Lo saco a parte y no sé ni cómo empezar hablarle. Bajo la mirada y digo apenada.

—John, yo te quiero pero como un buen amigo —Entre risas continúo—. ¿Pero ves a aquel hombre con cara de mala leche que está allí sentado? Estoy enamorada de él, lo quiero y...

—Pero él a ti no Meg, él quiere otra cosa.

—¡Lo que quieren todos! Sexo... tú igual buscas lo mismo, acabas de decirlo.

—Yo te amo, te quiero y puedo darte una relación normal nos une la música y...

—¡Shhh! ¡Entiende por favor! Necesito que me entiendas yo... necesito que... no es cuestión de la música, tampoco es cuestión de lo que nos une John, si hay mucho que nos une pero lo más importante, no. Mi corazón tiene grabado a Mikhail.

Ya no sé lo que digo, estoy tomada, feliz y las palabras fluyen solitas.

—Megan, no serás feliz con él.

Veo que Mikhail nos mira con un súbito enojo. De momento lo pierdo de vista, se ha levantado de la mesa y no logro verle. John me toma y asalta mi boca con desespero. Me quedo paralizada, no sé qué coño hacer. En segundos aparece Mikhail y me agarra del brazo separándome de John con posesión. Agarra a John por el cuello de su camisa y le dice con enojo:

—No te vuelvas a acercarse a ella porque lo vas a lamentar imbecil.

—¿Y quién eres tú para exigir eso? Solo la haces sufrir.

—Te lo advierto, no vuelvas a tocarla.

Estoy en mi mundo, la borrachera apenas me deja sostenerme en pie. Me agarra del brazo y sale conmigo del local airado. Al estar afuera me suelta con violencia e indigno.

—¡Te ha besado!

Riéndome respondo:

—Lo sé.

—¿Joder y solo eso dices?

—¿Quién demonios eres para decirme a quien besar y a quien no eh? camino tambaleándome de un lado a otro.

—Tus labios son...

—¿Tuyos? Ja no me hagas reír. Yo te quiero, pero no estaré guardándome para ti toda la vida, es que sería inútil. Tú te vas, yo me quedo y hay que vivir la vida, sí señor.

—No digas eso nena.

—¡Y no me llames así maldita sea! —Comienzo a llorar con desesperación—. Dicen que los borrachos y los niños decimos la verdad. Vale pues a mí se me pasaron las copas y creo que caigo como borracha.

—Megan ya basta, vámonos.

—¡Ahora me escuchas! —respondo ebria—. Desde aquella noche en la que me quitaste la virginidad me has hecho sentir cosas que ni yo misma pensé que estaba

dispuesta a sentir por un ser frío, déspota, engreído y hermético como lo eres tú —Me mira, solo me escucha sin interrumpir—. Yo... yo pensé que podría con una relación puramente sexual pero ¡no! Tú me has jodido todo mi interior, ¿por qué tuviste que aparecer en mi vida? ¡Por qué! No sabes cuánto he callado todos estos meses. Cada polvo, cada vez que me cogías una parte de mi era feliz y la otra moría. Sabía que esto pasaría, sabía que te irías. Pero no pensé que me iba a doler tanto.

Se acerca a mi siento sus nudillos rozar mis mejillas.

—Lamento haberte dañado como lo he hecho. No soy hombre para ti ni para ninguna mujer.

Estallo en dolor, en llanto. ¿Qué no se da cuenta que estoy enamorada de él? Comienza a caer un diluvio. La lluvia nos empapa, el cielo está igual que yo, nublado solo que yo lo estoy en dolor. No tardo en gritarle.

— Pero eres al que quiero a mi lado! ¡Deja de decidir por mí! Sé lo que quiero y eso que quiero es a ti —Río histérica—. ¿Eres tan estúpido para no darte cuenta que me he enamorado de ti? ¿Qué ya no es como hacerle para no extrañar tus besos? Me he enamorado de ti aun sabiendo que eres un idiota ¿No te das cuenta que yéndote terminas de joderme por dentro?

El alcohol me ha metido en un lío horrible, pero ya todo me da igual. Me agarra de la cintura y toma mi boca con delicadeza. Succiona mi labio inferior, al soltarlo se agacha y chocando mi frente con la suya responde:

—Lo sé... y haz cometido el error más grande de tu vida

al enamorarte de mí. No puedes amarme porque simplemente no estoy hecho para ti. Perdóname por dañarte como lo estoy haciendo nena, perdóname por haberte obligado a estar conmigo aquella noche a cambio de la salud de tu hermana, perdóname por ser cobarde y preferir alejarme que enfrentar mis miedos.

—Te odio... me odio... Ya todo me da igual. Si te vas o te quedas si me besas o dejas de hacerlo, ya no me importa

—Camino tambaleándome hasta el coche—. Te odio, te odio mucho... no sabes cuánto.

Camina hacia mí y con sutileza me sube al copiloto.

Llegamos a su penthouse. Estoy que no puedo sostenerme en mis propios pies así que me carga en brazos y me lleva al cuarto donde siempre duermo. Me tumba en la cama y me quita la ropa dejándome en encajes y el sostén. Mira mi desnudez y dentro de mi ebriedad le digo sarcástica.

—Así debes haber visto a muchas —digo sollozando.

Busca en la cómoda un camisón y se acerca a mí para ponérmelo. Lo miro y entre lágrimas doloridas le digo en voz baja:

—Tómame... ¿Esto es lo que quieres? ¡Mi cuerpo!

Entonces tómame y cógeme, es lo único que siempre te ha interesado.

—Estas ebria, no sabes lo que dices, mañana quizá ni recuerdes nada.

—¡Sí! Sí lo sé. Es tan difícil de entender que me he enamorado de ti. Fuiste el primer hombre que me hizo sentir mujer y tú me ves solo como una asistente con

servicios extra —Me mira con seriedad, no me contesta solo se limita a mirarme. Todo me da vueltas, me siento horrible y tengo enfrente a un completo gélido que me mira como sádico. Me recuesto sollozando en la cama dándole la espalda finalmente le digo— Vete... me haces daño Se pone en pie y acaricia mi cabellera.

— Lo sé, descuida no lo haré más, te prometo ser solo un recuerdo amargo... buenas noches Meg.

Sale de mi habitación y minutos después cierro los ojos intentando dormir y olvidar la indiscreción que me ha provocado el alcohol y el dolor.

## Capítulo 39 **Dejarlo ir**

Me duele la cabeza horrible. Me levanto y me siento sobre la cama. Miro el reloj, he dormido demás. Son las diez de la mañana y yo aun durmiendo. No recuerdo nada de la noche anterior excepto que fui con Mikhail a un bar latino. Me levanto de la cama bostezando y entro al baño. Tomo del neceser unos analgésicos y seguido me cepillo los dientes. Hay absoluto silencio en el pent-house. Nada raro pero hay más del normal. Salgo del cuarto y mirando a todos lados grito su nombre. Nadie responde. Me dirijo a la sala de estar y todo esta pulcramente en su lugar. La cocina parece no haberse usado en la mañana. Ceñuda me dirijo al estudio, de seguro está ahí en su escritorio con la cara gélida metido en sus asuntos de la farmacéutica.

Toco la puerta, nadie me responde. Vuelvo a tocar, todo

silencio. Me decido a entrar. Todo está en orden pero falta algo, su laptop no está, su escritorio está vacío. Comienzo a desesperarme, todo está muy extraño. Corro a su cuarto y al entrar lo encuentro vacío. Abro su armario y su ropa ha desaparecido. Lágrimas afloran por mis ojos. No puede estar pasando esto. Corro a mi habitación y tomo mi móvil. Le marco a su móvil pero me lleva al contestador. Llamo unas diez veces y no logro conseguirlo. Una desesperación inmensa se apodera de mí. Me cambio rápidamente y me pongo lo primero que encuentro. Salgo del penthouse a toda leche y cojo un taxi hacia el corporativo. Mientras voy de camino insisto e insisto pero no me toma el móvil. Llamo a Aleksandra e igual, no me toma las llamadas. Maldigo y siento que el mundo se me derrumba sin saber dónde coño está. Llego a la empresa y subo a presidencia prácticamente corriendo. Avanzo directamente al despacho de Mikhail pero no le encuentro. Avanzo a donde Emma y con un nervio horrible le pregunto:

—¿El señor no se ha venido?

Niega con la cabeza.

—Megan, él llamo ayer en la tarde informando que dejaba

la delegación, ya ha concluido su trabajo aquí en Seattle.

—Es imposible, aún faltaban días —Derramo una lágrima—. ¿Sabes dónde está? — Supongo que de camino al aeropuerto, ¿por qué la pregunta?

No le respondo, solo salgo como loca del edificio. Busco en mis contactos a Sergey, es mi última opción. Le llamo y por fortuna responde.

—Hola Megan.

Desesperada le digo:

—Sergey, ¿sabes dónde está Mikhail? Se ha ido sin decirme nada y estoy muriéndome de la desesperación.

Suelta un suspiro.

—Pensé que sabías...

—¿Saber qué?

—Megan, Mikhail estuvo aquí en el hotel donde me estoy hospedando. Me dejó unos documentos y me dijo que hoy mismo se regresa a Rusia.

Palidezco, no... no puede ser. ¡Faltan días!

—No me digas eso por favor, no... Aún falta para que se vaya. Me dijo dos semanas.

—Lo es preciosa, se cómo te debes sentir. Es obvio que estas enamorada de Mikhail pero trata de continuar con tu vida, es lo mejor para los dos.

—¿A qué hora sale su vuelo?

—Megan... no creo que...

—¡Qué me digas a qué hora sale el maldito vuelo! —Se va en su jet privado, sale de Estados Unidos en una hora más o menos.

Veo un rayo de esperanza, puedo detenerlo y decirle que no se vaya. Que lo quiero a mi lado, que siento que vivir sin

su cara de mala leche será imposible. Llorando respondo:  
—¿En qué aeropuerto esta?

—En el aeropuerto internacional de Seattle.

Cuelgo el móvil y no pierdo tiempo, tomo un taxi y me dirijo en ruta hacia el aeropuerto. Mando un correo.

DE: Megan McMillan

FECHA: 16 de julio de 2014 10:39 a.m. PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: No te vayas

Te vas y te juro que te voy a odiar toda la vida.

Megan

No recibo respuesta pero sé que los lee. Siempre los lee y eso me hace sentirme como si lo único que le importara es deshacerse de mí. El maldito taxi se mete en un tráfico horri- ble. Jamás llegaré con esta caravana enorme de coches. Entro en desesperación. Como mínimo tengo media hora para llegar. Entre desconsuelo vuelvo a mandar otro correo.

DE: Megan McMillan

FECHA: 16 de julio de 2014 10:45 a.m. PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: ¡Por favor!

¡Contéstame ruso estúpido! Eres un cobarde de lo peor.

Megan

Creo que los correos son inútiles. No me los ha de contestar. Llamo a su móvil como loca y nada, parece que lo ha apagado. Entro en desesperación. El aeropuerto está más adelante y con este tráfico no llegaré jamás. Le pago al taxista y bajo del coche. Corro entre los coches por plena autopista sin medir riesgos, solo quiero llegar al aeropuerto y detener mi felicidad. Corro sin detenerme, siento que el aliento se me escapa pero sigo, corro y corro. Al llegar al aeropuerto entro al vestíbulo y corro al terminal de pasajeros. Miro a los asientos y no veo a Mikhail. Comienzo a preguntar a los pasajeros que aguardan su vuelo si lo han visto. Doy su descripción y nadie lo ha visto.

Me llevo las manos a la cabeza con desespero. Me acerco a un mostrador y sin tener las ideas claras les pregunto a las empleadas sobre Mikhail.

—Buenos días, necesito saber si el jet privado de un pasajero ya despegó.

—Deme su nombre.

—Mikhail Ivanov —respondo.

La mujer busca en el sistema.

—Vale, le enviare con otro empleado —Me lleva a otro mostrador—. Ella te podrá ayudar.

—Necesito saber si el vuelo de un jet privado ha

despegado.

—Vale, dígame el nombre del pasajero.

—Mikhail Ivanov.

Busca en el sistema y asiente con la cabeza

—Aquí está, Mikhail Ivanov Hernández.

¿Hernández? Nunca había escuchado su segundo apellido. Es que cada vez descubro más y más cosas de este hombre y yo de tonta me vengo a enamorar de semejante idiota.

—Su vuelo despegará en diez minutos señorita.

—Y dónde puedo encontrar al pasajero.

—Esa información es confidencial señorita. No podemos proveer más información de la que le he provisto.

—Por favor, necesito saber dónde está ese hombre por favor, tengo que decirle algo importante. Será rápido.

Me mira con pena.

—Lo siento, son las reglas.

Me alejo del mostrador y me decido a buscarlo como loca por el aeropuerto. Veo tras la vitrina la pista de aterrizaje y visualizo el jet donde viaja con Mikhail a España. Un terrible alivio me inunda al ver que aún no ha despegado. Debe estar aquí y no logro verlo. Siento que mi búsqueda es inútil. Cuando pienso que ya debo rendirme lo veo de espaldas entrando a una puerta junto a Aleksandra. Corro hacia él gritando su nombre pero ignora mi llamada. Se esfuma tras la puerta y cuando pienso seguirle un oficial me detiene.

—No puede pasar señorita.

—¿Pero por qué? Necesito hablar con el hombre que acaba de pasar por aquí.

—Disculpe señorita sin billete no puede pasar.

Corro sin importarme lo que el oficial dice y entro por la puerta corriendo veo que Mikhail con ese traje negro imponente está apunto de cruzar otra puerta hacia la entrada del jet. Le grito pero me ignora.

—¡Mikhail te estoy hablando maldita sea!

No se digna a voltear atrás. Continúa tramitando su vuelo como si yo estuviera pintada. El oficial logra agarrarme y me dice:

—Es mejor que salga de aquí si no quiere ser detenida.

—Señor, yo necesito hablar con ese hombre. Por favor dígame que se gire.

El oficial se dirige a Mikhail.

—Señor, ¿conoce a esta mujer?

Mikhail se gira lentamente y al encararse conmigo me mira por unos segundos. Debo verme horrible entre lágrimas. Traga saliva y con voz afligida responde:

—Nunca la he visto oficial.

—¿Qué? ¿Me mas cogido todos estos meses y ahora nunca me has visto? Eres un maldito infeliz te subes a ese jet y te juro que te voy a odiar toda mi jodida vida Mikhail, te lo juro.

No dice nada, solo se voltea y continua caminado dándome la espalda. Le grito a Aleksandra y ella se voltea y alcanza a gritar que lo siente mucho y rápidamente Mikhail la agarra del brazo callándola.

— ¡Eres un infeliz! ¡Ojala te quedes impotente maldito!,  
¡Acabas de ganarte todo mi oído!

El oficial me saca a rastras del corredor dejándome en el terminal de pasajeros. Me acerco a la vitrina y lo veo caminar junto a su hermana hacia el jet. Tomo el móvil y le marco con desespero. Veo a lo lejos que toma su móvil en manos lo mira por unos segundos y decide no responderme. Lo deja sonar y me manda al buzón. Tras escuchar el tono para dejar un mensaje de voz mascullo:  
—Te amo, infeliz

Veo como sube a ese jet para tal vez nunca volver. Reposo mi cabeza sobre el vidrio ahogada en llanto diciendo una y otra vez para mí misma que no se vaya. Aprieto los dientes bebiéndome las lágrimas. Me deja y parece no importarle. Le he entregado todo lo que soy, todo lo que tengo. Le pedí a gritos que no me abandonara y aun así se fue. Nunca había sentido las ganas de morirme como las siento ahora. Ver despegar ese avión es ver despegar hacia el otro lado del mundo mi oportunidad de amar. No sé si algún día vuelva a verlo. No es fácil aceptar que lo he perdido. Veo el avión despegar y las lágrimas salen de mí escapando de la guerra interna que llevo dentro. Caigo al suelo de rodillas derrumbándome en dolor, el jet cada vez se va achicando hasta desaparecer entre las nubes. Bajo la cabeza e intento cesar las lágrimas. Se ha ido, no volverá y he de aceptarlo. Me tocan los hombros.

—Preciosa, levántate del suelo.

Levanto la mirada y Sergey está a mi lado con cara de consuelo. Ha llegado y no es muy difícil adivinar que hace aquí. Me levanta y me abraza compasivo.

—Sabría que vendrías aquí.

—Se fue...se fue y me ha dejado. Es un infeliz.

—Lo sé y me imagino como debes sentirte.

Correspondo su abrazo.

—Lo necesito a mi lado.

Se queda en silencio, solo me consuela. Me mira a los ojos y tenue seca mis lágrimas

—Venga, te llevo a tu casa.

Salgo junto a Sergey del Aeropuerto en su coche. Estoy decaída, todo me da igual. Siento que podría pasar una catástrofe y me daría lo mismo. Me quedo en silencio y los pensamientos idos Con voz tenue pregunto:

—¿Por qué no te has ido también tu a Rusia?

—Me voy la semana entrante, pero no a Rusia. Aún tengo algunos asuntos que resolver en Alemania.

Suelto un suspiro. Joder siento que odio los rusos y todo lo relativo a ellos. Sergey me deja en el apartamento y le agradezco por el gesto. Subo al piso y al entrar al apartamento noto que no hay nadie en casa. Melanie ha salido y Alisson debe haber hecho lo mismo con Danna. Me tumbo en el sofá y otra puñetera lágrima se me escapa. Me quedo pensativa, dolida. Mi móvil vibra. He recibido un correo en italiano.

DE: Caterina Agnelli

FECHA: 16 de julio de 2014 1:34 p.m. PARA: Megan McMillan Agnelli ASUNTO: ¿Cómo están?

Hola cariño:

Hace tiempo que no me escribes y ya me está haciendo falta saber de ustedes. Espero que estén bien y que pronto nos veamos cielo. Te quiero mucho. Ah y ni creas que no me he enterado, me han llegado rumores de que tienes un hombre que te trae toda enamorada. ¿Por qué no me contaste cielo?

Besos, cariño. Caterina

Dejo el móvil a un lado. Debe haber hablado con Alisson. ¡Genial! Pero nunca fui pareja de Mikhail, solo su, no sé qué fui de él. Fui una completa imbécil al enamorarme de un magnate de la farmacia que solo ve a las mujeres como símbolo sexual. Me endurezco por dentro. Ya no derramo lágrimas. De dolor paso a sentir rencor, odio. Me levanto del sofá y busco el violín. Suelto un suspiro y colocándolo sobre mi hombro guio el arco a l violín. Toco lo que me llega a la mente. Notas nostálgicas y llenas de melancolía. Aprieto los dientes para retener las lágrimas que me provocan pensar en él pero luchar contra ellas es luchar como luchar contra esto que siento.

Paso toda la tarde entre trabajos de la universidad intentando ocupar la mente en algo que por lo general

odio, la farmacia. Estoy encerrada en mi cuarto. Hace una hora que Mel llegó pero no he salido a verla. No quiero hablar con nadie. Entre los libros encuentro unas notas. Mi rostro se contrae al verla. Es una notita donde Mikhail me había escrito unos apuntes que podían ayudarme en mi tesis. Me sonrío estúpidamente. Trato de odiarlo pero solo consigo encariñarme más con él. La dejo a un lado y continuo culminando los detalles finales de mi tesis para por fin entregarla.

Media hora después agarro una hoja de papel y me animo a escribir una canción. La musa melancólica se me asoma. Como título le pongo “balas rusas”. Después de leerla y leerla decido guardar la hoja de papel en el fondo del cajón. Agarro el móvil y con decisión escribo un correo.

DE: Megan McMillan

FECHA: 16 de junio de 2014 07:45 p.m. PARA: Mikhail Ivanov

ASUNTO: Logre comprender.

He logrado entender cuál es mi lugar en todo esto. No se preocupe, así como no me ha reconocido en el aeropuerto no lo reconoceré en mi vida. Para mí usted es y seguirá siendo el señor Ivanov, dueño de una de las farmacéuticas más importantes e influyentes del mundo. Ningún tipo de relación me ata a usted. Siquiera profesional. Le deseo suerte en la vida porque ni todos los millones del mundo le

libraran de su conciencia ni del karma que le espera por tanto daño ocasionado.

Tiene una razón enorme, ha sido el peor error de mi vida. Pero de amor nadie muere, no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista y sé que podré continuar con mi vida sin ningún inconveniente. Espero no verle nunca más.

Megan McMillan Agnelli

Envío el correo dolorida y con todos los deseos puestos en continuar con mi ahora absurda vida. Dejo el móvil sobre la cama y camino hacia la cómoda. Aún guardo ese pañuelo que dejo aquí. Conserva todavía su olor. Me lo llevo a la nariz y cierro los ojos. Tengo mil razones para odiarlo y solo una para amarlo y esa una pesa más que las mil que hay para odiarlo. Ha entrado en mi vida y aunque no esté, sé que se quedara para siempre.

Capítulo 40

## **graDUación DislocaDa**

Han pasado cinco meses, cinco meses de retos y altibajos. Cinco meses de no verlo. No saber de él. Creo que ya me he adaptado pero no lo he aceptado. En tres días me gradúo en la facultad de farmacia. Aunque no me gusta la carrera me siento feliz no solo por salir de la universidad,

sino por haber logrado llegar a donde estoy. Logré que Alisson se apuntara en una carrera en la universidad. Dice que le gusta el diseño y ahora que dejó de estudiar podré ayudar con los gastos. Ha sido interesante nuestra relación. Jamás pensé que lograría alcanzar a tener una relación fraternal normal con ella. Sigo tocando el violín y he logrado escribir alguna que otra canción y tocarlas en diversas presentaciones. Sigo trabajando para la farmacéutica por mera necesidad. He vuelto a ser recepcionista y al menos he conseguido sentirme mejor. Pienso renunciar al obtener el título de doctorado en farmacia. No tendré ya la necesidad de trabajar en un lugar que me trae tantos recuerdos agridulces. John no se resigna, piensa que si le doy la oportunidad de enamorarme lo logrará. Joder yo difiero, aún recuerdo a Mikhail con cariño aunque no sé si sienta lo mismo que hace cinco meses atrás. Llevo los auriculares puestos mientras escucho de todo un poco Lavo los platos mientras tarareo. Siento unos bracitos abrazarme la cintura. —Tíaaaaaa.

Me quito los auriculares.

—Hola Danna, ¿cómo estas pequeña?

—¡Bien! —Me extiende la mano—. Mira tia, se me ha

caído un diente y mamá me dijo que se lo deje al hada de los dientes para que se lo lleve y me deje un regalo.

Sonrío.

—Entonces no lo pierdas cariño.

Se va corriendo al cuarto que Alisson y ella ocupan.  
Minutos después Alisson aparece con un cheque.

—Aquí está el dinero del mes.

Arqueo una ceja.

—No tienes que hacer eso, sabes que...

—Ya es inútil que sigas peleándome por lo mismo. Sabes que voy a aportar algo quieras o no.

Bajo la mirada curvando la comisura.

—Vale, que ya no te peleo.

—Ah por cierto, tienes visita en la sala de estar.

—¿Quién es?

—John, dice que te tiene noticias.

Sonrío y me quito el delantal y camino a la sala de estar.

Abrazo a John con cariño y sonriendo le digo:

—¿Y cuáles son esas noticias que me tienes?

—Tengo una buena y otra menos buena ¿Cuál quieres primero?

Aprieto los labios algo indecisa.

—Venga, suelta la menos buena primero.

—Vale pues, la menos buena es que necesito que dejes de trabajar para la farmacéutica rusa. No le dedicas el tiempo suficiente a la música y eso perjudica tu desempeño a la hora de tocar.

Pongo los ojos en blanco. Obvio no haré eso.

—A ver John, sabes que no dejaré de trabajar para esa farmacéutica hasta que me gradúe en farmacia y consiga otro trabajo.

—Megan pero es importante que...

—Es importante para mí seguir en esa farmacéutica. Es mi última palabra.

Se mosquea.

—Megan, si sigues trabajado ahí guardando la esperanza de que ese ruso va a volver pierdes tu tiempo. Te ha dejado en cuanto se aburrió de ti.

Aprieto los dientes. Su comentario me hiere, me lástima.

—Tal vez, pero eso me da igual. No sigo trabajando en Ivanov Pharmaceuticals por el señor Ivanov, lo hago porque necesito el trabajo y no te voy a permitir que vuelvas a traer al tema a ese hombre.

Me mira serio y me pregunta.

—Solo dime una cosa... ¿Aún piensas en él?

Me cruzo de brazos, bajo la mirada en intento procesar la pregunta. Todas las noches desde hace cinco meses sus besos, sus caricias. Su forma de poseerme llega a mi mente. Extraño su gelidez, su seriedad, todo lo que es él. No pensé que llegaría a extrañarlo tanto. Aprieto los labios y respondo:

—Te mentiría si te digo que no, lo pienso casi todo el tiempo pero dicen que el tiempo ayuda a olvidar. Esa es mi última esperanza —Suspiro y cambio el tema—. ¿Y cuál es la buena noticia?

Sonríe y me extiende un sobre.

—¿Qué es? —divertido y misterioso responde.

—Ábrelo...

Hago lo que me dice y leo su contenido. Me emociono, me emociono mucho. Lo miro atónita.

—¿Esto es real?

—Quieren hacerte una prueba en esa casa discográfica. Mande un sencillo de Black Heaven vocalizado y se interesaron en tu voz.

—Me encanta la idea pero hay algo que necesito que entiendas.

—Dime.

Trago saliva y cruzando las manos le digo.

—Mi intención no es obtener fama y mucho menos ser reconocida. Me gusta mi privacidad y si voy a cantar lo haré solo como un pasatiempo ¿vale? Antes quería ser reconocida pero ahora lo único que quiero es tocar porque me gusta, ser profesional pero nada de fama.

—Será como decidas tú.

Sonrío.

—¿Y cuándo es la cita?

—Mañana en la mañana, pasare por ti.

—Vale, nos vemos entonces mañana en la mañana.

Me despido de él con un beso en la mejilla y sale del apartamento. Avanzo a mi cuarto y tras tomar un baño me acuesto a dormir, es tarde y el cansancio me domina.

\*\*\*

Estoy sentada junto a John en una salita de espera. Muevo los pies nerviosa y deseosa de salir de la prueba ya. Minutos después me llaman a un estudio. Me coloco unos audífonos y me acerco al micrófono. Vocalizaré por

primera vez una canción mía, esa canción que escribí desahogándome ante la partida de Mikhail a Rusia. Comienzo a cantar la canción que yo misma he compuesto y me sumerjo en pocos segundos en una estela de sentimientos y recuerdos donde Mikhail es el protagonista. Al terminar la prueba salimos del estudio y John habla con unos señores mientras espero en la salita de estar. Al salir me mira emocionado.

—Lo has conseguido, te producirán un disco.

Me cubro la boca con las manos. No puedo creerlo, es imposible. Me siento rebosante de alegría.

—¿Hablas en serio?

—Solo falta que firmes el contrato y listo.

Arqueo una ceja.

—Vale pero antes me gustaría leerlo con calma. —Como desees.

Después de tomarnos un café me acerco a casa. Mel y Alisson no están en casa. Soledad total, eso me gusta y más cuando tengo tanta guerra interna. Dejo las llaves sobre la isla de la cocina, el bolso sobre el sofá y camino al cuarto. Me quito las botas negras que traigo y la boina francesa que reposa sobre mi cabeza. Me pongo cómoda, como para pasar toda la tarde viendo pelis y comiendo palomitas. Pasa una hora y tocan el timbre. Es raro, Melanie y Alisson tienen llaves y no espero a nadie. Me pongo en pie y avanzo a la puerta. La abro y al abrirla me

quedo helada, fría, atónita.

—¡Sorpresa! Por nada del mundo me pierdo la graduación de mi hija —me dice en italiano.

Sonrío soltando una lágrima. Me lanzo a sus brazos llena de emoción. Mi madre está aquí, frente a mí después de año y medio de no verla. La abrazo fuerte, muy fuerte y le respondo en italiano.

—Me alegra que estés aquí, no sabes cuánto te he necesitado.

—Cariño lo sé, y no sabes cuánto me ha dolido no poder haber estado al lado tuyo y de Mel todo este tiempo.

Sonrío con las lágrimas avivándose. La invito a pasar y agarro sus maletas.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de comer o de tomar?

—No, solo quiero verte y hablar contigo corazón. Hay que ponernos al corriente en muchas cosas.

La agarro de la mano y la llevo hasta el sofá. Nos sentamos en él y feliz le respondo.

—Comienza tú, ¿cómo te ha ido en Italia?

—Pues todo va bien dentro de todo. Termine mudándome a Roma, las cosas en Venecia se me complicaron y me fui con tu abuela a vivir con Danilo en una villa que tiene en Roma.

—¿Y eso del restaurante? ¿Cómo que abrieron un restaurante?

—Pues más que el dinero y la comodidad que nos comienza a proporcionar necesitaba ser útil en algo. Tu tío es chef y me propuso el negocio.

—¿Y de dónde conseguiste el dinero para el negocio?  
Con nerviosismo responde:

—Vendí la casa en Venecia y el dinero lo invertí en el restaurante.

Pongo los ojos como platos.

—¡Qué hiciste qué!

—Corazón lo tuve que hacer, el que no arriesga no gana.  
Tuerzo el gesto.

—Espero que hayas ganado.

Ríe, me conoce y sabe que no soy fácil de convencer.

—Cariño he comprado otra casa en Roma, y por cierto me gustaría que pasaras una temporada conmigo en Italia.

—Yo también deseo ir a Italia. Extraño mi tierra y sé que estando allá muchas cosas se resolverían.

Arquea una ceja.

—¿Qué problema? Megan, presiento que me ocultas mucho ¿Y tu relación con ese novio del que me enteré?

Trago saliva. Hablar de Mikhail me duele, me duele mucho. Hace cinco meses que no lo veo, no lo beso y han sido un infierno. Ante la gente intento demostrar que ya he pasado de él, que como era de esperarse solo fue una aventura pasajera pero no, yo le quiero, me enamoré de ese maldito ruso y hace cinco meses y el muy imbécil se fue Rusia sin temblarle el pulso, venga vale que solo jugó conmigo. Suelto un suspiro.

—Mamá, nunca tuve tal novio. Solo fue una relación extraña y para mi difícil.

Me mira con gesto comprensivo y añade.

—¿Quieres contarme más?

No llores Megan, ¡no llores!

—Ya eso es pasado y prefiero no recordar.

Mi madre me conoce, me conoce lo suficiente como para darse cuenta que me ha golpeado duro lo que siento por ese ruso.

—¿Aún lo quieres?

Me sonrojo.

—No, ya pasé de él...

Sonríe tiernamente.

—Perdóname pero no te creo nada. Cuando hablas de ese hombre lo haces con afecto.

Tuerzo el gesto.

—¡Mamá claro que no! Ya no le quiero.

Sonríe y eso me bulle.

—¿No mientas si?

—No le quiero, lo amo, pero ya entendí que este sentimiento ese hombre es incapaz de sentirlo, se fue sin importarle lo que yo sintiera, vale pues la vida sigue y el tiempo me ayudará a olvidar.

Suspira.

—Vale cariño, se cómo te debes sentir. No indagaré más en el tema.

En eso Alisson entra con Danna al apartamento. Al ver a mi madre palidece. Se queda paralizada y la que rompe el hielo es mi sobrina.

—Tía, ¿Quién es esa señora?

Mamá se queda algo confusa, no domina mucho el inglés.

La agarro de la mano y le digo cariñosa.

—Cielo, ella es mi madre. Se llama Caterina.

Risueña se acerca a mi madre y le da un beso en la mejilla.

—¡Hola, Caterina! Soy Danna.

Mamá sonrío y responde.

—Danna, *Piacere di conocerti*.

La niña se queda algo confusa. No entiende nada de italiano. Me rio divertida.

—Tita, ¿qué me ha dicho? ¿Por qué habla raro? —Mi mamá, Melanie y yo somos italianas. Nosotras además de italiano también hablamos inglés pero mi mamá no lo domina mucho. Habla poquito nada más. —Pestañea—.

Te ha dicho que para ella es un placer conocerte.

Sonríe rápidamente y contesta.

—¡Qué lindo el italiano! —corre hacia su madre y le pregunta— oye mamá, ¿también eres italiana?

Alisson algo sonrojada responde:

—No cariño, no soy italiana.

Mi madre se pone en pie y al ver a Alisson la saluda con cortesía. Mi madre es única. Pensé que habría tensión en el ambiente pero no, mamá maneja la situación de estar frente a la hija de la amante de mi padre con madurez.

Pasa media hora y Melanie llega con mil compras encima. Las suelta en el recibidor. Al entrar a la sala de estar y ver a nuestra madre sentada en el sofá los ojos se le hacen agua. Mi madre le sonrío y en italiano le dice:

—Hola cariño.

Melanie se queda pasmada, inexpresiva responde en trance.

—¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no avisaste?

—Si avisaba dejaba de ser sorpresa...

Ya veo por el lado que viene mi querida hermana, el de pelear. La agarro de un brazo y la llevo a la cocina. Con mi macarra soñolienta le advierto.

—Ni se te ocurra ponerte en el plan de pelea porque la vas a liar.

Se cruza de brazos.

—¿Qué hace ella aquí?

—Vino para asistir a mi graduación y no quiero que le hagas desplantes.

Pone los ojos en blanco y responde en negativa.

—No me pidas imposibles Megan, sabes que desde que eligió a su madre antes que a nosotras pasé de ella.

—Melanie, ¡joder es nuestra madre y está aquí! Deja los resentimientos a un lado y recíbela al menos con cortesía.

Me mira, me mira y finalmente responde:

—¡Venga vale ya! Que sí que la recibo sin groserías.

—Gracias...

Caminamos hacia la sala de estar y Melanie la saluda en italiano. Hablan por un rato mientras me meto en la cocina a preparar la cena. Quiero hacerle algo que en Italia no comamos mucho. Paso de las pastas y las salsas y opto por algo más sencillo para hacer. ¿Mamá desde cuando no come hamburguesas? Estoy alrededor de una hora haciendo hamburguesas. Vale que parece fácil pero

entre la carne y dorar los panes es algo cansado y más si es para cinco personas. Abro un gabinete de la alacena buscando unos cubiertos y encuentro unos palillos chinos en su envoltura sin usar. Rápidamente me viene a la mente aquella noche que comí comida china con Mikhail. Cada cosa por más mínima que sea me lo recuerda. Suelto un suspiro y lo guardo en el fondo del cajón. Sirvo los platos y Melanie entra a la cocina.

—¿Necesitas ayuda?

Que preguntita estúpida.

—¿Qué crees tú, Melanie?

—Hay no pelees, dame dos platos y los llevo a la mesa. Juntas llevamos los platos y los ponemos en la mesa. Con ánimo les digo:

—¿Pues qué esperan? ¡A cenar!

Han pasado dos días y hoy me gradúo. ¡Por fin! Los nervios los tengo a mil. Me maquillo frente al espejo en mi cuarto mientras Alisson coloca la toga y el birrete de graduación en el coche. Mamá me ayuda con el peinado y como siempre Danna está a mi lado viendo como me maquillo. Sus ojitos me miran como si quisiera copiarme.

—Oye tía, ¿yo puedo ponerme bonita como tú con esos colores?

Me rio y alego.

—Claro que sí, pero cuando estés más grande corazón.

La niña se conforma con la respuesta y se sienta en la cama. Melanie entra al cuarto con mi móvil.

—Annick quiere hablar contigo.

—Vale, pon el manos libres.

Hace lo que le pido y deja el móvil sobre el buró.

—¡Holaaaaaaa Megaaan!

Annick y su humor alegre nunca fallan.

—Hola... —respondo.

—¡Hoy nos graduamos! Estoy muy emocionada.

—Yo también lo estoy, no más universidad.

—Escuché que una de las tesis que más impresionó a los evaluadores fue la tuya.

Ceñuda respondo:

—¿Ah sí? Qué raro... ¿No sabes quiénes fueron los evaluadores?

—Eh no, solo sé que la facultad está afiliada a la farmacéutica donde trabajas, no sé si eso tenga que ver.

—Vale, nos vemos en el campus.

Cuelgo el móvil y termino de arreglarme. Antes de salir mamá coge un espacio para “sección de fotos” como ella dice. Fotos por aquí, fotos por allá. Me llena de alegría tenerla aquí. Aun no me lo creo. Salimos del apartamento todas en mi coche de camino al campus. Enciendo la radio y comienza a sonar esa música que le gusta a Mel. Todas comenzamos a cantar. Incluso mamá aunque no entienda nada de lo que canta. Todo es risas hasta Alisson pierde la timidez y se une al coro. Al llegar al campus veo docenas de estudiantes con su toga y birrete negro y la estola roja. Me apresuro a ponerme la toga y mamá me ayuda a ponerme el birrete y la estola. Veo que los ojos a mi madre le sollozan. Le digo en italiano divertida.

—Caterina Agnelli, ¡prohibido llorar! Arruinaras el maquillaje.

Se ríe y abrazándome responde.

—Estoy muy orgullosa de ti cariño.

Sonrío, esas pequeñeces son las que me hacen sentir querida. Entramos al teatro de la universidad me despido de mi familia para sentarme al lado de Annick. Me mira y con efusividad me dice:

—¡Tres ochenta y seis! ¡Lo logré!

Sonrío, después de todo subió su promedio.

—Menos mal.

—¿Cuánto obtuviste tú?

—Tres noventa.

—¡Eres una come libros!

Sonrío, en definitivo Annick es especial. Nos pasan el programa de la graduación. Al tenerlo en mis manos lo ojeo rápidamente.

- Recebimiento de graduandos (9:00 a.m. - 9:30 a.m.).
- bienvenida por parte del decano de la facultad de farmacia (9:30 a.m. - 10:30 a.m.).
- Himnos (10:30 a.m. - 10:40 a.m.).
- Presentación de invitados (10:40 a.m. - 11:00 a.m.).
- Reconocimiento a auspiciadores y empresas afiliadas a la facultad (11:00 a.m. - 11:30 a.m.).
- Entrega de títulos doctorales (Ivanov Pharma-

maceuticals, inc) (11:30 a.m. - 1:00 p.m.).

- Cierre por parte de Ivanov Pharmaceuticals, inc (1:00 p.m. - 1:30 p.m.).

- Recepción (sala de actividades a-3).

Tengo el corazón a mil, la maldita farmacéutica rusa está en dos intervenciones de la graduación y eso me pone con los nervios a mil. Miro a Annick.

—¿Sabes quién vendrá de Ivanov Pharmaceuticals, Inc a entregar los títulos?

—Me han dicho que siempre mandan a un representante. Suelto un suspiro de alivio. La ceremonia de graduación transcurre con normalidad. Todos los que hoy nos entregan el título de doctores estamos con las emociones disparadas. Llega el momento de la entrega de títulos y un piano suena de fondo. Me encanta el piano, me encanta el sonido que emite. El maestro de ceremonias se dirige a nosotros.

—En unos minutos daremos inicio a la entrega de títulos, disculpen la demora.

Malditos contratiempos me van a hacer expulsar el corazón por la boca. Esperamos los minutos que nos piden y al cabo de unos tres minutos un hombre alto de cabellos castaños, con un traje negro, corbata verdosa y ojazos azules sube a la plataforma junto a su hermana. Un hombre que me robado la razón y tranquilidad de mi ser.

## Capítulo 41

### **Un chance para Darle paso a la elocUencia**

Aprieto los dientes tensando cada músculo de mi cuerpo. Está a metros de mí, está en esa plataforma después de no verle por cinco meses. Bajo la mirada rápidamente evitando que vea mi rostro entre todos los graduandos. Con su típica seriedad y exceso de profesionalismo se dirige al público.

—Antes que nada quiero felicitarlos a todos por haber llegado hasta aquí. Requiere de esfuerzo, dedicación y vocación el estudiar y desempeñar esta carrera. Quiero agradecer a la universidad y a la facultad por permitirme a mí y a mi empresa ser parte de que esta ceremonia se lleve a cabo y otorgarle el privilegio a Ivanov Pharmaceuticals de entregar los títulos.

Respiro más rápido de lo normal, jamás pensé que lo volvería a ver. Quiero salir de aquí. Levanto la mirada con lentitud y para mi desgracia sus ojos están clavados en mí. Sabe disimular, me mira y cambia la mirada con rapidez. ¿Por qué no puedo mandarlo al cuerno? Todos mis sentimientos se han revuelto nuevamente. Ahora que comenzaba a aceptar que él no estaba a mi lado reaparece y enciende esa llamita en mí. Aleksandra toma su lugar y ella comienza a entregar los títulos a los graduandos.

—Megan McMillan Agnelli.

Con el cuerpo reaccionado como le da la gana subo a la plataforma a recoger mi título. Camino hacia ella para tomarlo. A un extremo de la plataforma está el de pie sin dejar de mirarme. Por unas décimas de segundos me mira con una chispa algo extraña. Aleksandra me sonrío y emocionada me da el título.

—Felicitaciones señorita McMillan.

Agarro el diploma y bajo de la plataforma lo más rápido posible. Tras acabar la ceremonia viene la típica sección de fotos. Yo solo quiero irme de aquí, no volver a verlo nunca más. Una hora después nos encontramos en la recepción. Para mi mala suerte ha sido invitado aquí también. Me siento en la mesa que me han asignado. No deja de mirarme, eso me inquieta. Me decido a saludar y despedirme de muchos compañeros que no volveré a ver. Veo al fondo una barra libre y me disparo a ella. Necesito algo fuerte, algo que me aliviane. El hombre que me tiene enamorada está a solo metros de mí. Me sirvo una copa y la guio a mis labios.

—Beber no le sienta nada bien señorita McMillan.

Escucho tras mi nuca su voz y siento escalofríos, nerviosismo y sobre todo enfado. Me giro y tengo sus

azules clavados en mí. Trago saliva.

—Señor Ivanov, No esperaba que su farmacéutica estuviera envuelta en mi graduación.

—Felicidades.

Agarro una copa y mirándolo con sequedad respondo:

—Señor Ivanov, ¿Nos conocemos? Me habla como si me conociera y yo nunca lo he visto.

Cuando pretendo salir corriendo de su lado me detiene por la muñeca.

—Necesitamos hablar.

Me suelto con enojo. Lo miro con rencor y enfado.

—Yo no tengo nada de qué hablar con alguien que no conozco, con su permiso señor Ivanov. Disfrute de la fiesta.

Tengo en corazón a mil. Me siento en la mesa junto a mamá, Melanie, Danna y Alisson. Me tomo la copa hasta el fondo. Todas me miran atónitas.

—Meg, ¿pasa algo?

—Todo está bien. ¿Quieres algo de tomar?

—No, ¿segura que estás bien?

—Estás hablando más rápido de lo normal.

Melanie divisa a Mikhail, maldición, no va a tardar en hablar de él y ya voy a valer madres.

—Creo saber qué le pasa a mi hermanita.

Arqueo una ceja.

—¿Te puedes callar? —A mamá le pica la curiosidad.

—¡Qué ocurre! —pregunta mi madre.

Melanie replica.

—Aquel hombre de allí es el que trae el mundo de Megan de cabeza.

Aprieto los dientes, creo que la voy a matar por chismosa. Tengo un tenedor en la mano y lo único que se me ocurre es clavárselo.

—Melanie, porque no te metes en tus asuntos. Sabes que no quiero oír del tema.

Insiste.

—Ay Meg, lo tienes aquí, es un hombre guapo, exitoso, codiciado y... por Dios cualquier mujer quisiera estar en tu lugar.

La miro fulminante.

—Si tantos atributos tiene, te lo regalo entonces. A mí no me interesa en lo más mínimo.

Mamá sonrío.

—Se nota que lo quieres...

Pongo los ojos como platos.

—¿Acaso ustedes se han liado para amargarme la recepción?

Ríen.

—Megan, no se mucho sobre la relación que tienes con ese hombre pero no pierdas la oportunidad de aclarar las cosas por tu orgullo —Señala Alisson.

—¡Basta ya! Ustedes junto con el imbécil ese se pueden ir al demonio.

Ladeo y veo que Mikhail se acerca a la mesa donde me encuentro. Sin pensarlo me levanto de la mesa y huyo,

joder ¿estaré así toda la noche? A donde voy, él me sigue, ya me harta. Me acerco a la mesa donde se encuentra Annick. Esta charlando con Julián. Me siento a su lado con ganas de fusilar.

—Meg, ¿qué traes? Parece que quieres asesinar a alguien —dice Annick.

—Si soy sincera antes de asesinarlo, lo llevaría a una habitación y lo torturaría con salsa por dos semanas, lo haría comer carnes rojas y le estaría dando guantazos sin parar por imbécil.

Están muriendo a carcajadas con lo que acabo de decir.

¿Que acaso da gracia? Annick me mira.

—Quien sea que sea la víctima la ha liado.

Vuelve a reír y opto por volver a ponerme en pie. Parezco una loca con tanta vuelta por el local. Miro de reajo y noto que Mikhail se ha sentado en su mesa junto a su hermana y no deja de mirarme. Eso me jode, me pone nerviosa. Annick es la presidenta de la clase y como le gusta eso de estar en todo también colaboró en la organización de la recepción. Se sube a la plataforma y con su típico carisma se dirige a los presentes.

—Hola a todos... primero quiero felicitaros por haber llegado hasta aquí incluyéndome —Ríen—. Además de haberlos representado durante estos largos años de estudios también tuve la oportunidad de organizar esta recepción —Con tono divertido continua—. No es que el piano de fondo este mal, pero es hora de encender la fiesta. Y para eso me he tomado el atrevimiento de contar

con mi mejor amiga para animarlos a bailar —Sus ojos me buscan y yo me quiero morir, la mato, juro que la mato—. Megan, ¿podrías subir aquí conmigo?

Me niego pero todos al unísono piden que suba allí y que ¡cante! Joder que me veo subiendo a la plataforma. Entre dientes le digo disimuladamente:

—No pienso cantar nada Annick. Que lo sepas.

—Disculpa, pero ya es tarde, vamos ánimo y deja de ser tan amargadita.

Me dirijo a los músicos y les entrego los acordes de “Balas Rusas”. Es mi graduación y la estoy pasando en feria. Estoy que me lleva el diablo pero ya que cantaré que sirva de indirecta al ruso trajes bonitos. El instrumental comienza y las luces bajan, la gente se acumula poco a poco en la pista de baile. Sus ojos no se desvían, están clavándose en mí una y otra vez. Comienzo con la letra de la canción y en segundos ya me encuentro sumergida en el ritmo, algo nuevo para mí pero he descubierto que me gusta, y cantarlo me ayuda a desahogarme. De inmediato el ruso se percata del mensaje de la canción. Su mandíbula se tensa, y su mirada se solidifica. ¡Me vale madre por idiota! Al terminar la canción el encargado de la música continúa poniendo canciones de todo tipo. Yo corro a la barra libre y agarro un whisky, el whisky hace que se me suelte todo.

Amistades me sacan a bailar y me olvido de todo y solo me disfruto mi recepción. Regreso a la barra libre por otra copa y escucho tras de mí.

—Interesante letra la de tu canción, Megan. —Trago saliva y le ignoro—. ¿A qué te refieres con «Balas Rusas»?

—Usted como que no comprende que yo no hablo con personas que no conozco. Ya deje de hostigarme.

—Megan, basta ya. Tenemos que hablar.

Un fotógrafo se nos acerca y pregunta interrumpiendo.

—¿Puedo tomarles una fotografía para el reportaje del diario de mañana?

Mikhail me mira y decimos al unísono.

—Sí —responde Mikhail.

—No —niego con la cabeza—. Si quiere se la toma a él, a mí no.

Dicho esto me alejo de Mikhail y este se va detrás de mí, me agarra del brazo y en volandas me saca del salón al corredor. Lucho contra él pero su fuerza es superior, lo odio cada vez más por idiota. Cuando se decide a soltarme le suelto un guantazo en la cara con la mano abierta y le regreso otro guantazo esta vez con los nudillos.

—No vuelva a tocarme o le van a ir tres más.

Se traga su orgullo y responde con tenuidad.

—Puedes darme otra si te hace sentir mejor pero me vas a escuchar.

Me cruzo de brazos y hastiada replico.

—Yo no tengo nada de qué hablar con usted, absolutamente nada. Ubíquese.

Me arrincona en una esquina y ya me comienzo a

intimidar con altura y su seriedad.

—Escucha lo que tengo que decirte, si luego de escucharme sigues pensando igual lo aceptaré.

¿Qué parte de vete al diablo no procesas?

—Megan, aunque me digas que no quieres escucharme me tendrás todo el día pensando en ti y en la manera de hacer que me escuches. Por favor, hablemos.

—Hace cinco meses corrí por usted intentando detenerlo para que no se fuera de mi lado, hoy me doy cuenta que todo pasa por algo señor Ivanov. Usted no es nadie en mi vida desde hace cinco meses. Como me pidió continúe con mi vida y no pienso mirar al pasado, usted es pasado

—Veo entrar al corredor a John con un arreglo de flores hermoso. Al ver a Mikhail su cara es un poema.

Corro hacia él y para matar cualquier intento del ruso por acosarme le digo agarrando a John del brazo.

—Mi vida siguió, al lado de John... regrese a Rusia y déjeme vivir en paz.

Me mira por unos minutos. Su rostro se llena de un dolor que disimula con seriedad. Traga saliva, con tono seco y serio replica.

—Me da gusto ver que si continuó con su vida aunque otros nos hayamos atascado. Le deseo toda la felicidad del mundo señorita McMillan. Le aseguro que no volverá a verme... con su permiso.

Me giro y veo cómo avanza hacia la salida del hotel desesperanzado. Derramo una lágrima, otra vez se va.

John me mira con compasión.

— Megan, ¿por qué has dicho que somos pareja?

— Reaccione por impulsos. Discúlpame.

Me levanta la barbilla y me estrecha las flores.

— Felicidades, bonita.

Sonrío tenue.

— Gracias.

Arquea una ceja.

— En otros momentos me hubiera halagado y fascinado que dijeras esa mentira frente al ruso.

— Y ahora, ¿Qué ocurre? Nada cambia.

— Megan, es obvio que querías herirlo, lastimarlo con la mentira.

— John, ese sujeto no siente ni padece, nada que yo le diga podría herirlo.

Baja la mirada.

— Te amo, estoy profundamente enamorado de ti pero sé que no soy tu felicidad. Si ha venido hasta aquí nada pierdes con escucharlo.

Comienzo a flaquear. No quiero ir a buscarle, pero sé que si no lo hago tal vez no tenga más nunca la oportunidad de verle. Suelto un suspiro.

— ¿Sabes que te quiero mucho?

— Lo sé.

— ¿Podrías decirle a Melanie y las demás porque me he ido?

— Pierde cuidado.

Con el arreglo de flores en manos me dirijo al aparcamiento. Me subo al coche y dejo el arreglo a un

lado. Ahora la parte más difícil, no flaquear. Estoy dolida, muy dolida con él pero tampoco logro asimilar que Mikhail esté aquí en Seattle. Conduzco mientras pienso en qué coño voy hacer, ¿qué estoy haciendo? ¿Será sensato lo que estoy haciendo? Sacudo la cabeza y me digo:

—¡Solo iras hablar con él!

Con las emociones a mil llego al hotel donde me llevo aquella vez, no sé pero algo me dice que está ahí. Entro al vestíbulo y me acerco al mostrador en piedra que hay al fondo.

—Buenas tardes, necesito saber si tienen alojado a un huésped con el nombre de Mikhail Ivanov por favor.

La mujer sonriente me responde.

—Deme un segundo —trueno las uñas contra el mostrador mientras espero la respuesta. Levanta la mirada —. En efecto, tenemos a un Mikhail Ivanov. Está ocupando la suite presidencial del hotel.

—¿Podría decirme si se encuentra en la suite?

—Eh, no se encuentra en su suite. Salió en la mañana y no ha regresado.

Alternativa 1: Me voy y dejo las cosas como están. Él se va y yo sigo con mi monótona vida.

Alternativa 2: Le espero e intento llevar una conversación distante con él.

Alternativa 3: Le espero y escucho lo que tiene que decirme dejando el orgullo a un lado.

Una vocecita me dice que me decida por la opción tres.

Vale que sí que esa también me ha gustado. Me siento en un mueble aterciopelado del vestíbulo esperando a que regrese. Saco de mi bolso el móvil y me pongo a ver fotografías para matar el tiempo. Pasa media hora y lo veo entrar al vestíbulo, trae semblante decaído pero no pierde la seriedad. Se acerca al mostrador y tras hablar con la mujer esta le hace un gesto y Mikhail mira hacia atrás. Al verme sentada en el mueble su mirada se ilumina. Se queda pasmado. No esperaba verme aquí. Camina hacia mí con seguridad, e indiferencia, indiferencia que yo le he pedido.

—Megan...

Me pongo de pie y llena de seriedad y distancia digo:

—Tiene media hora para decir lo que tenga que decir. Y no lo hago por usted, lo hago por mí.

—Vale... ¿te parece en mi suite? Prometo que solo le diré lo que tengo que decirle y luego te podrás ir.

Suelto un suspiro, que remedio.

—De acuerdo señor.

Subimos a la suite presidencial. Todo es puro lujo, la suite es del tamaño de mi apartamento. Cierra la puerta y me invita a sentarme en el sofá de una pequeña salita. Me siento, él hace lo mismo. Seca digo:

—Aún no sé cómo soy tan imbécil para estar sentada aquí.

No responde, traga saliva y después de un minuto de silencio donde las miradas hablan solas me dice:

— Me fui hace cinco meses de tu lado por una razón, te

hago daño. Estar a tu lado te hace daño. Soy un hombre lleno de problemas y conflictos internos. No soy el hombre que necesitas a tu lado Megan. Sé desde hace mucho que te enamoraste de mí. Por eso cada vez que podía intenté hacerte creer que te usaba para que te desilusionaras de mí.

—Como siempre, pensando en lo que le conviene a usted.

—Megan, después de Irina borré de mi vida lo que es tener una relación con una mujer. Me juré no volver a tener ninguna mujer a mi lado. Tú has sido la excepción, pero mientras más alejada estés de mi mejor será.

Sollozo con frustración.

—¿Entonces que hace aquí?

—¿Crees que estos cinco meses lejos de ti fueron fáciles? Noches enteras sin dormir, días enteros pensando en ti. La vida me pasaba y sentía que moría de desesperación por no verte.

Derramo una lágrima e interrumpo.

—No sigas por favor...

Se acerca a mí y tomando mis manos continúa.

—Me dolió el no contestarte los correos ni las llamadas pero solo te protegía aunque eso me doliera a mí.

—¡Pero protegerme de qué!

—Megan, las personas a las que quiero se van o las daño. Valentina, Irina, mi hijo... No quiero que seas la próxima.

—Eso no tiene nada que ver contigo, has perdido toda una vida cerrándote a vivir por miedos absurdos.

—Megan, no me es fácil —Baja la mirada y su ronca voz

procede—. Pensé que podría seguir una vida después de ti, pero desde que te tuve entre mis brazos por primera vez tu nombre, tu aroma, tu rostro no me dejan, se quedaron grabados en mi mente. Solo deseaba verte otra vez.

Megan, te quiero... y tengo temor de hacerlo.

Llevo mis manos hacia sus mejillas y sonriendo entre lágrimas le respondo:

—Debería odiarte, debería fusilarte, pero no puedo.

Sonríe y veo una lágrima rebelde escabullirse de sus ojos.

—¿Podría besarte? Solo eso necesito, besarte.

—No lo sé.

—Por favor.

No le respondo, el algo tímido se acerca a mis labios. La prueba y cierro los ojos, sus suaves y sedosos labios me derriten. Los extrañaba tanto como su aroma, su piel. Me sube a horcajadas sobre él de un tirón y susurra con dolor en su voz.

—No quiero lastimarte, no me lo perdonaría.

Beso su labio inferior y respondo entre hipos.

—Entonces no lo hagas.

Lo abrazo con fuerza y me derrumbo en llanto, esta vez no se la razón. Él corresponde mi abrazo y me consuela por unos minutos.

—Te necesite tanto estos cinco meses, no vuelvas a irte por favor.

Se sonríe, algo pesimista me dice:

—Megan, te quiero pero sé que necesitas una relación donde el romance este presente, discúlpame pero no sé

qué es ser romántico. No soy de demostrar lo que siento y mucho menos demostrar afecto a menudo.

Estoy sangrando por dentro, un corazón aún roto sigue latiendo por un ruso que no merece ni una sola lágrima. Lo amo e intentar odiarlo solo me lastima a mí, cinco meses llenándome de rencor y en el fondo desgarrada y dolorida.

—¿Y John?

—Jamás podría estar con otro, por más que lo intentase. Fue una mentirita para hacerte enojar.

—Y mira que lo consiguió Doctora McMillan...

Rio al escuchar el “Doctora” en sus labios.

—Estoy aún dolida, jamás pensé que me harías eso.

—Lo se nena, lo sé y no sabes lo culpable que me siento. Abraza mi cintura y besa mis labios, su lengua penetra mi boca jugueteando con la mía. Sus manos acarician mi cuerpo y solo se dedica a besarme con una sutileza que jamás antes había tenido. Reposo mis brazos sobre sus hombros y dejo que me toque entre caricias. Siento su pene crecer entre mis piernas pero no pasa lo que de costumbre. No intenta excitarme, no intenta tocarme más allá de lo que ya está tocando.

—¿Todo bien?

—Sí, nena.

Intenta seguir besándome pero se detiene mientras me abraza.

—Hablo en serio, estas pálido.

Evade el tema.

—Eres preciosa.

Me torno seria y respondo:

—¿Estás tomando el medicamento?

Curva la comisura, besa mi coronilla.

—Sí nena, no te preocupes. Hoy solo deseo mirarte, besarte, nada más. Meg, ¿Qué me has hecho?

Reposo mi frente sobre la suya sin tener respuesta alguna.

Por mas que intento ser dura, fuerte y firme con el, simple- mente no puedo.

## CAPÍTULO 42 **otro violín**

Enredo mis piernas entre otras rusas. Reposo mi cabeza en su pecho y me mantengo en silencio escuchando su latir. Acaricio sus pectorales con las yemas de mis dedos mientras siento que sus ojos se ciernen en mí. Levanto la mirada y me topo con la suya. Esta serio como es de costumbre pero ya eso se me ha vuelto natural. Beso sus labios con ternura.

—Tengo que irme.

—Quédate.

—No puedo quedarme.

Suelta un respiro y besándome me responde.

— Te necesito aquí. No quiero que te vayas pequeña.

Sonrío y abrazo su torso y suelto un suspiro.

—Está bien, ya que insistes.

—¿Tienes hambre?

Digo que sí con la cabeza.

—Mucha.

Toma el teléfono de la suite y antes de hablar me dice: —  
¿Qué te apetece cenar?

—Algo que podamos cenar los dos.

Mientras ordena la cena por la línea observo su rostro, su

forma de hablar, su forma de expresarse. Su elocuencia,  
esa que me enamoró es única. Parezco una lela mirándolo  
con los ojos saltones. Al terminar la llamada me mira y  
extrañado pregunta

—¿Qué tanto me ves?

—No sé, jamás pensé...

Curva la comisura.

—¿Jamás pensaste qué?

—Si te soy sincera desde que te vi entrar por a aquel café

con aires de prepotencia me caíste súper mal.

Ríe y responde:

—En cambio yo cuando te vi sentada y retante ante mi

presencia aquella tarde en presidencia negándote a lo que  
ordenaba, quise cogerte y supe que serías mía. —Besa  
mis labios—. Escucharte gemir me encanta —vuelve a  
besarme— domar la fiera salvaje que hay en ti.

—¿Domarme? eso ni tú lo lograrás.

—¿Segura?

Sus manos magrean la cara interna de mis muslos y ya

comienzo a sentir calor, ardor.

—Basta o terminaré sobre ti.

—Vale, tengo que hacer algo en el vestíbulo, regreso en

media hora.

—Pero...

—Pero nada, tú te quedas aquí.

—¿No te puedo acompañar?

—No señorita, además usted no tiene que ponerse y así en

encaje me encantas.

Saca del armario ropa y vistiéndose besa mis labios. —No tardo.

Genial, me he quedado sola en la suite presidencial del

hombre que me trae como tontita. Me levanto de la cama y agarro un albornoz. Sin pensármelo agarro el móvil y llamo a Mel.

—Mujer, ¿en qué cama estas metida?

—¿John les dijo?

—Pues sí, nos contó que después de que le dijiste cosas a

Mikhail fuiste tras de él y...

Pongo los ojos en blanco.

—Melanie, tu «Y» doble sentido no me gusta. —Dime, ¿sigues cabreada con él? ¿Dónde estás? —Estoy en un hotel, en su suite presidencial en albornoz,

sentada en su cama.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías? —Inquiero.

—Ay por favor, cinco meses sin verlo... no te ibas a abstener de un polvo con ese.

—Pues fíjate que aún no me he acostado con él, extrañamente me ha evitado. Intente hacerlo, hasta me quite la ropa y terminamos tomando una siesta.

—Megan, te quiero mucho, eres mi hermana y si te dañan soy capaz de matar.

— Sé que estas idiotizada por ese hombre pero por favor, lleva esto a tu ritmo, no te emociones e ilusiones. No quisiera volver a verte como hace cinco meses atrás.

Ceñuda respondo:

—Lo convenceré para que se quede, Mikhail es un hombre difícil y distinto a lo que me suele gustar en un hombre, pero aun así es el que me tiene enamorada sin remedio.

—Hermanita, no quiero desalentarte pero Mikhail tiene su vida en Rusia, no aquí. Tarde o temprano se irá.

—Megan, tú lo quieres pero dime algo... ¿Él te quiere a ti?

Esa pregunta me cala, me cala hondo y no pienso responderla. Finjo que me he quedado sin señal y termino la llamada. Me quedo pensativa por unos momentos. Mi perspectiva cambia, si no es a quedarse ¿Que hace aquí Mikhail? La puerta de la suite se abre y veo que mi ruso particular entra con unas compras. Las deja a un lado y al verme se acerca a mí.

—¿Ocurre algo?

Arqueo una ceja.

—¿Podemos hablar?

—Claro, ¿Qué ocurre?

Trago saliva.

—He estado pensando en algo desde que te fuiste hace un rato. Mikhail, ¿Qué haces en Seattle? ¿Para qué me has buscado si sé que en algún momento te iras de nuevo? Su rostro se contrae, su mirada se solidifica, su rostro se tensa y creo que lo he pillado por sorpresa. El silencio nos invade por unos momentos.

—Megan yo...

—Contéstame, no me evadas.

Aprieta los dientes lleno de pesar.

—Megan, no puedo mentirte. No podré quedarme mucho tiempo en Seattle. Soy un hombre ocupado y con mil situaciones en hombros. Hacerme cargo de las farmacéuticas no es algo fácil.

—¿Y qué? ¿Piensas anular tu vida personal y dedicarte solo a la farmacéutica?

Con la mirada pobre responde:

—No pienso en ella, no la necesito. Pase de ella desde hace tiempo.

Lo miro incrédula.

—¿Quieres decir que no te importa estar solo? ¿Qué te da lo mismo si tienes compañía o no?

Asiente con la cabeza.

—Siempre he vivido independiente, sin compañía.

—¿E Irina? Como puedes decir que la compañía no te agrada si te casaste.

Arquea una ceja y mirándome con inquietud responde:

—Irina le gustaba su espacio igual que a mí. No compartíamos mucho, solo lo necesario.

—Meg, ya te lo he dicho, no soy el hombre que necesitas a tu lado, quieres una familia, romance y nada de eso puedo proveer.

Beso sus labios mientras acaricio su cabellera y susurro en su oído:

—Pues no es lo que me transmites cada vez que me coges, siento que me quieres y que más allá de esa frialdad hay un hombre necesitado de amor, de mimos. —

Le sonrío—. No te quieras hacer el que no necesita amor conmigo porque demuestras lo contrario cada vez que buscas refugio en mí.

Su respiración se agita, me abraza la cintura e intenta seguir fingiendo conmigo.

—No necesito de ese sentimiento —responde inexpresivo.

—Aun no me has dicho cuando te vas...

—No hablemos de eso ahora por favor.

Asiento con la cabeza. Miro las compras.

—¿Y eso?

—Me encantas desnuda pero solo para mí, con la ropa que te traje podrás vestirme.

Me levanto y busco la ropa. Es muy bonita, de buen gusto. Me ha traído un camisón traslucido para dormir y un lindo vestido lila y unos tacones. También unos vaqueros y una camisa a mangas largas de algodón.

—¿Y esto?

—Por hoy solo usaras el camisón.

—¿Quién eligió esto?

—Aleksandra.

Mirando las cosas respondo:

—¿Seguro que fue Aleksandra?

Se queda en silencio por unos segundos.

—¿Por qué lo dudas?

Encojo los hombros.

—Las ropa es muy de mi estilo y Aleksandra no sabe de mis gustos.

Curva la comisura. Tocan la puerta, la cena nos la han subido a la suite. Huele delicioso. La colocan en una mesa que hay en la antesala y a toda leche me hago una coleta alta y camino hacia la antesala. Me recuesto de una columna y sin que él me vea noto como pone la mesa con esmero, con dedicación. Sonrío, trata de hacerse el seco y duro pero en realidad es solo una coraza. Al verme con un gesto me llama. Me acerco y tras acomodarme la silla me

siento. Seguido lo hace él. Veo mi plato, luego el suyo. Es la misma cena pero a mí me han añadido trocitos de pollo y él vegetales. ¡Hay mi ruso vegetariano! Me enamora cada vez más. Odio cenar en silencio, rompo el hielo.

—Oye, ¿y por qué te estas quedando en un hotel? ¿Y tú penthouse?

—Estuve en Seattle por meses solamente, arrendé el penthouse por el tiempo que estuve aquí.

—Y el Porsche, ¿también es arrendado?

Niega con la cabeza.

—Lo vi aquí, me gusto y lo compre. Me lo lleve a Rusia. En Rusia tengo unos problemas algo difíciles.

—¿Quieres contarme? —Toma un poco de vino.

—Te conté que tengo una sobrina...

Asiento con la cabeza.

—¿Qué con ella?

—Ella es difícil, tiene ocho y hay veces que no sé qué hacer con ella.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Ninette —Me quedo callada y no sé qué decir respecto al lio con su sobrina—. Ninette tiene un problema.

—¿Qué problema?

—Desde que murieron sus padres no habla. Solo dice sí y no. La he llevado a mil especialistas y psicólogos pero dicen que no hay nada que la impida hablar. Quizá es el trauma de no tener a sus padres, la verdad es que me canse ya de buscar especialistas y que todos digan lo

mismo.

Terminamos de cenar y Mikhail saca del armario una caja. Me la estrecha algo emocionada y me quedo algo sorprendida. —Espero que te guste cariño.

Me quedo atónita.

—¿Y esto?

Sonríe.

—No sé mucho de eso pero me asesore muy bien para elegirlo.

Divertida abro la caja y grito de emoción. Doy brinquitos, hay un hermoso violín negro en su estuche, ese que siempre he querido y para poder tenerlo sería casi imposible. ¡Un violín negro!

—Como... ¿Cómo sabes que moría por este violín? Nunca te conté.

—Tengo mis métodos cariño.

—Gracias pero es demasiado, no podría aceptarlo. De esos hay pocos y debe costar una fortuna.

Curva la comisura.

—Es tu regalo de graduación, ¿No te gusta?

—Mikhail, me encanta pero es mucho. No puedo...

Se acerca a mí y besa mi frente con ternura.

—Acéptalo, aunque la música no me agrada, me gusta verte feliz.

Algo incomoda respondo:

—Vale, pero con una condición.

— ¿Cuál?

—Que te lo pagaré a plazos, no aceptaré un regalo tan

costoso.

Abraza mi cintura.

—Bésame nena.

Hago lo que me pide, pasa la lengua por sus labios y me dice:

—Ya me has pagado —Cuando ve que voy a argumentar me calla con su índice—. Ya me has pagado dije...

—Gracias... me ha encantado el detalle.

Su móvil suena. Toma la llamada y mientras la atiende miro el violín. Aún no me creo que tengo este violín.

Pensé que moriría sin tenerlo. Noto que la conversación de Mikhail lo altera un poquito. Me pongo alerta. Al culminarla le pregunto.

—¿Pasa algo?

—Nada, problemas de última hora.

—¿Qué problemas?

Suelta un suspiro y sonriendo algo tenue me responde:

—Querías conocer a mi mamá... pues se te ha dado. Esta aquí en Seattle.

Pongo los ojos como platos, no pensé que se me daría eso tan rápido.

—¿Y qué hace aquí?

—Ella quiere conocerte en persona, mi madre es una intensa.

Megan, ya valiste madre. Trato de no ilusionarme y justo pasa esto, me soy por vencida.

Capítulo 43

## conocienDo a la ¿sUegra?

Estoy desesperada, estoy sentada al lado de Mikhail en una mesa del restaurante del hotel. Me he puesto el vestido lila y los tacones que Mikhail me ha comprado. Miro impaciente el reloj y el nervio me tiene a mil. Estoy a punto de infartar y creo que pronto término poniéndome de pie para destensarme.

—¿Tanto te interesa conocer a mi madre?

—Me agrada mucho la idea, es algo más que sabré de ti.

—También quiero conocer a la mujer que trajo al mundo a

esta que me trae loco — Replica sonriendo levemente. —

¿Tardará mucho?

—No, ya en un momento debe estar llegando.

Arqueo una ceja.

—¿Y cómo ella sabe de mí?

Se torna nervioso.

—Eh, Aleksandra le contó sobre ti.

—Ajá y los peces vuelan...

—¿No me crees?

Niego con la cabeza divertida.

—¿Y crees que le cause una impresión agradable a tu

mamá?

—Claro, ¿por qué lo dudas?

Me miro, luego lo miro a él.

— No soy precisamente la niña rica de vestidos caros y

buen apellido.

Ríe y responde:

—Mi mamá en lo menos que se fija es en eso, le encanta-

rás.

—Eso espero.

Pasa media hora y una mujer elegante de cabellos oscuros,

porte elegante y sofisticado, con un vestido morado y tacones negros se acerca a la mesa donde estamos sentados con un ánimo alegre y vivo. Mikhail se levanta y la recibe. Efusiva se lanza a los brazos de Mikhail.

—Hijo, ¿cómo estas cariño? Perdona la tardanza pero el tráfico estaba horrible.

—Bien madre no te preocupes, ¿Cómo estuvo el vuelo?

—Muy bien cariño, tedioso pero bien.

Mikhail me toma de la mano y llevándome a su lado me presenta.

—Mamá, ella es Megan McMillan, mi novia.

El corazón se me detiene, palidezco al escuchar “novia” en sus labios. Me trago las lágrimas de alegría y emoción

y guardo compostura. La mujer rápidamente se me acerca y planta dos besos en mis mejillas, me da un fuerte abrazo y yo me quedo tiesa sin saber cómo reaccionar. Aun no me la creo.

—Pero que niña más mona, eres hermosa. Mi hijo no exagero al describirte. Soy Alejandra, es un enorme placer conocerte, Megan.

Ruborizada respondo:

—El placer es mío señora.

—Alejandra, por favor tutéame cielo que ya luego me siento vieja y esa no es la idea —dice alegre—. Nos sentamos y veo a la madre de Mikhail radiante. Habla el inglés con ese toque español en su acento y radiante busca conversación—. No sabes cuánto Mikhail mencionaba tu nombre en Rusia. Desde que falleció mi nuera no había estado con una mujer.

—¡Mamá! —Exclama Mikhail avergonzado.

—Yo también le pensé mucho.

Con emoción responde:

—Cuéntame de ti cariño, quiero conocer a la novia de mi hijo.

Sonrojada y con los azules de Mikhail sobre mi suelto un suspiro y espero no liarla.

—No hay mucho que contar. Recién me acabo de graduar de farmacia, trabajo para la farmacéutica de su hijo, tengo tres trabajos. Toco en hoteles, trabajo para una producción de obras y con su hijo.

—¿Tres trabajos? ¿Cómo le haces para poder con los tres?

—Ni yo misma lo sé.

Mikhail me tiene sujeta de la cintura. Su posesión me encanta. Me hace sentir suya aunque yo niegue serlo, orgullo, maldito orgullo, se comporta distinto, diferente. Me tiene más cerca de él y cada vez hay menos indiferencia en su mirada.

—Mikhail me contó que tocas el violín y cantas como un angelito.

—¿Eso te dijo? Exagera como siempre. Toco el violín desde los cuatro años y el piano desde los dieciséis. Y cantar pues me encanta.

—A mí me encanta la música, a mi hijo no tanto pero me encantaría oírte tocar un día.

—Encantada, sería un honor.

Mientras cenamos hablamos de muchos temas. Esta mujer es agradable, jovial, extrovertida, sonriente. Nada que ver con Mikhail, Mikhail se lo guarda todo y para sacarle un poco hay que sufrir.

—Y dime, ¿de dónde eres preciosa?

—Nací en Venecia. Viví cinco años en Italia, mi papá falleció en la guerra y mamá decidió traernos acá para buscar más oportunidades.

—Megan es muy buena para aprender idiomas —Señala Mikhail—. Aprendió en meses a hablar ruso y domina el español básico.

Mi ruso y español es pre básico y él dice que soy buena para los idiomas.

Alejandra tiene una chispa alegre. Hace que uno se sienta

en confianza. Siento que me llevaré estupendo con ella.  
Entre tantos temas sale a la luz Ninette.

—Hijo, Ninette tuvo un problema en el colegio.

Pone los ojos en blanco.

—¿Qué ocurrió ahora?

—No hace las tareas, no sigue instrucciones. Están a punto de expulsarla del colegio y sería el quinto del que la expulsan.

—De regreso hablo con ella.

—Pasado mañana me regreso a Rusia. Solo vine a ver como sigues, a conocer a esta jovencita encantadora y a un congreso de médicos ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Ay pero si eres una niña

Mirándolo con afecto respondo:

—Su hijo es un hombre maravilloso, aunque eso no le quita lo cabezota.

La mujer nos mira con emoción. Mi curiosidad me mata.

—Dijo, ¿Médicos?

Mikhail interviene:

—Mamá es ginecóloga obstetra, una de las mejores en Rusia.

—¡Ay que exagerado eres!

—Debe ser lindo eso de traer bebitos al mundo.

Tomando un sorbo de vino afirma.

—Sí lo es, es muy lindo.

Me siento tímida pero extrañamente cómoda con la forma de ser de Alejandra. Es de personalidad humilde, alegre y

carismática, quien diría que tiene millones. Después de hablar por horas se despide de nosotros. Mikahil me mira y espera alguna reacción.

—Y... ¿Qué te pareció?

—Tu madre es encantadora. Nada que ver contigo.

Curva la comisura.

—Ya lo sé, soy un aguado, aburrido, frío, gélido y...

—¡Gilipollas! —digo divertida, lo miro y emocionada le añado—. Me has presentado como tú...

Me interrumpe.

—Como mi novia... ¿Qué no quieres serlo?

Sonrío solloza.

—¡Sí! Sí quiero pero me has dicho que no querías una relación con ninguna mujer.

Aprieta los labios y responde:

—Me haces cometer locuras. ¿Qué no te has dado cuenta? Otra vez ganando posiciones, ya no soy su “chica” ahora soy su novia y no puedo creerlo. Me agarra posesivo de la mano y me levanta de la mesa.

—Hoy no sales de mi cama...

Regresamos al hotel y Mikhail se mete al baño y se encierra. Vale, que cuando quiere privacidad la defiende como una fiera. Me acerco y agarro el violín que me ha regalado mi ruso particular. Me lo llevo al hombro y deslizo el arco sobre las cuerdas. Comienzo a tocar melodías improvisadas, escucho la puerta del baño cerrarse. Me giro y lo veo recostado de la columna en un albornoz blanco con el pelo húmedo y eróticamente

revuelto. Coloco el violín rápidamente en el estuche y sonrojada me disculpo.

—Perdón, sé que no te gusta la música. Solo quería probarlo.

Curva la comisura.

—¿Por qué te disculpas? Si contigo tendré que aprender a escucharla.

Me emociona escuchar tal cosa. Me siento en la cama y justo cuando pienso cerrar el estuche su ronca voz suena.

—¿Por qué no tocas algo para mí?

Me pongo roja como tomate, Mikhail pidiéndome que toque. ¡No es que se va a acabar el mundo mañana!

—No te gusta la música. ¿Para qué quieres que toque?

—Para que me enseñes a apreciar su arte.

Sonrío.

—¿Lo dices en serio?

Esa seriedad que lo distingue acompaña su respuesta.

—No acostumbro a bromear.

Curvo la comisura y respondo:

—Vale.

Se recuesta en la cama y me mira mientras comienzo a tocar el violín que me ha regalado. Me mira y su mirada se pierde entre mis curvas. Cierro los ojos y continúo tocando. Al culminar la melodía bajo el violín y sonrojada pregunto:

—¿Qué tal?

—Me gusta oírte tocar cariño.

Guardando el violín me subo a su lado y besando la

comisura de sus labios respondo:

—Gracias.

Me besa la cabeza y añade:

—¿Qué piensas hacer ahora que te has graduado en farmacia?

Me siento y lo miro con indecisión.

—Si soy sincera, la farmacia no me llama la atención. Lo estudié para obtener una profesión con oportunidades pero en realidad...

—Lo que te gusta es la música.

Asiento con la cabeza.

—Pero sé que eso no es opción para mí.

Ceñudo responde:

—Megan, debes definir bien que es lo que quieres —

Aprieto los dientes y agarro mi bolso. Saco el contrato de la casa discográfica y se lo estrecho—. ¿Y esto qué es?

—Me han ofrecido un contrato para grabar un disco, no sé si aceptar.

Lo ojea y responde optimista:

—¿Es lo que quieres? ¿Quieres cantar?

Encojo los hombros.

—Tocar también pero no sé si quiero fama y todo lo que ser cantante implica.

Me entrega el contrato respondiendo:

—En mi opinión, no me agrada mucho el que cantes. Eres muy hermosa y no quiero que te expongas.

Le sonrío picara y beso sus labios.

—¿Celoso? —muerde mi inferior suavemente—. Megan,

eres una mujer muy especial, eres única.

Me ruborizo. Jamás me había hablado así. Abrazándolo le digo:

—Háblame de lo que pase por la cabeza ahora mismo.

—Miedo.

—¿A qué?

Resopla:

—A todo esto, a quererte, a no saber cómo llevar todo esto.

—Deja ya los miedos en un jodido cajón.

—Señor Ivanov, quítese ese albornoz que trae puesto, que la zurra le espera. Me enoja que tenga esos miedos. Todo estará bien.

Me suelta y hace lo que le pido divertido. Queda desnudo frente a mí con su pene creciendo.

—Señor Ivanov, pensándolo mejor le daré cuartel.

Dejemos la zurra para luego, ahora cójame, cójame como solo usted sabe hacerlo.

Comienza a desvestirme sonriendo dando una pequeña mordida.

—Encantado señorita McMillan; será un placer follarla.

## Capítulo 44

### **presiDencia se revolUciona**

Amanece y al abrir los ojos lo que me viene a la mente es la noche fogosa y salvaje que me ha dejado dulcemente adolorida. Me siento en la cama y lo miro, he dormido

con él a mi lado. Eso es algo que disfruto mucho. Me levanto sigilosa y entro al baño. Cojo de mi bolsa la pastilla anticonceptiva del día y me la tomo. Me cepillo los dientes y me hago una coleta alta. Salgo del baño y me siento al lado de él. Lo despierto con besos y caricias y me encantaría hacerlo todos los días.

—Buenos días, hermoso.

Curva la comisura.

—Buenos días, bonita.

Cojo de la mesilla de noche la digoxina. Abro el frasco y

saco dos píldoras. Se las doy y le acerco un vaso de agua.

—Quiero verte tomándote la dosis del día.

Se las toma y me dice:

—¿Te gusta hacer de enfermera?

—No, pero ahora eres mi novio y quiero protegerte y cuidarte, cariño.

—Eso me toca a mí, cuidarme yo solo y a ti también. —

Ay ¡que machista eres!

—Te quiero.

—¿No me mientes?

Niega con la cabeza.

—¿Tienes hambre vegetariano?

—Tú y tus nombrecitos...

—¡Quiero tortitas!

Responde:

—¿No te cansas de las tortitas?

—No, me encantan.

Coge el teléfono de la suite y ordena el desayuno. Lo miro

feliz mientras su voz manda. «¡Es tan jodidamente perfecto!». Al colgar la llamada me dice:

—En unos minutos vienen con tus dichosas tortitas.

Esbozo una sonrisa.

—Mikhail...desde hace tiempo quería comentarte algo. —  
Dime.

Trago saliva y no sé cómo decirle, no quiero traer el pasado ni mucho menos parecer una monja con todo esto, pero es algo que me quema y tengo que sacarlo ya.

—La experiencia de un tercero en el sexo fue excitante y todo, pero...

Interrumpe.

—Pero no es tu visión del sexo, ¿cierto? —Asiento con la cabeza—. Me lo imaginaba...

Ceñuda respondo.

—¿Como que te lo imaginabas?

—Megan, solo fue una fantasía, ya sabemos ambos que a ti no te parece del todo bien. —Me mira con deseo—.

Además, no deseo compartir a mi novia con nadie, eres mía.

Sonrío.

—Y tú eres mío...—Abro la boca—. Aunque mirar si me gusta...

Pone los ojos como platos.

—¿Quién lo diría...

—Después que yo te toque a ti y tú a mí no hay problema  
—señalo.

—¿Problema?

—Aja, ¿Que creías? ¿Que ser el novio de Megan  
McMillan era facilito?

Me tumba en la cama y se suspende sobre mí. Dibuja  
besos por mi cuerpo calentándome desde temprano en la  
mañana. «¡Sí! ¡Quiero un polvo mañanero!». Sus manos  
magrean la cara interna de mis muslos.

—Sé en lo que me meto, preciosa.

Me he comido todas las tortitas. Estoy que no me cabe  
nada más. El móvil de Mikhail suena y coge la llamada.  
Por lo que habla es de la farmacéutica. Seguro que  
América lo está agobiando con estupideces. Mikhail  
regresa a la mesa dejando el móvil a un lado.

—¿Todo bien?

—Era América, necesita que firme unos papeles de carác-  
ter urgente.

—¿Puedo acompañarte?

—No es necesario.

—Pero yo quiero ir. ¿O es que acaso no puedo?

Suspira.

—Anda, arréglate. En una hora Nikolai, el chofer pasa por  
nosotros.

Sonriendo doy un respingo y me pongo en pie. ¡A  
arreglarse! Me cambio rápidamente. Me pongo los

vaqueros, una camisa de manga larga de algodón y botines de piel que me ha comprado junto con el camisón y el vestido lila. Me hago dos trencitas a los lados y me pongo una boina francesa negra tejida. Mientras escucho música con los auriculares puestos me maquillo. Me pinto los labios rojos y me veo bailando como una adolescente en el baño. Me siento feliz, y esa felicidad tiene nombre, Mikhail.

Salgo del baño y lo veo sentado en la cama mirando unos correos en el móvil. Ese intimidante traje negro y su seriedad que siempre lo acompañan me amedrentan. Lo miro, me miro, lo miro y lo vuelvo a mirar. Hay algo que desencaja. Soy yo. Parezco una adolescente al lado suyo. Al verme se levanta de la cama y se me acerca. Me mira por unos segundos.

—Lo sé, estoy vestida de manera poco presentable. Parezco adolescente desaliñada con esto que llevo puesto. Me cambio ahora.

Me retiene por la muñeca y con esa seriedad y frialdad que me cabrea, pero también me excitan, me acerca a él.

—Me gustan las trenzas.

Me arden las mejillas. Con una mirada de timidez respondo:

—Desencajo estando a tu lado. Eres elegante y conservador mientras yo soy...—Interrumpe.

—Me gusta que te vistas así. Y no desencajas, eres perfecta así con todo y boina francesa.

—¿No te da vergüenza?

Niega con la cabeza.

—La quiero, señorita McMillan.

Lo abrazo y suspirando con amor replico:

—Yo también lo quiero.

Bajamos al vestíbulo del hotel. Frente al hotel hay una camioneta negra e imponente. Un hombre alto, de cabello color cobrizo y tez blanca abre la puerta trasera. Mikhail me coge de la mano y sale del hotel.

—¿Esa camioneta es tuya?

Niega con la cabeza sonriendo.

—La he alquilado para moverme por Seattle, ven es momento de presentarte a mi chofer.

Tira de mí y me acerca a la camioneta, el hombre nos mira y le dice a Mikhail en ruso.

—Señor, buenos días.

—Nikolai, ella es Megan McMillan.

Estrecho la mano y le saludo en mi ruso básico.

—Encantada.

—Igualmente, señorita.

—Ella es mi novia y lo que necesite es como si lo necesitara yo, ¿Entendido?

—Sí señor, piedra cuidado.

Mikhail me ayuda a subir a la camioneta y me quedo pasmada, es todo lujo y comodidad. Asientos en piel y extrema libertad de movimiento. Seguido de mí se sube y tras cerrar la puerta me dice:

—No vuelvas a estrecharle la mano a un empleado.

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué no? Eso es ser descortés Mikhail.

Serio replica.

—Eres mi novia.

Este sí que tiene una que otra parte del cerebro atrofiada.

—¿Y? Seré tu novia, pero eso no me hace mejor que nadie. Y no pienso cambiar mi forma de pensar solo porque tú lo quieres.

Nikolai pone en marcha la camioneta.

—¿Acaso no puedes complacerme en eso, Megan?

Pongo los ojos en blanco.

—Si lo que quieres es una mujer plástica e insensible te equivocaste conmigo. Lo siento pero no pienso ceder a tus tonterías.

Llegamos a presidencia. Mikhail sale del ascensor y seguido lo hago yo. Todos nos miran, silencio y asombro es lo que se respira. No le importa que estemos cabreados, me agarra la mano. Intento zafarme pero solo consigo que me la apriete aún más.

—¿Quieres soltarme?

No contesta. Entramos a su despacho y tras cerrar la puerta me pone contra ella y besa mis labios. Peleo con sus labios. Estoy cabreada con él y no me va a besar cuando le dé la puñetera gana.

Inmovilizo mis labios, no le respondo. Pero sus labios me hechizan cada vez que prueban los míos. Termino besándolo con deseo, con avidez.

Agarrándome de la cintura me dice:

—No sea tan rencorosa, señorita.

—Cuando te lo propones me sacas de mis casillas.  
Sonríe.

—Dame un beso, nena.

Me pongo de puntitas y se lo doy. En eso entra la que faltaba para armar la pareja de brujas. Raisa nos ve y se queda pálida, helada. En nanosegundos su rostro cambia a un cabreo sobrenatural. Intenta disimularlo.

—Buenos días, Mikhail.

—¿Qué quieres Raisa?

Me mira con deseos de matarme.

—Necesitamos hablar..., a solas.

Me giro para salir de la oficina pero Mikhail me detiene.  
Me acerca a él sin dejarme ir.

—Lo que tengas que decirme puedes hacerlo delante de mi novia.

Pone los ojos como platos. Comienza a toser y me río por dentro. Llena de mofa pregunto:

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere un vaso de agua?

Lo mira con asombro.

—¿Tu novia? Eso es imposible...

—¿Por qué según tu es imposible?

Me mira de pies a cabeza.

—¡Solo mírala! Es una...una..., es muy poca mujer para ti. Es grosera, engreída, ordinaria, macarra, bruta, mal educada y para colmo viste fatal. Se nota que solo quiere tu dinero.

Mikhail responde:

—¿Y? Es mi problema.

—¿Se te fundieron las neuronas? ¡Esta solo sirven para que la follan!

«Ah no, eso sí que no, está rusa mal hecha va a conocer a Megan McMillan». Me acerco a ella lentamente cruzada de brazos. «Dios, como deseo quitarle de un tirón las jodidas extensiones y hacer que se las trague».

—Así que soy grosera, engreída, ordinaria, macarra y visto fatal. — Sonríe indignada—. Vale... —Le suelto un guantazo solido en la cara con la mano abierta—. Esta es porque soy grosera y no sabía cómo aguatarme las ganas de pegarte. —Antes de que pueda reaccionar le suelto otro guantazo—. Soy taaan ordinaria que se me ha escapado otra, ups lo siento, mi reina. —Mikhail se queda de una pieza, esta inmóvil. Intenta devolverme el golpe y lo que consigue es quedarse sin extensiones. La agarro del pelo —. Dios, nosotras las macarras somos tan y tan sinceras que te diré algo querida. —Tiro de su pelo—. Quítate estas extensiones, que son bastante falsas.

—¡Suéltame, loca del demonio!

Me río.

—Y respecto a mi forma de vestir, bueno tú lo has dicho, soy una macarra, pero a esta macarra se le respeta porque si yo lo soy, tú no te quedas atrás.

La suelto y el pelo ha quedado digno de un nido para pajaritos. Comienza a chillar.

— Eres una loca desquiciada. Mikhail, ¡haz algo!

Antes de que haga algo, Raisa me abofetea y eso da paso a que mi macarra interna salga y me comience a golpear

con la rusa. Mikhail me carga como saco y me sienta en el diván. Quiero seguir pegándole por imbécil pero este no me deja.

—O te calmas o te calmo.

— A esa le hace falta que le den una buena paliza para que se entere.

Veo que se aleja y coge a Raisa por el brazo. Salen del despacho y me mosqueo. Me cabreo mucho conmigo misma. En el fondo lo que esa estúpida me dijo me ha jodido. Sigo creyendo que soy muy poca cosa para un hombre tan importante e influyente como él.

Derramo lágrimas e intento controlarme. Me cubro el rostro y me grito una y otra vez, «idiota». Sé que Mikhail se enfadará conmigo y con razón. Minutos después entra al despacho. Al cerrar la puerta levanto la mirada.

Me mira con seriedad, con indigno. Me dice con voz enojada.

—¿No puedes actuar como la gente civilizada?

Bajo la mirada y lloro. Entre hipos le respondo:

—Perdóname, no pude contener las ganas que tenía de golpear a esa creída.

Mosqueado responde:

—¡Es que siempre reaccionas igual! No puedes estar siempre peleándote con la gente.

—¿La vas a defender?

—No la estoy defendiendo, la que actuó con actitud ordinaria fuiste tú, las cosas podían arreglarse de otra forma.

—¿De qué forma según tú? Esa mujer me insultó delante de tus narices y te quedaste parado sin hacer nada. Me di mi lugar. ¿Y sabes qué? No me arrepiento.

Se sienta a mi lado y coge mis manos.

—Solo pido que controles tus impulsos y respecto a lo defenderte, no me diste tiempo para hacerlo, te le lanzaste encima como una loca.

—Hay algo en lo que ella tiene razón. Soy muy distinta a lo que necesitas como mujer a tu lado. No sé vestir vestidos bonitos ni soy de tu nivel.

Besa mis labios con ternura y responde:

—Define nivel, cariño.

Resoplo frustrada.

—No tengo un apellido importante, ni una cuantiosa herencia ni una farmacéutica ni una puñetera empresa. Solo un título doctoral que ni siquiera sé cómo darle uso. Me mira con ánimo de regaño y me dice mosqueado por mi respuesta.

—No busco eso en ti Megan, ¿de qué me serviría? Todo eso lo tengo, te quiero a ti, quiero tu cuerpo, quiero tus besos, quiero tus desplantes y tus mosqueos momentáneos.

Logra sacarme una sonrisa. Me besa y sus besos poco a poco suben de intensidad y, sé que si no detengo es capaz de cogermé aquí y ahora.

—Aun es mi jefe y estamos en horarios de trabajo, señor Ivanov.

—Sabes, pensé que no necesitaba más, hasta que te

conocí.

No respondo, solo miro su perfecto rostro con amor.

Pienso y pienso y, no sé cómo he podido llegar a amar al hombre que odie por narcisista. Besando la comisura de sus labios le digo:

—Tengo trabajo que hacer, nos vemos más tarde.

—La quiero aquí a las seis en punto, señorita McMillan.

Salgo del despacho riéndome y me voy al mío. Llevo medio día en mi despacho entre montones de trabajo. Otra se aprovecharía de ser la novia del jefe para no hacer nada, pero yo si no hago algo me siento inútil. Miro la hora, las tres de la tarde. ¡Me toca el café!

Salgo del despacho y me dirijo a la salita de descanso.

Abro mi casillero y saco mi termo con café. Me sirvo un poco y sabe algo raro. No le doy importancia y me tomo la taza. Pasan unos minutos y regreso al despacho. Tengo un correo.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 15 de noviembre de 2014 03:30 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: ¿Qué hace?

Señorita McMillan, Me gustaría saber que tanto hace que no la veo desde la mañana. Sabe que tiene que reportarse conmigo.

PD: ¿Tiene algo que hacer en la noche?

Mikhail Ivanov  
Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc  
Leer su correo me saca una sonrisa. Rápidamente respondo:

DE: Megan McMillan  
FECHA: 15 de noviembre de 2014 03:32 p.m. PARA:  
Mikhail Ivanov  
ASUNTO: Aburrida

Señor Ivanov,

He terminado mi trabajo y me encuentro en mi despacho aburrida. Sumamente aburrida. Pensaba en muchas maneras de despejarme. Pero no sé, necesito ideas...

PD: Portarse mal de vez en cuando es bueno.  
Megan McMillan

Le doy a enviar y rio, sé que su respuesta será fogosa, y tentarlo me tienta a mí. Unos minutos después recibo otro correo.

DE: Mikhail Ivanov  
FECHA: 15 de noviembre de 2014 03:35 p.m. PARA:  
Megan McMillan  
ASUNTO: ¿En serio quiere ideas?  
Señorita McMillan,

Ya que me ha pedido ideas, gustoso se las doy. Por ejemplo, le quitaría el tanga que trae puesto, la sentaría sobre mi escritorio y la abriría para mí. La saborearía con avidez hasta que se corra. ¿Qué le parece?

Mikhail Ivanov  
Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Megan McMillan  
FECHA: 15 de noviembre de 2014 03:40 p.m. PARA:  
Mikhail Ivanov  
ASUNTO: Húmeda

Señor Ivanov,  
Estamos en horas de trabajo, podría dejar esa idea para hoy en la noche  
PD: Ha logrado humedecerme.

Megan McMillan  
Asistente Ejecutiva de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Mikhail Ivanov  
FECHA: 15 de noviembre de 2014 03:45 p.m. PARA:  
Megan McMillan  
ASUNTO: ¡Venga ahora!

Señorita McMillan,

No creo poder esperar a la noche para poseerla y menos ahora que sé que se ha humedecido. La quiero en mi despacho, ¡ahora!

PD: Tiene dos minutos y le queda uno.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

Cierro el portátil con la excitación a mil. Quiero que me haga todo eso que me ha propuesto. Sin detenerme entro a su despacho por la puerta que conecta mi despacho con el suyo. Pongo el seguro. Me ve y haciendo un gesto me llama. Me sonrío picara y me acerco a él.

—Y bien señor, ¿qué se le ofrece? —Pregunto divertida. Mira el botón de mis jeans y acerca sus manos. —Se me ofrece su vagina, señorita McMillan.

«Dios, ¡estoy que me lo como!». Comienzo a respirar de forma irregular.

—Es mi jefe, solo cumplo órdenes.

Desabotona mis vaqueros y bajando la cremallera acerca su boca a mis encajes. Siento su aliento cálido sobre mi piel y me estremezco por dentro. Baja mis pantalones y seguido hace a un lado las cosas que tiene sobre su

escritorio. Me sienta sobre él y besa la cara interna de mis muslos. Sonriendo excitada digo:

—Señor, tengo un novio muy celoso..., si se entera de que quiere saborearme tendrá problemas.

Sonríe pícaro y besando mi monte de venus responde:

—Descuide, no creo que se entere, señorita.

Baja mis encajes dejando expuesta mi humedad ante él.

Me besa el contorno subiendo el nivel de excitación. Mi centro palpita, necesita a gritos su lengua. Besa mi sexo y separa mis labios con sus dedos. Hunde sus dedos en mí.

—Me encanta tenerla húmeda para mí, señorita.

Me muerdo el labio.

—Necesito su lengua, señor.

Hunde sus dedos en movimientos circulares.

—¿Ah sí? ¿Y para que, señorita?

Jadeo, siento que mi cuerpo reacciona con calor.

—Chúpame, lo necesito.

En nanosegundos su lengua acaricia mi centro empapado.

Los latidos se me disparan. Tengo a mi amor entre mis piernas logrando que vea las estrellas en pleno día. Lo cojo de la nuca y lo acerco aún más a mi sexo. Acelera su lengua, succiona mi clítoris con fuerza hasta hincharlo.

Da toquecitos con su lengua sobre mi hinchazón.

Mientras me succiona sus ojos buscan los míos. Le miro extasiada, tengo que luchar para que mis gritos sean ahogados, estamos en pleno horario de trabajo. Reprimo mis gemidos y los deshago moviéndome con abrupto. Su

lengua logra sacarme un asolador orgasmo, me arqueo disfrutando de los segundos de placer extremo. Lo cojo de la corbata y tiro de ella hacia mí poniéndolo de pie. Beso su boca con desespero, con lujuria. Me siento en las nubes, Mikhail logra elevarme a ellas. Sonríe al verme jadeando y extasiada.

—Señorita McMillan, me debe un orgasmo.

## Capítulo 45 **cUentas salDaDas**

Me recompongo. Me subo las bragas y los vaqueros. Mimosa ajusto la corbata de mi novio y de momento siento un mareo horrible. Veo todo doble, unas nauseas extrañas se apoderan de mí y el dolor de cabeza comienza a aparecer sin razón.

Él me mira extrañado y me dice:

—¿Te sientes bien?

—Eh, sí. Me siento bien, cariño. —Me besa con ternura y

sonriendo le digo—: Voy a pasar por mi despacho en el bolso —al escucharme me extraño. ¿Que he dicho? —. Perdón, quise decir que voy a pasar por mi bolso al despacho.

Camino hacia la puerta y Mikhail me detiene.

—Megan, estas pálida y helada.

Siento que los latidos se me aceleran a mil por segundo.

Comienzo a sentir un dolor en mi interior horrible, no puedo emitir palabras. Caigo en brazos de Mikhail, veo su cara de preocupación.

—Megan, ¿que tienes nena?

Los párpados me pesan e inevitablemente todo se vuelve negro. Despierto rodeada de ruidos estridentes y un frío horrible. Siento que entra aire abundante por mi nariz. Abro los ojos con debilidad y siento una sondita sobre mi nariz que me provee oxígeno. Miro a mi alrededor. Estoy en un hospital, ¿Que me ha pasado? Mikhail se acerca rápidamente hacia mí. Coge mi mano con desesperación.

—¿Cómo te sientes Meg?

Sonrió tenue.

—Jodidamente mal, ¿Qué me pasa?

Con preocupación responde:

—Te desmayaste en mis brazos. Te he traído al hospital y

al llegar y hacerte varios estudios nos han dicho que has sido envenenada. —Trago saliva, ¿Envenenada? ¿Como? Eso es imposible—. Te han hecho un lavado gástrico, estarás mejor.

Confusa respondo:

—¿Pero por qué? Yo me sentía bien.

Coge un sillón y se sienta a mi lado. Su seriedad me

atormenta. Sé que quiere decir algo que tal vez nos haga pelear.

—Megan, yo lo sabía. Sabía que si estas a mi lado esto podría pasarte.

Ceñuda respondo:

—¿De qué hablas? Esto no es tu culpa.

Replica.

—Claro que lo es. Eres mi novia y te han envenenado estando a mi lado. Cuando no lo eras nada te había pasado.

En ese momento el médico entra con una enfermera. Se presenta y leyendo mi expediente me dice:

—Megan te encuentras mucho mejor que hace dos días. «¡Dos días!».

—Doctor, ¿estuve aquí dos días?

—Llegaste inconsciente con un cuadro clínico algo difícil. Te envenenaste con una dosis elevada de *Atropa belladonna*. Con los medicamentos y la intravenosa estarás mejor para mañana.

—Doctor, es imposible que me haya envenenado con eso. El doctor mira a Mikhail, luego me mira a mí y serio pregunta:

—Antes de sentirte mal, ¿tomaste o ingeriste algo?

—Sí doctor, en mi hora de descanso fui a por una taza de café. Me resulto un poco extraño el sabor pero no le di importancia, ¿Por qué la pregunta?

Arquea una ceja.

—El veneno de la belladona es difícil de conseguir y menos en líquido, como posiblemente fue empleado en el café.

Mikhail con una seriedad desconcertante pregunta:

—¿Está queriendo decir que alguien quiso matarla?

—No estoy diciendo que es un hecho, pero es lo más probable.

Cuando el médico se retira veo a Mikhail tenso, enfurecido.

—Cariño, no es tu...

—Cierra la boca, ¿sí? —Me grita.

Sollozo de la impresión. Bajo la mirada y segundos después derramo una lágrima.

—Esto no volverá a ocurrir —me dice con seriedad.

—Fue un accidente, los accidentes pasan.

—¿Accidente? Megan, ¡intentaron matarte!

Camina hacia mí y sentándose a mi lado me mira con hermetismo.

— No dejaré que nadie te dañe, nada ni nadie.

\*\*\*

Ya me han dado de alta. Mamá y Melanie se han enterado de mi accidente y han venido al hospital. Salgo del brazo de mi amor y veo a mamá en el vestíbulo junto a Melanie. Mikhail pregunta:

—¿Quién es la señora que esta con tu hermana? —Ah, es

mi madre. Ven te la presento.

Caminamos hacia ellas y emocionada le digo a mamá. —

Mamá, él es Mikhail Ivanov mi...

Mikhail terminan por mí.

—Soy su novio.

Me eriza cada vello de mi piel cada vez que escucho el

«novio» en sus labios. Mamá se queda paralizada y en italiano me dice:

—¿Él es tu novio?

Sonriendo digo que sí. Mikhail con disimulo me dice:

—Perdona pero no entiendo el italiano.

Río.

—Está muy emocionada porque soy la novia de un hombre como tú.

—Creo que tendré que aprender el italiano también, cariño.

Mimosa respondo:

—Cuando a mi jefe se le antoje le enseño a hablarlo.

Besa mis labios y me susurra en ruso: «Quiero esa lección hoy en la noche». Río al escucharlo. Nos despedimos de Melanie y mi madre. Nikolai nos lleva al hotel, son las seis de la tarde aún. Dejo mi bolso sobre la cama y me tumbo en ella. Mikhail me mira y curvando la comisura me dice:

—Eres preciosa, Megan.

—Nah, soy normalita.

Se sienta a mi lado.

—Cariño, lo del envenenamiento no quedará así. Haré lo que sea porque él o la que te intento hacer daño lo pague. Beso sus labios y respondo queriendo olvidar todo eso del envenenamiento.

—Estoy bien, dejemos eso atrás, ¿sí? Por favor no quiero mirar al pasado.

—Pero...

—Pero nada, no quiero que te empeñes en buscar a quien intento envenenarme.

—Tengo una novia mandona y voluntariosa.

—¿Y eso es malo? —pregunto, divertida.

Niega con la cabeza.

—Más bien me excita.

En segundos me subo a horcajadas sobre él, se tensa y besando su comisura le digo:

—Estoy a horcajadas sobre usted, señor Ivanov.

Me mira el escote de mi blusa y responde:

—Sabe que eso no es de mi agrado, señorita McMillan.

—Bajo los tirantes de mi vestido con erotismo tentándolo.

Muevo mis caderas sobre su entrepierna.

—¿Que me hará señor? ¿Qué falta me pondrá?

—Veamos que podría hacerle a mi novia por desobediente...

Acercó mis labios a su cuello. Aflojo el nudo de su corbata con celeridad. Le quito la americana dejándola a un lado. Me detiene las manos.

—Es usted una adicta al sexo, señorita McMillan.

—Y usted mi mejor maestro, señor Ivanov.

Baja la cremallera de mi vestido descubriendo mi espalda. Sube sus manos hasta el cierre de mi sujetador. Me lo quita dejando mis pechos a su merced. Los mira y con esa voz ronca me dice:

—Dámelos.

Traviesa respondo:

—¿Por qué tendría que dárselos, señor?

—Porque eres mi novia, quiero chuparlos, quiero morderlos, quiero besarlos y porque tú también lo deseas. «¡Y como lo deseo!». No se los doy, termina agarrándolos él. Cada vez que me toca siento que sin sus caricias no podría vivir. Juega con mis pechos por unos minutos y cierro los ojos transportándome a otra dimensión, en una donde el placer y esto que siento es lo único que existe. Suena su móvil, «¡Joder!». Suelta mi pezón y seguido me besa.

—Nos han interrumpido, señorita McMillan...

Esbozo una sonrisa.

—Que mal señor Ivanov, conteste su llamada.

Me siento en la cama y va a coger la llamada. Sale al balcón y veo que su rostro se torna lleno de preocupación. Me da la impresión que lo que le dicen lo llena de tensión. Pobre. Suena mi móvil. ¿Qué pasa que ahora todos quieren hablar o qué? Cojo el móvil.

—Hola.

—Hola Megan, ¿cómo estás?

—Hola John, ¿bien y tú?

—No creo que mejor que tú.

—¿Qué ocurre?

—¿Pensaste lo del contrato?

—Eh, de hecho, sí. ¿Podrías pasar en una semana por mi despacho en Ivanov Pharmaceuticals?

—Sí, claro, ¿a qué hora?

—¿A las nueve de la mañana te parece bien?

—Perfecto.

—¿Cómo vas con el ruso?

Suelto un suspiro.

—Muy bien, somos novios. —No recibo respuesta por unos largos segundos—. John..., ¿estás ahí?

—Felicidades Meg, si tú eres feliz eso es suficiente para mí.

En su voz percibo dolor, trata de disimularlo, pero no lo logra.

—John, ¿sabes que te quiero?

— Lo sé, preciosa, tengo que colgar nos vemos en una semana.

Antes de que pueda contestar cuelga. Veo a Mikhail. Ha terminado la llamada y está sentado en el balcón viendo el paisaje serio. Decido mandar un correo.

DE: Megan McMillan PARA: Mikhail Ivanov ASUNTO:  
Su rostro

Señor Ivanov,

Le estoy observando y su silueta es preciosa. Me encanta

cada vez más. Pero su rostro es serio y decaído. ¿Qué le ocurre? Necesito saber que le pasa a mi jefe.

Megan McMillan

Observo que coge su móvil y lee el correo.

DE : Mikhail Ivanov

FECHA: 19 de noviembre de 2014 07:03 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: Hablemos

Señorita McMillan,

Necesitamos hablar y seriamente. Tengo una propuesta que hacerle y nada me haría más feliz que aceptara.

PD: La quiero.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Megan McMillan PARA: Mikhail Ivanov ASUNTO:  
¿Puedo?

Señor Ivanov,

¿Puedo acercarme? ¿Puedo hacerlo sin que se enfade?

PD: Yo también le quiero.

Megan McMillan

--

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 19 de noviembre de 2014 07:15 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: Sí

Señorita McMillan,

Sí, necesito que lo haga.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

Me levanto de la cama y me cubro los pechos subiendo los tirantes de mi vestido. La habitación está a oscuras. Solo las velas dan una tenue visibilidad. Me acerco al balcón y me siento en su regazo a horcajadas.

—¿Qué ha pasado con tu llamada? Te noto raro. Suspira.

—Tengo problemas que resolver en Rusia.

—¿Qué sucede?

—Me necesitan en la delegación de Moscú.

Trago saliva e intento no llorar.

—Te vas...

Me mira y rozando sus nudillos en mi rostro responde: —

Tengo algo que proponerte.

Con la vulnerabilidad que me ha provocado el saber que

tiene que irse, me mira agarrando mis manos como si lo que tiene que proponerme le causara pavor.

—Megan, ¿te irías a conmigo a Rusia?

El corazón se me detiene. Siento que la sangre desaparece de mi rostro. Su pregunta me pilla por sorpresa. ¿Irme a Rusia? Aun no proceso lo que me ha propuesto. No sé si aceptar o declinar.

—Si aceptas te prometo que tendrás todo de mí, tendrás el mundo a tus pies. No te faltará nada.

Aprieto los dientes y respondo:

—Nunca he ido allá, no sé si me adaptaré al cambio.

Besa la comisura de mis labios.

—Haré lo que sea necesario para que te adaptes, cariño.

Pero tengo que ser sincero. No podré estar en Estados Unidos mucho tiempo y no sé si regrese dentro de un largo tiempo. Y no quiero dejarte aquí.

—No sé...

Dice que sí con la cabeza.

—Si no aceptas lo entenderé, no te preocupes.

—No sé si comenzar empacando la ropa o mis libros — digo sonriendo.

Su rostro se ilumina, se llena de ilusión. Abraza mi cintura y besa mis labios con avidez. Nunca lo he visto tan contento como ahora.

—Te quiero y, si tengo que seguirte a Rusia o a la luna lo haré.

—Me haces muy feliz, nena, te prometo que haré que te sientas cómoda una vez estemos allá.

Suelto un suspiro.

—Si estás tú, lo demás sobra.

Me mira atónito.

—¿Dónde has estado en todo este tiempo?

Miro su rostro y sonriendo a medias encojo los hombros.

—Supongo que esperándote.

Me abraza, lo abrazo y disfruto de su cercanía. Estamos en un balcón de un piso veinte donde la vista es preciosa. El silencio nos arropa, lo miro a los ojos y mimosa le digo:

—Yo le debo algo a usted.

Sus ojos me devoran. Siento sus manos acariciar mi espalda desnuda, besa mi cuello.

—¿Me refrescas la memoria? No recuerdo que es lo que me debes.

Dirijo mi mirada hacia su entrepierna y sin pedir permiso desabrocho su pantalón, bajo la cremallera y meto mi mano buscando el aparatito que me vuelve loca. Lo cojo sacándolo con lentitud moviendo su piel con seducción. Su respiración cambia, se agita y eso me gusta.

—¿Recuerdas?

Niega con la cabeza divertido.

—Refréscame un poco más, nena.

—Vale.

Bajo sus pantalones junto con sus boxer gris. Me pongo de rodillas frente a su sexo. «Dios, tan voluptuoso y lujurioso que me mantiene adicta a él». Beso la cara interna de sus muslos acercándome más al centro. Rozo mi lengua en sus testículos. Levanta la pelvis levemente soltando un gruñido. Me río picara por dentro. Lo tengo agarrado de los huevos, literalmente. Los chupo con

suavidad, cuidando de que lo placentero no se le vuelva doloroso. Agarro su erección con posesión. Doy toquecitos con mi lengua en su glande y ya siento que lo estoy llevando a las estrellas, sus gemidos y su cuerpo me lo afirman. Me lo llevo hasta el fondo de mi garganta, lo succiono, lo chupo, juego con su placer. Me agarra del pelo. —Lo hace muy bien, señorita McMillan. —Acelero el ritmo y sus jadeos se convierten en gruñidos. Con voz entrecortada me dice—: Megan, basta o me correré en tu boca.

Ignoro su excitante advertencia y solo consigue que acaricie sus testículos mientras lo chupo. Clava sus dedos en el mueble arqueando su espalda. Se vierte en mi garganta y gustosa le recibo. Respira agitado, su cuerpo está igual de caliente que el mío. Me excita igual o más el darle placer que el recibirlo.

—Ya le he saldado, señor Ivanov —respondo picara.

—Me doy por más que saldado, señorita, es usted muy hábil en las técnicas orales.

Sonriendo me siento en su regazo y acaricio su pelo.

—Tu placer es el mío, cariño.

—Y tú eres mi placer, Megan.

Me abrazo a él y suspirando pienso en la nueva vida que me depara al lado de mi ruso particular, nada más y nada menos que en Rusia. El miedo a lo desconocido comienza a invadirme, pero aun así me muero por estar con mi ruso particular.

## Capítulo 46

# Un Mal MoMento, toDo se Distorsiona

Mi ruso se ha tenido que ir de urgencia a Rusia. Estoy tristonada porque no le veo desde hace tres días, pero me anima el hacer las maletas para irme la semana que viene con él. Aun no sé qué locura voy a cometer, lo que sé es que deseo estar a su lado y no me importa el dejarlo todo atrás. Estoy rodeada de cajas y embalo todo con emoción. Mamá entra a la habitación y sonriendo me dice:

—¿Estas segura, cielo?

Suelto un suspiro alegre.

—Sí, mamá, quiero irme con él a Rusia. Quiero estar a su lado.

Me ayuda a empaquetar colocando mis libros en una caja. Me hago un moño y lo pincho con un bolígrafo. Abro el armario y bajo mis cientos de zapatos en sus cajas. Los miro y sonriendo digo:

—Me llevaré todo poco a poco.

—¿Melanie se quedará aquí? —pregunta.

—Bueno, hable con ella y me dijo que no quería quedarse sola aquí. Está pensando irse a Roma contigo.

Emocionada responde:

—¿Lo dices en serio? Pensé que estaba...

—¿Cabreada contigo? Vale que un poco, pero no deja de quererte.

Ríe e inquiera:

—¿Y el apartamento?

—Pues seguiré pagando el alquiler desde Rusia. No quiero dejarlo. Quiero tenerlo aquí por cualquier eventualidad.

—

Miro a mamá—. ¿Cuándo te regresas a Italia?

—¿Ya quieres que me vaya?

—Claro que no, mamá, pero me has dicho que tienes un restaurante con el tío Danilo y tal vez él te necesite. —Me iré cuando estés en Rusia.

Esbozo una sonrisa.

—Vale, gracias mamá.

Mi móvil suena y recibo un correo. Me emociono, es mi ruso particular y ya me moría por saber de él.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 24 de noviembre de 2014 03:30 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: Pronto

Señorita McMillan,

Llevo tres días sin verla y ya siento la necesidad de tenerla conmigo. ¿Qué hace? ¿Cómo va su mudanza?

Quiero que se porte bien. Pronto estoy con usted.

PD: ¿Su novio se ha enterado de su huida conmigo?

Mikhail Ivanov

presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 03:34 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: Mi novio

Señor Ivanov,

Estoy empacando mis cosas. Estoy muy emocionada y me excita la idea de irme con usted a Rusia.

Lamentablemente me he portado bien, pero le confieso que muero por portarme mal con cierto ruso de traje bonito.

PD: Mi novio no se ha enterado aun de que me fugo con usted. Eso me pone como una moto.

Megan McMillan

--

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 24 de noviembre de 2014 03:45 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: ¡Dios!

Señorita McMillan,

¿Le excita la idea de venir a Rusia? Imagínese como me tiene a mí la idea. Más le vale que se porte bien mientras no estoy a su lado, señorita. ¿Y quiere portarse mal?

Usted es una descarada... eso me encanta.

PD: Dígale a su novio que usted es mía.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 03:50 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: ¡Me desconcentro!

Señor Ivanov,

Nada más de pensar en usted me desconcentro. No veo la hora de verlo. Quiero portarme mal con usted, estos días en abstinencia no son nada agradables.

PD: Soy suya y usted es todo mío.

Megan McMillan

Mamá sale de la habitación, insiste en preparar la cena ella. Entra otro correo y salto muerta de amor por este

tontito.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 24 de noviembre de 2014 03:55 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: Detallito

Señorita McMillan,

¡Es usted una adicta al sexo! Eso me encanta.

Antes de irme le he dejado un detallito en su mesilla de noche. Veo que aún no la ha revisado. Sé que le dará uso.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

Me extraño, ¿un detallito? Rápidamente mi cabeza se calienta. Busco en la mesilla de noche a ver de qué se trata y veo al fondo una caja rectangular negra. Vale, no entiendo nada. La cojo y abro la dichosa caja. Me quedo perpleja, «¡este ruso me quiere pervertir cada vez más!». Los novios normales regalan flores, otra cosa y este regala ¡Bragas con vibrador incluido!

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 04:00 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: ¿Es en serio?

Señor Ivanov,

Es usted un total descarado. ¿Cómo va a dejarme una braga con vibrador en mi mesilla de noche? Sabe que eso podría ser peligroso.

PD: Nada como usted quien me saque los orgasmos.

Megan McMillan

--

DE: M ikhail Ivanov

FECHA: 24 de noviembre de 2014 04:10 p.m. PARA:

Megan McMillan ASUNTO: Mmm

Me encantaría ver eso...

PD: soy todo un descarado cuando se trata de usted.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

Me caliento, me excito ¡me pongo como una moto! Pongo el seguro a la puerta y una idea loca y lujuriosa se me asoma a la mente. Abro el portátil, enciendo la cámara frontal y la pongo en grabación. Me desnudo toda caliente, me tumbo en la cama y comienzo a acariciar mi cuerpo. Cierro los ojos e imagino que es él quien me toca. Separo mis piernas frente a la cámara en grabación y me toco, lo hago como él lo hace. Estoy húmeda, excitada y caliente. Hundo mis dedos en mi interior y mi

imaginación construye una fantasía donde Mikhail es el que me estimula, el que me pone cardíaca. Levanto la pelvis al rozar con la palma de mi mano el botoncito del placer. Desvío los dedos a mi clítoris y lo froto. ¡Madre mía! Afrodita se queda corta al lado de lo que siento ahora. La imaginación me mantiene en un mundo surrealista. Cojo el detallito que mi novio perverso me ha obsequiado y lo introduzco en mí vagina. Abro la boca dibujando una O perfecta. Lo muevo en mí, flexiono las rodillas. Pellizco mis pezones mientras saco y vuelvo a introducir el juguete en mi interior. Repito lo mismo una y otra vez. Miro de vez en cuando a la lente y me excita el hecho de que me estoy grabando. El morbo que produce es alucinante. Vuelvo a cerrar los ojos y pienso que el que me penetra es él y no este consolador. Me lo meto entero hasta tocar fondo. Muerdo mis labios hasta herirlos. Llego a mi límite y cierro las piernas violentamente. Me corro y mi respiración va más rápido de lo que puedo respirar. Tiemblo, sudo, jadeo. Dejo el consolador a un lado y abierta de piernas ante una cámara tomé un respiro dejando ir los efectos del clímax. Cuando he logrado recomponerme me levanto de la cama y pauso la grabación. Entro al baño y me ducho. Al salir esterilizo el consolador y lo guardo en la mesilla nuevamente. Me pongo un chándal y una camisilla en tirantes. «¡Dios como lo necesito!». Me acerco al portátil y miro lo que he grabado. Me río de mi misma pero igual me ha gustado.

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 05:00 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: Detallito #2

Señor Ivanov,

Gracias por el detallito, sí que le he dado uso. Pero nada se compara con su amiguito. Ese lo necesito ya.

PD: Como me ha dicho que le gustaría verme jugar con su detallito y sé que usted le encanta mirar, le he adjuntado en este correo mi detallito.

Megan McMillan

Mando el correo con el vídeo que acabo de grabar y de solo imaginármelo viéndolo me excito. Cierro el ordenador y continuo empacando las cosas. Tengo dos violines y no quiero dejar ninguno de los dos, trato de pensar en violines para no voltear a ver la mesilla de noche y agarrar el juguete. Me llega otro correo.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 24 de noviembre de 2014 05:32 p.m. PARA:

Megan McMillan

Asunto: Erecto

Señorita McMillan,

Su osadía de mandarme semejante vídeo me ha puesto como usted dice... “Como una moto”. ¡Necesito follarla ya! Sus gemidos me han calentado el sistema.

PD: Es usted una atrevida.

Mikhail Ivanov

Excitado presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 05:34 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: Tóquese

Señor Ivanov,

¡Dios mío! ¿Cuánto le falta para llegar a Seattle? De solo imaginar su pene erecto me electrifico.

PD: Tóquese y piense que soy yo quien lo toca, quien lo excita.

Megan McMillan

Asistente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 24 de noviembre de 2014 05:40 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: ¿Me lo está sugiriendo?

Señorita McMillan,

¿Me está proponiendo que me masturbe?

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 6:00 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: ;%)\$\*2%&- ¡Guau!

Señor Ivanov, ¡Hágalo!

Megan McMillan

Escucho a mamá gritar desde la cocina y con la calentura a flor de piel me levanto de la cama y voy para la cocina en segundos. «Megan, esconde tu perversa o tendrás problemas, nena».

—Mmm, huele delicioso.

Melanie interviene.

—¿Qué has preparado?

Responde poniendo la mesa.

—Bollito misto allá piamontesa.

«Guau, hace tiempo que no como algo de mi Italia».

Ayudo a poner la mesa y a servir la cena. Alisson llega

con Danna, ay Danna el ¡tornado de la casa!

—¡Tíaaaaa!

—Hola preciosa, ¿cómo estás? ¿Cómo te fue en el colegio?

—¡Bien!

Alisson la coge de la mano.

—Anda, vamos a bañarte para que cenes.

La detengo del brazo y le pregunto:

—¿Cómo te fue en tu primer día de trabajo?

Sonríe.

—Me ha ido bien. Emma es muy simpática. Gracias por ayudarme con eso del trabajo.

—No agradezcas.

—Ser recepcionista no es tan difícil como pensé.

Se va al cuarto con Danna. No sentamos en la mesa.

Pruebo la comida y quedo maravillada.

—¡Ay quiero regresar a Italia!

—Cuando quieras nos visitas tesoro.

Recibo un correo y rápido miro a ver de quien se trata.

DE : John Peterson

FECHA: 24 noviembre de 2014 6:39 p.m. PARA: Megan

McMillan

ASUNTO: Confirmación

Megan,

Te escribo para confirmar la cita de mañana en la mañana.

PD: Te quiero. John Peterson

--

DE: Megan McMillan

FECHA: 24 de noviembre de 2014 6:41 p.m. PARA: John Peterson

ASUNTO: Confirmado

John,

Confirmada nuestra cita de mañana.

PD: Te quiero igual. Megan McMillan

Continúo cenando y mamá pregunta muy curiosa como suele ser ella.

—¿Era Mikhail?

Niego con cabeza.

—Era John. Tengo una cita con él mañana por la mañana.

—¿Y Mikhail lo sabe?—Inquiére Melanie

—No, pero no veo por qué decirle. John es mi amigo y él lo sabe.

—Un amigo que te quiere hacer el amor.

—¡Melanie! —Regaña nuestra madre.

—Ay es la verdad. Sabes que John esta tras de ti.

—Lo sé, pero yo estoy enamorada de Mikhail y él lo sabe.

—Vale, después no digas que no se te advirtió. No puedes tener un amigo con ganas de follarte y pretender que solo

esté a tu lado como “amigo”.

Me levanto cabreada de la mesa, siempre que me siento mejor y en paz con mis decisiones tiene que venir alguien a amargarme el día.

—Buen provecho, me voy a dormir.

—¿Tan temprano?—Pregunta Melanie.

—¡Sí! ¿Algún problema?

Voy hacia mi cuarto mosqueada y cerrando la puerta de golpe me tumbo en la cama. Hay veces en las que Mel me saca de mis casillas.

\*\*\*

Llego a presidencia con mi traje azul, tacones de negros y una coleta alta. Me siento emocionada. Mikhail me ha escrito diciendo que me tiene una sorpresa. Ya quiero saber de qué se trata. Me acerco al mostrador y Alisson está en él atendiendo público. Al verme me dice:

—¿Te pasa algo?

—Eh, estoy algo nerviosa y no sé por qué.

Sonríe.

—John Peterson te espera en tu despacho.

—Vale, gracias.

Entro al despacho y le saludo con un beso en la mejilla.

Me siento en mi silla ejecutiva y antes de atenderlo, verifico la correspondencia y el correo electrónico

profesional. Lo miro y suspirando comento:

—Bueno, pues he estado pensando en el contrato y creo que lo declinaré.

Pone los ojos como platos.

—¿Por qué? Es una excelente oportunidad para que te crezcas en el mundo de la música.

Respondo decidida:

—John, más allá de mis sueños esta Mikhail. Me iré con él a Rusia y como es evidente no podré grabar ese disco.

—Vas a renunciar a todo, dejar Seattle, tu vida, por ¿Ese ruso? Estas loca, solo una demente deja todo por un hombre que ni siquiera sabes si te hará feliz.

—John, pensé que ya habías aceptado que lo quiero, que estoy enamorada de él.

—Megan, dejando a un lado lo que yo siento por ti..., ese hombre te está limitando. Te quiere solo para él. Es un obsesivo del control y más machista no puede ser. Solo te lleva a Rusia como objeto.

—Nada me hará cambiar de opinión, me iré con él a Rusia en tres días.

Su rostro se descompone, se llena de dolor y suplica:

—Megan, no lo hagas... ¿Qué te enamoro de él? ¿Su poder? ¿Sus millones?

Trago saliva.

—Voy hacer de cuenta que no dijiste eso. Entiendo que estas molesto y dices las cosas sin pensar.

Me levanto de la silla ejecutiva y camino hacia él

devolviéndole el contrato.

—Gracias, por todo.

—Megan, te amo. Me duele que no te des cuenta del error que estas cometiendo.

—John, por favor basta. Para mi Mikhail no es un error. Es el hombre del cual estoy enamorada.

Da un respingo de la silla y me agarra de la cintura con violencia. Me une a su cuerpo y asalta mi boca con desesperación. Intento zafarme de su aprisionamiento pero me sujeta con más fuerza. Penetra mi boca con su lengua y magrea mi cuerpo y no puedo hacer nada ante su fuerza. Odio esta situación, no deseo lastimarlo pero ya me está mosqueando su insistencia. Escucho la puerta abrirse y al sentir ese aroma del que me enamoré penetrar mi nariz, veo unos azules fusilándome con indigno, con dolor. John me suelta al verlo en la entrada y con una seriedad alarmante se retira del despacho. Derramo una lágrima sintiendo un escalofrío inmenso, esto está mal, Muy mal.

## Capitulo 47 **toDo terMina**

John me mira con aturdimiento, yo solo quiero estrangularlo. Respiro llena de ira, todo esto me va a traer problemas por culpa de su jodida imprudencia. Tiemblo pero del miedo y el temor de la reacción que va a tener Mikhail ante esto. John me besó y eso fue lo que vio y nada de lo que le diga parecerá que tiene justificación.

—Megan, perdóname, por favor.

—¡Lárgate de mí vista antes que haga algo de lo que después me arrepienta!

—Pero...

—¡Qué te largues maldita sea! Me has jodido y no sabes de qué forma. No quiero verte, solo vete.

Sale de mi despacho. Trato de guardar la calma y llena de pesar entro al de Mikhail. Está parado mirando hacia la pared de cristal. Cierro la puerta y camino hacia él.

Intento tocarle pero me evade rápidamente.

—Tenemos que hablar, Mikhail.

Se gira y su seriedad me lastima. Me mira con indiferencia. Con sequedad. No quiero volver a lo mismo de antes.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

Se aleja de mí y con tono inquietantemente sereno me dice: —Todo terminó, señorita McMillan.

—Por favor, escúchame, déjame al menos...

Interrumpe.

—Nada, solo quítese de mi vista.

—¡Cállate y escúchame, por favor!

—Señorita McMillan, todo fue un juego para mí. Todo este tiempo solo me divertía con usted. ¿En serio cree que me la llevaría a vivir conmigo? No sea tonta, solo fue un reto para mí y ya lo cumplí.

Derramo una lágrima desesperada.

—¿Por qué no me dejas explicarte? Déjame...

—¡Cállese! —Grita—. No deseo escuchar nada más.  
Tengo trabajo que hacer, salga de mi despacho.

—Mikhail, por el amor de dios, déjame explicarte cómo  
ocurrieron las cosas, por favor.

Sonríe con frialdad.

—Fue divertido mientras duro, ahora ya no me interesa.

—Prosigue—. ¿Qué querías? ¿Dinero? Podía darle la  
cantidad que quisiera a cambio de sexo.

—Todo tiene una explicación, por favor, yo siempre te  
escucho, hazlo tú ahora por mí, por favor.

Su mirada me taladra, solo puedo ver al Mikhail del  
inicio. Uno frío y seco. Me mira y responde:

—Claro que la tiene, usted es una mujer fácil, después de  
todo creo que me equivoque con usted, señorita  
McMillan.

—No me hables así, por favor. John me besó a la fuerza,  
yo jamás tendría nada con él ni con nadie.

—¿Me quiere a mí o a mis millones?

Ofendida respondo:

—Nunca he visto en ti el dinero, nunca he visto tu poder,  
me ofendes.

—¿Ofenderte? Una como tú no tiene por qué ofenderse.

Entre hipo respondo:

—Mikhail, yo te quiero, jamás te engañaría. Te he  
demostrado de mil maneras lo mucho que me importas.  
Arquea una ceja.

—¿Sabe cuál fue mi error? Creer que eras especial,  
distinta a las demás. Llegué a pensar que usted estaría a

mi lado por un largo tiempo. Comencé a creer que podría confiar nueva- mente, que lastima. —Resopla—. Ahora solo la quiero lejos de mí, no deseo saber más de usted, señorita McMillan. — Abro la boca para articular palabra pero me interrumpe—. Salga de mi despacho antes de que tenga que llamar a seguridad por usted.

Salgo del despacho con el corazón destruido, sus palabras hirientes y cortantes me han hecho sentir como la peor de las mujeres. Salgo del edificio y me subo al coche. Llueve torrencialmente y yo lloro sin parar. No quiero ir a la casa, no quiero ver a nadie. Solo quiero morirme. No me ha dejado explicarle nada y eso me duele. Cae la noche y aún no he pisado el apartamento. Termino deteniéndome en un bar. Me acerco al camarero y sollozo, sin importarme mucho pido.

—Uno doble.

Escribo un correo desesperada.

DE: Megan McMillan

FECHA: 25 de noviembre de 2014 07:30 p.m. PARA:

Mikhail Ivanov

ASUNTO: Escúchame

¿Cómo te pido que me escuches? Necesito que lo hagas. Lo que viste tiene una explicación. Por favor contéstame. Solo necesito que lo hagas.

Megan McMillan

--DE: Megan McMillan

FECHA: 25 de noviembre de 2014 07:34 p.m. PARA:  
Mikhail Ivanov

ASUNTO: Por favor

No me ignores, te quiero y no puedo dejar todo así. No me voy a rendir, no voy a parar hasta que me escuches.

Megan McMillan

Me ha ignorado, no me contesta y eso me derrumba. He estado tomando whisky hace alrededor de una hora y ya he perdido la cuenta de cuantos me he tomado. Cojo el móvil y le marco a Mikhail, suena y no me contesta, sale el buzón, ya me estoy quedando sin muchas opciones.

—Valeeee, ¡ya entendí! Me has mandado al infierno sin dejarme defenderme. Es fácil, es fácil huir de los problemas, es mejor no escuchar, ¿Cierto? —Me río histérica—. Váyase al diablo.

Cuelgo el móvil y el camarero me mira.

—¿Se encuentra bien?

Me río.

—Sííí, estoy bien, anda sírveme otro whisky.

—Está muy borracha, señorita.

—¿Yo le pregunte si estoy bebida o no? ¡Sírvemelo y

punto!

Mi móvil suena, mamá me llama.

—Holaaaaa mamaaaaa

—¿Megan dónde estás? John está aquí en casa y me ha

contado lo que ha pasado.

—¡A ese infeliz no quiero verlo en mi vida! Me ha jodido la vida en un día.

—Megan, ¿estás borracha?

Río a carcajadas.

—Pues has dado justo en el calvo.

—¿Megan?

—Oops, ¡justo en el clavo! Estoy tomando mucho whisky en un algún bar de esta ciudad, y sabes qué, el camarero es

muy amable.

—Megan, ¿En qué bar te encuentras? Voy a recogerte. —

¡No! Quiero estar sola, sabes, hoy me han llamado insultado tres veces seguidas y me siento muy mal. Lo que menos quiero es que vengan a joderme la vida.

—Pero..., Megan por dios dime...

—¡Adiós!

Cuelgo el móvil. Miro al camarero y mirándolo con una sonrisa le digo:

—Deme la botella, así evita servirme todo el rato. —

Señorita...

—¡Deme la puñetera botella!

Comienzo a hablar sola mientras me sirvo el alcohol. —  
Eres una estúpida, Megan, una imbécil borracha e  
inservible ¿Por qué eres tan tonta?  
Riéndome envío un correo.

DE: Megan McMillan

FECHA: 25 de noviembre de 2014 08:34 p.m. PARA:  
Mikhail Ivanov

ASUNTO: Me rindo

Me rindo, me rindo, me rindo, me rindo, me rindo, me  
rindo... Y me rindo.

PD: Te quiero, pero me rindo ¡maldita sea! Puedes irte a  
paseo si no me quieres escuchar.

Megan McMillan Río al ver el correo. Todo me da  
vueltas, pero aún me duele el corazón. Así que seguiré  
bebiendo, quiero tomar hasta perder el conocimiento.  
Pasa una hora y estoy que no puedo sostenerme en pie.  
Un hombre se me acerca y me dice:

—Señorita McMillan, venga la llevaremos a su casa.

Al ver la cara del chico me río como una idiota. ¿Qué  
hace el rusito chofer aquí?

—¡Hola Nikolai! Venga vamos a bailar Nikolai, Nikolai,  
Nikolai, porque sigo repitiendo tu nombre, ¡Nikolai! —  
Me río—. Nikolai, es un nombre gracioso. A ver que hace

aquí, Nikolai, ¿Me está siguiendo? ¿Que acaso no puedo estar por ahí sin que me sigan?

—Venga señorita, está muy bebida.

Doy saltitos.

—¿¡Y cómo me encontraste!?

—Eso no importa ahora, venga vámonos.

Me acerco a la barra y cojo la botella. Nikolai paga la cuenta por mí, salgo del local agarrada de él tambaleándome en los tacones y llevándome la botella a la boca, todo me da vueltas y veo todo borroso, pero me da igual. ¡Ahora todo me da igual! Nikolai me sube a la parte de atrás de la camioneta y, veo la silueta de alguien al otro extremo del coche. Intento divisar quien es, pero no puedo, la borrachera me ha tocado fuerte. Nikolai le pregunta al hombre.

—¿A dónde señor?

Responde:

—A su casa...

Me río y vuelvo a reírme, comienzo a distraer a Nikolai sonriendo.

—Nikolai estoy jodida, muyyy jodida. Empezando porque su jefe me ha mandado al cuerno sin darme la oportunidad de explicarle como fueron las cosas y, terminando porque me estoy haciendo— Se queda callado—. Oiga no sea mal educado y respóndame, no me deje hablando sola. Tomo un trago de whisky y el hombre que está a mi lado, del que solo veo la silueta, me quita la botella.

—¿¡Oiga y quien coño es este!/? Porque me quita mi

botella. —Me río a carcajadas—. Devuélvame mi botella señor o señora lo que seas... ¡Hola soy Megan!— El hombre no me responde. Se queda inmóvil y no me devuelve la botella. Me acerco a él e intento agarrar mi botella—. Mire no quiero darle un guantazo, ¡deme mi botella de whisky!

—No va a beber una sola gota más de alcohol.

Me río, Nikolai cae en un badén de la carretera y el movimiento brusco me hace caer sobre el regazo del señor.

—Deme mi botella, ¿Que quiere? ¿Qué me acueste con usted a cambio de mi botella? Me han llamado hoy zorra tres veces y, tal vez así me dé la botella. Ande, dame mi botella.

—No sabe lo que dice —me responde.

Logro divisar los labios del desconocido. Sonrío ebria y sin pensármelo lo cojo de la nuca y asalto su boca. Sus labios suaves y sedosos se me hacen familiares. Veo su rostro otra vez y algo confusa veo unos azules con la luz del semáforo

—¡Mi Mikhail! —Grito.

Mi cuerpo no aguanta tanta cantidad de alcohol y antes de poder decir más todo se vuelve negro.

Despierto en mi cama. Todo me da vueltas y tengo unas nauseas terribles. Miro el reloj, las nueve de la mañana.

¿Cómo coño llegué aquí? El ruido estridente de los dibujos de Danna me joden las neuronas. Salgo de la habitación y voy hacia la sala de estar. Con mosqueo cojo

el mando y bajo el volumen.

—¿No puedes escuchar la televisión bajita?

Me siento en uno de los taburetes de la cocina y hastiada de la vida le pregunto a mamá.

—¿Cómo llegué aquí?

Arquea una ceja.

—Lo importante es que estas aquí, cariño.

—Mamá, lo único que recuerdo es que llegué a un bar y nada más.

—Te emborrachaste.

Bajo la mirada derramando una lágrima.

—Mikhail me ha dejado.

Me abraza respondiendo:

—Lo sé, cariño, intenta hablar con él. Se nota que te quiere y solo está dolido por lo que vio —digo que sí con la cabeza—. No quiere escucharme. No hay manera de que lo haga.

Sollozo.

—Se irá sin mí y eso me llena de desesperación.

—¿Por qué no lo intentas una última vez?

Lo pienso y finalmente suspiro:

—No quiero perderlo.

Sonríe.

—Entonces no lo pierdas, anda ve y trata de hablarle.

Corro a mi cuarto y busco en la poca ropa que tengo sin empacar, cojo un vestido holgado y unas sandalias en tiritas. Me tomo unos analgésicos para el dolor de cabeza y cojo mi bandolera. Vamos al round número dos.

Llego a presidencia y veo a Alison en el mostrador. Me acerco a ella.

— ¿Mikhail se encuentra?

—Sí, está en la sala de juntas. Megan, tienes mala cara, ¿Por qué no te vas a casa a descansar?

—Porque si me voy la casa me emborracho de nuevo. Me mira con ternura.

—Estaré en mi oficina por si se ofrece algo.

—Vale.

Entro a mi despacho y veo que todas mis pertenencias están en unas cajas. Derramo una lágrima, sé que es una indirecta, me quiere fuera de su vida. Salgo de ella y entro a la sala de juntas. Lo veo sentado en la mesa entre unos papeles. Me acerco temerosa.

—¿Podemos hablar, Mikhail?

Con sequedad responde:

—Para usted soy señor Ivanov, ¿Qué quiere?

—Ya le dije, hablar.

—La he degradado a archivista, agradezca que no la despido como se merece.

Trago saliva.

—Mikhail, te amo y, aunque me saques de tu vida estoy tranquila, mi conciencia está limpia. Lo único que he hecho es quererte.

Se queda callado, me ignora. Salgo de la sala de juntas y vuelvo a mi despacho. Recojo mis cosas y salgo de la farmacéutica destrozada pero ya las lágrimas no caen por mis mejillas. Megan, es hora de que te vayas haciendo la

idea, duele pero no te dolerá toda una vida. Conduzco de camino a casa y sin desear nada más, dejo las cajas sobre el sofá y me encierro en mi habitación. De pronto solo deseo dormir, solo dormir hasta que me duela menos todo.

\*\*\*

Llego a la presidencia, ante todo tengo que seguir trabajando para no morirme de hambre. Me dan mi nuevo carné y ahora soy archivista de presidencia. No me duele que me haya degradado, me duele por qué lo ha hecho. Entro al archivo y tengo que comenzar a familiarizarme con él, bastante.

Al rato, Raisa entra al archivo general con mofa y burla en su mirada. Sé por dónde viene y no estoy para aguantar sus majaderías

—¿Qué quieres?

Sonríe burlona.

—Me he enterado que eres una zorrita, por eso Mikhail

te mando al infierno. No sabes lo que me alegra que por fin salgas de su vida.

—Es mejor que no te metas en lo que no te importa porque las extensiones que te quedan te las arranco.

Déjame en paz, te lo sugiero por tu propio bien.

—Habla, habla mucho. Es lo que te queda por hacer. Lástima, ahora solo eres una archivista y Mikhail te odia. Ah, eso que no sabes lo bien que nos la hemos pasado en Rusia. —Me mira con indiferencia—. ¿En serio creíste que Mikhail estaría mucho tiempo a tu lado? ¿De verdad crees que estas a su nivel? Por dios, eres solo una muñeca...bueno eras su muñeca sexual. Él me lo conto todo, solo eras diversión para él, nada más. —Aprieto los dientes reteniendo mis ganas de partirla en dos—. Eres una cualquiera con doctorado

Exploto llena de rabia y dolor por sus jodidas intrigas.

—¡Mira quién habla de zorras! La que anda mendigándole atención a Mikhail.

—Nada de eso me impidió meterme en la cama de Mikhail en estos días que estuvo en Rusia. Pobrecita, ¿creías que te es fiel? Para nada, la pasamos delicioso. Mikhail solo vio en ti sexo, nada más bruta, macarra y hortera.

—Eso es mentira, no es cierto.

Ríe.

—Pronto se te va a caer la venda de los ojos querida. Das lastima.

Sale del archivo y lo que me ha dicho me comienza a torturar en la mente. ¿Sera cierto? Quiero no creerlo, pero

la duda y los celos me invaden. Trato de continuar con mi trabajo sin pensar en nada más.

Enciendo el ordenador del archivo para encontrar unos expedientes en el sistema y veo que me ha llegado un correo de alguien anónimo al correo electrónico profesional. Abro el correo y no tiene asunto, tampoco nombre de quien lo envía, solo tiene un archivo adjunto. Lo abro y rápidamente se abre una pestaña con un video algo confuso. Es una habitación y dos personas tienen sexo de una manera algo extraña. ¿Quién pudo haber mandado algo así a este correo? Sigo mirándolo y de momento un dolor invade mi interior. Ya logro saber de quién se trata, la maldita no mentía. Mikhail y ella son los que protagonizan el video y yo solo quiero morirme. Salgo del archivo furiosa dispuesta a buscar a Mikhail y al salir todos se burlan y comentan entre ellos al mirarme. En todas las pantallas se encuentra el jodido video, se ha difundido como un virus por toda la empresa. Todos se burlan de mí, otros me miran con pena. Camino hacia el despacho de ese infeliz y tras entrar azoto la puerta y ahora no siento más que desprecio por ese hombre.

—Eres un jodido farsante y no sabes cuánto te odio en estos momentos, poco hombre.

## Epilogo

Lo miro con odio, con rencor. Se queda pasmado ante mi semblante y entre lágrimas le grito:

—Me has hecho sentir como la peor mujer del mundo, no eras quien para humillarme de esa forma cuando tú me has traicionado y de la peor manera.

Se levanta de la silla y me mira con dureza.

—No me interesa escucharla, salga de aquí.

—¡No! Ahora me escuchas maldito infeliz. —El enfado se

apodera de mis palabras y lo único que deseo es matarlo con mis propias manos—. ¿Cómo fuiste capaz de recriminarme por un beso que me robaron cuando te has acostado con Raisa? —Me desplomo en llanto—. Cómo pudiste hablarme en la forma en que lo hiciste cuando me has faltado, cuando me has humillado. Eres un descarado y todavía tienes la osadía de hacerte el ofendido.

—No sé de qué hablas.

—¿Ah no? —Lo agarro del brazo con furia y lo llevo hasta el vestíbulo, donde en todas las jodidas pantallas planas está ese video.

—¿Con que cara me has dicho lo que me dijiste? — Mientras la ve con cara de espanto prosigo—: Yo jamás te hubiera faltado, porque te quiero. Tú estabas por encima de todo. ¿Sabes que hacía John ayer aquí? Lo cite para decirle que no aceptaba el contrato discográfico porque me iría contigo a Rusia. Me besó a la fuerza, y tú no me diste la oportunidad de explicar. Me sentí como nadie me

había hecho sentir en mi maldita vida, ni Julián me hizo sentir lo que tú.

—Megan, esto no es lo que...

—No quiero escuchar, ahora soy yo la que le importa un bledo lo que haya pasado en Rusia. Por mí, largate y síguetela follando

—Megan, no sé cómo ha pasado esto.

Le suelto un guantazo en su mejilla con ganas de darle veinte más. Todos los empleados se quedan atónitos y a mí no me importa nada. Solo quiero decirle las verdades a este imbécil antes de mandarlo al demonio definitivamente.

—Yo sí sé cómo pasó, tú mismo me lo dijiste, solo jugaste conmigo. La única que se creyó el cuento he sido yo.

Intenta tocarme y doy un respingo.

—Me tocas y no respondo. —Seco mis lágrimas—. Lo iba a dejar todo, mi vida, mi familia. Renuncié a mi sueño por seguirte y tú te vas a follar a Rusia. ¿Sabes cómo me siento? —Se queda callado—. ¿¡Sabes cómo me siento!?

—Megan, hay algo mal aquí, solo tengo que explicarte.

—lo miro con sequedad.

—Vale, coges tu explicación, la enrollas y te la empujas como enema porque no me interesa.

—Megan, ¡joder déjame hablar!

—Habla con Raisa y te la follas de nuevo, poco hombre. Maldigo el día en que te conocí. Maldigo el día en que me enamoré de ti. No vales nada, por eso todos los que están

a tu lado se van, maldito mal nacido. Eres un traumatado con millones y mereces todo lo que te ha ocurrido en la vida. Solo vales los millones que tienes, sin ellos no eres nada. Grábatelo. Eres una decepción, un fiasco.

Sus ojos sollozan y, lo que menos que me importa es lo que piense en estos momentos. Solo deseo que se sienta como me sentí yo, que derrame más lágrimas de las que yo derramé. Que la conciencia no lo deje vivir en paz.

—Basta ya, Megan.

—La verdad duele, ¿cierto? No te queda nada, solo millones. No tienes familia, no tienes hijos, no tienes mujer porque alguien como tú, no merece tales cosas.

—Megan..., ya

—Eres lo peor que me ha pasado en la vida. Ni siquiera Julián me hizo sufrir como lo has hecho tú. Deseo que esto que me has hecho sentir en las pasadas veinticuatro horas, lo sientas tanto o más que yo.

—Escúchame, por favor, te lo ruego.

—Yo también rogué, también supliqué y tú me humillaste de la manera más vil y cruel. Eres un descarado al pedir que te escuche.

Me agarra del brazo y me une a él y yo lo único que deseo es agarrarlo a golpes.

—Ese video..., no sé de dónde ha salido.

—Suélteme o lo va a la lamentar, infeliz.

Accede a soltarme, sé que esta será la última vez que me utilizan de esta manera. No habrá una tercera vez. Ya me cansé de amar y solo recibir a cambio dolor y

humillaciones. Aunque tenga que sufrir un tiempo, este capítulo de mi vida acaba hoy. Derramo una lágrima.

—Ahora soy yo la que no quiere saber de usted, la que no quiere tenerlo cerca.

—Megan, hablemos nena.

—Su nivel de descaro sobrepasa los límites, lárguese a Rusia y no vuelva a aparecer por aquí. —Me acerco al ascensor y antes de irme le digo—: Y no se preocupe, no se moleste en despedirme. Renuncio, señor Ivanov.

Salgo del vestíbulo y voy corriendo al archivo y me encierro recogiendo mis cosas. Con él se queda mi corazón y mis ganas de querer. Enciendo el ordenador y redacto una carta de renuncia. Mientras la escribo lloro, malditas lágrimas no me dejan. Abre la puerta y entra sin anunciarse. Levanto la mirada y Mikhail cierra la puerta del archivo.

—Megan, por favor. Sé que actúe mal pero déjame...

Le interrumpo.

—Primero, para usted soy señorita McMillan, segundo púdrase y déjeme en paz.

Saco un duplicado de la carta de renuncia y le entrego una de mala gana.

—Aquí tiene, ya usted y yo no tenemos más de que hablar. No es nada en mi vida, ni siquiera mi jefe.

Cargo mis cajas y salgo del despacho. Todos los empleados me miran y hasta puedo escuchar burlas.

América me ve con las cajas y arquea una ceja mirándome de punta a punta.

—Ves..., te lo dije Megan. Aquí no ibas a durar mucho. Todo el mundo en la farmacéutica sabe que te valiste de mañas para obtener tu puesto. Me alegro de que por fin las cosas se encajen en su lugar.

—Sabes, yo también sospechaba que no duraría mucho en esta mierda de empresa. Pero por motivos muy diferentes que no me da la gana de ventilar. Lo que si te digo es que como tú y todas estas resbalosas que ahora me miran con envidia, les digo que pueden repartirse al ruso infeliz como mejor les plazca. Y mira que tienes posibilidades le gusta follarse a las plásticas operadas como tú, arrastrada. Sale del archivo y me detiene, ya me está hartando y voy a terminar cometiendo una jodida locura.

—¿Cómo quieres que te pida que me dejes hablar?

Comienzo a agitarme. ¿no me va a dejar en paz o qué?

—¿Qué parte de déjeme en paz su cerebro no procesa? Váyase al cuerno.

Me coge de la muñeca aprisionándola y ya se está ganando dos guantazos.

—Megan, no te dejaré en paz hasta que me escuches, ese video...

—¡Puedes hacer una película con él y cada vez que estés cachondo ves el puñetero video y te haces una paja! —  
vocifero.

Un extraño dolor de cabeza se apodera de mí. Se lo atribuyo al momento de mosqueo y soltándome de mala gana de él, cojo mis cajas.

—Señor Ivanov, váyase al infierno con todo y empresa.

Camino hacia el ascensor con el corazón agitado y enfurecido. De momento pierdo el control de mi cuerpo. Las cajas caen al suelo y yo con ellas. Mi cuerpo se mueve involuntaria y violentamente en el suelo. Tiemblo con violencia. Al caer al suelo no logro controlarme, solo siento que mi cabeza se cuece. Lo último que alcanzo a ver es a Mikhail correr hacia mí. Escucho voces y la sirena de una ambulancia. Abro los ojos y me encuentro en una camilla toda confundida, no sé qué ha pasado. Veo a Mikhail a mi lado. Los paramédicos al ver que he despertado comienzan a preguntarme:

—¿Puedes decirnos cómo te llamas?

—Eh, Megan —respondo con voz cansada.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco. —Con voz tenue pregunto—: Qué me ha pasado, ¿por qué estoy en una ambulancia?

—Megan, estamos camino al hospital. Has sufrido una convulsión y deben realizarte estudios ¿Padeces de Epilepsia?

—No.

Mikhail interviene.

—Su hermana es epiléptica.

Lo miro con odio y le digo a los paramédicos.

—Al llegar al hospital quisiera que este idiota no pasara conmigo a la revisión. No sé qué hace aquí, no es nada mío.

—Como desee, ahora descanse.

Al llegar al hospital, rápidamente me practican una

resonancia magnética. No me entero de nada, me han dormido para practicarla. Cuando despierto lo hago en un cuarto de hospital con Melanie y mamá a mi lado. No veo a Mikhail, menos mal, al último ser humano que deseo ver es a ese hombre.

—¿Cómo te sientes cariño? —Pregunta mamá.

—Mejor, aunque algo confundida. ¿Qué me ha pasado? Melanie sonrío algo desanimada.

—Ya somos dos con las neuronas fritas.

En eso entra el doctor a la habitación.

—¿Cómo sigues Megan?

—¿Me puede explicar que tengo?

—Soy el neurólogo que leyó los resultados de tu resonancia magnética. En ellas se pudo diagnosticar un síndrome de epilepsia benigna. Es una epilepsia un poco difícil de tratar aunque sea benigna. Con medicamentos se puede controlar.

—¿Soy epiléptica?

—Sí, Megan.

—¿Y por qué hasta ahora es que lo sé?

—El síndrome se manifestó ahora. Pudo causarlo alguna emoción fuerte o exceso de tensión.

«Vaya, que tengo de sobra».

—¿Cuándo podre irme?

—Hoy mismo con una prescripción médica.

—Vale, gracias doctor.

Melanie me mira y me dice:

—Bienvenida al club.

—Payasa.

Responde:

—Megan, Mikhail ha estado sentado en la salita de espera todo el día, déjalo pasar.

Aprieto los dientes.

—Por mí que le salgan raíces, no quiero verlo más.

—Pero, ¿por qué?

—Me engañó, se acostó con otra mientras estuvo en Rusia. Nunca me quiso.

—Megan, pero a lo mejor las cosas no son como tú crees.

—¡He dicho que no quiero verle y punto!

—Vale, Megan, como quieras.

\*\*\*

Me han dado de alta y me encuentro en la parte trasera de mi coche, entristecida, de camino al apartamento. No dejo de pensar en ese jodido video y la humillación que ese hombre me hizo pasar. Mel conduce mientras mi madre me mima. Recibo un correo y para terminar de amargarme la tarde el imbécil este no deja de molestar.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 26 de noviembre de 2014 06:30 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: Hablemos

Por favor, sé que fui un completo estúpido al no haberte

escuchado. Dios, nena, por favor déjame verte.

PD: Te quiero.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

--

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 26 de noviembre de 2014 06:36 p.m. PARA:

Megan McMillan

ASUNTO: Insisto

Me estoy volviendo loco, contéstame.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

Llego al apartamento sin contestar ninguno de sus correos. Voy hacia mi cuarto y al ver todo listo para irme a Rusia me entran ganas de llorar. Me siento en la cama y entre hipos miro el violín que me regaló por mi graduación. Mi madre entra a mi habitación y se sienta a mi lado. Me abraza y consolándome trata de levantarme el ánimo.

—Todo esto pasará, ya verás. Eres una mujer fuerte y luchadora.

—Hasta el más fuerte se cansa de luchar, mamá.

—Lo sé, cariño, pero esto no es el fin, míralo como una

etapa de aprendizaje, en todo hay altibajos.

Me quedo mirando las cajas y mis maletas. Me seco las lágrimas y pregunto:

—Mamá, ¿Cuándo te regresas a Roma?

—Pasado mañana.

Decidida respondo:

—Vámonos mañana, quiero irme contigo a Italia.

Pone los ojos como platos.

—¿Megan, estás segura de lo que dices?

—Sí, Melanie al acabar el curso nos alcanza. Quiero salir de Seattle, quiero irme de aquí.

—Pero...

—Mamá, por favor, sin peros.

Dice que sí con la cabeza.

—Vale, mañana nos vamos a Italia.

Recibo otro correo, otro maldito correo.

DE: Mikhail Ivanov

FECHA: 26 de noviembre de 2014 07:34pm PARA:

Megan McMillan ASUNTO: Otro más

Voy a seguir mandándote mails hasta que accedas a hablar conmigo. Vamos, cariño, tenemos que hacerlo.

Mikhail Ivanov

Presidente de Ivanov Pharmaceuticals, Inc

He pasado muy mala noche, apenas he podido dormir.

Son las seis de la mañana. Nuestro vuelo a Roma sale en tres horas y empaco las últimas cosas. Tocan la puerta del apartamento, suelto las cajas, voy y abro la puerta. Tengo a John delante y me quedo tiesa, paralizada. Al que menos me esperaba era a John.

—¿Podemos hablar?

Esa frase me tiene hasta las narices.

—Creo que hay que hacerlo, anda pasa.

Lo dejo pasar y al ver las cajas y las maletas pregunta: —  
¿Te vas a Rusia?

—Primero me hago amiga de América.

—¿Entonces?

—En tres horas vuelo a Italia.

Dice que sí con la cabeza.

—Megan, lo siento, siento mucho haber jodido tu relación con el ruso.

Aprieto los dientes soltando un suspiro.

—Sabes, no tienes que disculparte, lo que ocurrió me ayudó a quitarme la venda de los ojos respecto a Mikhail.

—¿Por qué lo dices?

—Es un infeliz que jugó conmigo y con mis sentimientos. Estuve a punto de irme a Rusia con él siendo una cornuda. Descubrí que se acostó con otra estando en Rusia, pero eso ya no importa.

Ceñudo responde:

—Me duele ver que sufres por un hombre que no te merece.

—Ya caí en cuenta, sé que no me merece, sé que tenías razón. —Se acerca a mí con cierta intención que me incomoda y rápidamente lo detengo—. Ahora solo quiero estar sola, sin ningún tipo de compañía a mi lado.

— ¿Continuarás en Italia con la música?

—No lo sé, solo quiero olvidarme por un tiempo del mundo que me rodea.

Veo el estuche con el violín que Mikhail me regaló y lo cojo.

—¿Podrías hacerme un favor?

—¿Cuál? —Le doy el estuche con el violín.

—Hazle llegar esto al ruso, no quiero tenerlo.

Abre el estuche y al ver el violín negro se queda atónito.

—¿¡Y este violín!?

—El ruso me lo regaló como regalo de graduación, como es obvio no lo quiero.

—Pero Megan, ¡este violín al menos cuesta unos veinte mil dólares!

—¿Y? No lo quiero. ¿Puedes hacerme ese favor?

Dice que sí con la cabeza.

—Si es lo que quieres así será.

—Espero verte por Italia algún día.

—Eso tenlo por hecho.

Se va con el violín y miro la hora, faltan dos horas para irme con mamá a Italia. Me siento melancólica, desgana y triste. Trato de aparentar que no me duele

esta separación, pero es imposible fingir tan bien. Me siento en el sofá a llorar en soledad, mientras lloro recuerdo las palabras textuales del ruso cuando lo conocí «No puedes estar a mi lado mucho tiempo sin odiar mi forma de ser». Y tenía toda la puñetera razón. En estos momentos siento que lo odio. Mi madre sale de la habitación con sus maletas.

—¿Lista, cariño? —Digo que sí con la cabeza—. Hablé con Melanie, nos alcanzara en Italia para las vacaciones. —Menos mal, un tiempo juntas por allá nos hará bien a las tres —replico.

Trago saliva y siento que dejo parte de mí con un imbécil que no lo merece. Tras abordar el avión he dormido durante las primeras horas de vuelo. Despierto y veo a mamá leyendo una revista del corazón. Me mira arqueando una ceja.

—Mira, se ven monos. —Miro la revista, es increíble.

Mosqueada respondo:

—Maldito ruso, ojalá y se quede impotente por mentiroso.

Veó la fotografía y sinceramente siento ganas de quemarla. Estoy a su lado y su brazo me abraza la cintura con posesión. «Exacto Megan, solo buscaba eso, sentir que tenía poder sobre mí». ¿Cuándo tomaron esa fotografía? Cojo la revista, arranco la fotografía y le devuelvo la misma a mi madre. Cuando intento romperla el estúpido amor que siento por él me lo impide. Hago muchos dobleces en la foto y la guardo en mi bandolera. Miro tras la ventanilla del avión, está oscureciendo y

mientras observo las nubes, de mi mente no salen esas imágenes horribles de Mikhail con la mujer que supuestamente más desprecia. Pasan seis horas y nos anuncian a los pasajeros que pronto aterriza el avión. Pasan treinta minutos y tocamos suelo italiano. Con los ánimos por los suelos bajo del avión y caminado hacia las afueras del aeropuerto un oficial me mira y sonrío diciendo:

—Benvenuti a Roma.

Suelto un suspiro de alivio, estoy lejos..., muy lejos del dolor, lejos de Mikhail.

## Agradecimientos

Primero que a cualquier persona, le agradezco a Dios por permitirme cumplir uno de mis más grandes sueños, publicar mi primer libro. Agradezco a esas lectoras que siguieron esta historia desde que publique el primer capítulo en Wattpad hace cuatro años, a mi mejor amiga Seicha por ser mi “Beta reader” y ayudarme en momentos de bloqueo, por ser mi primera lectora y la primera en conocer lo que escribo, a Zaida también por ser esa primera lectora que conocí en persona y en poco tiempo se convirtió en parte de mi familia. Agradezco a mi padre por apoyarme en mis sueños, a mis casi treinta mil seguidoras en Wattpad que leen y se sumergen en los mundos que mi mente crea. A Editorial Leibros, les agradezco el creer en mi historia y darle la oportunidad de

darse a conocer en el mundo literario. A mi editora, Lorena por su dedicación y edición de Tuya por una Noche, te lo agradezco mucho. Gracias a todos los que hicieron posible este sueño.